



SERMONE

DE

URIBE



BX1756

EXPALE DE

S4

V.3

005194



1080015981

EX LIBRIS

HEMETERIO VALVERDE TELLEZ

Teócolo, León 1918

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BX 1756

F4

S4

v. 3



FONDO LECTORIO
VALDEZ Y TELLEZ

122833

ELOGIO FÚNEBRE

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR HAYLÍO

FR. D. ANTONIO MARÍA BUCARELLI,

VIREY QUE FUÉ DE MÉGICO.

*Ad inulas longè divulgatum est nomen
tuum, et dilectus es in pace tua. Eccles.
cap. 47. v. 17.*

Al fin certaste, Dios justo y adorable en tus juicios, á nuestros clamores tus oídos, apartaste tus ojos para no ver nuestras lágrimas, y oponiendo una nube de indignación entre tu piedad y nuestros ruegos, para que no subieran hasta el trono de tu clemencia, descargaste sobre nosotros en solo un golpe todo el peso de tu brazo vengador. Al fin derramaste sobre Méjico el amargo vaso de tu ira, y sepultaste á sus habitantes entre las oscuras sombras de tu justa cólera en los días

A:

00519

BX 1756

F4

S4

v. 3



FONDO LECTORIO
VALDEZ Y TELLEZ

192833

ELOGIO FÚNEBRE

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR HAYLÍO

FR. D. ANTONIO MARÍA BUCARELLI,

VIREY QUE FUÉ DE MÉGICO.

*Ad inulas longè divulgatum est nomen
tuum, et dilectus es in pace tua. Eccles.
cap. 47. v. 17.*

Al fin certaste, Dios justo y adorable en tus juicios, á nuestros clamores tus oídos, apartaste tus ojos para no ver nuestras lágrimas, y oponiendo una nube de indignación entre tu piedad y nuestros ruegos, para que no subieran hasta el trono de tu clemencia, descargaste sobre nosotros en solo un golpe todo el peso de tu brazo vengador. Al fin derramaste sobre Méjico el amargo vaso de tu ira, y sepultaste á sus habitantes entre las oscuras sombras de tu justa cólera en los días

A:

00519

4
mas propios de misericordia y regocijo. Ni el tierno llanto de un pueblo afligido, ni las súplicas de tantos justos, ni las sangrientas penitencias y ruegos de tantas virgenes, ni las públicas oraciones de una iglesia dolorida, ni los ministros sagrados que lloraron entre el vestíbulo y el altar, ni el sacrificio augusto de propiciacion y de salud que se repitió tantas veces para aplacarte desarmaron por último tu diestra omnipotente del cuchillo que iba á cortar los dias preciosos de una amable vida. Provocamos (es verdad) con nuestras culpas tu justicia; pero si ésta pedía alguna humana victima ¿cuántas veces, Señor, en aquellos dias en que nos amenazaba una pérdida tan sensible te ofrecimos muchas vidas para redimir una sola, y en ella las delicias, la paz, las esperanzas de todo el pueblo? Mas ¡ay! había ya llegado á esta alma grande el momento de tomarse un vuelo libre, y salir de su larga prision rota y quebrantada: el dia nueve de abril debía ser el último de su mortal carrera; y la fundada esperanza que nos dejó de su eterna felicidad, había de mezclarse para nuestro castigo con el inconsolable dolor de nuestra desgracia. Dia nueve de abril desdichado é infausto, tú vas á fijar una época

5
que será siempre triste y lastimosa en la memoria de nuestra posteridad.

Estos vivos y dolorosos sentimientos que ocupaban ha dos meses y medio, y hasta el dia ocupan vuestros corazones: estas voces de religiosa amargura que resonaron y resuenan aun por las calles y plazas acompañadas de tantos lamentos y lágrimas, cuantos no ha visto ni oido en dos siglos y medio la Nueva España en la muerte de sus vireyes: tantas públicas y privadas demostraciones de dolor con que manifestásteis cuánto amabais la vida del que llorais difunto, le formaron ya anticipadamente su mas cabal elogio. Yo, señores, que he subido á este puesto penetrado del dolor mas agudo, confundida mi fantasia con mil negras melancólicas imágenes que me escita la pérdida de un bienhector insigne, no podia desempeñar mejor mi triste oficio, que siendo un fiel intérprete de vuestras alabanzas. Si hubiera de alabar á uno de aquellos héroes mundanos cuyas ruidosas proezas, abortos de las pasiones disimuladas con el falso brillo que les da ó la lisonja ó la ignorancia, solo sirven para grangearles en vida una admiracion pasajera, que llega á ser en su muerte ó abominacion ó desprecio; necesitaria sin duda valerme de

los artificiosos disimulos de una elocuencia engañosa, ó para disfrazar, ó para encubrir entre sus muertas cenizas aquellos monumentos de su oprobrio. Pero habiendo de hablar de un héroe cristiano, á cuya amable vida siguió una muerte honrada con sinceros testimonios de veneracion y amor; de un príncipe á quien un reyno el mas florido caracterizó con el renombre de *amado*; de un vírey en quien un espíritu de religiosa política unió de tal suerte la paz exterior de su gobierno con la interior de su corazón, que no es fácil decir si fué mas amable por aquella, ó mas respetable por esta; no debo hacer ahora mas que repetir un elogio que ha publicado la comun aclamacion. El *amado por la paz* le llamasteis en vida, y el *amado por la paz* le habeis llamado despues de muerto. Le amasteis con una dulce filial ternura por la paz política de su gobierno, y le venerasteis con un respeto amoroso por la paz cristiana de su espíritu. Estos dos ritulos de paz política y cristiana con que dilató su nombre hasta unas islas florecientes y hasta las últimas regiones de la América, le hicieron digno del magnífico elogio que acabais de oír en las palabras del sagrado testo, y le merecen justamente el renombre del *vírey amado por la paz*

al escelsísimo señor Baylio Frey Don Antonio Maria Bucareli y Ursúa, teniente general de los reales egércitos, vírey y capitán general de la Nueva España. Un elogio que reconoce por autor á todo el público, tiene su mayor recomendacion en la circunstancia de vulgarizado y comun. Vosotros, señores, le formasteis, vosotros antes de ahora le habeis publicado muchas veces; yo no haré sino mostrar su justicia y su sinceridad. Espíritu divino, espíritu de verdad y de paz, que en otro tiempo te dignaste ser el autor de los elogios de los gobernadores y varones ilustres del pueblo escogido, aparta de mis labios toda palabra de adulacion y de lisonja, é inspirame discursos dignos de la magestad de este lugar santo en que presides: esto te pido por la intercesion de tu immaculada esposa Maria Santísima. AVE MARIA.

La pública paz y tranquilidad, M. P. S., aquel don que Dios derrama sobre los reynos y las provincias en los dias de su misericordia, aquel firme apoyo de la sociedad, aquel dichoso vínculo de los demas bienes, que asegura el buen orden de las familias y la sólida gloria y felicidad del estado; la Paz, objeto el mas digno de los cuidados de quien gobierna, es el mas dulce titulo sobre que se funda el amor de

los pueblos á sus gobernadores. La clemencia; la liberalidad, la fortaleza y cada una de aquellas virtudes que concurren á formar un gobierno feliz, ó tienen limitada su práctica á ciertas circunstancias de tiempos y personas, ó no ofrecen á la primera vista patente y manifiesto el común beneficio. Un gobernador que se dedica enteramente á establecer la interior paz del estado y la tranquilidad doméstica de sus miembros, debe reunir en sí todas aquellas virtudes que forman un heroísmo amable, y cuyos beneficios frutos sensibles y comunes en todos tiempos y á todas las personas traen vinculado en el agradecimiento de los pueblos un amor tierno á la que los manda. El mismo Dios; que en uno de los libros santos quiso formar el elogio de los varones grandes de su pueblo que más se habían señalado en alguna virtud, immortalizó con el nombre de amados á aquellos que caracterizaron sus obras con el sello de la paz y una dulce tranquilidad. En los hermosos rasgos con que se delinean estos héroes desde el capítulo enarenta y cuatro hasta el cincuenta del Eclesiástico vemos un Abraham fiel, un Phinees religioso, un Josué esforzado, un David devoto y amante, un Elías ardiente y celoso, un Eliseo obrador de

portentos; pero entre todos se distinguen con el epíteto de amados un Moyses y un Salomon: aquel excelente en la mansedumbre, escogido para moderar con ella los impetus de un pueblo inconstante y altanero; este un príncipe cuyo glorioso nombre se dilató mas allá de su imperio amado de todos por la paz. Divulgóse (así elogiaba Dios á Salomon) tu fama hasta los países y naciones mas distantes, y fuiste universalmente amado por la paz: *Aid insulas longè dirungatum est nomen tuum, et dilectus es in pace tua.* Vosotros, señores, estais ya haciendo la aplicación de estas hermosas palabras al gobierno pacífico del excelentísimo Bucareli y á vuestro tierno amor.

Aquella soberana y sabia Providencia que ordena las obras todas de la naturaleza para que sirvan á sus designios, señaló á nuestro virey con la ilustre prerrogativa de una nobleza antigua y pura, que acordándonos los servicios de unos ascendientes beneméritos deriva en sus sucesores un cierto título que los hace amables desde las cunas. Los dos solos nombres de Bucareli y Ursúa ofrecen á la idea un tronco antiguo y fértil, cuyas ramas cargadas de trofeos militares y de insignias pacíficas nos acuerdan en los glo-

riosos gobiernos y conquistas de Don Pedro y Don Martín de Ursúa en provincias de una y otra América cuánto debe el nuevo mundo á los Ursúas: un tronco, cuyas ramas estendidas sobre los altos palacios de Florencia, y sobre la sagrada cumbre del Vaticano se comunican y enlazan con la casas mas florecientes de la grandeza española: un tronco finalmente de quien brotaron tres frondosos renuevos para hermosear á un mismo tiempo en nuestros dias á la Navarra, á Cádiz y á la Nueva España.

A esta casa, con la que parece han hecho una perpetua alianza los honores y la piedad, debió sus cunas el señor Bucareli. Desde su niñez podemos decir que aprendió á temer al Señor en un espíritu de paz aun quando no podía alabarle sino con labios balbucientes. Apenas habia cumplido cinco años, y ya estaba escrito su nombre en una religion que debió su origen á la hospitalidad, y cuyo instituto, dirigido á mantener en paz la fe santa contra los enemigos del nombre cristiano, inspira á los caballeros religiosos con el título de hermanos ideas pacíficas de religion y de concordia. Atado con este vínculo comenzaba los primeros pasos de su carrera el jóven Bucareli. Ni los

inquieta impetus de una juventud ardiente que desprecia la tranquilidad como achaque penoso de la vejez, ni las ideas de una nobleza ilustre que suele autorizar con la superioridad las disensiones, ni la emulacion fecunda de discordias, tropiezo que se presenta á cada paso en la carrera de los honores, alteraron jamas su exterior apacible, que en el justo concepto del Soberano mereció alguna vez la calificación de ser un exterior propio de los individuos de una religion austera y edificante.

No creais por esto, señores, que va á presentarse al gran teatro del mundo uno de aquellos hombres indolentes, en quienes la cobardia y timidez del espíritu se cubre con la mascara de tranquila moderacion, y en quienes la paz exterior es falta de valor verdadero; no, esa dulzura por el contrario es hija de un corazon noble, esforzado, generoso, no menos dispuesto á coronar sus sienas de laureles marciales teñidos en la sangre de los enemigos del estado y de la religion, que inclinado á plantar entre los suyos ramos pacíficos de oliva. Subiendo de grado en grado desde cadete hasta teniente general debió á su valor y á su mérito haber llegado casi á la cumbre de los honores mi-

litares. No hubo operacion militar por difícil y peligrosa que no ejecutara en las diferentes funciones en que se halló mostrando siempre ya un esfuerzo generoso, y ya una consumada prudencia. Atacar las líneas y forzar las trincheras del campo enemigo, sostener con vigor una honrosa retirada; avanzar á la frente de las tropas, ó contener á las que acometen; en una palabra, unir al valor y paciencia de soldado la pericia é instruccion de gefe, á la fidelidad en obedecer la destreza en mandar, á la madurez y prudencia en el consejo y las resoluciones la viveza y prontitud en la accion: todo esto se admiró en Bucareli ya en sitios de plazas importantes, ya en funciones arriesgadas y ya en campañas trabajosas. Dejemos para quien haya de formar el elogio de sus prendas marciales el referir y ponderar con el orden y distincion correspondientes de tiempos y lugares quanto hizo y quanto obró en las campañas de Lombardia y de Nisa, de Plasencia y Provenza; quanto ejecutó en la rendicion de Villafrauca y Moltaban, en la de Lodi y bloqueo de Pizzigitone: quanto fué su ardimiento en el paso del Tánaro y funcion de aquel dia: quanto su valor en el campo real de Plasencia conteniendo el im-

petu de los enemigos, y asegurando la retirada y paso del ejército; cuanta en fin su esperiencia y comprehension militar en el reconocimiento de las costas marítimas de los reynos de Granada y de Murcia para arreglar sus fortificaciones, y en la inspeccion general de caballeria. A mí me basta este tosco bosquejo para haceros ver que si al señor Bucareli le faltaron las ocasiones, le sobraban las virtudes guerreras para ser uno de los primeros capitanes de nuestro siglo. Pero Dios le reservaba una gloria mas dulce y amable, y un Soberano igualmente sabio en discernir los talentos de sus vasallos, que prudente y justo en proporcionarles los destinos, reconociendo en Bucareli un genio superior para gobernar en paz los pueblos, le nombró para el gobierno de la isla de Cuba y plaza de la Havana.

Humeaban aun no bien apagadas las cenizas de un fuego encendido por una guerra sangrienta, que introdujo entre sus voraces llamas hasta el corazón de la Havana un ejército estrangero, insolente con la victoria que sujetó á sus armas una de las plazas mas fuertes é importantes de nuestra América. Las funestas calamidades que, á la manera de los negros vapores y el humo que deja el fuego apa-

gado su incendio, siguen siempre á la guerra aun despues de concluida, la falta aunque de pocos meses de los benéficos influjos del sol de España, la ruina de los caudales y el peligroso contagio que amenazaba en el trato con una nacion no menos diferente de la nuestra en la religion que en las costumbres, alteraron, aunque sin ruina de la fidelidad española y de la pureza de la fé, la feliz constitucion de aquella isla. Es verdad, que las sabias acertadas providencias de un Rey amante de sus pueblos egecutadas por las manos diestras de gobernadores vigilantes habian en pocos años hecho casi olvidar las pasadas desgracias; pero se reservaba al pacifico Bucareli perfeccionar esta grande obra, y acabar de disipar los densos humos de aquel voraz incendio que se hacia aun sentir en el secreto de las familias. Apenas comienza á mandar, y ya estiendo á todo su próvida solicitud atenta á reparar quanto se habia perdido: logra su vigilancia ver concluidos los famosos fuertes del Morro y de Atáres y la fortificacion de la cabaña: facilita su actividad en menos de ocho dias una costosa expedicion á la nueva Orleans habilitando en este corto tiempo embarcaciones, tren de artilleria, provision de viveres y caudales.

Mas entre los cuidados del mayor peso ocupa su primera atencion el desigño de desterrar el espíritu de la discordia y restituir á los ánimos la antigua tranquilidad. Ya desde entonces dió á conocer Bucareli en cuan alto grado poseia el maravilloso arte de ganarse los corazones y de conducir hasta el fin por medios casi imperceptibles, y tal vez con una aparente inaccion, las empresas mas importantes. En efecto por los canales de su politica bienhechora la paz se difunde por toda la ciudad; apaga su prudencia secretos fuegos de discordias, preserva á muchas familias de la ruina que les amenaza, asegura y defiende á otras que iban á perecer: y del seno de su pacifico corazon descende como en los dias hermosos de la primavera una apacible lluvia que vivifica, alienta, alegra y hace florecer de nuevo una isla que casi habia marchitado el invierno rigoroso de la guerra. Isla ilustre y affigida, perdóname si niego á tu justo dolor el triste consuelo de referir en particular todo lo que hizo y trabajó en tu beneficio. Cubra un espeso velo las funestas imágenes de tus calamidades, y no renovemos la dolorosa memoria de lo que padeciste con el recuerdo de los bienes que gozaste en el gobierno de Bucareli.

Pero ¿qué podría yo decir, aunque quisiera, que tú misma no hayas ya publicado cuando, mezclando las aclamaciones con las lágrimas, lloraste la ausencia de tu gobernador celebrándole no sé si mas que con tus elogios con tu llanto? Elogios, señores, que pudiera con razon equivocarlos la posteridad con la lisonja, si los hechos en que se fundan no fueran tan públicos y constantes: elogios universales de la nobleza, de la plebe, del estado eclesiástico y secular en que resonaban los amables nombres de padre, de protector, apoyo de la paz y restaurador: elogios que llegaron hasta los pies del trono en la representacion que dirigieron el obispo, prelados de religiones, ayuntamiento y todos los cuerpos politicos pidiendo rendidamente á S. M. que dispensase al señor Bucareli la residencia.

Así anunciaba con sus lágrimas la Havana nuestra felicidad. Toda la gloria que este gobernador pacifico y amado habia adquirido, divulgando su fama hasta aquellas islas, aunque tan grande, no era sino un ensayo de la que le preparaban la paz del reyno mas celebre del nuevo mundo y el amor de sus habitantes. Ya conoecis que no hablo de aquella paz que libra á los pueblos y los defiende del tu-

ror y de las hostilidades de la guerra; hablo de aquella otra paz doméstica y politica que, estableciendo el buen orden y armonia en los diversos cuerpos del estado, fomenta y mantiene la observancia de la religion y la pureza del culto del Dios verdadero, la obediencia del vasallo al Soberano y á sus leyes, los respetos y autoridad de la nobleza, la subordinacion de la plebe, el aumento de la agricultura y el comercio, el cultivo de las artes y ciencias. Esta paz no menos admirable que la estructura del cuerpo humano en las diversas é innumerables partes de que se compone, en el orden, proporcion y correspondencia de unas con otras, cuya sana y perfecta constitucion se altera y se pierde muchas veces por la destemplanza ó desorden de una minima parte: esta paz, digo, tan delicada en un reyno el mas dilatado, compuesto de diferentes naciones, países y provincias, que abraza en su gobierno asuntos los mas dificiles por su materia, árdulos por su importancia é innumerables por su multitud, fue el grande obgeto que se propuso Bucareli: ¿Qué estension de luces no se necesita para dirigir á un tiempo mismo negocios gravísimos de las armas, de la real hacienda, de policia y de justicia! ¿Qué prudente des-

treza para mover desde un gabinete los resortes sin número de esta vasta máquina! Qué genio superior y elevado sobre el comun de los hombres para atender, sin que el cuidado de unos distraiga de los otros, negocios de los cuales cada uno necesita para su direccion un hombre consumado! Pero el señor Bucareli, como si solo se dedicara á uno de tan diferentes objetos, ó como si uniera en sí la expedicion, el desvelo y los talentos de muchos gobernadores excelentes, todo lo arregla, de todo cuida, todo lo concluye felizmente. Quien le viera atendiendo á la creacion y al arreglo de los regimientos provinciales, velando sobre la disciplina militar y el decoro de las tropas veteranas, y dando providencias oportunas ya para la conclusion del fuerte de San Carlos en Perote, ya para la mas segura fortificacion del castillo de San Juan de Ulúa y del reedifício del de San Diego en Acapulco: al verle dirigir costosas expediciones para explorar por mar los nuevos descubrimientos de las costas septentrionales de la California hasta la altura de cincuenta y ocho grados, promover los adelantamientos del nuevo departamento de San Blas, disponer que se emprendiera é hiciera dos veces el camino por tierra á Monterey vadeando los

rios Gila y Colorado; meditar para estos fines arbitrios útiles, ordenar medios, demarcar con exactitud los sitios, señalar los rumbos, y proveer á todo como si se hallara presente: quien esto viera diria sin duda: este es un general perfecto y consumado que se emplea finicamente en los asuntos militares. Pero quien viera al tiempo mismo que en las difíciles circunstancias de los empeños de la real hacienda y del nuevo reglamento de varios de sus ramos busca el debido temperamento de adelantar los intereses del Soberano sin perjudicar los del vasallo, que representa á un Rey justo con sinceridad y veneracion los derechos del público, que satisface las deudas del erario, y da á sus rentas un aumento que no ha tenido egemplar: quien esto contemplara, le calificaria por un politico ministro de hacienda destinado precisamente á este importante cargo. Cualquiera al considerarle en la innumerable multitud de negocios áridos, graves y entredosos de un reyno tan dilatado despachar expedientes, oír demandas, resolver difíciles dudas, cortar litigios, sin olvidarse del comercio y del adelantamiento de las ciencias y artes, cuidando del aseó y hermosura de la ciudad, y reformando los públicos desordenes: juzgaria que era un

magistrado lleno de superiores luces que no tenia otro empleo que la policia y la judicatura. Quien reflexara en aquel humilde respeto con que veneraba á la iglesia y á sus ministros, en la acorde armonia que guardó siempre con sus ilustrisimos preladós, en la moderacion y celo con que, contentiendo su autoridad para no penetrar los sagrados límites del santuario, protegía respetuosamente sus derechos: le reputaria por un religioso ministro únicamente empleado en defender la iglesia. Mas quien considerare que todo esto era Bucareli, y que no caminaba jamas á estos altos fines sino por sendas de paz, tan solícito en hacer gustosa al pueblo la obediencia y en conservar la tranquilidad del público que la mas ligera disension doméstica alligia su espíritu, como si fuera un particular padre de familias, concluiria con razon: este es un ministro cabal de guerra y de hacienda, magistrado sabio, fino político, gobernador religioso, es un todo para todos, es un hombre que parece superior á los demas hombres, es un ángel de paz que ha destinado la Providencia para beneficio de Nueva España.

Era necesario, señores, hablar delante de vosotros, testigos fieles de cuanto digo, para hablar sin temor de que parezcan es-

tas alabanzas ponderaciones estudiadas con que en esta especie de elogios se suelen engrandecer aun las acciones mas pequeñas. Pero vosotros que sabeis que es mas lo que callo que lo que digo, sabeis tambien á cuanta costa os procuraba la paz este insigne varón. Sin dar treguas á sus tareas, infatigable en la aplicacion é incansante en el trabajo no tenia otro descanso que mudar de objeto y asunto en lo que trabajaba. No habia dia en que no despachara algunas horas, y en todos los de gobierno dedicaba cinco y muchas veces mas al despacho con tres diferentes secretarios. Leía y se instruía por sí mismo, sin fiarse de extractos ó relaciones verbales, todos los expedientes de importancia, formando un breve compendio de sus puntos mas graves. Muchas horas escribia ó dictaba no solo las correspondencias y asuntos reservados, sino papeles utilisimos de arbitrios sabios y acertadas providencias dirigidas al bien comun, en que se dejaban admirar su felicidad y facilidad en explicarse, la pureza y naturalidad del estilo, y la comprehension de materias que parecian ajenas de su profesion. ¿Y cuándo (preguntaréis justamente) cuándo descansaba Bucareli? ¿Cuándo concede á la naturaleza fatigada aquellas honestas recrea-

ciones, que mas que diversion son medio necesario para recobrar las fuerzas? Asombraos, señores, los años se pasan sin que el señor Bucareli destine un dia solo á aquellas diversiones que sirven ó de recreo al ánimo, ó de descanso al cuerpo. El bufete y la pluma le ocupan las horas y los dias y si se retira algunos ratos á un pequeño jardín doméstico, cultivandole muchas veces por su propia mano, allí ó medita al abrigo de la soledad los grandes negocios, ó en el sencillo trabajo de un jardinero que aqui riega, allí planta, allá endereza una rama torcida, cuidando aun de la mas pequeña flor, sin cortar ni destrozar sino cuando lo pide la necesidad, aprende lecciones de un gobernador celoso y pacífico. ¿Mas qué mucho? Si acometido de una grave enfermedad, cuando el peligro cercano de la muerte hace mas amable la vida, y cuando los que han parecido cuidar menos de ella forman mil proyectos de conservar la salud, diciéndole los asistentes en un alivio aparente, que por entonces engaña nuestro dolor, que era precisa una convalecencia cuidadosa y remitir algo del trabajo, respondió con donayre cristiano: *y despues vendrá el confesor á preguntar, como se desempeñan las obligaciones de virey. Severa máxima disfrazada en jocosidad,*

dad, no menos propia para confundir y aterrorizar á cuantos gobiernan, que para dar á conocer que Bucareli sacrificaba su salud y su vida á la comun tranquilidad!

Yo bien conozco que me escuchais con una inquietud impaciente, y que revolviendo en vuestra memoria las grandes públicas obras con que este incomparable virey procuró perpetuar la paz de diferentes cuerpos del estado, cada uno querria que yo elogiara entre las demas aquellas que le representa mayores su idea conforme á su genio. Unos me acordarian el hermoso y útil hospicio de pobres mendigos que, precisados ó de su miseria ó de su ociosidad á una vida inquieta y perturbada, gozan allí un método pacífico de vida cristiana y civil: obra que en lo material logró una estension magnífica con el crecido costo de mas de setenta mil pesos solicitados por su medio, y á cuya subsistencia contribuia anualmente con mas de cinco mil. Me presentarian otros ya el piadoso hospital de dementes, miserables achacosos que espuestos á una inhumana irrisión solo logran alguna quietud en aquel retiro; y ya la cárcel de la acordada, en donde los infelices delinquentes dejan gozar al público sin sustos la paz que

ellus perturban con sus desórdenes: fábricas ambas admirables y costosas que emprendió la magnificencia del real tribunal del consulado escitada de los oficios mas vivos, eficaces y piadosos de este grande hombre. Ponderarian muchos como la mas digna de elogio la casa de santos espirituales ejercicios, cuya fundacion protegió con todo el favor de su autoridad, y la que sostenia con frecuentes socorros: casa verdaderamente santa y útil á la religion y al estado, en donde la profunda meditacion de las verdades eternas, reformando al hombre en lo cristiano y en lo civil, afianza á la república aquella verdadera paz que consiste en la fidelidad á Dios y al Rey. Ni faltaria quien me pusiera á la vista el frondoso paseo capaz de competir con las amenidades de Aranjuez y Versalles que en su nombre conservará la memoria de aquel que negándose á toda diversion, procuraba á los demas honestas recreaciones. Mas como quereis, señores, que yo con mis palabras de á tantos gloriosos hechos todo el esplendor que en sí tienen, si apenas tengo tiempo para referirlos sencillamente? Qué no pueda yo, para satisfacer en breve á vuestro deseo y á mi designio, presentaros en el bello enlace de virtudes morales y politicas de

esta noble alma el carácter distintivo de su amable y pacifico gobierno! Un virey tan amigo de la verdad que acobardada en su presencia la adulacion no se atrevia ni á tocar en sus oídos; tan enemigo del interes que aun los obsequios menos sospechosos le parecian ofensas: un juez tan cauto á quien ni las dulces insinuaciones de la amistad, ni el artificio mas sutil de un torcido informe, ni los vinculos del respeto preocuparon jamas para ofuscar ó precipitar su juicio contra la inocencia: tan justo y prudente que nada resolvía sin el consejo de ministros sabios: tan integro que para él los ruegos eran inútiles si se pretendia lo justo, e injuriosos si era injusta la pretension: tan humano y equitativo que hizo amable la justicia á los mismos contra quienes la declaraba, teniendo por una de sus máximas que *lo último que se ha de hacer es perder á un hombre*; digámoslo en una palabra: un gobernador que sirvió fidelísimamente al Rey sin disgustar al vasallo, y cuidó, como padre, del público sosteniendo los derechos del soberano. No parece este un héroe fantástico de poema inventado para enseñar cual debe ser un virey, no para representar cual fuese? Pues este es aquel virey que tratásteis, cu-

vos hechos visteis, cuyo gobierno amásteis, es Bucareli.

Conservad, señores, en vuestra memoria para contar á vuestros descendientes y nietos, cuando sea tiempo de que se publiquen para una gloriosa historia hechos que vosotros reservais ahora para sus privados elogios: conservad en la memoria aquellos golpes de piedad y de prudencia con que sabia castigar el delito sin perder al delincuente: aquellos acertados pronósticos, que son como las profecías de la política, con que á pesar de las mas fundadas apariencias ó penetraba los secretos artificios de la malicia, ó anticipaba los sucesos: aquellos últimos primores de su justicia, que unas veces activa y resuelta en un punto consultaba, determinaba y decidía; y otras industriosamente perezosa con una estudiada demora de los expedientes, ó resfriaba el fuego de una demanda ardiente, ó hacia que se consumiera en sí misma la pretension injusta: Esto y mucho mas les referiréis vosotros, y ellos envidiosos de vuestra felicidad, para consolar la pena de no haber conocido á Bucareli, como en otro tiempo los israelitas al acordarse de Josias, se recrearán en su memoria como en una confeccion de aromas fragantes, y

resonará en sus oídos con mas dulzura que una música armoniosa el renombre del *virrey amado por la paz de su gobierno*.

Mas ¿qué sería todo este nombre sino un vano ruido, y este amor mas que materia de eterno oprobio en la presencia del Altísimo, si dedicado á procurar á otros la paz no hubiera establecido en sí la interior de su corazón? ¿Y acaso hubiera gobernado pacíficamente á los demas, si al mismo tiempo no hubiera puesto su primer empeño en gobernar con una paz cristiana su espíritu? ¡Ah! el corazón del impio (según la bella frase de Isaias) á manera de un mar tempestuoso que agitado interiormente con la violenta conmoción de sus aguas, con los negros vapores y exhalaciones que levanta, oscurece la region, excita furiosos contrarios vientos, y amenaza tristes naufragios á los infelices que navegan en su seno: el corazón, digo, del impio que gobierna, exhala del fondo de su espíritu inquieto y perturbado con las pasiones turbulentos vapores de perversos ejemplos que impelen reciamente á los demas al vicio. Cada delito suyo es un escollo en que choca la virtud de los particulares: cada pasión que intenta satisfacer es un profundo abismo donde van á sumergirse ó la ino-

cencia ó los intereses de la república; y toda su conducta una confusa tempestad en que naufraga la nave confiada á su gobierno. Altamente penetrado de esta verdad el señor Bucareli, para gobernar á los demas, trabajaba en dominar en sí el enemigo mayor del hombre que es el hombre mismo: conocía que la paz que procuraba á los otros le conciliaba un amor tierno, pero inútil para su verdadera gloria, y aun poco seguro para su autoridad, sino se solidaba en aquel otro amor de respeto con que venera el pueblo la virtud y la paz del espíritu de los que le gobiernan: *Dilectus es in pace tua.*

Aquella mansedumbre, cimiento de la cristiana paz, que reprime y aun sofoca los primeros impetus de la ira, si en el comun de los hombres es un prodigio de la gracia, en los príncipes y gobernadores es un portento mas admirable. En los montes de la fortuna se observa lo contrario que en los naturales: estos (si creemos á la vulgar opinion) á proporcion de su mayor altura son ménos agitados de tempestades: y aun cuando estas obscurecen y confunden los valles, respetan la elevada cumbre del Olimpo libre de la furia de los vientos. Pero en el Olimpo de las dignidades y del gobierno á mas de

los vientos comunes para escitar la ira; soplan reciamente la multitud de negocios que oprimen, la impertinencia de pretendientes que incomodan, el ayre vano de ceremonias y cumplimientos que no dejan descansar; irrita la menor falta de respeto, la facilidad de la venganza la estimula; y para enardecer á un Aman exaltado, basta la irreverencia imaginada de un pobre Mardoqueo. Rodeado y combatido de estos tempestuosos vientos el espíritu de nuestro virey gozaba no obstante de una cristiana serenidad que no perturbaban ni los reveses de fortuna, ni los cuidados domésticos, ni los innumerables amargos incidentes del gobierno de un vasto reyno. Todas sus acciones (conforme á la santa doctrina del sabio) iban como selladas con el carácter de su mansedumbre que daba un nuevo realce á su amabilidad: *in mansuetudine opera tua perfice & super gloriam hominum diligeris.* A pesar de su natural moduracion llegó á protestar en cierto lance que jamas la ira le habia precipitado á vengarse aun pudiendo, ni habia tenido parte en sus resoluciones. Protesta que ciertamente le arrancó entónces su celo para una discreta correccion á excusas ó con queja de su modestia. ¿Visteis, señores, su semblante siempre sereno? ¿Oisteis

sus palabras siempre medidas y moderadas aun en el tono? ¿Observasteis sus pasos y su exterior todo modesto y grave? Pues registrad por estos velos el interior fondo de aquella alma, que apreciando la mansedumbre como la insignia principal del cristiano, entre las órdenes que pocas horas antes de morir daba á un familiar de sus mas confidentes: *cuidado*, le decia, *cuidado nunca viñas ni te enojés.*

Sobre este tan sólido fundamento de mansedumbre, compañera inseparable de la humildad, levantaba Bucareli el hermoso edificio de la paz del espíritu compuesto de las cristianas virtudes con que señaló especialmente los últimos años de su vida. El tiempo me estrecha, y yo ni sé como reducir el discurso, ni puedo omitir una materia que es la mas propia para la comun edificacion y para su gloria. Permitidme por tanto, que á semejanza de los que para delinear todo el mundo en un corto mapa se sirven de pequeños caracteres y notas que presentan a la idea grandes reynos, dilatados mares y rios caudalosos, os ponga abreviadas á la vista algunas acciones que indican sus cristianas virtudes. Indices eran de su viva fe el profundo respeto con que leia todos los dias en libros puros las verdades eternas,

buscando en ellos una instruccion sencilla, y no un vano fomento á la curiosidad: la humilde veneracion con que hablaba y oía los misterios de nuestra religion, desterrando de sus labios y de sus oídos aquellos discursos impios y sacrilegos por donde manos profanas del siglo han hecho moda de arreverse no solo á tocar, sino aun á registrar aquellos tesoros que encierra la Arca santa. Indices eran de su esperanza la confianza filial con que en los mas graves negocios y en las públicas calamidades recurria inmediatamente á Dios como autor de los bienes todos: la seguridad con que fiado en el Señor aconsejaba que se emprendieran y promovia las obras de piedad aun cuando faltaban los humanos recursos: y sobre todo el heróyco deshacimiento de su propia vida que manifestó mas de una vez acometido de alguna grave enfermedad, encargando á sus amadas hermanas religiosas capuchinas que no pidieran al Señor su salud, sino una santa muerte. Los fondos de su ardiente caridad solo podia mostrarlos el exterior brillo de sus obras, especialmente las del amor al próximo y su misericordia. Yo no dudo, señores, afirmar que el señor Bucareli estaba unido á todos con el precioso vinculo de la caridad. ¿Y cómo habia de dudarlo, cuando

se por sinceros informes que su caridad industriosa y benigna sabia disculpar en público defectos que reprehendia secretamente; y que aun en las privadas concurrencias se abstenia de aquellas murmuraciones que la plebe desprecia como ligerezas, que los cortesanos celebran como gracia, y los de clase superior tal vez reputan como gage propio de la autoridad que gozan sobre los demas? Mas quando alguno lo dudara, lo dirian la compasion que sentia y con que solicitaba el remedio de las públicas miserias, la pena que mostraba aun por las particulares desgracias: lo dirian tantas obras dirigidas á la comun utilidad, que habeis visto y oido, tantas limosnas: ¿pero cuantas? Este secreto, que reservó tan cuidadosamente, ocultando quanto podia de la siniestra mano lo que daba la diestra, lo descubrió por último el corto caudal que ha dejado. Un gobernador de la Havana por tiempo de cinco años y medio, virey de Méjico mas de siete, á quien á mas de los comunes crecidos sueldos de su empleo le consignó la real liberalidad en cada uno de los dos últimos años ochenta mil pesos, que gozaba una rica encomienda de su orden, no dejo mas caudal que ciento y ochenta mil pesos, aun computando el valor de sus muebles y

alhajas. Corto caudal para un virey de Nueva España; pero crecido para un virey tan desinteresado, tan caritativo, tan limosnero.

Seguid, señores, reconociendo en este tosco pequeño mapa en abreviados puntos sus cristianas virtudes: en su frugalidad verdaderamente religiosa su templanza; su justicia en la integridad y desvelo con que procuraba satisfacer y conservar los derechos de cada uno; su fortaleza en su inalterable constancia, y su prudencia en todo. ¡Quién hubiera podido, para conocer todo el mérito de su piedad, entrar á registrar su corazón en las horas enteras que empleaba preparándose para recibir el cuerpo sacramentado de Jesucristo! ¿Cómo se confundiria su humildad en el abismo de su nada, y de la grandeza del Señor que iba á recibir? ¿Cuales serian los actos de su fe? ¿Cuántos los de su caridad? Pero si este conocimiento se reserva á Dios solo, inferid su devocion piadosa de tantos cotidianos egercicios de leccion espiritual y de cristianas preces que hacia muchas noches acompañado de su familia, y de los egemplos que daba en los públicos actos de religion. Cuantas veces entró en este angusto magestuoso templo: cuantas veo ese lugar y esa silla, que

ocupaba tan digna y tan humildemente en las solemnes sagradas funciones, me parece que le estoy viendo puesto de rodillas, humillados sus ojos, respirando en su semblante veneracion y respeto á los misterios sacrosantos que aquí se celebran. Mundanos irreverentes, por no decir impios, que apenas postrais una rodilla en presencia del augusto sacramento, profanando el templo con vistas inmodestas y con conversaciones libres, mirad á Bucareli y aprended como debéis asistir á la casa de oracion y de silencio: aprended lecciones de religion y de piedad al verle en el convento de religiosas capuchinas, siempre que estaba manifiesto el Señor Sacramentado, emplear horas enteras con admiracion de todos postrado de rodillas en recogimiento y meditacion.

Virtudes tan admirables crecian mas y mas cada dia cultivadas con la devocion de Maria Santissima en su milagrosa imagen de Guadalupe, en quien, como él mismo protestaba, habia depositado su gobierno, sus cuidados, sus destinos, y lo que es mas la felicidad eterna de su alma. Ahora mas que antes debo quejarme de la brevedad del tiempo, que en un asunto por donde debia comenzar este elogio no me deja referir ni los ricos dones que pre-

sentó á su altar y á su templo; ni las visitas semanarias que hacia al santuario todos los sábados, ni aquella alegre priesa é inquietud, ajenas de su natural gravedad, que manifestaba en estos dias, levantándose antes de lo regular, diciendo lleno de regocijo á los que le acompañaban: *ea, vamos: hoy es dia de ver á la Madre Santissima de Guadalupe.* ¡Cuántas horas empleaba allí en estos y en otros muchos dias puesto de rodillas, bañado su semblante en lágrimas y su corazon en tiernos dulcissimos afectos á esta Señora! Yo no puedo explicar cuales eran; pero vi, y muchos de vosotros visteis como le rebosaba por el rostro el intimo gozo que sentia cuando hablaba ó oia hablar de la imagen guadalupana. Bastaba que un asunto condujese en algun modo á su mayor culto, para protegerle con todo el poder de su autoridad. Ilustre testimonio dieron de esto la gustosa satisfaccion con que adoptó, y los vivos prudentes esfuerzos con que promovia la noble cristiana idea de erigir en el recinto de la insigne y real colegiana de Guadalupe un convento de religiosas capuchinas. ¡Ah (así se explicaba tratando en una carta familiar este negocio) si yo fuera tan dichoso, que viera en mi tiempo practicado este designio.

La muerte que le privó de este consuelo, acaso frustraría la egecucion de pensamiento tan cristiano, si no la aseguraran los eficaces oficios de nuestro ilustrísimo prelado y la alta proteccion que debe esperarse de la cordial veneracion del sabio ministro de Indias á esta celestial y prodigiosa imagen. Mecicanos, aun cuando Bucareli no hubiera por tan poderosos títulos merecido vuestro amor, este solo, su devocion fervorosa, tierna, sólida, casi sin semejante para con este dulce portento de la América bastaria para que amarais con el mayor respeto á un virey que será conocido en los siglos venideros por el *virey guadalupano*, y que aun despues de muerto quiso que adonde habia vivido su corazon, reposara en el sitio mas humilde y hollado de todos su cadáver.

Llegué ya, señores, y ojalá me fuera licito no renovar vuestro dolor con la memoria de los últimos heróicos rasgos de su vida: llegué á aquellos momentos, no sé si diga infelices ó venturosos, en que vuestro virey comenzó á gozar los dulces frutos de la paz cristiana en una muerte egemplar y pacífica. Lejos de aquí aquella paz pagana de los que miran con indiferencia la muerte, porque no esperan una eterna vida: lejos aquella afectada tran-

quilidad de los impios y libertinos, que á fuerza de desesperar parece que no temen. Mirar la muerte con ojos serenos porque el testimonio de la propia conciencia y una firme confianza en la misericordia de Dios disipan todo nimio temor, esto llamo yo morir en paz cristiana, y así (como piadosamente creemos) murió nuestro virey. Dadme licencia para correr precipitadamente este doloroso pasage. Una inflamacion de la pleura acomete al señor Bucareli el miércoles de la semana mas santa, dia en que habia participado de los sagrados misterios de la pascua. El mal descubre desde luego su peligro, y el enfermo recibe no solo sin susto, mas aun con alegría el aviso de que es tiempo de que se prepare con el sagrado viático y se fortalezca con la santa uncion. Cuantos nos hallábamos presentes á esto tierno y religioso acto admirábamos edificadas las sinceras protestas de su fe, y la devocion y ternura con que recibió el cordero de paz. ¿Pero quién de nosotros pudo contener las lágrimas cuando, en presencia de Dios Sacramentado, bañados en llanto sus ojos, llama al confesor y en voz alta le encarga haga pública esta humilde protesta: *pido á todos que me perdonen el mal exemplo que les he dado, y las injurias*

que les hubiere hecho: yo de lo íntimo de mi corazón perdono á cuantos me hayan ofendido. Entre tanto Mégico consternada (no hay para que repetir lo que acabais de ver) daba las pruebas mas relevantes de lo que amaba á Bucareli. No hubo iglesia pública ó casa particular en donde no se ofreciesen á Dios los mas ardientes votos, para que apartara de nosotros el severo castigo que nos amenazaba. Los tiernecitos niños de la escuela andaban solícitos por las calles preguntando por el estado de la salud de su virey; la gente mas miserable, aquella que regularmente ignora aun los nombres de los vireyes, cuyo diario jornal no alcanza para alimentarla, colectaba en las plazas limosnas para hacer celebrar por su salud el sacrificio santo; las madres olvidadas del natural amor y ternura ofrecían á Dios la vida de sus hijos para redimir la de aquel que amaban como á padre comun: todos lloraban sin consuelo, y si hubo alguno que fuera insensible á tanto golpe afectaba el sentimiento, como que en aquellas circunstancias fuera delito el no sentir. Así crecían á cada instante el temor y la pena con las funestas noticias que se esparcían: los síntomas maligna que cerraba la puerta á la

esperanza; eran pronósticos ciertos de su muerte. Pero con asombro de los sabios médicos el semblante sin indicios funestos, el desembarazo de sus potencias y miembros después de ocho dias de fiebre aguda lisonjaban todavía nuestros deseos. Mas al fin Bucareli es fuerza que descanse: él conoce la cercanía del último instante, y (¡Dios de suma bondad, como sueles hacernos sensible en ciertos tiempos el dulce poder de tu gracia en la hora mas amarga!) vuelto á los asistentes les dice: *ya la muerte se acerca, vestíame, porque quiero morir lincado de rodillas; y ya que no me concedais esto por falta de fuerzas, bajadme al suelo para morir en él sobre una estera como pobre religioso.* La prudencia no permitía la ejecución, pero no quitó el mérito al sacrificio. Grandes del mundo, acercaos ahora á este lecho rodeado de ministros del Dios vivo, y ved como muere un virey justo; dije mal, ved como el justo no muere, y como libre de los tormentos de la muerte goza entre sus mismos combates la mas serena paz. Mirad como pone sobre su pecho la imagen de Cristo crucificado y exclamando con el mayor fervor: *no perdamos instantes tan preciosos, repite actos de viva fe, se acia en la esperanza y en afectos*

de caridad. La agonía se aumenta, él recoge sus últimos alientos para prorumpir en nuevos actos de virtud; pero se esfuerza, y no puede: fáltale la voz, levanta remisamente los ojos al cielo, junta devotamente las manos, y.... escuchadme el dolor de decirlo; ya lo dijo vuestro llanto, ya lo dijeron los lamentos, y lo publicaron las lágrimas de todos. No aguardéis, señores, que yo, siguiendo el comun estilo, me empeñe ahora en escitar en vuestros espíritus afectos de dolor y ternura á vista de esta inconsolable pérdida, ó que vaya á sacar de las oscuridades y horrores de un sepulcro imágenes funestas y espantosas que os hagan formar ideas de desengaño sobre la nada de la humana grandeza; no, vuestro dolor mas necesita motivos que le moderen, que razones que le estimulen; y las mas elocuentes expresiones de desengaño en estas ceremonias tal vez divierten la fantasía sin edificar el corazón. El pensamiento que desde el punto que murió el señor Bucareli me llenó de terror, y aun ahora me hace estremecer: el que yo querría que todos con la debida proporcion imprimieran altamente en sus espíritus es el que naturalmente excita una muerte que podia servir de egemplar aun á los religiosos mas austeros. Un hom-

bre criado en la delicadeza y regalo de la casa de Bucareli, un militar que siguió una carrera tan llena de honores como de peligros, un virey de Nueva España á quien le brindan los placeres, le solicitan las honras, las riquezas le buscan, gobierna sin interes, manda sin orgullo, vive en medio de una corte deliciosa en mortificación y retiro, muere en una paz dulce y cristiana; y aun despues de su muerte nos deja en su sepulcro un respetable monumento de humildad y de devoción: ¡y yo ministro del Altísimo con mas obligaciones, con menos riesgos é incentivos vivo (miserable de mi) en tibieza, huyo la mortificación, y lo arriesgo todo espuesto á una muerte inquieta y desdichada!

Dios de paz, padre de las misericordias, fomenta en nuestros espíritus los utilísimos documentos y egemplos que nos dió en vida y en muerte un virey amado: y si acaso su alma, para limpiarse de algunas escorias de la humana fragilidad, está detenida en el fuego de la purificación, recibe Señor la sangre pura del cordero que se te ha ofrecido tantas veces, las penitencias sangrientas, los votos puros y las oraciones que hasta el día te presentan por su libertad. Haz, Señor,

que aquel que amado con ternura y con respeto de los hombres mantuvo felizmente la paz de este reyno, y conservó la paz cristiana de su corazon, descanse amado eternamente de ti en la sólida y verdadera paz. el

ELOGIO FÚNEBRE

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON MATÍAS DE GALVEZ,

VIREY QUE FUÉ DE MÉJICO.

*Simplicitas iustorum dirigit eos. Proverb.
cap. 21.*

Si esta triste y religiosa ceremonia no tuviera otro fin que el de mostrar al pueblo cristiano con un documento el mas sensible la fragilidad y la nada de la humana grandeza, yo llenaria mi doloroso oficio con solo acordaros la trágica escena que poco ha se representó á nuestra vista en la muerte de un poderoso y amable principe. ¡Transformacion funesta! en que la perspectiva hermosa de magnificencia, de júbilo y de regocijo desaparece repentinamente, y se muda en la melancolica de humillacion, de tristeza y

que aquel que amado con ternura y con respeto de los hombres mantuvo felizmente la paz de este reyno, y conservó la paz cristiana de su corazon, descanse amado eternamente de ti en la sólida y verdadera paz.

ELOGIO FÚNEBRE

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON MATÍAS DE GALVEZ,

VIREY QUE FUÉ DE MÉJICO.

*Simplicitas iustorum dirigit eos. Proverb.
cap. 21.*

Si esta triste y religiosa ceremonia no tuviera otro fin que el de mostrar al pueblo cristiano con un documento el mas sensible la fragilidad y la nada de la humana grandeza, yo llenaria mi doloroso oficio con solo acordaros la trágica escena que poco ha se representó a nuestra vista en la muerte de un poderoso y amable principe. ¡Transformacion funesta! en que la perspectiva hermosa de magnificencia, de júbilo y de regocijo desaparece repentinamente, y se muda en la melancolica de humillacion, de tristeza y

de llanto. ¿Quién nos dijera en aquellos plausibles días de febrero del año próximo pasado de ochenta y cuatro, cuando nuestra ciudad era un lucido teatro donde brillaban á competencia la magnificencia y el artificio de los espectáculos festivos, cuando la nobleza y la plebe concurrían con todas las demostraciones que inspiran el placer y la fidelidad megicana ácia sus príncipes á solemnizar la entrada de su virey: quién nos dijera que ántes de nueve meses veríamos convertidos los alegres vitores en lamentos tristes, la gala en lutos y los arcos triunfales en una tumba lúgubre? ¿Quién nos dijera que en este templo, en el mismo sitio donde entonces le vimos con el cortejo mas espléndido postrarse ante el Dios de los reyes á invocar su nombre y rendirle sus homenajes religiosos, se habia de levantar hoy ese monumento de su miseria, y que esta sùnebre solemnidad, destinada á llorar su extremo abatimiento y su tránsito á la oscura region del olvido, casi vendria á ser el aniversario de aquellos dias en que pareció con mas grande pompa y lucimiento sobre la tierra? Así pasa, señores, la figura aparente del mundo, haciéndonos ver á todas horas que sus felicidades son una dé-

bil flor que en un dia nace y se marchita; que sus dignidades y empleos no tienen otro término que el pomposo aparato con que es llevado el hombre á consumirse entre los gusanos y la podredumbre; y finalmente que, mezclándose en los dias de nuestros mayores gustos la risa y el llanto, sobre las huellas aun recientes de un placer fugitivo, pone sus pesadas plantas el dolor.

Reflexiones dignas de este dia y de este lugar, y las mas conformes á aquel espíritu con que ha permitido la iglesia que en la cátedra destinada á enseñar las verdades santas se alaben unos hombres á quienes no ha marcado con el sello de la eterna felicidad. Pero si permite estos elogios para que aprendamos en la muerte de los mas grandes personajes el debido desprecio de la caduca prosperidad del siglo: tambien quiere que la memoria de sus virtudes nos aliente á imitarlos, y que publicándolas se desahogue cristianamente el dolor de su pérdida. El que sentimos hoy, y llena nuestros corazones de indecible amargura, tiene su principal motivo en lo mismo que nos aprovecha para el desengaño. Pasaron como sombra y se desvanecieron como un sueño de pocos instantes aquel feliz gobier-

no y aquel virey grande de cuyas virtudes esperaban la religion y el estado sus mayores aumentos. Unos ensayos los mas gloriosos señalados con la justicia, la equidad y el desinterés, principios que pudieran coronar dignamente los fines dichosos de otro gobierno de muchos años, lisonjaban nuestras esperanzas para hacernos sentir despues cuán infelices somos en haber perdido al que justamente nos parecia enviado de Dios para la pública felicidad. Pero si la corta duracion de su vireynato nos ha dejado penetrados del dolor mas vivo, al mismo tiempo nos ministra sólidos motivos de un cristiano consuelo el mérito de aquellas heroicas virtudes que tuvo ocultas por mucho tiempo su inclinacion á la vida privada, y que dió últimamente á conocer su destino público.

No imagineis, señores, al oír el nombre de heroicidad, tan vulgarizado en todo elogio fúnebre, que haya de ponderaros con hipéboles estudiados multitud de acciones ruidosas, ó empresas que solo por raras y extraordinarias merezcan vuestra admiracion. Los verdaderos héroes no se han de buscar fuera de si mismos: y la cristiana heroicidad solo se forma en el fondo del corazón. El mundo, que no

ve sino el hombre exterior, venera como grandes á muchos de aquellos que con la espada ó con la pluma hicieron famosos unos vicios que detesta la humanidad y reprueba la religion pura del hombre Dios. Mas á los ojos del Señor, que registra los senos mas secretos del espíritu, no hay otra grandeza sino la bondad y rectitud de corazón que hace admirables á los hombres aun en las obras pequeñas y obicuras. Los caminos torcidos y artificiosos del impio (dice Dios en el libro santo de los Proverbios) si tal vez le elevan hasta la alta cumbre de una gloria mundana, es para precipitarle al abismo de la confusion: solo aquellos pasos que van dirigidos por la sencillez y la justicia, llevan al hombre al templo de la inmortalidad: *Simplicitas justorum dirigit eos, et supplantatio peccatorum vastabit illos: Justitia simplicis dirigit viam ejus.*

No busquemos ya, señores, otro motivo de consuelo en la imponderable pérdida que lloramos, ni otra materia para un fiel elogio que nos instruya que la que ministra la sinceridad de corazón del escelenfísimo señor Don Matias de Galvez, teniente general de los reales egércitos, virey y capitán general de la Nueva España. Todos los otros relevantes ti-

tulos que harán eterna su memoria de guerrero intrépido, celoso amante del público, gobernador imparcial y desinteresado, ó son menos, ó se encierran en este solo: El *virey sincero*. La sinceridad fué su caracter en la condicion de una vida privada, y ella dirigió sus intenciones y sus pasos en el gobierno y en medio de una ilustre corte. Si yo pretendiera excusar anticipadamente los defectos de un discurso desaliñado, menos digno de vuestra presencia y del refinado gusto del siglo, me disculparia con la grandeza del asunto, superior á mis cortos talentos. Pero, sin recurrir á afectadas disculpas, me bastan para tomar sobre mí este árduo empeño los sagrados vinculos de un cordial agradecimiento, que me hacen no menos tierna y dolorosa que venerable la memoria de este hombre recto. Ni la gratitud me hará olvidar cuánto debo al ministerio de la palabra santa para no profanarla con expresiones engañosas ó lisonjeras, ni cuidaré de mas adornos que del que corresponde al elogio de un varon sencillo: esto es la sencillez y la verdad. Dios, autor de ella y de todas las gracias, se digne concederme la que necesito para el acierto. Así se lo pido humildemente por intercesion de las mas

pura de las vírgenes su amada madre Maria santísima. AVE MARIA.

Es la sinceridad el caracter mas noble de las almas grandes, y el mas precioso esmalte de las virtudes que deben adornar á un gobernador justo y benéfico. Al paso que el doblez y el astuto artificio de una viciosa disimulacion manchan y obscurecen aquel ingenuo candor del ánimo que es como un hermoso reflejo de la divinidad; el hombre (conforme á la doctrina del gran padre San Agustin) quanto mas adornado de una generosa simplicidad, tanto es mas semejante á Dios simplicísimo por esencia. Es verdad que el vulgo ignorante confunde la sencillez virtuosa con la necedad y la falta de penetracion; y una politica perversa la pone en la clase de las virtudes de almas inútiles, apocadas y fáciles de engañarse, que, ó contentas en la obscuridad, jumas aspiran á los honores, ó no son capaces de desempeñar unos altos destinos. Error pernicioso é intolerable con que se pretenden autorizar la irreligion y el vicio bajo el falso nombre de prudente sagacidad y de politica: como si al templo de la gloria solo se caminara por las sendas sombrías y obscuras de la astucia y del artificio, ó como si solo pudiera mandar á

50
los hombres el que fuera enemigo de Dios. Príncipe era Job, y tan grande que llegó á merecer que el Señor le calificara como á un hombre sin semejante sobre la tierra por la sencillez de su espíritu. *¿Considerasti seruum meum Job, quod non sit similis ei in terra:: simplex?* David, escogido de Dios para rey de su pueblo, no menos político y guerrero que sabio, honraba el trono con la sencillez de corazón confesando cuánto se complace en ella el Señor: *Scio, Deus meus, quod simplicitatem diligas, unde et ego in simplicitate cordis mei obtuli universa.* ¿Y quién no sabe que el supremo Legislador, autor de la sana política y de la verdadera prudencia, al enviar por el universo á los heróicos propagadores de la fe santa, al darles la investidura de príncipes de toda la tierra, que habian de sujetar la sabiduría y poder del siglo á las humillaciones de la cruz, les intimaba que para satisfacer á tan importante ministerio imitaran á las simples palomas? *Estote simplices sicut columbe.* Mas aunque esta generosa sinceridad no tanto es una especial y determinada virtud, quanto un fondo apacible y limpio y una como hermosa tersura de todas las virtudes con la que el hombre parece á los demas lo que es, y

51
es lo que debe ser; ella no obstante se manifiesta y se caracteriza singularmente por una sencilla sobriedad de inclinaciones y de costumbres. Un hombre dotado de corazón ingenuo, amante de la verdad y enemigo del engaño y del artificio, que en cuanto hace y en cuanto dice obra y se explica sin disimulo ni afectación, que en todos sus movimientos respira un cierto ayre de franqueza y despejo que jamas puede contrabacer el arte: un hombre en quien la bondad, la clemencia y la inclinación á hacer bien á otros parecen nativas, que contento con lo que basta á la naturaleza aborrece el fausto y la vanidad observando en todo la moderación: esto es lo que yo llamo un hombre sencillo, y este es tambien todo el diseño del retrato que pretendo formar del excelentísimo señor Galvez.

Pero permitidme que, para comenzar esta sencilla copia de sus virtudes, me aparte del comun estilo y no me detenga en representar los privilegios de un nacimiento en que no tiene parte el personal mérito; y aquellas nobles prerogativas de la sangre en que muchas veces la ilustre cuna solo sirve de hacer mas visibles las feas manchas de una vida torpe y obscura, Porque cuando yo os pusiera á la

vista un escudo en cuyos leones, torres, cruces, árboles y otros muchos blasones ilustres vierais simbolizados los méritos y heroicos servicios de las antiguas casas de Galvez, García, Madrid y Cabrera: cuando, para acordaros las grandes hazañas de las cabezas de estas baronías, recorriera las épocas mas célebres de la historia de nuestra España, y os señalara entre los ascendientes de nuestro virey ya á los invictos conquistadores de Granada, de Vélez-Málaga, de Alicante, de Santaelia y de Madrid, ya á los valerosos capitanes y soldados que derramaron su sangre en las batallas de Clavijo, de las Alpujarras y en tantas otras, en que inmortalizaron su nombre y exaltaron su religion los invencibles españoles contra la multitud y la infidelidad mahometana: ¿qué haria mas que haceros presente cuan grandes fueron y cuanto obraron los abuelos del señor Galvez? Pero este grande hombre que apreciaba mas la vida sincera que la noble cuna, en quien fueron mayores los timbres adquiridos que los heredados, que dió á su casa y su familia un lustre superior al que recibió de ella, no necesita recomendarse por la nobleza de sus antepasados, sino admirarle por la que él ha derivado en su posteridad. Bastará para

mi principal intento reflexionar que descendiendo de unas casas españolas antiguas, venerables por su valor y por la pureza de su fé, si la sangre tiene algun influjo en las inclinaciones y las costumbres, él habia heredado un corazon verdaderamente español: esto es, sencillo, franco religioso.

El generoso espíritu que le animaba y de que dió despues tan gloriosas muestras, un fondo de talentos nada vulgar, un entendimiento claro y despejado que se manifestaba en la rectitud de sus juicios, en el acierto y propiedad con que discurría aun sobre materias muy estrañas á su profesion, y en la festividad graciosa y las sales con que sazonzaba su conversacion le prometian ventajosos progresos por la carrera de las armas ó la de las letras. Las mitras y plumas, los bastones y las espadas que veia pendientes del árbol de su genealogia, eran un poderoso estímulo para alentarle á seguir alguno de aquellos dos apreciables rumbos. Pero arrastraban al señor Galvez con dulce violencia las inclinaciones de su sencillo corazon á otro género de vida el mas propio de este caracter. La corte, ese mar tempestuoso en donde el mérito y la inocencia naufragan tantas veces á los embates de la perfidia,

de la maligna astucia y de la emulacion; las inquietudes y ansias sedientas de la negociacion y el comercio, los recelos amargos, las solicitudes y adulaciones de un cortesano pretendiente y de un literato ambicioso, la disipacion y el sangriento aspecto de la campaña: todos estos rumbos, en que á cada paso se tropieza en los escollos de la ambicion, de la codicia y de otras tumultuosas pasiones, no eran acomodados al que desde luego habia resuelto dirigirse por las sendas tranquilas de la moderacion y de una sencillez frugal. En efecto él prefiere á las lisonjeras esperanzas de una fortuna espléndida vivir retirado en el cultivo de sus heredades. No os detendré ahora con una pintura poco oportuna de la vida bienaventurada de un labrador noble, ni os convidaré á que contempleis la quietud de la soledad, los ejercicios inocentes de la agricultura y las sencillas costumbres de los labradores como otros tantos incentivos y fomentos que facilitan la práctica de la virtud y el goce de sus puras delicias. Solo diré que el señor Galvez, sin aspirar á aquellos brillantes destinos que le proporcionaban desde su juventud su sangre y sus prendas, eligió una condicion de vida en que sin envidiar ni ser envidiado, lejos de enga-

ño y del artificio, no lisonjeando al poderoso, ni temiendo á un rival, sin apeteer las riquezas ni sufrir la escasez viviera para sí y para Dios cumpliendo con las obligaciones cristianas de un padre de familias.

Bien conozco que una crítica mundanal, en cuyos ojos débiles hace poca impresion una luz apacible, condenará como menos digno del elogio de un héroe este trato al parecer oscuro de la vida privada del señor Galvez. Pero yo hablo como ministro de Jesucristo, y hablo en un lugar en donde solo deben ponderarse como heróicas las virtudes propias del estado. Jamas sin un sacrilego desacato se alabará á la frente de los altares el guerrero esforzado que, cuando se gloria de haber vencido egércitos, conquistado provincias y traído como vinculadas á su espada la paz y la guerra, se desdénia ó no cuida de combatir los desórdenes domésticos de su familia y de mantener en ella una paz cristiana. Jamas en el idioma del evangelio tendrá el nombre de grande aquel que, dando leyes sobre el tribunal á los pueblos, árbitro de las diferencias y de los derechos agenos, no sabe observar en el recinto de su casa los principios de la justicia, amando con fidelidad á su esposa,

educando cristianamente á sus hijos y tratando con afabilidad y dulzura á sus criados. D. Matias de Galvez, entregado todo á las atenciones de una familia numerosa de quien va á ser un apoyo firme y como genio tutelar, camina sin ruido por las sendas de la verdadera grandeza, y se hace acreedor á las alabanzas del santuario. Marido amante y fiel, activo en el trabajo, maestro de sus hijos, amigo de sus familiares, padre de sus hermanos llena su casa de las abundantes bendiciones del cielo.

Aquí, señores, es preciso que, mudando yo de language y vosotros de idea, os ponga delante y veais con asombro allí en el retiro de Macharaviaya no ya un héroe doméstico, ni las virtudes sencillas de un hombre privado, sino las públicas ruidosas empresas de un político y un general. A la manera de un árbol robusto y fecundo que escondido en las selvas se cubre de flores y frutos que van después á esparcir su fragancia en las cortes y á sazonar las mesas espléndidas de los reyes: ó como una luz clara y activa que, por mas que se oculte, difundiendo sus rayos é ilumina á grandes distancias: el señor Galvez, padre por naturaleza de un hijo insigne, y padre por la educación, por el

consejo y por los auxilios de unos excelentes hermanos, se levanta como otro Martias á ser cabeza de una familia que ha de engrandecer á España con las armas y con la prudencia, y va á llenar de héroes á su nacion.

No es necesario deciros mas: el escrupuloso decoro de este santo puesto y de mi ministerio, de los que debo desterrar aun la sospecha mas ligera de toda lisonja; la cristiana moderacion de los personajes de que hablo no sufrirán otra alabanza que la de llamarlos dignos hijos del escelentísimo señor D. Matias de Galvez. Llegará tiempo en que la posteridad haga los elogios correspondientes á un conquistador generoso é intrepido, que á los treinta y seis años de su edad ha cortado con sus propias manos mas laureles marciales, que los que coronan las cabezas canas de otros capitanes ilustres. Acaso no faltarán entonces ingeniosos panegiristas que ponderen entre otras cosas que el gran puesto de Panzacola se denominó muchos años há la *balia de santa Maria de Galvez*; como si en su mismo renombre llevara no sé que presagio feliz de la mano que le habia de reconquistar en nuestros dias. Nuestros sucesores, sin incurrir en la nota de adulacion, publicarán con

las mayores alabanzas los vastos talentos, la elocuencia varonil y nativa, la perspicacia política, la infatigable vigilancia, el desinterés y el celo por el Soberano de un ministro sobre cuyos hombros descansa largo tiempo el grave peso de un nuevo mundo; el valor, la pericia militar y las amables dotes de otros dos, mas que hermanos, hijos del señor D. Marías. Publíquemos entre tanto nosotros que la grandeza y el mérito de esta familia es un efecto de la heroicidad laboriosa y sencilla con que se hizo admirar nuestro virey en su vida privada, y cumplimiento de aquella promesa magnífica en que Dios ofrece recompensar á los corazones sinceros con una sucesion bienaventurada: *justus qui ambulat in simplicitate sua, beatorum post se filios relinquet.*

Hombre verdaderamente grande é incomparable el que destina la Providencia para criar héroes militares y políticos. Pero no todos los hombres nacen para todo. Y á la verdad el señor Galvez en el silencio de una vida tranquila parecia mas á propósito para engrandecer á los suyos con el consejo y con el auxilio, que para emprender aquella carrera tan cercada de riesgos como de honores, que el mismo allanaba á otros. Así se hubiera creído si

este hombre sincero no sacrificara generosamente el peso de su inclinacion á la vida privada y su amor de la soledad por la obediencia á las órdenes del Soberano. ¿Y no os parece al verle en el tercio último de su vida pasar del campo á la campaña, y arrancarse del seno tranquilo de su familia para servir al público que renacen en nuestros dias los tiempos felices de los Fabricios y de los Serranos, y aquellos siglos de oro de nuestra España en que las robustas manos de los sencillos españoles se ensayaban en el cultivo de los campos á regar las campañas con la sangre enemiga de la nacion y de la fé? Yo no me puedo detener en mostrárosle desempeñando los honoros empleos del gobierno de Paso Alto en la isla de Tenerife y el de la inspeccion y comandancia general en Canarias. Contemplémosle en un punto de vista mas elevado á la frente del reyno de Goatemala como su gobernador, capitán general y presidente de su real audiencia.

La desgraciada capital de aquel reyno, destruida á la violencia de los terremotos, gemia aun sepultada bajo el triste polvo de sus ruinas cuando entró el señor Galvez á gobernarla. Una ciudad sin edificios, unos ciudadanos sin domicilio, consterna-

dos con las dificultades que preparaba la restauracion de sus casas en mejor suelo, discordes los ánimos sobre la mutacion del sitio y sobre los medios para ella: ¡qué amargas y qué peligrosos tropiezos para un nuevo gobernador! Mas en poco tiempo todo lo dirige su prudencia, todo lo facilita su celo y lo vence todo su actividad. Tranquilizados los espíritus y conformes en los dictámenes se levantó Goatemala la nueva mas hermosa despues de arruinada: formase en poco tiempo un primoroso importante acueducto á esfuerzos de la ingeniosa industria del señor Galvez: y los goatemaltecas respirarian como si nada hubieran padecido, si á las intestinas calamidades no sucediera el golpe que iba á descargar sobre su reino un enemigo formidable. El gabinete astuto de Londres, fecundo en arbitrios para adelantac su comercio, concibió muchos años ha desigmo de apoderarse del Lago de Nicaragua, promover sus establecimientos en la Costa de Honduras y abrirse un paso al mar del Sur para facilitar su suspirada negociacion del Océano Atlántico al Pacifico. A este fin establecidos en la isla de Roatan, fortalecidos en la Criva, en Mesteric y Siriboya lograron en esta última guerra apoderarse del castillo de San

Fernando de Omoa, é intentaron subir por el rio de S. Juan hasta el rio de Nicaragua. Si el tiempo me lo permitiera, ¡qué ocasion era ésta tan oportuna para haceros ver la militar destreza del señor Galvez ya en la conquista de una y ya en la recuperacion de otras de estas plazas! Ni las distancias de muchos centenares de leguas, ni lo inaccesible de las montañas y lo cenagoso de los valles, ni la destemplanza y variedad de los climas, ni la escasez de armas y viveres acobardaron ó impidieron á este invicto hombre para emprender y concluir felizmente la conquista de la isla y puerto de Roatan, la rendicion de la Criva, la defensa del Lago de Nicaragua y la restauracion de Omoa.

Cuando yo considero á este gran general caminando á largas marchas para atacar una plaza fortificada con poca tropa, con muy escasas municiones y con ninguna artilleria: cuando me le represento montando cuevas escarpadas y viniendo pantanosos valles, á pie muchas veces, y casi sin comer, sufriendo con increíble constancia los agudos dolores de una úlcera cruel que le atormentaba y que no le permitia moverse sino á costa de gran fatiga, durmiendo ó velando las no-

ches á cielo descubierto, negándose á todo descanso, hasta presentarse en un sitio inmediato al castillo de Omoa ácia donde se dirigian la artilleria y el fuego del fusil enemigo: cuando le contemplo obrando y mandando con toda la intrepidez y ardor de un soldado jóven, y con toda la madurez y tino de un viejo general, ya no me parecen incomparables y sin semejante los heróicos arrojos de un Carlos XII en Vendé, de Alejandro el Grande en el asedio de los Ojdracas y del mayor que Carlos y que Alejandro Cortes sobre las calles de nuestra Méjico. Campaña, señores, de pocos dias, desnuda de aquellas esterioridades ruidosas que se hacen admirar por el número de las tropas y por la multitud de las acciones; pero campaña que bastó por si sola á formar un héroe digno de inmortalizarse en la memoria de los siglos. Porque ¿qué le faltó? ¿O cuál de aquellas gloriosas dotes que califican á los mayores generales, no mostró Galvez en esta ocasion? ¿El valor? Pero el suyo (permittedme que así lo diga) mas que de valor, podia graduarse de temeridad, si no supieramos que cuando debe sacrificarse la vida por la gloria de la nacion y por la importancia de la empresa, ó no son valientes sino los temerarios, ó se ha de

colocar en la clase de la heroicidad una resolucion arrojada. ¿La constancia á prueba de las dificultades y los peligros? ¿Mas cuáles no toleró y superó? Dificultades en las marchas por lo inaccesible de los caminos y por la escasez de alimentos: dificultades por la falta de armas y la impericia de unas tropas bisoñas: peligros mortales de un clima enfermizo, peligros del fuego enemigo que desafia á cuerpo descubierto, y peligros de un veneno intestino que abriga en sus entrañas sin proporcion del menor antídoto ó lenitivo. ¿La prudencia? ¿Pero de qué medios no se valió para formar un pequeño útil egército aun de gentes inútiles y delincuentes? ¿La urbanidad y humanidad? No es fácil decidir si fué mas compasivo con los prisioneros y los rendidos, ó mas urbano con los generales enemigos. ¿La sagacidad? ¿Qué ardidés y qué estratagemas de aquellos que hizo honestos por necesarios el arte de la guerra, y de que en ciertos casos se vale la industria sin queja de la sinceridad, no fabricó en Omoa: ya poniendo á vista de los prisioneros variedad de uniformes de tropa veterana y miliciana, ya distribuyendo á largas distancias las caías, para que sonando en diferentes parages los toques de las oraciones y de la retreta, ima-

ginaran los sitiados que se alojaba en nuestro campo mas número de tropas del que realmente habia?

¡O y cuán cierto es que la sinceridad de un corazón fiel á Dios y á su Rey inspira muchas veces resoluciones mas prudentes y generosas, que cuantas enseña una consumada experiencia: y que en las ocasiones oportunas sabe dirigir felizmente las acciones de un general! *Simplicitas justorum dirigit eos.* La del señor Galvez en esta ocasion fué tan pura, como fué heroico su valor. ¡Con qué franqueza referia los sustos y peligros de esta campaña! ¡Con qué sincera religiosidad atribuía á una especial proteccion del cielo su victoria, confesando que habia sido superior á sus esperanzas el suceso! *Yo, señores, decia á los que iban á darle el pláceme, no venia á resusperar á Omoa, sino á morir sobre el campo de Omoa.* Con esta humilde moderacion juzgan sus hechos y los esplican los héroes sencillos. Pero un Rey justo, que conocia muy bien la importancia de esta y de las otras expediciones del señor Galvez, que libertaron al reyno de Goatemala de un enemigo cuyos ambiciosos designios aspiraban á mayores empresas, manifestó quanto apreciaba el mérito de su fiel vasallo, recompensandole no me-

nos que con el vireynato de Nueva España.

¿Y qué pensasteis, hombres artificiosos, que venerais á la politica como una divinidad pagana que habita entre las sombras; y que solo se muestra propicia á los sacrificios del engaño, de la cautela y de la cabala: cortesanos impíos, que nos pintais á la ciencia del gobierno como una arte fundada sobre ciertas máximas de artificios secretos, de oscuros proyectos y de arbitrios que solo miran al interes sin consultar á la religion, ó como una facultad que solo pueden profesar los genios astutos, diestros en afectar todos sus movimientos: qué imaginasteis cuando visteis en la capital de esta América y con las riendas del gobierno mas vasto y el mas difícil de este nuevo mundo á un hombre natural cuya sinceridad le hacia enemigo irreconciliable de todo engaño y disimulacion, y cuyo amor á la vida privada le habia tenido tantos años lejos de las cortes y de los galineros? Creisteis sin duda que en un teatro en donde por lo general estan representando unos personajes fingidos la escena del disimulo; la adulacion vestida de obsequio, la envidia de zelo, el interes propio del amor del principe: en un teatro donde las aparien-

cias engañan mas que á los espectadores á los mismos que las disponen: creistéis, vuelvo á decir, que en la corte y en el gobierno ó tropezaria en los riesgos de la primera la sinceridad del señor Galvez, ó no llenaria las árduas importantes partes del segundo. Pero jamas prevalecerán las conjeturas de una politica carnal contra los testimonios de aquel Dios sabio que nos asegura, que cuando los pasos del hombre van dirigidos por una sincera intencion colman de felicidades á los pueblos: *Simplicitas justorum dirigit eos... & in bonis justorum exultavit civitas.* Nuestro virey desempeñó con el mayor acierto las obligaciones de su alto empleo, y mantuvo su carácter sencillo en medio de la corte.

En vano me esforzaria á manifestaros en un tiempo tan corto las pruebas que dió de su feliz gobierno, si hablando delante de los mismos que le experimentaron no me reduxera á unos ligeros apuntamientos que sirvan de breves indices á vuestra memoria y á su elogio. Persuadiendo el excelentísimo Galvez á que la verdadera arte de gobernar es aquella que hace venturosos á los pueblos, á este fin dirigia sus ideas y sus providencias. La guerra y la paz, los dilatados ramos del

comercio, de la minería, de la agricultura, las atenciones de la tropa, los derechos de los particulares y tantos otros innumerables egos sobre que gira la máquina politica del estado, todos los movia ácia el término de la pública utilidad. Tan felizmente que, uniendo en si aquellos dos apreciables dotes del cielo que los romanos pedian á los dioses para sus emperadores, la bondad de Trajano y la prosperidad de Augusto, á la sinceridad de corazon de nuestro virey parece que correspondia el cielo con la felicidad de los sucesos: *Benedictione justorum exaltabitur civitas.* Como si el fuese el precursor de una paz suspirada, apenas pone el pie en esta capital recibimos la alegre nueva de haberse concluido la guerra. A él se reservaba la publicacion y distribucion del código de las nuevas leyes que reglan el real é importante cuerpo de la minería. A su providencia y sollicitud confia el Rey el grande proyecto del Banco Nacional en este reyno. En sus dias, y en vista de sus informes y representaciones dota y erige bajo su soberana proteccion la piedad de un Monarca amante de las ciencias y de sus vasallos la real Academia de San Carlos de Nueva España. Academia no menos útil que

gloriosa á nuestros nacionales, y que conservará indelebles en su memoria y en su reconocimiento los nombres de aquel insigne ciudadano á quien Dios y el amor á estos países inspiraron tan noble y ventajosa idea, y de aquel virey á cuyos injunjos se ha debido su aprobacion. Los maravillosos progresos que ha hecho desde sus tiernas cunas nos anuncian que será Médico dentro de pocos años el pais de los Bonarotas y de los Rubens, de los Velazquez y los Canos: y que ella vendrá á ser honrosa emulacion de cuantas Academias cultivan en Europa las tres nobles artes de Pintura, Arquitectura y Escultura.

¿Pero con qué manos pone el señor Galvez en arreglado movimiento los diferentes cuerpos de esta inmensa máquina? Os escitará á preveniros de admiracion para oír lo que voy á deciros, si ya antes de ahora no hubiera sido esta frecuente materia de vuestros elogios aun en las conversaciones familiares. Un hombre asaltado continuamente de agudísimos dolores de gota, agoviado con otras muchas graves y molestas enfermedades, cuando parecia que no estaba mas que para gemir en el lecho, se sostenia maravillosamente para servir en todo al gobierno y al pú-

blico. Deciais, señores, y deciais bien, que el señor Galvez todo era corazon y espíritu, ó que su espíritu, tanto mas fuerte quanto era mas sencillo, suplía los defectos de un cuerpo estenuado ya y consumido. Como si no le animara su grande alma para sentir lo que padecía, se conservaba despejada y tranquila para meditar, para acordar las providencias, y para resolver: sus manos casi inmóviles estaban espedidas para firmar: y cargado de enfermedades, que alteran al paciente, que le exasperan, y no le dejan voz sino para la queja, recibe con un semblante alegre, habla con dulzura y trata con afabilidad á cuantos le buscan. Id ahora y desafiad á la astucia mas fina y al disimulo del politico mas artificioso: id y desafiad á que en una situacion tan dolorosa afecte afabilidad y dulzura, y á que por el servicio del público *se* suene una naturaleza moribunda á sostener tareas que no sufre la salud mas robusta. Estos portentos solo los obra un corazon sincero, á quien ni las prosperidades ensobrecen, ni abaten las adversidades. Santa y admirable simplicidad tú eres el sólido fundamento de un gobierno feliz: tú la que sacrificas generosamente los propios intereses á los del público, y la que elevas el humano espíritu á un grado

de magnanimidad bienhechora adonde no pueden alcanzar ni los esfuerzos de una vana filosofía, ni los artificios todos de la política.

Es, señores, la política de artificio como aquellos ingeniosos acueductos, inventados para la diversion, en los que conducida la agua y estrechada en varios canales, por medio de ciertos artificios hidráulicos se hace subir violentamente y contra su natural gravedad. El menor cuerpo que se interponga detiene su curso, la menor quiebra del canal impide su ascenso, y todo su artificioso primor sirve mas para entretenimiento de los ojos, que para pública utilidad. Al contrario un corazon dotado de sincero candor sobre el fondo de una buena razon natural es semejante á un rio que corre libre y descubiertamente sus limpias aguas, derramadas por las campiñas y por los valles, las riegan y los fertilizan; y si tal vez se despeñan arrebatadas de su peso, lo que parece desorden es medio para el cultivo de aquellos campos ácia donde se precipitan. ¿Y no era esto, señores, lo que tantas veces admirábamos en nuestro virey? ¿Qué golpes de políticas providencias tanto mas finas y mas nobles, quanto mas naturales! ¿Qué sencilla explicacion de los principis funda-

mentales de la justicia y la equidad, en que sin el adorno de la jurisprudencia se dejaba ver el verdadero espíritu de las leyes! ¿Qué máximas de gobierno tan llenas de bondad y de celo del bien comun! ¿Qué ideas tan ajustadas á los verdaderos intereses del Soberano, vinculándolos siempre á la tranquilidad, al desahogo, al beneficio del vasallo! Los que tuvisteis la fortuna de trarle de cerca decid francamente si no admirabais muchas veces en él un especulador juicioso de la naturaleza sin filosofía, un juez justo y piadoso sin el estudio de las leyes, un gobernador prudente, y político sano sin artificio, un hombre sincero en la corte y un virey digno de que se conserve en nuestros fastos su memoria con el renombre de Don Matias de Galvez el Bueno.

Inferid ya si el que dirigido de su sinceridad llenó las muchas y graves obligaciones de un árduo empleo, sentiria disminuirse ó alterarse su sencillez entre la corrupcion de la corte y con los atractivos del mando. No, señores, jamas conoció la disimulacion y el artificio sobre su frente se leian los sentimientos de su espíritu: sus labios siempre estaban de acuerdo con su corazon; y en él solo hubo senos reservados é impenetrables para los secretos

del gobierno y para los que exigia una buena fé. Por lo demas no hablaba ni daba cidos sino al language puro de la verdad. Decia lo que sentia con franqueza, y penetraba, para deterrarlos muy lejos de sí, los disfraces con que se introduce en los palacios la adulacion. Solo en una materia supo y exerció diestramente el arte de estimular: en la distribucion de sus beneficios. Generosidad no solo superior á toda alabanza, mas que aun apenas tiene egemplar. Hacer bien sin la mira de la retribucion es una noble beneficencia: no solicitar ni aun el agradecimiento del beneficiado es mayor y mas pura virtud; pero impossibilitar hasta el reconocimiento, procurando con todo estudio ocultar el beneficio del que lo recibe, es una bondad casi no conocida entre los mortales y que tira gages de divina. Ah! si en mi lugar les fuera permitido tributar á las cenizas de este grande hombre una expresion de su agradecimiento á tantos que, habiendo experimentado los efectos de su proteccion, solo supieron la mano á que los debian ó por un incidente casual, ó porque despues de su muerte lo han publicado los depositarios del secreto; ¡qué no dirian mas con las tírnas lágrimas de unos ojos reconocidos á su insigne benefactor que con las palabras!

Peró yo á vista de este imponderable desinterés ¿qué tengo ya que ponderar de aquel otro desprecio magnánimo que hacia de las riquezas y de los honores? Frugal en su trage, en su mesa, en su trén se mostraba enemigo implacable de la ostentacion y del fausto. La frugalidad egemplar de su palacio y de su familia se hizo tan respetable, que faltaba poco para que, avergonzado el trujo, se apreciara como moda en la corte la moderacion honesta y cristiana. Humano, accesible á todos y á todas horas supo ser humilde representando á un Rey, y Rey tan grande como el de España. Dispensadme, señores, si confundiendo tantas virtudes de las que á juicio de S. Ambrosio resulta la sinceridad, y que debian elogiarse distintamente, salto al método por consultar á la brevedad. Vosotros le visteis vivir mas como un ciudadano moderado que como un virey poderoso, tratar con los inferiores mas como vecino particular que como superior, confundirse gustoso con la multitud y hablar con la familiaridad mas afable á la infima plebe saliendo á reconocer personalmente la utilissima obra del empedrado: proyecto que se debió enteramente á su industria ingeniosa para consultar á la sanidad, á la limpieza y á la her-

mosura de esta capital. Vosotros le oísteis quejarse de que le incomodaban los respetos y ceremonias de rendimiento que se tributaban á su alto caracter. Vosotros le visteis vivir sin vanidad, y le admirasteis morir pobre.

Prueba nada equívoca de que no era su moderacion un desinterés político, virtud aparente que oculta muchos vicios, que desdeña los intereses por grangearse el aplauso sacrificando á la ambicion la avaricia; ó por mejor decir, que por el rumbo de una ambicion secreta y de un falso concepto de desinterés quiere arribar al término de una codicia desmesurada. No, el señor Galvez despreciaba aun aquellos honestos medios de atesorar de que podia valerse sin ofensa del honor y de Dios. Porque decia con su genial franqueza: *á mí con los sueldos que el Rey me dá, me sobra mucho para lo poco que he de vivir: mi hijo tiene un caudal crecido en sus distinguidos empleos: á mi muger no le faltará lo necesario.* ¿Y no podré yo sin temeridad afirmar que este es uno de aquellos hombres que el autor divino del Eclesiástico buscaba para hacerle el debido elogio? Aqui, en la capital misma de la región de la plata y del oro, árbitro en cierta manera de sus riquezas, está un

hombre que lejos de solicitarlas y de correr tras de los tesoros, los aborrece, los desprecia y los huye. Este heroico desinterés pareció á aquel escritor infalible tan raro y admirable entre los mortales, que le llamó marca de un hombre bienaventurado y obrador de portentos: *Beatus: qui post aurum non abit: Quis est hic, & laudabimus eum? Fecit enim mirabilia in vita sua.* ¿Y qué mayor argumento podemos nosotros formar de las cristianas virtudes del señor Galvez? Digase ingenuamente: virey desinteresado, pobre y humilde es un milagro de la gracia y un maravilloso conjunto de grandes virtudes. Fiel á Dios, confiado en sus misericordias, amante de su infinita bondad, templado, fuerte, justo, prudente: todo esto dá á entender quien dice virey pobre y humilde. Porque ¿cómo no tendria avasallada bajo sus pies la tropa vil de los apetitos, quien llegó á ser señor de las dos pasiones que con violencia tiranizan al hombre, interés y orgullo, aun en medio de los incentivos y titulos que las fomentan y las autorizan? Pero nuestro humilde virey á la luz de la fe, que solo descubre sus misterios á los sencillos, profesor sincero de la pura religion de sus padres, viva íntima y prácticamente con-

vencido de sus sagradas máximas. De ellas aprendia que la verdadera grandeza consiste en el desprecio de sí mismo, que no hay otra riqueza, ni otra honra sólida que la eterna, y que de ésta solo participan los que observan los egemplos de humildad y pobreza de un Dios Salvador. Religion santa, ¡qué hayamos llegado á un siglo de tinieblas en que entre los mismos católicos se recomienda como virtud rara y no comun á los grandes y presumidos sabios del mundo una fe sencilla, obediente á la iglesia y á sus pastores! ¡Qué pretenda introducir ocultamente su veneno hasta el corazon sano de España una secta de hombres ignorantes y carnales, que por eximir á la naturaleza del suave yugo de la fe y de la moral de Jesucristo, la hacen esclava del infame deleite y de las groseras ilusiones de una filosofia delirante! ¡De unos hombres que, blasfemando lo que ignoran, impugnan misterios que no conocen: para quienes la piedad y la devocion son supersticion y fanatismo del pueblo bajo, la incredulidad galantería de espíritu, y la creencia de la eternidad ultrage y oprobio de la razon! ¡Qué unos hombres faltos de principios, sin caudal de letras, sin el conocimiento de la teología, de los derechos y de la historia, con quatro pa-

sages impíos y con no sé que sucias é insulsas sátiras de autores indignos aun de que se pronuncien sus nombres, se imaginen autorizados para penetrar hasta lo intimo del santuario, no hablando en sus infames corrillos y en sus tertulias sino de los dogmas sacrosantos hasta convertir los estrados de las mugeres en academias de sus sacrilegas disputas! ¡Qué se atrevan á censurar y calumniar aquella fe que enseñó el hombre Dios, que abrazó la iglesia congregada muchas veces en sus concilios, que han publicado los oráculos infalibles de los sucesores de Pedro, vicarios de Cristo!

Religion adorable, recibe en medio de tantas injurias los homenages de la fe española y católica de un virey sencillamente no ménos en su creencia, que en sus acciones y sus costumbres. España será siempre el patrimonio de la iglesia: y Galvez, como hijo de una y otra, supo conservar hasta los últimos momentos su puro depósito. Jamas se le oyó discurrir atrevidamente ni hacer materia de sus conversaciones aquellos misterios que deben venerarse con una fe ciega y humilde, y no profanarse escudriñándolos á la luz débil de la razon: practicaba piadosamente las devociones autorizadas por la tradicion y

la costumbre, creia como uno del pueblo y no se avergonzaba de parecer cristiano. Respetaba á los ungidos del Dios vivo: y ser devoto no era en su concepto debilidad de espíritu ó preocupacion de una mala crianza.

¡Ah y cuántas veces suspiraba por su amado retiro de Macharaviaya para acabar en él sus días sin otro gobierno que el de su alma, ni otro negocio que el único é importantísimo de la eternidad! ¡Cuántas veces lo solicitó con instancia de la piedad del Rey! Faltó para el deseado reposo el cumplimiento de sus deseos; pero no faltó á su heroica humildad la resolucion sin egeplar de hacer dimision del gobierno, aun cuando libre y espedito el egercicio de sus potencias se hallaba en estado de mandar. Virey singular, que vivió gobernando por obediencia, que se preparó para morir con el voluntario despojo del uso de su autoridad, y que quiso ser tratado despues de su muerte como el plebeyo más abatido.

¿Y será ahora preciso valirme de una elocuencia artificiosa para haceros ver los esfuerzos inútiles de una virtud lánguida que empieza á vivir en un corazon moribundo, y que nace entre los últimos suspiros? ¿Recurriré á aquellas pinturas me-

lanéclicas con que suelen los oradores escitar por medio de la compasion la admiracion de unos falsos héroes que reducidos á la cama de la muerte nada tienen de admirable sino su miseria? ¿Mas para qué? Si el señor Galvez fué mas digno de elogio, que de compasion en su postrera enfermedad. Fué ella, no hay duda, dilatada y penosa: un humor acre que se derrama en las entrañas, que se fija en las articulaciones, que represado y formado en varios tumores abre unas llagas ardientes y crueles, le purifica por muchos meses, y pone su virtud á prueba de varias enfermedades y de agudos dolores. Cerca de un año esta ofreciendo á Mégico un espectáculo de asombro: á un mismo tiempo Dios le acrisola en el fuego de la tribulacion, y él merece con el sufrimiento y con la accion. Padece tanto con sus achaques, como con las molestas precisas medicinas: y obra y gobierna con tanta espedicion como si nada padeciera.

Al fin desesperando ya el arte de sus auxilios, reconoce que solo alcanzan para alargarle la vida por algunos días y aumentarle con ella el mérito de su padecer. El se resigna humildemente en la divina voluntad, lava sus manchas en la sangre pura del cordero, se alimenta con su car-

ne inocente y se fortaleze para el combate último con la unción santa. Pero ¡oh grande Dios! Tranquilo entre los horrores de la muerte, su sinceridad le conserva festivo y sereno en aquellos instantes en que los crueles remordimientos de una conciencia delincente desmienten la orgullosa seguridad del impio. Ya suspira por la patria del eterno descanso, ya ofrece á Dios la víctima de su cuerpo indeciblemente atormentado, ya se esplica con donayres graciosos, sin que la cercanía de la muerte acobarde ó perturbe su sencillo espíritu. Mas ¿qué mucho? Preguntado si quiere purificarse de nuevo con las aguas de la penitencia: *sea en buena hora*, responde; *pero no tengo de que acusarme, porque por beneficio de Dios jamás he hecho mal á nadie de intento*. Confesion sincera, que no me deja ya que decir: ella es el mayor elogio del señor Galvez, y la prueba mas eficaz de la bondad de su corazón. Nada le remuerde al que á nadie hizo mal: de nada se reconoce reo, quien no es reo contra la caridad, y el interior testimonio de su conciencia le dice que por un don de Dios ha cumplido toda su ley observando aquel precepto del señor que da el lleno á todos, y que si se cumple, esto solo basta conforme al orá-

culo de San Juan: *Præceptum Domini est, & si solum fiat, sufficit.*

Lloremos ya, señores, no su muerte, sino nuestra desgracia: y no sea para nosotros ese túmulo y esta solemnidad un espectáculo de diversion y una mera ceremonia política, sino un documento de desengaños. Fué el señor Galvez guerrero esforzado, conquistador invicto, glorioso virey: fué depositario de las confianzas de un gran rey, padre de un hijo insigne, hermano de unos ministros ilustres mas que por sus empleos, por sus talentos. Mas ahora el señor Galvez es polvo, y es nada: nada es ya para el mundo, y todo el mundo es nada para él. Todo lo que fué y obtuvo en el tiempo, le sería materia de oprobio y origen de su irremediable desdicha en la eternidad á no haber sido bueno y atesorado en la sencillez del corazón aquella prenda á que está prometida la clara vista del sumo bien. Es verdad, Señor, que en vuestro adorable y tremendo juicio los vasos que parecen mas puros se manifiestan cargados de heces que deben purgarse con la actividad de un voraz fuego. Pero ya en los dias de vuestras misericordias purificasteis á nuestro virey con amargas tribulaciones y con crueles dolores. Esta suele ser una marca

de vuestros escogidos: y esto consuela nuestra justa afliccion. Por lo que á nosotros pertenece, si merecen los mas cordiales agradecimientos el zelo por el público, de quien fué en gran parte victima su vida, el desinterés con que nos gobernó, el amor con que protegió á todos sin distincion ni acepcion de personas, correspondámosle uniendo nuestros votos á los del Pontífice sagrado que acaba de ofrecer por su alma el sacrificio de espiacion: levantemos nuestros clamores hasta el trono de la piedad divina, pidámosle que la sinceridad que dirigió los pasos del escelentísimo señor Galvez en su mortal carrera, le conduzca hasta su adorable presencia, y sea mérito para que repose en eterno descanso.

SERMON PRIMERO

DE PROFESION RELIGIOSA.

Ecce nos relinimus omnia :: centuplum accipietis. Matth. cap. 19. vv. 27. et 29.

La entera y universal renuncia del mundo y de sus bienes: las magnificas promesas de la vida eterna, del glorioso ministerio de juez en el dia último de los tiempos y de los bienes todos multiplicados desde esta mortal vida: son en el Evangelio que habeis oído el caracter mas propio de un perfecto apóstol que todo lo abandona por Dios; y la amorosa dignacion de un Dios, siempre grande en sus recompensas, que todo se lo vuelve mejorado. *Todo lo hemos dejado por su amor:* asi es como se explicaban en un tiempo los amantes discípulos de Jesucristo despues de haber abandonado los bienes todos por seguirle; y asi es tambien, amada hermana mia, como usando de las mismas palabras os dirigis á vuestro celestial esposo en este dia solemne, en que determinas

de vuestros escogidos: y esto consuela nuestra justa afliccion. Por lo que á nosotros pertenece, si merecen los mas cordiales agradecimientos el zelo por el público, de quien fué en gran parte victima su vida, el desinterés con que nos gobernó, el amor con que protegió á todos sin distincion ni acepcion de personas, correspondámosle uniendo nuestros votos á los del Pontífice sagrado que acaba de ofrecer por su alma el sacrificio de espiacion: levantemos nuestros clamores hasta el trono de la piedad divina, pidámosle que la sinceridad que dirigió los pasos del escelentísimo señor Galvez en su mortal carrera, le conduzca hasta su adorable presencia, y sea mérito para que repose en eterno descanso.

SERMON PRIMERO

DE PROFESION RELIGIOSA.

Ecce nos relinimus omnia :: centuplum accipietis. Matth. cap. 19. vv. 27. et 29.

La entera y universal renuncia del mundo y de sus bienes: las magnificas promesas de la vida eterna, del glorioso ministerio de juez en el dia último de los tiempos y de los bienes todos multiplicados desde esta mortal vida: son en el Evangelio que habeis oído el caracter mas propio de un perfecto apóstol que todo lo abandona por Dios; y la amorosa dignacion de un Dios, siempre grande en sus recompensas, que todo se lo vuelve mejorado. *Todo lo hemos dejado por su amor:* asi es como se explicaban en un tiempo los amantes discípulos de Jesucristo despues de haber abandonado los bienes todos por seguirle; y asi es tambien, amada hermana mia, como usando de las mismas palabras os dirigis á vuestro celestial esposo en este dia solemne, en que determinas

teis confirmar con tres inviolables promesas vuestra generosa resolucion. Acaso al meditar profundamente toda la estrecha y penosa obligacion de esta protesta *todo lo hemos dejado*, presentándoseos como de tropel padres, hermanos, comodidades, placeres, halagueñas y dulces esperanzas de que os vais á separar para siempre, acaso penetrada de dolor llegareis como victima que tiembla y se estremece bajo el cuchillo que le amenaza á presentar vuestras votos al Señor. Pero él mismo, para que no sea así, os confirma y alienta con sus fieles y ricas promesas. No solo la vida inmortal y feliz, no solo un trono y asiento distinguido en el juicio universal al lado del supremo juez son los abundantes premios en que el Señor ofrece recompensaros: aun desde esta vida perecedera os promete volveros mejorados, aumentando ciento por uno, los mismos bienes que renunciáis. Recibireis, decia Jesucristo por San Mateo, no solo la vida eterna, sino el ciento por uno de todo lo que por mí dejásteis: *Centuplum accipietis*. Desde el presente siglo, decia por San Marcos, volveré con este prodigioso aumento los bienes todos que renunciásteis con tanta heroicidad: *Nemo est qui reliquerit domum, aut fratres, aut patrem, aut agros qui*

non accipiat centies tantum nunc in temporibus hoc.

Dejemos á una cristiana é interior meditacion el discurrir sobre aquella incomprendible bienaventuranza que el Salvador promete á los que le siguen superior á cuanto podemos explicar; y, sin penetrar hasta el abismo insondable de bienes á que no alcanzan las groseras voces del hombre, figemos solo la atencion en aquella otra anticipada felicidad con que recompensa Dios desde esta vida la renuncia de todos los bienes volviéndolos con mejorado aumento. Este es á la verdad aquel misterioso secreto de la gracia, y la vocacion religiosa que el impio condena como imaginada necedad, y en que la prudencia del siglo se pasma y se confunde sin poder comprenderle. Al tiempo mismo que el mundo admira y aplaude con elogios la acertada eleccion de una alma religiosa como un medio el mas oportuno para su eterna felicidad; mezcla á los elogios que le tributa los sentimientos mas dolorosos de compasion ácia una persona á quien contempla sepultada en un claustro para pasar el resto de sus tristes dias en una vida obscura, penosa, miserable, tegida de mortificaciones y de asperezas. Yo no he venido, amada hermana, á lison-

gear vanamente vuestra suerte disimulando y encubriendo bajo floridas apariencias de comodidades y dulzuras las punzantes espinas de que está sembrado el camino que emprendisteis; ni menos á atemorizaros y confundiros ocultándoos la felicidad que en él encontrareis. Por tanto para la comun edificación y vuestro aliento, siguiendo el espíritu del evangelio, me he propuesto el mostraros en esta mañana toda la austeridad y severa perfeccion de vuestro estado, y la incomparable felicidad que aun en esta vida le está vinculada: su penosa y severa perfeccion en la universal renuncia y despojo de las cosas todas, *reliquimus omnia*: su felicidad en la ventajosa posesion de estas mismas cosas, *centuplum accipietis*. De suerte que en el acto solemne de vuestra profesion hallareis el misterioso y secreto arbitrio de gozar sobre la tierra en esta vida los mismos bienes que despreciáis: y el medio de tenerlo todo, dexándolo todo.

Ni vos podiais haber elegido dia mas oportuno que aquel en que la memoria del glorioso Simon Stok os pone á la vista un perfecto modelo de la perfeccion y felicidad religiosa; ni yo debo dudar de los socorros de aquella madre Virgen á quien reconoce por principal autora la sagrada

orden Carmelitana. Esta Virgen purísima, que al despreciar los bienes todos de la tierra con la humilde protesta de su esclavitud mereció el anuncio dichoso de habérselos mejorado el Señor llenándola de gracia, me inspire palabras dignas del sagrado asunto que he propuesto, ayudándome á pedirselo saludándola con el ángel.
AVE MARIA.

No sé, señores, si alguna vez al leer en la historia sagrada de nuestra religion el generoso desprecio del mundo y de sí mismos en que vivieron los apóstoles santos, al traer á la memoria la celestial conducta de los fieles en los primeros siglos de la iglesia habreis, llenos de admiracion, suspirado por aquellos hermosos dias en que casi todo el mundo cristiano caminaba por la estrecha y penosa senda que habia allanado Jesucristo. Porque ¿quién no se admira al contemplar unos hombres que á la voz del Salvador que los llama, dejando sus casas y familias, abandonando sus ejercicios y empleos, sin cuidar las mas veces ni aun del preciso alimento y abrigo, sin otra riqueza que la cruz, sin aspirar á otra honra que al desprecio y abatimiento, solo procuraban negarse al mundo, á sus placeres y á sí mismos? Y mas si se refleja que en aquella era di-

chosa no se limitaba este heroico deshacimiento de las cosas á un pequeño número de personas, sino que generalmente se dejaba ver en la vida de los mas de los fieles, que estrechamente unidos con el vínculo de la caridad mas pura, animados de un solo corazón y una sola alma participaban en comun de sus bienes renunciando á las pretensiones y esperanzas del siglo. Continuos en el templo devotamente ocupados en las alabanzas del Señor, inflamados con el ejemplo reciproco de la virtud eran el ejemplo y admiracion aun de sus enemigos y perseguidores. ¡Afortunada edad! que duró solo mientras que saliendo de madre los impetuosos torrentes de los vicios, como otro universal diluvio, inundó y anegó con sus turbias aguas el delicioso y florido campo de la iglesia.

Pero cuando el mundo gemia sepultado naufragando en el espantoso mar de disolucion, al mismo tiempo se levantaban, como otras tantas arcas saludables, monasterios y casas religiosas en que se conservaban los preciosos restos de la vida apostolica procurando los santos fundadores de ellas restaurar, aun en el débil sexo de las mugeres, á pesar de su natural inconstancia y delicada complexión, el pri-

mitivo fervor de los apóstoles. Ved pues aqui, señores, el noble y soberano origen de que se derivó á la iglesia santa el instituto religioso, y el alto punto de perfeccion á que aspira su estado, no menos que á restablecer aquella entera universal renuncia del mundo que fué el glorioso distintivo de los santos apóstoles. Y á la verdad ¿qué separacion mas dura, qué mas penoso deshacimiento, qué mayor abandono que aquel en que una alma religiosa, desde los primeros pasos de su perfeccion, puede justamente esclamar: *todo lo hemos dejado: reliquimus omnia?*

Una jóven en la primavera florida de sus años; en aquella edad en que todo lo del mundo brilla y encanta: cuando las esperiencias no la han disgustado aun de sus engaños trocar las halagüeñas esperanzas del siglo por el estrecho recinto de una celda: separarse de sus padres y deudos cuando, recientes todavia las caricias que se tributan á los tiernos años, el trato mas continuo, la comunicacion mas amorosa, el amor mas vivo é inquieto hacen insufrible la breve ausencia de un dia: despreciar las riquezas por la pobreza, las sedas y delicados adornos por un tosco sayal que oprime en el verano, y en el invierno se abriga: preferir á las diversio-

nes y placeres el retiro y la soledad; á los honores y aplausos el desprecio y el abatimiento; no es la privacion mas penosa y mas dura? Añadid á esto aquella regular observancia, aquella uniformidad en los egercicios mas rigurosos, tan contraria á la naturaleza é insufrible aun en los mas alegres divertimientos, la misma casi en todos los dias, los meses y años, y no interrumpida hasta la muerte. Ayuno, ó perpetuo, ó el mas ordinario: sustento las mas veces insípido, descanso, mal dije, breve reposo sobre un duro lecho incómodo y estrecho: ocupaciones bajas y humildes: y todo esto en una serie y sucesion siempre la misma en que sin rebajar un punto se siguen unas á otras las asperezas. A la oracion el divino oficio, á éste la leccion á la leccion, la labor, á ésta el silencio: ahora las mortificaciones, despues sangrientos egercicios, sin que ni aun en las ligeras recreaciones se deje ver sino un espíritu de compuncion. ¡Melancólica y triste imagen de severidad! en que quizá creará alguno se descubre la austera perfeccion de una religiosa, y la universal renuncia del mundo. Pero nada menosi lo espuesto es bastante para decir que se ha abandonado el mundo; no para aquí, ni consiste en ello principalmente el

perfecto desasimiento de las cosas todas. Los parientes y hacienda, las riquezas, honras y placeres son cosas exteriores, tan independientes de nuestra voluntad, tan fuera de nuestro poder que no merecen llamarse nuestras. Todas estas dependen en su logro y conservacion de ageno arbitrio y están sujetas á accidentes tan varios, que sin querer nosotros podemos ser despojados de ellas. Un reves de fortuna nos quita las riquezas: la calumnia de un enemigo, ó la astucia de un competidor nos deja sin honra, la muerte nos arrebatá los deudos y amigos; y aun en medio de la mas risueña fortuna una inopinada melancolia nos turba y amarga todos los gustos. ¿Cuál, pues, sería el perfecto sacrificio de una alma religiosa en abandonar solo estos bienes que con propiedad no son suyos, y que acaso la dejarían antes que ella los dejara? Mas allá debe pasar esta separacion que la divida y aparte de lo único que tiene suyo. Quiero decir, de sus deseos, de sus afectos ó inclinaciones: esto es de aquello que el principe de los apóstoles protesta á su maestro haber dejado por su amor.

No eran, señores, los exteriores bienes del mundo de los que hablaba un apóstol que no habiendo renunciado otra cosa en

el siglo que una débil caña, unos hilos y redes despreciables, nada del mundo habia dejado. Pero negándose á los deseos de que siempre es rico el corazon, á las inclinaciones terrenas, que son nuestra infeliz herencia, á los humanos afectos y esperanzas, que en cualquiera fortuna nos lisonjean, dejó con verdad todo lo que era suyo. Estos deseos, pues, estos afectos son la principal victima que una alma religiosa debe sacrificar á las soberanas aras de su esposo. Aquí es donde luchando y combatiendo contra la carne y sangre, peleando esforzadamente contra sí misma se despoja de lo que solo es suyo. Arranca, por decirlo así, de sus mismas entrañas aquella dulce y tierna afición á aquellos á quienes debió el ser rompiendo los mas amables lazos de la naturaleza. Sin conservar para los padres y deudos, para los allegados y familiares sino un afecto comun que no inquieta y perturba, acrisolado en la fragua de la caridad, destierra de su corazon aun aquel inocente amor, cuya ternura podia disipar el espíritu, borrando hasta la memoria de sus padres y casa, segun el mismo Dios le prescribe: *obliviscere populum tuum, et domum patris tui*. Su pobreza no solo la despoja de los bienes todos, sino que, consumiendo en

ella los deseos de adquirir, lo mas preciso que tiene lo mira como ageno. Viste un toscos sayal, se sirve de ciertos precisos despreciables muebles; pero contemplándolos como agenos no tiene por suya ni la posesion en particular de lo que usa. No direis, señores, sino que el corazon religioso es una oficina celestial en que depurándose todo lo terreno y humano de los afectos, no se forman allí otros que los que se levantan hasta el cielo. Allí separada la hez de la propia estimacion las injurias y desprecios se reciben como obsequios: contumido el deseo de la comodidad la penitencia se mira como suave, como apetecibles las penas: en una palabra, ulambicados todos los afectos, arrojando la pesada tierra que los inclina ácia el suelo, no queda sino el amargo espíritu de la negacion de sí mismo. No hay reserva; amada hermana mia; no hay en esta renuncia afición privilegiada, descoexento á que perdonar, ni afecto que mirar como propio. Cualquier afecto que se reserve, la menor inclinacion que permanezca en vos mancha la victima y envilece el sacrificio. El mas ligero espíritu de independencia y libertad en un estado de dependiente sumision, el mas leve rasgo de comodidad en una vida crucificada, el

menor asomo de prosperidad en una profesion de pobreza, hace mas infeliz la suerte de una religiosa que fluctua inquieta entre el cielo y la tierra, no viviendo ni para el mundo de que se ha separado, ni para Dios á quien escasea el sacrificio. Si os parece, señores, esta la severidad mas dura y penosa, que para llenar sus obligaciones sea necesario desnudarse de la carne y la sangre, despojarse aun de la humanidad, y consumir en sí las mas dulces inclinaciones que inspira la naturaleza, yo os confieso que es así pero aun despues de todo creedme que eso no es todavia sino un ligero ensayo, y como el primer paso de la renuncia religiosa; porque al fin estos apetitos é inclinaciones, estos deseos y afectos terrenos son domésticos enemigos que presentan á una razon despejada un fondo tal, ó de malicia, ó de imperfeccion, que hace menos penosa, y aun racional y apetecible su renuncia. Pero esta aguda espada de la separacion religiosa penetra mas allá del fondo de la misma alma separándola de aquellos dos inestimables dones del Altisimo, preciosas joyas del espíritu, nobilissimo caracter del hombre, el entendimiento y la voluntad.

Si: quanto exceden estas dos nobles potencias á los otros bienes de naturaleza

ó de fortuna, tanto es esta renuncia mas difícil y amarga, pero igualmente necesaria. Muere la religiosa, segun la frase de San Pablo, para sí y para el mundo no ve, no oye, no siente, no juzga, no quiere por su arbitrio; y sin gozar en cierto modo aun de la natural vida del alma, solo vive una vida oculta en Jesucristo: *Mortui enim estis et vita vestra abscondita est in Christo Jesu.* ¿Y es esto otra cosa, decia San Juan Climaco, que sepultar la voluntad propia en la obediencia, sin tener parte en lo que se egecuta, ni lo penoso ó suave, ni lo elevado ó humillante de la obra, sino solo la voluntad del que manda? ¿Es otra cosa que abrazar con igual prontitud lo difícil y facil; lo grande y lo abatido no queriendo jamas sino lo que Dios y el superior quieren despojándose del propio querer? Que mucho si aun en las mas heroicas obras de virtud, temiendo la alma religiosa el peligroso escollo de escoger las que son mas acomodadas al genio, á la inclinacion ó al natural, ni aun en estas consulta á su propia voluntad. Si ora, no es solo porque quiere; si se affige, si se humilla, si trabaja, si descansa, no es su querer quien la conduce, hasta llegar á amar á Dios; no es tanto porque quiere, quanto por que

Dios quiere que le ame: sugetando á ageno arbitrio el impetuoso orgullo de la libertad. Al contemplar una alma casi sin voluntad, no me admiro que llegue á despojarse aun de su entendimiento; porque, como sino le tuviera, no discurre, ni duda, ni inquiere razones de lo que se le manda, por mas que una engañosa prudencia le sugiera las mas eficaces. Estraña; pero igualmente sabia politica del cielo (dice el Santo Padre San Bernardo) no tener entendimiento sino para juzgar bueno y conforme lo mandado: no discurrir sino para no examinar: no pensar sino para no inquirir, y ser toda su discrecion y prudencia no tenerla: *et hæc omnis sit ejus discretio, ut in hoc nulla sit discretio: omnis sapientia ut nulla ei sit.* Aqui si que es preciso no solo sofocar los sentimientos de humanidad sino haber renunciado los privilegios de racional. Que la misma libertad torce las cadenas que esclavizan la libertad; que las luces del entendimiento sirvan de sombras que confundan el propio juicio: esto si es dejarlo todo por Dios, la racionalidad, el querer, el discurrir; esto es parecer en su presencia una estatua ó bruto sin alma: *ut jumentum factus sum apud te, et ego semper tecum.*

Yo debia recelar justamen- si habla-

ra en presencia de un auditorio, ó menos piadoso, ó menos instruido padecer la censura de haberme esforzado á delinear, no la profesion religiosa, sino una heroica impracticable santidad, ó una quimérica imagen de virtud compuesta de monstruosas contradicciones. Una religiosa compuesta de carne y sangre sin las inclinaciones de la carne y la sangre: una alma que renuncia no solo sus bienes, sus placeres y sus afectos; pero aun su entendimiento y voluntad ¿no parece un ideal y fantástico parto de la imaginacion? Pero ¿es acaso mas que una persona que llena puntual y exactamente la estrecha obligacion religiosa dejándolo todo por Jesucristo: *reliquimus omnia*? Bien lo sabeis, señora, y vuestra generosa resolucion no se asusta al contemplaros despojada y separada de todo: y mas cuando en esta vuestra separacion y despojo habeis hallado el maravilloso arbitrio de poseer todo lo que dejais, y de adquirirlo todo con renunciarlo: *centuplum accipietis.* Porque en esta, al parecer, miseria y universal abandono está vinculado con increíbles ventajas el goce de los bienes del mundo.

Todo cuanto el mundo llama bien, todas estas imaginadas felicidades tras que corre la infaciable sed de nuestro corazon

no son bienes respecto del hombre, sino por el goce y fruicion que en ellos puede hallar. Son estos en sí mismos tan frágiles y deleznable que, quedándose fuera de nosotros, no nos hace felices sola su posesion, sino la utilidad, la alegría y la gustosa satisfaccion que de ellos nos resulta. Y bien: ¿quienes son los que al fin pueden decir que han encontrado el pequeño consuelo de estos bienes? ¿Los mundanos que los poseen, ó la alma religiosa que los ha abandonado? Sufrid, señores, que un breve cotejo de ambos estados nos demuestre en las tres clases de bienes, riquezas, honores y deleites, ésta que parece paradoxa: que solo quien los deja por Dios los goza. Porque ¿qué es un rico y opulento del mundo? Un hombre continuamente ocupado en discurrir nuevos arbitrios de adelantar; lleno de inquietos cuidados por la herencia que se disputa, por la sucesion que se litiga; siempre pendiente de las estaciones del año, de las inconstancias de los vientos y mares, de la alteracion de los comercios: todo el fruto de sus riquezas son las cautelas, los desvelos y las fatigas. Si pierde, la menor pérdida le penetra de dolor; si adquiere, no es la mayor ganancia sino materia de nuevo cuidado para conservar. ¿Qué es

un hombre en el brillo de las honras y honores? Una presa infeliz de penosas esperanzas de la nueva dignidad á que aspira: de mortales temores por no perder la que posee: de sospechosos y tristes recelos de la ruina: reducido á la servidumbre mas vil por no perder la gracia de un protector, ó por grangearse otro mas poderoso tiembla á la vista del mas débil competidor, se irrita con la mas ligera falta de atencion siempre, ó anhelando en la penosa fatiga de subir, ó temblando con el sobresalto cruel de no caer. ¿Qué es un corazon en medio de los placeres y las diversiones mundanas? Un infeliz esclavo de sus sentidos, adorador de un idolo mortal, que gime atado á la cadena que él mismo se forjó, sin alentarse á romper los grillos que le arrastran, y amando lo mismo que le consume. Paga el menor placer á trueque de infinitos pesares, y llámale el abismo de un deleite á otro abismo. Hidrópico de fantásticos gustos mientras mas bebe, es su sed mas rabiosa y ardiente. De suerte que en la desdichada posesion de estos bienes todo en el exterior brilla y encanta; opulencia, adoraciones, grandeza, obsequios, risa, donaire y regocijo; pero en lo interior no se espentan sino pesadumbres que

consumen, desvelos y fatigas que agitan, tristezas que oprimen, celos, envidias, furias que rasgan y destrozan el corazon.

Apartad, señores, los ojos de este triste espectáculo que cada día os presenta el gran teatro del mundo, y penetrad hasta la obscuridad de un claustro, y ¿en el retiro de un oratorio ó de una pobre celda qué vereis? Una religiosa cubierta de un andrajoso sayal, macilenta, estenuada que puesta á los pies de un altar, las manos enclavijadas, el rostro levantado ácia el cielo lanza tiernos suspiros, y baña con copiosas lágrimas su semblante. Pero este aparente exterior de miseria, abatimiento y tristeza ¿qué oculta? oculta un corazon que sin tener nada todo lo tiene: que todo lo posee sin poseerlo. La inconstancia de la fortuna, la desgracia de los tiempos, la esterilidad de los campos no la aflige y altera. Nada le falta porque tiene cuanto desea: tiene cuanto desea porque nada desea, ó porque no desea sino lo que tiene y careciendo de todo le sobra todo: *Nilul habentes et omnia possidentes*. Toda su grandeza se halla encerrada en la estrechez obscura de una celda, en donde el falso brillo de las honras no deslustra sus ojos cerrados para el mundo; pero teniendo bajo de sus pies los honores y aplausos

cada uno de los que deja le sirve de escalon para montar sobre ellos. Allí no suspira por otra honra que la de destruirse delante de Dios, honra que nadie puede quitarle: sus iguales no le hacen sombra: las que la escuden no le causan celos; y entre el humilde polvo del claustro arrebatada tras sí las mas rendidas veneraciones del siglo aun relajado. Lejos de aquel corazon los vivos asaltos con que por los ojos y los oidos combaten al espiritu los tumultuosos placeres del mundo, en medio del retiro goza de la libertad mas dulce exenta del tirano despotismo de las pasiones. ¿Y no es esta una riqueza sin afan y desvelos, una honra sin sobresaltos y emulaciones, y un gusto inocente libre de la amarguísima hiel que brinda el mundo en la dorada copa de sus placeres? ¿No es gozar un ciento por uno de las riquezas, honores y deleites que ha despreciado?

Yo bien veo que esta natural felicidad de una alma religiosa que ha dado abundante materia para llenar los libros de elocuentes elogios, y á la que en parte puede conducir, ó un temperamento indolente, ó un racional desengaño, es muy limitada para que á ella hubiera solo vinculado el Señor la ventajosa multiplica-

cion de los bienes que en esta vida ha prometido. Si (dice el padre S. Gerónimo esponiendo el presente evangelio) este centuplo es aun mas estimable y precioso, estos son los bienes y placeres del espíritu, es aquella serenidad y gozo que como un delicado río derrama Dios con abundancia sobre el alma religiosa; es aquella uncion espiritual y gusto interior que se difunde en ella para endulzarlo los rigores de su aspereza. Al entrar, señores, en este abismo de dulzuras, en este misterio inefable del íntimo comercio del corazón religioso con Dios, de la suavísima comunicacion de Dios y el alma, por mas que me esfuerce á explicarle ¿cómo podré expresar lo que no puedo comprender? Digase que son ciertas luces con que las verdades eternas y las divinas perfecciones se representan en el alma con tal claridad que queda poseida de ellas y (dejádmelo explicar así) como encantada: que son ciertos movimientos de amor de Dios tan dulces y tiernos que al alma fuera de sí misma absorba, arrebatada la arrastran al Señor con la mas amable violencia: que son ciertos transportes y deliquios del espíritu impetuosos y repentinos que la arrebatan hasta el cielo: que es una íntima presencia de

Dios al alma en que á cada paso se le deja ver, ya como juez á quien teme como hija; ya como legislador á quien humilde obedece; ya como padre y Salvador que como á tierno infante la estrecha dulcemente entre sus brazos: digase por último que es un secreto testimonio del espíritu que habita en ella que interiormente le dicta y manifiesta que es amada y ama á Dios, que le agrada y le sirve. Digase en hora buena todo esto; pero ¿qué se ha dicho sino expresiones confusas que dejan insondable este mar de dulzuras? Esto es hablar un lenguaje (dice la seráfica madre Santa Teresa) extranjero á la prudencia de los hijos del siglo, que reputan estos gozos por ilusiones ó efectos de una fantasia recalentada con el retiro, débil por el ayuno, y fatigada con la meditacion. Y es, decía la misma santa, que los que no han probado otros gustos que los groseros de los sentidos, blasfeman lo que ignoran, y arrastrándose como inmundos animales por el lodo, no alcanzan los misterios del espíritu.

Por tanto, señores, ya que yo no alcanzo á explicaros este interior gozo, preguntádselo á tantos dichosos habitantes de las grutas y yermos, á tantos monges

solitarios, y á tantas vírgenes contemplativas que le experimentaron; y sin volver atras á siglos retirados ¿cuántos irrefragables testimonios de este secreto podríais hallar dentro de ese religioso recinto? Y ya que el velo de la humildad y el silencio no os permite percibirlos ¡oh si estas muertas paredes, mudos testigos de los dulces suspiros, de las tiernas lágrimas, de los estáticos deliquios en que sin poder contenerse este gozo, rebosa afuera á inundar el cuerpo! ¡Oh si ellas os pudieran decir cuantas veces sus inanimadas piedras han parecido sensibles y admiradas á tanto diluvio de regocijos! Puede ser que en medio de tanta felicidad llegueis á experimentar alguna vez aquellas horas de combare, aquel tiempo de desolacion, origen de unas angustias comparables á la muerte, y aun al mismo infierno. ¿Para qué disimularos una verdad que no ignorais, y cuyo recuerdo quizá os será algun día de suma importancia? Este Dios, todo dulzuras para una alma religiosa, suele escoger ciertos tiempos en que entregándola como presa á la afliccion, á la congoja, á las mas violentas y recias turbaciones, parece que la abandona y desampara. Ella lo ha dejado todo, y ya que no puede dejar á

Dios, Dios parece que la deja para que su abandono sea mas universal. A la manera de un mar inquieto y agitado de negras tempestades, ó de una débil caña á quien la fuerza de los vientos azotándola aqui y alli juega y mueve por todas partes; así el alma en estos críticos momentos turbada con pasiones, que casi no conoce, combatida de tentaciones, que antes ignoraba, parece que ha llegado al último término de la desdicha. El mundo se le presenta bajo las ideas mas lisonjeras; sus placeres y gustos le asaltan vivamente; no halla en la práctica y observancia religiosa sino ódio y angustia; la penitencia le es amarga, enojoso el retiro; ora y no percibe sino tinieblas: busca á Dios por afuera en las exteriores prácticas de virtud, y no le halla: vuelve al fondo de su corazon, y no le encuentra, y por todas partes no trae delante de sus ojos sino espantosas imágenes de pecado que la atemorizan: gime, suspira á su esposo; pero parece que no la oye: clama al cielo; pero él se hace sordo á sus gemidos y clamores. ¿Y adónde está esta felicidad, esta inesplicable dulzura, este cien doblado de bienes con que Dios le compensa? ¿Qué hace entre tanto este Dios de beneficencia? Está puntualmen-

te acrisolando, como al oro, en el fuego de la tribulacion, este vaso para llenarle despues mas copiosamente de suaves gozos. A esta tenebrosa noche seguirá el día mas claro, y á esta desecha tempestad de angustias el iris mas hermoso de serenidad y de paz.

Mas aun no lo he dicho todo. ¿Veis, señora, toda esa desolacion, esa tormenta de sequedad, de distracciones, de tédios? Pues en estos mismos penosos momentos en que Dios parece abandonar á una alma religiosa, le está llenando el fondo del espíritu de inefabes dulzuras. Quien desde los reales en que se acampaba el pueblo de Dios hubiera visto á Moysés subir al Sinai al tiempo que con el aparato mas espantoso ardía el monte en vivas llamas, resonaba el ayre y crujía con el ruido de truenos y rayos, cubierta la region de negros espantosos humos, creeria que aquel caudillo, favorecido de Dios, habja subido á sepultarse entre las llamas. Mas no era así, en medio de relámpagos y truenos, entre el denso humo que ciega á los demas, cuando el pueblo huye asombrado á todas partes está Moysés gozando de la presencia de Dios, y habla cara á cara con el lleño de celestial alegría. No de otro modo

la alma religiosa entre los combates mas duros de su desolacion, de sus tinieblas, cuando todos la creen en la mas dura muerte del desamparo, allá en lo interior participa de gustos indecibles. Los ignora ella misma en tan desolante padecer; pero ¡oh! esclamaba el real profeta; qué bien sabes, Señor, llenar á los que te temen de inefabes dulzuras, ocultándoles el consuelo! *quam magna multitudo dulcedinis tue quam abscondisti diligentibus te:* colmas de gozos, y al mismo tiempo las ocultas y escondes: te retiras al parecer del alma, y entonces mas la favoreces. ¿Qué no pueda yo, para presentaros un fiel egemplar de esta verdad, comprender la secreta dulzura que ocupaba el corazon de la estática Teresa en aquellos veinte y dos años en que vivió abandonada á mortales desolaciones! Si entonces ignoraba su dulce tranquilidad, la conocio despues que corrido el velo de la tribulacion esclamaba absorta: *Domine, aut pati, aut mori:* Señor, ó morir ó padecer. Solas dos felicidades y glorias ama mi corazon: ó la eterna muriendo, ó entretanto aquella otra dulcísima paz que se esconde bajo la amarga corteza de la desolacion. Engañados prudentes del siglo, confesad ya á pesar vuestro que Dios tie-

ne reservados para los suyos misterios de felicidad que ignorais. Ciegos adoradores del mundo y de sus bienes, avergonzaos al ver que mientras correis tras una vana sombra de felicidad, pobres en vuestra riqueza, viles entre los honores, consumidos de disgustos entre los placeres; la alma religiosa dejando las riquezas, los placeres y honores, dejándose á sí misma goza estos bienes doblados cien veces con mejoría: *reliquimus omnia:.. centuplum accipietis.*

Pero ya es tiempo, señora, de ceder á la santa impaciencia con que suspirais por el feliz momento de vuestra profesion, y no dilatagos con mis palabras una dicha en que vuestros deseos han contado los instantes por siglos. Este santo respeto con que el pueblo cristiano asiste á esta solemne ceremonia: esa respetuosa atencion con que os admira son una táctica aprobacion de vuestra felicidad. Esas lágrimas que acaso reprimidas se asoman á los ojos de los que os aman, no son señal de triste sentimiento, sino demostracion de una santa envidia de vuestra feliz suerte. Pero á vos, señora, absorta toda en vuestro gozo, no os ocupa otra cosa sino los afectos tiernísimos hacia Dios con que os acercais á estas celestiales bo-

das. ¡Oh, Señor! qué amables son las moradas de esta tu casa, en cuyos umbrales desfallece mi espíritu: *quam dilecta tabernacula tua Domine virtutum; concupiscet et deficit anima mea in atria Domini!* Si anida gustoso el pajarillo en un cestillo de humildes pajas, y la inocente tórtola vive alegre en un estrecho nido, yo en la estrechez humilde de un claustro hallo el inefable consuelo de habitar cerca de tus divinas aras: *etenim passer invenit sibi domum et turtur nidum sibi ubi porat pullos suos: altaria tua Domine virtutum Rex meus et Deus meus.* Una y mil veces bienaventurados los que habitan tu casa preparándose para cantarte eternas alabanzas: *Beati qui habitant in domo tua Domine, in secula seculorum laudabunt te.* Así sea pues en hora buena, que inflamada de estos, ó semejantes afectos, llegueis pisando gloriosamente las pomposas vanidades del siglo á recibir la corona inmarcesible que os ha tejido vuestro esposo. El entre tanto, renovando sus promesas, de nuevo os asegura que si por seguirle lo habeis dejado todo, os lo volverá mejorado en esta mortal vida, ensayándoos con dulzuras y gozos inefables para aquel torrente de delicias que tiene preparado para los suyos en la gloria.

SERMON SEGUNDO

DE PROFESION DE RELIGIOSA.

Ne timeas, invenisti gratiam apud Deum.
 Luc. cap. 1. v. 30.

Con estas breves misteriosas palabras alentaba el arcángel San Gabriel á María turbada con el mas respetuoso temor en aquel feliz momento en que, escogida de Dios para madre suya, se oyó saludar llena de gracia, y dichosa habitacion del Altísimo. Penetrado el espíritu de la santa Virgen del mas claro conocimiento de la limitacion de su ser se contemplaba indigna de tan augusta prerogativa, y sin dudar su fe lo mismo que no alcanzaba su humildad, discurría llena de turbacion ¿cual sería el objeto de tan soberano anuncio? Manifestoselo el ministro celestial, descubriéndole aquel inefable misterio, y disipando sus temores. No temas, le decía, la dignidad que te anuncio es la mas escelsa: excede todo mérito el alto punto de grandeza á que te levanta el Señor;

pero el Padre Dios, que por un efecto de su infinito poder y misericordia quiso privilegiarte entre las criaturas todas, te ha escogido para Madre de su Hijo, y para esposa del Espíritu Santo. No temas: hallaste tú sola en sus ojos la gracia mas inestimable: *ne timeas, invenisti enim gratiam apud Deum.* ¿Y no podré yo (jóven religiosa) servirme de estas mismas palabras en este día en que eligiéndos Dios para su esposa os consagrais solemnemente al Señor en un estado no menos perfecto y santo, que austero y cercado de difíciles y penosas obligaciones? Alentada con una magnánima resolucion vais á abrazar una vida en que no se presentan al espíritu sino dificultades que turban y atemorizan. Por una parte el mundo halagüeño de que os separais para siempre; amables lazos con que os ató la sangre á vuestros padres y deudos que habeis de romper; lisonjeras esperanzas con que os brindaba la fortuna en una ilustre familia; y en una juventud floreciente que abandonais: por otra parte las penalidades y cargas propias del nuevo estado; las naturales inclinaciones del corazón de que no os desnudais en el claustro; sobre las obligaciones comunes á todo cristiano cuatro rigorosas leyes que os imponéis;

tanta variedad de penosas reglas á que os sujetais: veis ahí otros tantos motivos que os llenan de temor y de turbacion. Ellos son los que tanto acobardan á los ciegos adoradores del siglo, imaginando poco menos que impracticable la observancia religiosa, como si fuera mas difícil la salvacion al que aspira á mayor santidad, y ellos mismos han servido no pocas veces de ejercitar vuestra constancia para no dejarse llevar de estos temores. Pero no hay que temer: hallásteis en el divino acatamiento, vinculada á vuestra profesion, la gracia mas inestimable, el beneficio mas singular: *Ne timeas, invenisti enim gratiam apud Deum.*

En el gran negocio de la salvacion todo el mundo es riesgos; en el claustro todo seguridad: en el siglo todo lo dificultan las pasiones; en la religion toda la facilita la regla. Os retirais del mundo; pero en ese retiro está la seguridad: os sujetais á nuevas leyes penosas y difíciles; pero esa misma regla tan difícil y austera os hará facil la victoria de las pasiones, la perfecta observancia de la ley. Dos gracias propias del estado religioso, las que os voy á esponer para vuestro consuelo y nuestra edificacion: gracia de seguridad entre los peligros del mundo, gracia de

facilidad contra la dificultad y estorbos de las pasiones. Y para reducir la idea á una sola cláusula ella os mostrará los peligros y dificultades de la salvacion allanados y vencidos en la profesion religiosa.

Grande y soberana madre de Dios, cuya escelsa dignidad anunció el ángel en las palabras que hemos oido del santo evangelio, y bajo cuya proteccion se va á egecutar esta sagrada ceremonia, dignaos ilustrarme para que trate con la solidez y decoro debido una verdad tan cristiana y pura. Con razon debo esperar que para discutir sobre ella me ayudaréis con los socorros de la gracia. **AVR MARIA.**

Si ha habido empresas grandes y heroicas en que la prudencia del siglo haya equivocado la heroicidad con la estravagancia del genio, ó con lo imprudente el exceso de una virtud melancólica, ninguna fué entre todas mas espuesta á esta censura, que el retiro y entera separacion del mundo de los primeros maestros y profesores de la vida monástica y religiosa. Porque ¿qué máximas; mejor diré, que detestables blasfemias no vomitó contra ellos, no ya la mal cortada pluma de la *Regia*, sino la atrevida critica

de ciertos espíritus libres socorridos de una política mundana? Miraban este retiro ya como efecto de un humor desapa- cible y austero, ya de un genio tético y enemigo de la compañía. Atribuíase unas veces á cortedad de espíritus nacidos para sí solos, otras á política astuta que bus- caba en la soledad refugio contra las ad- versidades de la fortuna; y cuando me- nos, se veía con lastimosa compasión á una joven de esplendor, á una tierna doncella que á falta de esperiencia y sin saber lo que emprendía se iba á sepultar para siempre. Si Dios se sirve también acá en el siglo, si en el mundo no faltan sendas que conducen á la eterna salud ¿para qué preferir á una virtud sociable y brillante una vida oscura é inútil al estado? Así pensaba la sabiduría de los hijos del siglo; pero no discurrían así personas de todo sexo dotadas de indole suave, de genio dulce é insinuante, de superiores luces que anteponiendo al tra- to con los hombres la compañía de las fieras: á las cortes las selvas; un obscuro retiro á los mas lustrosos empleos huye- ron ó á los montes, ó á los claustros del mundo y de los hombres. Mirando con horror aquel mundo contra quien Jesu- cristo fulminó tan terribles amenazas,

contemplando cuanto aseguran su sal- vación entre sus innumerables peligros juzgaron que solo se hallaba la gracia de seguridad contra sus riesgos en la fuga. Yo no he venido, señores, ni á terrori- zar los ánimos con tristes estudiadas pon- deraciones, ni á decidir y juzgar sobre la suerte de tanta clase de personas á quie- nes su empleo y su destino, y aun la misma Providencia con utilidad y pro- vecho del resto de los demas hombres, conserva laudablemente en el siglo; pero para formaros la mas justa idea de la feliz seguridad de una alma religiosa, discur- ramos brevemente á la luz de la experien- cia qué es el mundo y cuántos sus peli- gros.

Punto primero.

¿Mas qué descubriremos en él sino un mar tempestuoso agitado continua- mente de los mas recios vientos de la malicia en que casi siempre naufraga la inocencia, y adonde á cada paso choca la virtud mas segura? ¿Qué vemos en el sino un teatro sangriento de crudos com- bates en que no se mira otra cosa sino lo que resolvieron las pasiones en el oculto gabinete del corazón, y una confusa Ba- bilonia en que cada uno habla el lengua-

ge de la inclinacion que le domina? Dejé-
monos de figuradas espresiones: es el
mundo un lugar de miserias y vicios en
que viviendo la mayor parte olvidada
de las severas máximas del evangelio no
practician otra ley que la de las inclinaciones: es un pais en que distraido el
hombre y como encantado de los bienes
perecederos en ellos emplea sus afanes,
sus desvelos, su sollicitud, como sino hu-
biera nacido para el cielo: á escepcion de
una ú otra piadosa ceremonia que se ob-
serva á ciertos tiempos, mas por uso y
costumbre que por piedad; todo el res-
to de la vida se da á las ocupaciones y
egercicios del siglo: parece que dividida
la adoracion entre otros tantos idolos cuan-
tos son nuestros viles afectos se deja al
Dios verdadero el mas despreciable altar:
en una parte todo obedece al interes: en
otra todo lo manda la ambicion: cual
tiene por su Dios al placer, y cual por su
ídolo la comodidad. Pero ¿qué mucho? si
apenas abre el hombre los ojos en el
mundo quando empieza á tropezar con
los objetos mas peligrosos, sin ver otra
cosa que lisonjeros atractivos á las pasio-
nes? La vida regalada y deliciosa, el lujo
y la vana ostentacion, las recreaciones
menos inocentes son, ó ya prebogativas

debidas á la nobleza, á la calidad y al es-
tado, ó permitidos usos y descanso de la
vida. Canoniza de esta suerte al vicio la
costumbre, pierde su horror el delito
con el egemplo, y criado el hombre con
el veneno no siente sus estragos, educa-
do entre sus lazos no reflexa sus caidas.
Quédanse en una mera especulacion las
verdades mas sagradas de nuestra religion,
y dando el mundo la ley á sus secuaces
su práctica regla autoriza las acciones. Si
el mundo quiere la mentira, el fraude la
infidelidad son habilidad y destreza de
espíritu: si él introduce correspondencias
amorosas y libres, son vinculos de la so-
ciedad civil: si prescribe las venganzas,
son honradas satisfacciones. Y si esto y
mucho mas es el mundo ¿no es preciso
que cada paso sea un tropiezo, cada lugar
un escollo, y que no se fije en él el pie
sin encontrar un precipicio?

Yo bien sé, señora, que el ponerlos á
la vista sus peligros es hablar un idioma
estraneo á vuestros oidos. Criada casi desde
la infancia en este inocente retiro [®]
abristeis los ojos á ver la seguridad antes
de haber conocido los riesgos. Pero si sir-
ve de un indecible consuelo volver atras
á mirar el peligro de que nos libertó una
mano bienhechora, bien podeis sin temor

contemplar en los errados caminos del siglo otros tantos dones de una adorable Providencia sobre vuestra conducta. Ha solido un rústico pastor descubrir desde una alta colina entre deshechas tempestades los miserables despojos de un naufragio; y cuando se estremece y tiembla al ver aquí destrozadas tablas y remos; allí esparcidas ropas y muebles; á una parte cuerpos ya muertos sobrenadando en las aguas; á otra desdichados que pelean con las ondas haciendo los últimos esfuerzos vuelve á sí mismo, y dando gracias al cielo alaba su pobre fortuna que no le ha dejado sulcar aquellos mares. Fijad, pues, de este modo desde ese alto y bien defendido alcázar del Señor la atencion en ese gran mundo que habeis huido, recorred sus estados, sus empleos, sus condiciones, y todos los vereis cercados de imponderables riesgos. Las riquezas fomentan la avaricia, y la pobreza la desesperacion: los altos honores andan rodeados de ambiciosos estímulos, y la baja fortuna de envidias amargas; todo es peligros en el comercio, y todo riesgos en el manejo público: el matrimonio se convierte muchas veces en un yugo pesado é insufrible, y cuanto avanza el trato se retira el amor: la condicion libre esciende

llamas criminales que dificilmente se apagan sin delito. Y si en todos estados opone el mundo estorbos á la virtud ¿cuántos son los que amenazan á una joven muger desde los primeros pasos de una florida juventud? Las caricias de los padres, las fáciles condescendencias con que se tratan los tiernos años la hacen orgullosa é intolerable. Cuantos son los dotes de naturaleza ó fortuna que goza, son otros tantos estímulos á la corrupcion. Adoracion de los domésticos, obsequio en los extraños van haciendo brotar las pasiones mas vivas que crecen y descuellan con las frecuentes concurrencias, con la libertad del trato, con las mundanas diversiones. En vano se confia en la paternal vigilancia ó en su piadosa inclinacion: el fuego de la edad, los fomentos del vicio, la astucia de tantos perseguidores burlarán las mas cuidadosas diligencias.

Mas ¿para qué es, señores, amontonar inducciones ni fatigarse en rellejas? Si consultamos á cada uno en particular de los mundanos, ellos nos responderán que la senda que siguen es la mas peligrosa: *ambulavimus vias difficiles*. Pero si por el contrario penetramos hasta el estrecho recinto de un claustro, allí se nos presentará una fuerte Sion á quien sirve de mu-

ro el mismo Salvador de las almas, y un lugar seguro de refugio. Como si Dios reservara sus gracias para derramarlas á manos llenas en el retiro del mundo, se sirve á cada paso en los libros santos de las figuras mas espresivas, y de los símbolos mas tiernos para darnos á conocer su ventaja. Si promete al alma hablarle vivamente al corazon y participarle santos misterios, la convida á la soledad: *ducam eam in solitudinem et loquar ad cor ejus.* Si la convida con las mas dulces y puras caricias de su amor arrebatado de su casta hermosura, la compara á una paloma escondida en las cavidades de la piedra: *columba in forminibus petrae.* Si se espresan los gemidos y tiernas oraciones de una alma penitente que suspira por la virtud, se asemeja á un pelicano solitario, ó á una ave nocturna que huye la presencia del dia y de los hombres: *similis factus sum pellicano solitudinis, factus sum sicut nycticorax in domicilio.* ¿Y qué mas claro testimonio podia darnos de esta verdad que representarnos en los cantares aquella alma santa buscando inútilmente desalada á su esposo por las calles y plazas de la ciudad hasta volverse llorosa y maltratada al huerto retirado de su dichosa habitacion? Allí es en el retiro donde, lejos de

los cuidados del siglo, se oyen las penetrantes y eficaces voces de Dios. El Señor habla en todas partes; pero no sé como confunde sus palabras el estrépito ruidoso del mundo: fuera de él en la tranquila soledad del claustro adonde quiera que se vuelva el alma está oyendo los mudos clamores con que los seres inanimados le anuncian la bondad de su Dios, le claman y vocean en el fondo del espíritu aquellas eternas verdades que el mundo ó no oye, ú oye con indiferencia. Nada confunde allí sus velos, y por consiguiente nada arrebatada y desase sus afectos. Mas, cuando las grandes revoluciones, los sucesos ruidosos, los establecimientos de la familia, las precisas distracciones del empleo casi agotan nuestro espíritu dividiéndole en tumultuarios movimientos, nada de esto perturba á una alma religiosa dueña de sus afectos para ocuparse toda en el Señor ¡feliz seguridad en donde libre de los riesgos puede volar el alma á la alta-cumbre de la virtud!

Mas que ¿es acaso esta tan propia de los claustros, es el mundo region tan infeliz que no habite tambien en él la santidad? No quiera Dios que para elogiar la vida religiosa hubiera yo de avanzar tan escandalosa temeridad. Sé muy bien

que entre sus mismos peligros ha sabido triunfar la virtud, y que entre sus tinieblas ha resplandecido no pocas veces la antorcha de las santas obras. No faltan justos entre los engañosos halagos de la hermosura, y en el dificultoso gobierno de los pueblos: ni fué solo un Daniel integérrimo defensor y sincero Nuncio de la verdad en la corte. Tiene, señores, yo lo confieso, tiene el mundo mas de una hermosa Judit que sabe triunfar en medio de la disolucion, y mugeres fuertes con la rueca y el gobierno de su familia. Ha cubierto muchas veces la púrpura excelsas virtudes, y han empuñado los cetros manos inmaculadas. Mas ¡oh, y á costa de cuantos trabajos y esfuerzos? Caminaban estos al templo de la santidad por ásperas sendas cercadas de riesgos y precipicios, y así cada paso les costaba infinitos sudores, y mil victorias cada triunfo: por eso los mas de estos místicos egemplares luego que pudieron romper los lazos que los detenian en el siglo, corrian ácia los claustros á cubrirse de un tosco sayal como si la santidad no estuviera segura entre los peligros del mundo. Y si cuantos han tenido sus deseos los pudieran imitar en la egecucion, si cuando la madurez y la esperiencia mani-

fieran los riesgos del siglo pudieran todos los hombres mudar libremente de destino; creedme, señores, que des poblándose el mundo para poblar los claustros, seria necesario volver á buscar al mismo mundo la soledad. ¡Oh si pudiéramos, leyendo á cada uno el corazon, descubrir los sentimientos que oculta una disimulada satisfaccion del propio estado! Veriamos como querian unos poder sin delito romper las estrechas cadenas de una familia, otros sin faltar al honor deponer los empleos. Se quejan unos de haber conocido tarde su arriesgada eleccion: envidian otros la suerte del mas abatido religioso, y todos sienten allá en lo mas interior no sé que tristes rezelos de cuan aventurada está su salvacion en el mundo. Con tanta razon, pues, debe adorar una alma religiosa aquella sabia Providencia que supo disponerle un camino sin estorbos y la induxo á tiempo á abrazar un estado en que tan justamente puede gloriarse que ha encontrado la gracia de una venturosa seguridad.

Ella sola bastaria para llenar su espíritu de indecible consuelo, si allí mismo en tan seguro asilo no se le presentaran nuevas dificultades para acabardarla. Porque cuando con solo separarse del mun-

do triunfó huyendo de sus peligros, lleva dentro de sí otros enemigos mas formidables en las inclinaciones del corazón que la siguen tenaces hasta el claustro. Estos son los que, en frase del Salvador del mundo, se calificaron por nuestros mayores enemigos, de tan cruel condición que cuando para los otros estorbos que impiden nuestro bien no nos intima sino la fuga; para aquellos, como domésticos inseparables, declaró la mas sangrienta guerra: *Veni separare hominem á patre et matre, et inimici hominis domestici eius*. Estos traidores compañeros del hombre que ni respetan estado, ni reconocen comunes privilegios; estos infatigables contrarios, que jamas conceden treguas, forman hasta en el sagrado retiro de la religion el campo para sus ataques. Acompañada de ellas la religiosa se encuentra casi de un golpe con una desusada y penosa vida, que presenta á la primera vista incomparables dificultades. Cuatro nuevas perfectas obligaciones vinculadas con una irrevocable promesa; una regla austera compuesta de mil rigurosas leyes, de severas instrucciones, de puntos delicados que reglan aun las acciones mas comunes de la vida: todo allí parece árido, todo acerbo: todo acobarda. Pero

no hay que temer, señora, esa regla estrecha, árdua y severa: esa difícil y penosa observancia es el medio que facilita y suaviza la difícil victoria de las pasiones. Cuanto es mayor la carga, tanto es mas ligera; y en esa aparente dificultad vais á hallar una singular gracia que os haga fácil el perfecto cumplimiento de la ley: *Ne timeas, invenisti gratiam*. Y para que no penseis, señores, que vengo á trataros extraordinarios privilegios de una gracia no comun á todo religioso, ó que voy á esponer alguna estraña paradoxa, atendedme.

Punto segundo.

Son las pasiones unas inclinaciones hijas, ó aborto desdichado de la naturaleza corrompida, ó la misma naturaleza viciada desde su origen. Nace el hombre y crece con ellas, y alimentando dentro de sus entrañas este dulce veneno tiene atadas á su propio corazón estas furias ingratas que despedazan á su mismo padre, siendo en esta intestina batalla el hombre un enemigo de sí mismo. De aquí nace la suma dificultad que aun los mayores santos han sentido en vencerlas, experimentando aquella inesplicable lucha de afectos en que apocencen lo que no aman, y aman

lo mismo que aborrecen. Como la naturaleza es el enfermo y el que se ha de aplicar la medicina huye el alivio que la incomoda: como ella misma es el enemigo y la mano que le combate, al ir á descargar el golpe se desmaya el brazo temblando de hacer una herida que tan sensiblemente le duele. Si se condesciende con ellas, nos dominan: si se les hace violencia, se irritan: en vano se procura la paz; todo ha de ser fuerza, todo combate: no hay arbitrio, ó arrancarse el corazón, ó mudar de naturaleza. Así es, señores. Pues veis ahí el suave dulce medio con que los sabios fundadores de la vida religiosa, inspirados de Dios, supieron hacer á la virtud amable doméstica de la naturaleza, y á esta que casi sin violencia fortalecida de una interior gracia mudara de inclinaciones. Para esto era forzoso que el uso y las costumbres introduciendo dulcemente la virtud fueran engendrando unas piadosas inclinaciones al paso que desterraban las perversas; que sin perder instante no hubiera momento vacío de buenas obras, para que á fuerza de no obrar sino lo justo, se desprendiese de lo prohibido: que haciendo á las pasiones imposibles en algun modo sus victorias, quitándoles de en medio los objetos de

sus deseos, ni para la avaricia hubiera bienes, ni deleites para el placer, ni preferencias para la ambicion: en una palabra, que tomando la virtud por único oficio, no dejando otra ocupacion que aspirar á la santidad llegara tiempo en que se ignoraran aun los rumbos de la malicia. Bien conocéis, señora, la suma dificultad de practicar en el mundo este arbitrio: en donde reserva Dios esta industriosa gracia de vencer facilmente las pasiones es en la religion: pero reflexad brevemente como correspondieron los sucesos á los designios.

Se trataba de vencer unos enemigos tan universales, y tan estrechamente ligados entre sí, que acometiéndonos por todas partes, la entrada de uno solo abre una puerta franca á los demas. Por tanto, ¿qué pasión hay por inocente que parezca contra cuyos engaños no aplique la regla el mas oportuno remedio? Con una renuncia de todo bien, aun de la propiedad de las cosas mas viles, os va á preservar contra la avaricia: con humillaciones mortificantes contra el orgullo; con la obediencia ciega contra el propio amor; y aun para retrenar la nativa curiosidad del sexo, ¿qué precauciones en las precisas concurrencias para el oído y

la vista? Tratábase de sujetar unos contrarios tan infatigables y desvelados, que un solo momento de tregua los rehace y los alienta; por tanto, sin perdonarse en la religion momento, sin dejar un instante solo que no lo ocupe la virtud, desde el dichoso punto de la profesion hasta los últimos suspiros se suceden sin interrupcion los mas piadosos egercicios. Ya se trata con Dios en la oracion; y ya se aprenden sus máximas en los libros santos: ya se cantan las divinas alabanzas, y ya empleadas en una honesta labor se oyen lecciones útiles: ya egercicios de humildad, y ya austeras penitencias: ni hay tiempo sin destino santo, ni hay accion que no la regle la piedad. Sobriedad en el alimento, pobreza en el vestido, celosa custodia para hablar, y aun en el descanso del sueño, para que parezcan religiosas aun cuando estan dormidas, no dejan el penoso abrigo de un hábito grosero. Por último se habian de tomar las sabias precauciones contra la astucia de unos enemigos tan diestros, que valiéndose de la accion mas ligera buscan aun en los destinos mas arreglados materia para sus asaltos: quitó por tanto la profesion religiosa su autoridad al interes, no permitiendo poseer los bienes sino en comun: certó á

la ambicion la puerta, y sin dejar á las superiores otra distincion que la de las cargas; quiso que en lo demas sean iguales la que manda y la que obedece; y aun las precisas recreaciones las arregló de suerte con la circunspeccion cristiana que, mas que descanso, parezcan alegre uso de la virtud. Veis aquí, señora, en este breve compendio de vuestro estado un camino el mas llano, una gracia que con la economia mas prudente consigue con facilidad lo que allá en el siglo despues de rigorosos esfuerzos apenas se logra. Estas mismas pasiones, tan irreconciliables enemigos, faltándoles materia para sus ataques, obgetos para sus deseos, tiempo para acometer, cansadas finalmente hacen paces con la virtud, y mudado el trage se convierten en piadosas amables inclinaciones.

Pero igualmente estais mirando en vuestra regla un edificio compuesto con tan maravillosa armonia, que una sola piedra que le falte se arruina, y cae desplomado por los suelos: un cuerpo todo corazon que adonde quiera que le hieran es la herida mortal. No hay en toda esta religiosa regla que os dirige punto que no sea de suma importancia, no hay parte que no sea del mas exacto cumplimiento.

to. Bien podemos de ella decir lo que nuestro amable Salvador enseñaba de su soberana ley: quebrantar el menor de estos consejos, mirar con desprecio la minima de las instrucciones es ocupar el último lugar á los divinos ojos en la gerarquía religiosa: *Qui solverit unum de mandatis istis minimis, minimus vocabitur.* Porque ¿qué imposta que la transgresion de alguno de estos puntos considerada en sí sea ligera, si ella corta la misteriosa cadena de esta gracia que tan facilmente sujeta las pasiones, y reduce la observancia á una insufrible dificultad? Observar la pobreza con cierto afecto de propiedad aun á los pequeños bienes, y con una estudiada limpieza y aseó que busca adorno hasta en el trage humilde: ser obediente pero conservar algun rasgo de independencia y propia voluntad con las superiores: ser puramente casta; pero fomentar no sé qué afecciones particulares sobradamente tiernas é inquietas, que hacen desear el mas continuo trato con el siglo, frecuentar sus concurrencias y gustar de su conversacion, es despertar aquellas ya casi muertas pasiones del corazon, que turbando el reposo hacen la regular observancia penoso y tirano yugo. Semejante entonces una alma religiosa (y aquellos

desconsiderados israelitas que suspirando por las groseras viandas de Egipto les era amargo é insípido: el delicioso y suave maná; encuentra dificultades y amarguras adonde Dios le preparaba la mas dulce felicidad; vuelve atras los ojos y ya le parece apacible cuanto ha renunciado, representándole el mundo bajo las mas ríscas apariencias los vanos bienes le parecen tesoros sus viles entretenimientos, gustosos sus plácemes, sus esperanzas solidas: suspira por aquella engañosa felicidad; pero en vano vuelve su corazon al recinto del claustro y no tropieza sino en disgustos: la soledad le parece escuritud, la obediencia tiranía; no halla en la oracion sino desolaciones, inquieta no descubre en la penitencia sino mortificaciones crueles, gima inconsolable, y dividida entre Dios y el mundo es presa de los mas tristes desconsuelos. *Upe, ubi*

Pero quitad, señora, de vuestra imaginacion esa representacion sin objeto; ese retrato que por dicha nuestra no tiene original, y ocupe toda vuestra admiracion la venturosa felicidad que por el contrario asegura á una alma religiosa la puntual observancia de su regla. Señora de unas pasiones que despues de vencidas le ce servir á los designios de su

instituto, camina sin estorbo, no ya de grado en grado, sino de cumbre en cumbre á lo mas elevado y escelsó de las virtudes. No solo guarda la pobreza, sino que aborreciendo las riquezas aprecia por el mayor tesoro no tenerlas: no solo es humilde y obediente, mas llega á tener por su mayor honor el abatimiento y la sujecion. Sin que la edad ni por tierna, ni por anciana, ni la debilidad del temperamento, ni la delicadeza del sexo, ó la retraigan ó acobarden; su alimento es el ayuno, su conversacion la oracion, sus placeres la penitencia. ¿Qué hay que admirarse? Mudó en cierto modo de naturaleza en la religion: la práctica de su sabia regla le hizo inclinaciones del alma las virtudes obrando esta maravillosa transformacion aquellas menudisimas prácticas, aquellos no interrumpidos usos de piedad, aquellos que tal vez parecian, ó fervores desreglados de la devocion, ó imprudentes excesos de una santidad principiante. ¿Y hasta qué grado no llegaron por este medio tantos religiosos que se habian facilitado de modo la victoria de sus pasiones que no hallaban en la culpa sino penoso fastidio; porque como si no tuvieran carne y sangre, ó fueran de otra naturaleza, les era carga pesada una el

preciso alimento y el sueño, porque les interrumpia el uso de sus virtudes? Así vivian los Efnenes y los Antonios, los Agustinos y Bernardos, modelos unos de la vida solitaria, y otros de la religiosa observancia. Así una Brigida, una Isabel, una Teresa y tantas otras felices testigos de esta felicidad: nada temian, ni perturbaba su espíritu; habian huído con el retiro los peligros de afuera; libres ya de las pasiones con la observancia de una regla que habia hecho doméstica la virtud, como sereno olimpo adonde no llegan las tempestades, gozaban una seguridad sin riesgo, una felicidad de obrar santamente sin estorbos.

¿Y temereis vos, señora? ¿habrá cosa que turbe vuestro corazon en este feliz día en que habeis hallado en la presencia de vuestro esposo esta doble gracia, estos dos inestimables beneficios? Pero ¿qué podeis temer ni que habrá que turbe vuestro espíritu, cuando anegado en un torrente de dulzuras llegó ya el término porque tanto habeis suspirado? Los honores, las riquezas, los placeres que sirven en el mundo de peligrosos lazos á la virtud, os servirán á vos cuando tan generosamente los habeis puesto á vuestros pies de brillantes tronos por donde podeis

montar hasta el mas elevado asiento de la santidad. Esa regla estrecha y severa será espaciosa senda que os conducirá hasta el cielo; esos preceptos austeros y rigurosos tesoros mas ricos que el oro y preciosas piedras, y mas dulces y suaves que la sabrosa miel. Por último, volved los ojos á ese virginal retiro que ha de ser vuestra habitacion hasta la muerte, y cuando el mundo gime oprimido de la disimulacion, de la discordia, de la desdicha, allí vereis reinar una concordia amable, una segura paz suavizándolo todo un espíritu, una regla y un fin: *Quam bonum et jucundum habitare fratres in unum.* Bañadas aqui las almas consagradas á Dios con el aceite precioso de la gracia todo les es facil y suave: *Sicut unguentum quod descendit in barbam Aaron.* Aqui ha deramado Dios sus bendiciones, y una tranquila vida libre de temores: *Quoniam illic mandavit Deus benedictionem et vitam in seculum.* Tanto como esto encierran esas dos gracias de seguridad y facilidad que habeis conseguido en el estado religioso, prendas con que podeis prometeros una eterna gloria.

SERMON TERCERO

DE PROFESION RELIGIOSA.

Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit et fecit redemptionem plebis sue.
Luc. cap. i. v. 68.

Un profeta grande que nace con el alto destino de precursor de Jesucristo: un solitario contemplativo que ha de unir en su persona la inocencia mas pura con la penitencia mas austera: un niño santo antes que nacido en cuyo nacimiento comienzan á manifestarse los soberanos misterios de nuestra redencion, es el dia de hoy el asunto de las maravillas del cielo, el pasmo y asombro de la tierra, y el objeto de la veneracion y los cultos de la Iglesia santa. Acercábase ya el feliz tiempo en que un Dios humillado y abarido habia de redimir al mundo, y publicar el mismo una ley estrecha y severa: y Juan habia de ser el elocuente predicador que el Señor enviara delante de sí para anunciar la penitencia. Interesábase

montar hasta el mas elevado asiento de la santidad. Esa regla estrecha y severa será espaciosa senda que os conducirá hasta el cielo; esos preceptos austeros y rigurosos tesoros mas ricos que el oro y preciosas piedras, y mas dulces y suaves que la sabrosa miel. Por último, volved los ojos á ese virginal retiro que ha de ser vuestra habitacion hasta la muerte, y cuando el mundo gime oprimido de la disimulacion, de la discordia, de la desdicha, allí vereis reinar una concordia amable, una segura paz suavizándolo todo un espíritu, una regla y un fin: *Quam bonum et jucundum habitare fratres in unum.* Bañadas aqui las almas consagradas á Dios con el aceite precioso de la gracia todo les es facil y suave: *Sicut unguentum quod descendit in barbam Aaron.* Aqui ha deramado Dios sus bendiciones, y una tranquila vida libre de temores: *Quoniam illic mandavit Deus benedictionem et vitam in seculum.* Tanto como esto encierren esas dos gracias de seguridad y facilidad que habeis conseguido en el estado religioso, prendas con que podeis prometeros una eterna gloria.

SERMON TERCERO

DE PROFESION RELIGIOSA.

Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit et fecit redemptionem plebis sue.
Luc. cap. i. v. 68.

Un profeta grande que nace con el alto destino de precursor de Jesucristo: un solitario contemplativo que ha de unir en su persona la inocencia mas pura con la penitencia mas austera: un niño santo antes que nacido en cuyo nacimiento comienzan á manifestarse los soberanos misterios de nuestra redencion, es el dia de hoy el asunto de las maravillas del cielo, el pasmo y asombro de la tierra, y el objeto de la veneracion y los cultos de la Iglesia santa. Acercábase ya el feliz tiempo en que un Dios humillado y abarido habia de redimir al mundo, y publicar el mismo una ley estrecha y severa: y Juan habia de ser el elocuente predicador que el Señor enviara delante de sí para anunciar la penitencia. Interesábase

mucho el cielo en el nacimiento de este santo hombre para que nos diera en él la mano omnipotente las mas raras muestras de su poder. La estéril anciana Isabel con la no esperada fecundidad de madre, el padre mudo con el uso espedito de la lengua, el misterioso nombre de Juan dictado por el espíritu del Señor pronosticaban desde entonces los gloriosos fines del nacimiento del Bautista. Pero quando todos á vista de tan grandes portentos se llenaban de admiracion y de espanto, el dichoso viejo Zacarias, atento solo al inefable beneficio de nuestra redencion, penetrado de los mas tiernos sentimientos prorumpia casi fuera de sí: bendito el Señor Dios de Israel que así se digna redimir y favorecer á su pueblo: *Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit et fecit redemptionem plebis suae.*

Ved pues, señores, en estas palabras el feliz anuncio de aquella libertad que tanto escandalizó al carnal y grosero Judaismo que, anhelando solo á una gloria mundana y perecedera, falsamente preocupado de un Mesias temporal no quiso entender la verdadera libertad de los hijos de Jesucristo. Venia el Unigénito del padre á redimirnos y libertarnos; pero con una libertad penosa á la carne y á la

sangre que por medio de la ley soberana sujetara é hiciera la mas dura violencia á nuestra corrompida naturaleza. Venia á favorecerernos; pero enseñándonos con su doctrina y con su vida una severa profesion de mortificaciones y asperezas. Esta es aquella irrefragable verdad de que persuadido el Bautista huyó hasta los desiertos para practicar la vida mas austera: esta la máxima fundamental del cristianismo que ha poblado las selvas y los claustros de penitentes solitarios y religiosos: y ella misma la que ha hecho formar á esta religiosa jóven la generosa resolucion á cuya solemnidad habeis concurrido en esta mañana. Muriendo hoy para el mundo nace, en cierto modo, para el cielo: y mientras que vosotros, como en otro tiempo los deudos y los vecinos de Juan, no podeis contener los varios afectos de admiracion y asombro que arrebatan vuestros corazones; ella ocupada únicamente de los beneficios del Señor comienza ya á sentir aquella dichosa libertad con que Dios sabe redimir á los suyos de la penosa carga de la ley, y visitarlos con inesplicables dulzuras: *Visitavit et fecit redemptionem.* Pero esto es, señores, lo que no alcanzan nuestras limitadas luces. Una libertad que se afiance en la

sujecion, y una ley que se aligero con la carga, un dulce placer vinculado á la mortificacion es un arcano que el mundo, ó no entiende, ó oye siempre con disgusto como que él es una tácita reprehension de sus costumbres. Yo creia, quando en otras dos veces que he tenido el honor de hablar del estado religioso me he esforzado á manifestar sus ventajas, ya por la feliz posesion de los bienes mismos que renuncian, ya por la seguridad y facilidad con que en la religion se vencen los peligros y se sujetan las pasiones; creia, digo, que habia espuesto los motivos mas poderosos para formar un justo concepto de la escelencia de la profesion religiosa; pero conozco que aun quando el mundo conuenga en esta feliz posesion y seguridad de una alma en la religion, una virtud tímida y cobarde con pretexto de piedad sugiere nuevos aparentes motivos de horrorizarse de un estado en que sobre las comunes leyes de un cristiano se añaden otras nuevas con los votos; y á la comun severidad y austeridad del cristianismo una especial profesion de penitencia. Por tanto en este día para gloria de un Dios singularmente admirable en sus esposas, y para consuelo de estas mismas he querido mostraros que el estado religioso es

el mas privilegiado de Dios por dos razones. El es un estado en que la misma obligacion y carga de los votos hace ligera la ley pesada para el mundo, y un estado en que la mortificacion y aspereza es dulce y amable. Comprendad, pues, toda mi idea en estos dos puntos: en la religion la ley es mas ligera; porque la carga de las obligaciones es mayor: la vida es mas dulce; por lo mismo que parece mas mortificada.

El espíritu del Señor que dió toda la fuerza á la elocuente voz predicadora de penitencia del Bautista me inspire y me ilumine por la intercesion de su esposa purísima, fuente de toda gracia. Ayudadme á pedirselo saludándola con el ángel.
AVE MARIA

Una ley soberana que para avasallar los apetitos á la razon declara una implacable guerra á la carne y á la sangre; una ley severa y estrecha que para establecer la verdadera libertad del espíritu por medio de la cruz y la mortificacion, obliga al hombre á negarse á sí mismo, es el dichoso yugo que el Redentor del mundo vino á imponer á los suyos librándolos quando mas estrechamente los sujetaba. Ley universal que sin distincion de personas y de sexos, de empleos ó calidades

obliga á todos sin admitir dispensas, ni permitir relajaciones. No hay prerogativa que exima de una ley que igualmente hace resonar sus amenazas y sus promesas en los soberbios palacios y en las humildes chozas: ni privilegio que exceptúe de un vínculo que ata no menos las manos que empuñan el real cetro, que las que atrastran el pobre arado. Pero al par que universal, ley no menos dura, penosa y amarga segun la carne. Si, señores, por mas que queramos fabricarnos un sistema de religion á la moda que condescienda con nuestras pasiones; por mas que estudiemos en buscar interpretaciones á la ley que favorezcan nuestros desórdenes, jamas podrán concordarse la comodidad, el fausto, el placer con el verdadero espíritu de la ley de Jesucristo. Abrid el evangelio, y en cada linea hallareis cruces, mortificaciones, asperezas, semejanzas y ejemplos espantosos que llenan de un santo horror. Ya es la ley de Dios un cuchillo agudo y penetrante que hiere, que destroza, que se entra á dividir el alma y el espíritu; ya fuego que abrasa, que devora y consume las mas fuertes inclinaciones: ya camino estrecho cercado de riesgos y peligros en que el menor deslíz es un tropiezo, y el mas ligero descuido

principio que arrastra al precipicio. Pero ¿quién creyera que esta verdad tan formidable para el mundo tibio y relajado fuera al mismo tiempo el mas fuerte pretexto con que una piedad cobarde se disculpa para mirar con horror y con miedo el estado religioso? Si es tan severa (asi se discurre comunmente) la ley para todos, si sus cargas son tan penosas ¿á qué grado no llegará la sujecion y carga de una religiosa que lleva sobre sí, á mas de las comunes leyes, muchas otras particulares y estrechas en los solemnes votos y en tantas reglas y preceptos de su instituto? ¿Qué carga mas pesada que la de un estado en que casi á cada movimiento, á cada accion, en el menor deseo amenazan y asustan las negras sombras del pecado? Motivo justo en la apariencia; pero tan engañoso y falso, que antes por el contrario él es la raiz de la feliz libertad de una alma religiosa, á quien las nuevas obligaciones y los votos aligeran la carga de la ley pesada para el mundo.

Punto primero.

Porque no son, señores, los preceptos de una ley piadosa, justa, la mas conforme á razon, los que como carga inmensa

oprimen y agovian el espíritu de los mundanos, no: la violencia de nuestros afectos que nos llevan ácia lo prohibido, los obgetos encantadores que nos cercan son otros tantos lazos que arrastrándonos al término opuesto de la ley hacen tan pesado el yugo del Señor. Gemimos bajo el insoportable peso de placeres que nos inquietan, de cuidados que nos alligen, de pretensiones que nos distraen, y oprimidos con tantas cargas, que nos impone el apetito, la mas ligera de las leyes nos parece pesada. Yo os lo confieso: dura cosa es cerrar humildemente los ojos y los oídos á la ambicion quando nos deslumbra el brillo lucido de las honras, y quando por todas partes suenan á nuestros oídos las lisonjeras voces del aplauso y la adulacion. Carga es pesada trabajar continuamente en preservar el corazon del contagio de los placeres quando por todos los sentidos se introduce el dulce veneno de los deleites. Dificultad la mas penosa llevar sobre si el grave peso de las riquezas, anhelar por conservarlas y adelantarlas sin que el grueso hunto de ellas tizne y manche nuestros espíritus. Mas una religiosa, como aquella muger del Apocalipsis á quien para huir al desierto del dragon que la perseguia se le dieron dos pesadas

alas de águila corpulenta, ni siente el peso ni se agovia con la carga de la ley. Peso son á la verdad, y carga los estrechos votos y obligaciones de la religion; pero peso de alas que la hacen remontarse ligeramente hasta la cumbre mas elevada de la ley. Porque: ¿qué poco tiene que afanar para humillarse el espíritu con el abatimiento, y el desprecio, la que tiene muy lejos de si el mentiroso hechizo de los honores y los aplausos? ¿Qué ligera es preciso que le parezca la ley que ordena la pobreza de espíritu á la que lo dejó todo en tal grado que ni se le permite poseer, ni se le hace gravoso el no tener, porque de nada le sirven las riquezas? ¿Qué dulcemente llevará sobre si la amarga ley que prohíbe los deleites criminales quien ni ve, ni oye, ni gusta, ni trata con obgetos que fomentan los placeres hasta negarse á los mas inocentes y permitidos? Esto es no obstante, señores, no lo negaré, lo que parece la carga mas insufrible de una religiosa, y que casi llega á tocar en una obligacion cruel é insoportable. Tal es si á primera vista privarse aun de aquello que Dios y la naturaleza han concedido, renunciar aun los derechos mas justos y honestos, y huyendo de la culpa encontrar por todas

partes aun en las acciones mas menudas y por sí indiferentes si se desliza materia de pecado. Es así, jóven religiosa; estrechásteis hasta el extremo los lazos de la profesion cristiana: lo último de la perfeccion evangélica es vuestra vocacion y vuestro destino; é imponiéndos leyes nuevas sobre las que Dios os prescribe al paso que evitais los riesgos aumentais las obligaciones de no caer. Lo que para otros es honesto y justo, para vos es injusto y vedado: á vos se os prohíbe enteramente lo que á otros, ó se concede, ó se permite; á vos se os manda lo que á otros solo se aconseja. A los demas les intima la ley un amor ordenado á sus padres y amigos: y el vuestro le regla de tal suerte que casi habeis de olvidaros de los mismos que os dieron el sér. Manda á los otros que no se ensoberbezcan con las honras cuyo goce les permite; y de vos solo quiere que anheleis al desprecio, y os glorieis en el abatimiento. Son permitidos en el mundo ciertos placeres y gustos moderados; para vos no hay mas placer que la cruz y la penitencia. Se concede en el siglo un uso cristiano de las riquezas; en vuestra religion se desterraron con la propiedad de los bienes aun los agradables nombres de *mío* & *tuyo*.

¿Veis, señores, esta severidad de preceptos, este sumo peso de la carga, esta aparente crueldad? Pues no es todo sino una sabia industria para aligerar el yugo de la ley. Culparia sin duda el menos advertido como grosero error, enemigo del cultivo, y no es sino industria ingeniosa la de aquel jardinero que con la hoz en la mano corta, divide y despedaza una frondosa vid cuando ésta se deja ver mas pomposa y floreciente cargada de hojas y de ramas. Cuando su hermosura alegra la vista y su frondosidad franquea una apacible sombra la corta y la destroza: y arrojando por los suelos sus ramas y sus hojas no deja en ella sino un tronco desnudo, sin verdor é inútil al parecer; pero esta es una de aquellas invenciones provechosas del arte para que no divirtiéndose inútilmente el jugo en las ramas, ocurriendo todo al corazon de la vid pueda hacerla descollar, crecer y producir copiosos frutos. ¿Y cuál otra, señores, es la causa de que desfalleciendo el espíritu no halle en sí vigor ni aliento para llevar la justa carga de la ley, sino que disipado el jugo de nuestro corazon en infinita variedad de afectos, divirtiendo á otra parte nuestros deseos, sufocando las santas resoluciones, como algunos árboles de

otoño, jamas llegamos á sazonar nuestros propósitos? ¿Y no es esta la comun materia de nuestras quejas? ¿Cuántas veces en ciertos felices momentos de desengaño y de disgusto del mundo, cuando parecia que ya íbamos á dar el último paso en la reforma de la vida nos quejamos de que á pesar de nuestros deseos no le dejaron al corazon ni vigor, ni esfuerzo para la ejecución la familia y el empleo, las ocupaciones y los negocios? Mil veces por el contrario segur dichosa la de la religion que cortando con los votos las inútiles ramas de los cuidados terrenos cuando parece el alma un tronco despedazado, desnudo, destrozado es árbol jugoso, fuerte y fecundo de sazonados frutos de virtud cortados de un solo golpe por la raíz con la resolucion mas heroica los amables; pero pesados ramos de los afectos. Padres, deudos, riquezas, honores, esperanzas, nada disipa su espíritu, ni distrae su corazon, y aplicando todo su esfuerzo en observar la ley su empleo es la virtud, su cuidado la perfeccion, la santidad su único empeño, su trato con Dios solo, su conversacion en los cielos. A vista de esto á nadie parecerá temeridad el creer que si en el mundo, segun la amenaza de Jesucristo, es neces-

rio que el horroroso estrago del escándalo atropelle su ley; en la religion la aligeran de suerte las sagradas obligaciones que es en cierto modo necesaria la virtud. Si, esclama absorto el gran padre S. Agustin ¡*Felix necessitas que in meliora compellit!* Venturosa necesidad la que impone la carga de la religion que impele, y que casi no deja libertad para no ser santo! Necesidad tanto mas suave cuanto ella tiene por origen la propia voluntad, y por raíz una voluntaria sujecion.

No es facil ponderar cuan celoso es el corazon humano de su libertad, y quanto le domina el ciego amor de la independencia. Como es el movíl que gobierna y anima las mas de sus pasiones, enemigo siempre de toda sujecion, las mas dulces obligaciones dimanadas de otra voluntad le parecen amargas, y los vinculos mas estrechos que le impone su gusto ligeros y suaves. Basta que se nos prohiba una cosa para imaginarla aperecible. Basta que se nos mande para que nos parezca difícil. Y cuando el mas ligero golpe de agena mano nos duele como sensible herida; el que descarga la propia nos lisonjea como halago. No extrañeis que poseido el espíritu de un mundano de este secreto orgullo encuentre la carga mas

penosa en una ley racional inspirada por la misma naturaleza; pero que contempla como una forzosa obligacion que á su pesar le estrecha. El, como víctima que tiembla y se estremece á vista del cuchillo, llega gimiendo hasta las aras á sacrificar sus inclinaciones, y arrastrando el yugo de los preceptos que no puede arrojar de sí, luchando en su interior la propia voluntad y la obligacion, aun cuando se horroriza y teme quebrantarla quisiera que no hubiera ley para satisfacer sus deseos. ¡Independencia no solo peligrosa, pero criminal! ¡libertad funesta hija del orgullo y de la soberbia! Pero Dios que sabe rectificar y ordenar las naturales pasiones para que sirvan á la virtud, forma tambien aun de los mismos achaques y defectos de la naturaleza instrumentos que conspiran á nuestro bien. El inspira y conduce á una religiosa á que, convirtiendo en saludable triaca el veneno, haga de su propia libertad materia del mas heroico y útil merecimiento. Ella por su eleccion y su gusto se obligó á mas de aquello que las comunes leyes ordenan, y fortalecida de la gracia contrae por su voluntad unos solemnes votos con que se sujeta al mas perfecto cumplimiento de la ley. Y para no chocar jamas en el esco-

llo de la independencía y del orgullo, como aquel que despues de haberse servido de una arma peligrosa la arroja de sí para que no le dañe, ella, ya que usó de su libertad para sujetarse, se la consagra á Dios, y por su mismo querer se priva y se despoja de la propia voluntad.

Pondérense ahora, señores, como graves y pesadas sus cargas; sean cuanto imaginareis sus obligaciones gravosas; esta sola reflexa de que élla misma inspirada de Dios te las impuso, le sirve de indecible consuelo. Yo lo quite, Señor, dice en lo íntimo de su espíritu; eleccion fué mia, á impulsos de tu gracia, la cruz pesada que llevo sobre mí: severos son tus preceptos; mas yo por mi arbitrio elegi sugetarme á quanto me ordenas, aun cuando no me lo mandarás: pero por eso mismo tu justa y soberana ley no es peso que me oprime; si dulcísimo fomento que me alienta colocado en medio de mi corazon: *Deus meus volui, et legem tuam in medio cordis mei.* Sacrifiqué á tus aras mis bienes, mis esperanzas y mi libertad: despojada de todo no tengo mas que sugencion, penitencia, asperezas y rigor. Pero dichosa yo que en este voluntario sacrificio de mi libertad libre ya de mi misma no encuentro carga que me atribule: *Volunta-*

rie sacrificabo tibi, quoniam ex omni tribulatione eripuisti me. Esto es, señores, lo que en la frase misteriosa de San Pablo significa vivir con la ley; pero no debajo de la ley: esta es la dichosa libertad que con la redencion del pecado vino á establecer el Salvador. Peca que cuanto es mayor para una religiosa es mas ligera; y tanto mas suave; quanto son las obligaciones mas estrechas.

Punto segundo.

Pero ¿á qué costa? me direis. A costa de mortificaciones y penitencias, á fuerza de austeridad y rigor, y consumiéndose para estar mas libre con la vida mas áspera y penosa. Así sin duda discurris dentro de vosotros mismos, y quizá cuantas veces habeis oido ponderar aquel dulce poder de la gracia que convierte en suave delicia la mortificacion, habeis creído que se os habla de un portentoso raro y esquisito, ó de un milagro que solo gozaron los primeros afortunados siglos de la iglesia. En efecto, señores, aquel Dios rico de misericordias y consuelos que en otro tiempo se dignaba hacer tan frecuentemente ostentacion del poder de sus dulzuras de su gracia, parece que ha puesto ya un

dique al impetuoso torrente de sus maravillas. Acordámonos de aquellos dichosos dias en que los milagros de la gracia casi no se admiraban por comunes; y sin poder contener no sé que secreto impetu de curiosidad, arrebatados de nuestro propio interes, prorrumpimos en amorosas quejas de su Providencia: ¿á dónde está aquella gracia obradora de portentos que impelia á los fieles á que, llenos de regocijo y de alegría, corrieran á ofrecerse á los rigores mas crueles y á las mas sangrientas persecuciones? Desterrados del trato de los hombres, viviendo entre los brutos, desnudos, hambrientos, ya ilesos en medio de la voracidad de las llamas, y bajo los filos del cuchillo, ya desafiando intrépidos á las fieras, y cantando alegres en la hedionda obscuridad de las cárceles, hacian ver que la mortificacion y las penas eran la dulce y apreciable herencia de los hijos de Jesucristo. Y ¿qué se hizo aquella diestra secunda de portentos? ¿dónde estan las antiguas misericordias? Callad esos ocultos clamores de una importuna curiosidad, ó de una fe poco viva, y entraos para desagravio de un Dios Redentor, que en todo tiempo se digna visitar y favorecer á su pueblo, al virginal recinto de un claustro. Allí vereis un milagro conti-

nuo, una gracia portentosa que convierte en dulce leche las amargas aguas de la penitencia. Mirad vírgenes tiernas en una edad en que todo las halaga y las lisongea; en que el fuego de las pasiones, fomentado por la poca experiencia y madurez, no aconseja sino resoluciones precipitadas, ni inspira otro gusto que el placer. Miradlas criadas en la abundancia mas delicada y en el regalo que, arrancándose tal vez con violencia de los brazos de sus madres, abrazan de un golpe una vida que puso horror y espanto aun en hombres robustos á las penitentes soledades de Tebas y de Nitria.

Abramos, señores, alguna vez los ojos á un milagro que tenemos casi entre las manos, y no veamos con indiferencia este portentoso siempre presente á nuestra vista. ¿Qué otra cosa admirais en tantas delicadas doncellas sino un martirio cruel de muchos años, sin otra diferencia sino que en ellas ejercita la piedad el oficio que en los mártires ejecutaba la tiranía? Lo que allí eran cárceles y prisiones, es aquí un retiro y clausura perpetua que aprisiona hasta los sentidos: allí obraba la hambre y necesidad, lo que acá un ayuno casi continuo: entor es una mano inhumana atormentaba los cuerpos,

y hacia derramar la inocente sangre, ahora un brazo penitente despedaza sus propias carnes y derrama la misma sangre que le alimenta: en aquel tiempo las fieras ya se postraban humildes, ya enfurecidas destrozaban á los mártires: en la religion otras fieras mas crueles, cuales son las pasiones, si tal vez rebeldes se enfurecen, rendidas por último se sugetan á la virtud: acababan allí la vida en un martirio muchas veces de pocos dias; acá en un martirio, que dura con la vida; viven no solo resignadas y conformes, mas aun alegres, tranquilas, satisfechas. ¿Y no es esto, señores, decidme un portentoso superior á quantos pueden obrar en nosotros la costumbre ó el genio, el natural sufrimiento ó la indolencia? ¿No es digno de calificarse por un interior milagro de la gracia, no menos admirable que aquellos que Dios obró en sus mártires? Yo os confieso ingenuamente, siempre que con atencion reflexo en la vida religiosa, me parece que veo en cada claustro observante un teatro de maravillas, un milagro tal en cada virgen mortificada que satisfecha mi curiosidad, alentada mi fé, ni envidia, ni desco haber visto los sucesos mas milagrosos de la era cristiana: ¡tanto es lo que puede y

lo que obra en el hombre la gracia del Señor!

Pero (escuchad lo que es mas digno de admiracion) sirviéndose de un medio al parecer desproporcionado; donde es mayor la mortificacion es mayor la dulzura; mas sólido el placer cuanto es mas áspero el rigor. Ni imaginéis que sea este uno de aquellos arcanos imperceptibles de la vida espiritual, ó una sutileza sin fondo y sin consecuencia en la práctica. Volved solo á vosotros mismos los ojos, mirad atentamente lo que sois, y comprehended esta verdad tan propia para confundir nuestra tibieza. Formó Dios al hombre compuesto de cuerpo y alma, ésta de la mas noble y pura, aquél de la mas baxa, grosera y deleznable condicion; pero tan conformes y unidos que guardando un orden en que se afanzara la superioridad del espíritu obedecieran y estuvieran sujetas á este las inclinaciones, los movimientos y los apetitos de la carne. Rompió el primer pecado esta maravillosa armonia, y convertida la obediencia en rebelion se mudó en implacable discordia la amigable conformidad. Opuestos ambos en sus inclinaciones y deseos, luchando siempre sobre quien vence agrada á uno lo que á otro dete-

agrada; éste apetece lo que aquel repugna, siendo mortificaciones y penas del uno lo que es placer y contento para el otro. Oprimen, agovian y envilecen los placeres del cuerpo al espíritu tan insensible entonces éste á su propio daño, que ni aun conoce lo mismo que le esclaviza. Por el contrario el alma en este sedicioso tumulto para mantener tranquila la superior república de sus potencias ha de estrechar con prisiones al cuerpo rebelde; para alegrarse sin sobresalto ha de castigarle severamente, y para gozar de lo racional ha de reducir al último abatimiento y miseria á lo sensitivo. ¿Y es todo esto mas que una consecuencia natural de nuestra estructura y de la discordia de las partes que la componen? ¿No es preciso que cuanto contenta el cuerpo sea amarga mortificacion del espíritu, y que solo halle gusto cumplido el alma en la sugestion y penalidad de la carne? ¡Oh! y si como perciben los sentidos los mentirosos groseros placeres que se ven, que se oyen y se tocan, percibieran aquellas interiores dulzuras de una alma en la mortificacion, tanto mas suaves y sólidas cuanto son mas intimas ó independientes del capricho; tanto mas puras por ser espirituales, y tanto mas nobles cuanto escede

el espíritu á este cuerpo de tierra y de barro. ¿Qué importa que el cuerpo no encuentre en el silencio y el retiro sino tristes imágenes, y melancólicos desabrimientos; si allí mismo el espíritu profundamente absorto en la meditación de las divinas perfecciones halla en Dios la mas amable compañía? ¿Qué importa que se debilite, desfallezca y se consuma la carne con el ayuno; si entonces mas despejada el alma apacentándose del sabroso manjar de las celestiales inspiraciones gusta la hartura mas cumplida? ¿Qué mucho que se destroce y despedace el cuerpo con penitencias crueles, que brote por cien bocas copiosa sangre; si cada golpe que se descarga sobre la carne hace el eco mas apacible en el espíritu, y si cada herida es una puerta franca por donde inundan al alma torrente de delicias?

Inferid de esto, señores, con cuanta ceguedad se burlan aquellos idólatras de los sentidos, disfrazados censores de la vida religiosa al oír que el penitente mortificado halla mas hartura en el ayuno que el destemplado en la abundancia mas exquisita: mayor contento en la soledad que el político en la sociedad mas culta: mas delicias en la aspereza y el rigor, que el mundano en la satisfacción placentera

de los apetitos. Puede el cuerpo dominar al alma de suerte que llegue ésta casi á no sentir su dura esclavitud; ¿y no podrá el espíritu dominar á la carne de modo que difundiendo, y como rebosando ácia ella sus puros gozos dulces las asperezas? Así se derramaban ácia la carne cruelmente mortificada del apóstol de las gentes Pablo los gozos que sentia en la tribulacion, tan abundantes que no hallando espression cabal para significarlos se confesaba sobre lleno y rebosando en ellos: *Superabundo gaudio in omni tribulatione*. Estos eran los dulcissimos placeres que el gran apóstol de la India Xavier hallaba vinculados á la tribulacion: *mas, Señor, mas*, clamaba ansioso, cuando los viajes y sudores, la hambre y la sed, las fatigas y las persecuciones estaban tan lejos de apagar su sufrimiento que eran el único objeto de sus deseos. Pero este corazon, en cuyo vasto seno cabian hollados todos los tormentos, no siendo bastante á contener en sí aquel océano de dulzuras que en él derramaba la mortificación, pedía humilde al Señor que contuviera sus favores: *basta, Señor, basta.*

Rígese son, señora, asperezas crueles, mortificaciones penosas las que os

prepara la religion. Mal he dicho: vos misma vais á sujetar, á castigar y reducir en vuestro cuerpo un esclavo rebelde para que victoriosa vuestra alma goce una paz tranquila y segura. ¿Y qué egemplar os podia yo poner á la vista de mayor consuelo que el que habeis escogido, y la misma que venerais por fundadora, por maestra y por madre? Acordáos cuando herida Teresa en lo mas profundo del corazon por un ángel, desmayada, fuera de sí, y casi muerta, gemia y lloraba por la vehemencia del dolor; pero el mismo dolor le traía al alma una suavidad tan apacible, tan dulce, tan soberana que ni su lengua alcanzó jamas á explicarla, ni en su corazon hubo vaso capaz de recibirla. Semejante es la suerte á que el Señor por un efecto de su infinita bondad os ha llamado. Nosotros acabariamos de entender aquella dichosa libertad que se afianza en la sujecion y este placer vinculado á la penitencia, si pudiérais ó fuera lícito que vos misma nos explicarais los secretos caminos por donde el Señor os condujo á abrazar este santo instituto, y lo que por vos ha pasado en solo un año. Nos diriais que suspirando por la religion antes de haber conocido al mundo aun en la tierna edad de tres años y medio

explicabais vuestros deseos pronunciando con voces mal formadas el nombre de la religion Teresa. Nos diriais que luego que llegásteis á cargar sobre vos estas estrechas obligaciones habeis experimentado mas ligero el peso de la ley: que si era alta la idea que os habiais formado de la religion, escede infinitamente la que os ha hecho formar su dulce práctica. Pero ¿para qué era necesario que nos dijerais nada? basta ver que cuando todos poseidos de un santo respeto se admiran el veros en una tierna edad abrazar un instituto riguroso: cuando vuestros padres y devotos mal reprimidas las lágrimas se esfuerzan á disimular el dolor; cuando pagando á Dios y á la naturaleza lo que deben por padres y por cristianos mezclándose en su llanto los motivos de una santa envidia, de gozo de vuestra felicidad, de pena de esta entera separacion; vos sola alegre, intrépida rebosando por el semblante el regocijo, daís el mas claro documento de que habeis hallado la verdadera libertad en la sujecion de los votos, y el placer mas sólido en la amarga mortificacion. ®

Llegad, pues, en buena hora en presencia de vuestro esposo á araros con unas cadenas que no desatará sino la muerte;

pero cadenas de oro que afianzan vuestra libertad. Sacrificaos en sus aras, víctima voluntaria de la pureza y la obediencia, de la pobreza y del retiro; pero bañada de aquel celestial rocío que llena de dulzuras. Y nosotros, señores, á quien la adorable Providencia por sus altos designios llamó á otros estados, confesemos para nuestra edificación que no hay estado libre de cruz, ni cruz sin sólido consuelo. A todos vino á sujetar y á enseñar el camino del padecer el misericordioso Dios de Israel, que se dignó redimir y favorecer á su pueblo para demostracion de su amor y para nuestra gloria.

SERMON CUARTO

DE PROFESION RELIGIOSA.

Mortui enim estis, et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo. Paul. ad Coloson. cap. 3. v. 3.

Si la iglesia santa permite que se interrumpa la celebracion del mas augusto de sus misterios, para que entre las solemnidades del adorable sacrificio del Unigénito de Dios anunciemos sus ministros el generoso sacrificio de una jóven virgen; no es un elogio estéril del estado religioso el que intenta, sino una instruccion que alentando al alma que se le consagra, y poniéndola á la vista sus penosas obligaciones edifique al mismo tiempo al pueblo cristiano. Si vos, hermana mia, que compareceis hoy no solo como víctima ya moribunda sobre el altar, sino como ministro empuñado el agudo cuchillo de vuestros votos que ha de consumir el duro sacrificio que habeis comenzado; y el mundo que lleno de asombros admira

Tom. III.

1.

ra: vos que en la hoguera de vuestro corazon estais soplando el activo fuego de caridad que ha de consumiros á vos misma en holocausto; y el mundo que alaba ó que se compadece de vuestra suerte sois igualmente interesados en esta exhortacion. Por vuestra parte tal vez se os ha presentado aquella muerte á que os sujetais en la religion mas penosa por cuanto es voluntaria; y aunque ella no ácobarda vuestra resolucíon, os ha llenado de un santo horror: tal vez las inocentes delicias de la paz y vida bienaventurada, que esperais gozar en el cielo del claustro, habrán lisonjeado mas de lo justo vuestro espíritu: el mundo por la suya unas veces se figura á los monasterios como una region de descanso, de comodidad y delicia y como un país en que manan de mil fuentes la dulce miel y sabrosa leche; y otras como un desierto espantoso en donde las almas religiosas gimen y mueren asaltadas de monstruos horrendos que las devoran. Yo bien sé, hermana mia, que instruida por espacio de muchos meses en ese virginal recinto escuela de virtudes por las vivas lecciones del egemplo, ni os atemorizais de las horrorosas imágenes con que pintan la carne y la sangre las obligaciones religiosas, ni os conducís por

una idea engañosa de las delicias y comodidades del claustro. Sé tambien que despreciando los conceptos del mundo, de quien os separais para siempre, mirais con total indiferencia tanto sus admiraciones y elogios como su compasion y desprecio. No obstante de esa contrariedad de juicios que el mundo forma de la vida religiosa, de las mismas tentaciones con que nuestra débil é ignorante naturaleza ya convida y ya retrae al alma de la religion, hé de sacar hoy la verdadera idea de vuestro estado.

Es vuestra profesion un misterio lleno de aparentes contradicciones: es una religiosa un sagrado enigma que presenta unidas las cruces del calvario con las delicias del Tabor; obligaciones insoportables de una penosa esclavitud, y suaves ejercicios de amable libertad, penas y consuelos, gozos y amarguras. En una palabra, la vida religiosa es una muerte espantosa y cruel, y una vida agradable y feliz. Esta es la idea que el grande apostol de las gentes Pablo daba á los colosenses del estado de un cristiano perfecto: estais (les decia) muertos, y vivis una vida escondida con Cristo en Dios: *mortui enim estis, et vivitis vestra abscondita est cum Christo in Deo*. Idea sublime que el sabio

padre S. Gregorio, como si hiciera el retrato de la profesion religiosa, aplicaba oportunamente á aquellas almas que renunciando en el afecto y en el efecto los placeres, intereses y honras mundanas se despojan de todo por Jesucristo. Si queréis, pues, amada hermana, comprender cual es vuestro estado: si el mundo ó para su edificacion, ó para confundirse quisiere formar un justo concepto de la vida religiosa, yo creo que ninguno es mas cabal que el que contienen las palabras citadas del apóstol Pablo: *La vida religiosa es una dura muerte: la vida religiosa es una vida aunque oculta la mas feliz.* Para cumplir, pues, con las obligaciones que me impone mi ministerio de exhortar en esta mañana á una joven virgen y de instruir al mundo en los misterios de la gracia, os haré ver la vida escondida de las religiosas bajo las apariencias de la muerte.

Adorable madre de Dios, la materia que voy á tratar interesa mucho al tierno amor y á la singular proteccion que ejercitais ácia las religiosas vírgenes como egemplar y tutora de ellas: el mundo profano las admira sin conocerlas: el mundo corrompido se complace de su suerte como miserable y desdichada: el mundo

libertino de ciertos sabios alucinados las desprecia y condena como inútiles; para enseñar al primero para confusion del segundo, y para condenar el error de los últimos ayudadme con el socorro de vuestra gracia. AVE MARIA.

Entre cuantas espantosas imágenes han trazado los sabios para ponernos á la vista los horrores y la miseria de la muerte, ninguna es mas cabal ni mas fiel que la que en pocos rasgos delineo la angustiada mano del santo Job. Es la muerte un acabamiento de todas las cosas, y una pérdida universal de cuanto hay en el mundo: *Finis universorum; et dies perditionis.* Acabarse todo para el hombre, y el hombre para todo: perder no solo los parientes y amigos, los placeres, riquezas y honores; mas hasta la esperanza de recobrarlos: echarle de sí el mundo, y aun de su memoria como la cosa mas inútil, y como si nunca hubiera sido, ser ya menos para el uso del siglo aun quando fuese el mayor monarca que un vil jumento, ó un insecto inmundo que se pisa: esto es morir; ¡verdaderamente amarga cosa! ¡miserable suerte es morir! No busquemos ya, hermana mia, para explicar las obligaciones y empeños, la austeridad y la abnegacion de vuestro estado otras voces ú otras

comparaciones. Digámoslo sencilla y brevemente hoy moris, *mortui enim estis*. Todo lo dejais, y todo os deja: tiene allá el mundo sus placeres y diversiones inocentes; pero no para vos: tuvisteis parientes á quien sin delito alguno tiernamente amabais; pero ya se acabaron: correspondiais sinceramente la estimacion de quien os apreciaba; pero ya dió fin esa estimacion y ese aprecio: erais dueño sin ofensa de Dios de algunos bienes, y cuando menos de ciertas alhajas mugeriles; pero ni aun esas tenéis ya, porque ese mismo hábito pobre y grosero que vestis no es vuestro, y no sirviéndoos sino como al cadáver la mortaja solo habeis de usar de él para encerraros como en un sepulcro en una celda de pocos pies: *Solum mihi superest sepulchrum*. Sepultada en ella á la manera de un cuerpo muerto tenéis ojos; pero no para ver: oídos; mas no para oír: boca, pies y manos; pero no para hablar, tocar ni andar: porque no viendo, no oyendo ni moviéndoos sino como y cuando otros quieren, vuestros movimientos serán como los de un cadáver que solo se inclina y se dirige ácia donde le llevan.

¿Veis cuán espantosa y cuán universal es esta pérdida? pues aun es mas sensible y cruel que la misma muerte.

Esta no tiene jurisdiccion sino sobre el cuerpo: perece el cuerpo, y se acaba en la muerte del hombre; pero aun no muere, ni se acaba el alma eterna é inmortal. La profesion religiosa mas activa aun, no solo es una eterna pérdida de los exteriores bienes del mundo, no solo acaba con el cuerpo, consume sus sentidos é inhabilita sus funciones: es tambien de algun modo muerte del alma: *mortui enim estis*. Algun sencillo consuelo le quedará á una religiosa si arrancada del dulce seno de su casa y parientes pudiera á lo menos recrearse con la tierna memoria de ellos; el universal despojo de las cosas todas no le sería tan doloroso, si le quedara el arbitrio de aquella interior posesion con que el entendimiento discurriendo sobre los objetos exteriores se hace dueño de ellos; por último ya que por su voluntad muere y lo deja todo, parecia razon que por lo menos le quedase esta voluntad. Asi parece que debia ser, si la profesion religiosa no fuera un nuevo género de holocausto en que á mas de consumirse y destruirse toda la victima, se consumen con ella los instrumentos del sacrificio. Desde este mismo punto murió vuestra memoria: patria, parientes, placeres, honores, objetos los mas amables á

la naturaleza, poco seria haberlos renunciado para siempre, si no renunciaseis aun su nombre. No os acordareis jamas, os dice el real Esposo que se ha dignado admitir vuestras bodas, de que tuvisteis casa, ni padres: mis esposas han de borrar de su memoria todos esos nombres de paisanaje, de parientes, de nobleza, de sangre para que me agrade su hermosa ofrenda: *obliscere populum tuum et domum patris tui, et concupiscet Rex decorem tuum*. Golpe doloroso, pero indispensable, y que no es sino un preparativo para aquella otra mortal herida que la espada de dos filos de la obediencia va á hacer en lo mas profundo de vuestra alma privándoos del propio entendimiento y de la propia voluntad. Tendreis si, abiertos los ojos del entendimiento, dice ingeniosamente el Padre S. Bernardo; pero como Pablo que al entrar en Damasco, teniendo los ojos abiertos, nada veia, sino que caminaba guiado de otros: *aperitis oculis nihil videbat*. No habeis de dar un paso con vuestro juicio, ni caminar vagueando con el discurso sobre lo que se manda; sino seguir las huellas de la superiora fida enteramente á sus manos. Y ¿qué mucho que quien no ve sino por otros ojos, nada quiera sino por arbitrio

y por voluntad agena? Aquí es, hermana mia, en donde vais á experimentar lo mas amargo y riguroso de esta muerte, y á hacer frente á las vivas resistencias de una libertad moribunda que espira por su conservacion.

El amor de la independenciam nace con nosotros, y se puede decir que es un fecundo manantial de todas nuestras inclinaciones y movimientos. Los mayores males los reputa el hombre por suaves, como goze de su libertad, y los mas grandes bienes le son penosos en la sugencion y esclavitud. Mas si todas las otras pérdidas de la muerte religiosa son nada en comparacion de esta sola, sin ella solo sirven de fomentar un aborto monstruoso de una religiosa mundana. Obrar no solo contra voluntad, sino querer lo mismo que os repugna, y no querer aquello que mas os inclina; que la violencia os sea dulce y voluntaria; que no haya en vos afecto de que seais absoluta señora; que los interiores movimientos de vuestra alma no tengan otro resorte que el exterior de la voluntad de la prelada, esto es ser obediente. Y no hay que imaginar que esta sugencion sea solo para reprimir los afectos é inclinaciones viciosas ó indiferentes: la misma virtud, las acciones por su mate-

ria mas santas hechas contra el dictamen del superior son en sentir del gran Basilio respecto de una religiosa un hurto; y un hurto sacrilego. De suerte que si perder á Dios en vuestro estado seria suma desdicha, buscarle por vuestra propia voluntad seria execrable delito: así es que aquella memoria, aquel entendimiento y voluntad que mueren consagrándose á Dios sin usurpar los divinos derechos no tienen, ni pueden tener cosa suya, ni acción para acordarse, para pensar ó para querer sino por elección agena: *mortui enim estis.*

Sobraría, señores, esta enagenacion de aquellas nobilísimas potencias por las cuales y con las cuales vive el alma junta con la universal pérdida de los bienes todos de la tierra; sobraría, digo, para dar á conocer la horrible calidad de esta muerte, á no tener ella otra propiedad que la caracteriza, y que con grandes ventajas la hace mas espantosa que la común muerte de nuestros cuerpos. Es la muerte la mayor desdicha en lo temporal, pero es tambien la última de las miserias: es el fin de todas las felicidades, pero es igualmente el término de los trabajos y de las penas. ¡Triste consuelo, y melancólico recurso de los infelices que

ya que no pueden gozar de los bienes, se reduzcan á estado de no poder sentir mal alguno! Herid, maltatad á un cadáver; no lo siente: despreciadle; ya no le ofenden las injurias: un vil andrajo es para él lo mismo que una rica púrpura, y todas las desgracias: no son capaces de causarle la menor impresion. Así se muere en el mundo; pero mas cruelmente se muere en la religion. Muere una religiosa en el mismo instante en que profesa, y repitiéndose continuamente esta muerte en cada momento puede justamente decir con San Pablo, que todos los dias, todas las horas, y que en todo instante vuelve á morir de nuevo: *quotidie morior.* No tiene el claustro, hermanita mia, exenciones ó privilegios para no padecer y sentir: esa region que cria santos, no engendra mármoles ni troncos.

Es verdad que en alas de la gracia se remontan allí las almas hasta la serena cumbre del olimpo, en donde respiran un aire libre de los vapores apesados del siglo; pero los inferiores collados no estan exentos de espinas que punzen, de escarpados riscos que no se vencen sino á mucha costa, y de vientos impetuosos que excitan deshechas tempestades: quiero decir, que aunque las almas religiosas

gozen la tranquilidad y pureza de la virtud no estan libres de padecer. Su sacrificio dura tanto como su vida, y como victimas que continuamente palpitan sobre el altar muriendo siempre sin acabar jamas, ni la costumbre, ni el uso repetido de morir las exime de padecer. Bien sabeis que los gustos y placeres mas conformes á nuestra naturaleza, si se repiten, cansan; si se toman por una distribucion metódica, fastidian; y si se continuan sin interrumpirse, son carga insufrible. ¿Qué será, pues, una serie jamas interrumpida de prácticas austeras, de ejercicios los mas repugnantes á la carne, en que sin dejar arbitrio á nuestro corazon antojadizo, que se complace en no hacer hoy lo que egectó ayer, sujeta y arregla su distribucion hasta las acciones mas menudas? Leer verdades espantosas; meditar en un obscuro silencio sagrados, pero terribles objetos; cantar las alabanzas del Señor, fijando la inconstancia y volteriedad de la fantasia; trabajar humildemente en una oficina laboriosa; comer y dormir, mas para poder llevar el trabajo y fatiga, que para descanso y recreo; mortificar cruelmente un cuerpo quizá inocente, y esto todos los dias, y esto no á las horas que se quiere, sino á las que se manda y to-

do hasta morir. ¿No es, señora, una continua muerte en que la costumbre y el uso estan tan lejos de suavizar, que antes bien aumentan y agravan las penas? Yo no estraño que la vida religiosa se llame martirio, y que en algun modo se pondere como superior á él. Las mortales heridas por donde los mártires derramaron violentamente toda su sangre: la hoguera que en pocos momentos los reducía á cenizas: las fieras que los destrozaban los libraban en breve de padecer: sus laureles se tegian en pocas horas, y el verdor de sus palmas tardaba poco en madurarse. Almas religiosas, vuestro martirio es mas cruel y mas insufrible: un fuego activo, pero el mas lento os devora sin consumir: las heridas que despedazan al corazon le dejan entero para sentir, y vuestros laureles y palmas no se sazonan para coronaros sino despues de muchos años: moris sin reserva: moris en el cuerpo y en el alma, y moris con una muerte continua: *mortui enim estis.*

Mas que, hermana mia, ¿he venido yo en esta mañana á atemorizaros en vez de fortaleceros en vuestra magnánima resolucion; ú os he pintado con los colores mas tristes esa muerte para excitar en vuestro espíritu unos sentimientos tímidos

que os hagan arrepentir de vuestra venturosa eleccion? nada menos: yo no debia ni podia ocultaros la muerte de vuestro sacrificio; pero alentaos, porque si moris, solo es para vivir desde ahora una vida escondida bajo el velo de esa misma muerte: *mortui estis, et vita vestra abscondita est.*

Punto segundo.

Ninguno ignora que aquella noble vida que distingue á los hombres y los hace superiores á los brutos, que casi los iguala á los ángeles asemejándolos á Dios consiste en el ejercicio del entendimiento y de la voluntad. El gozo de los sentidos, y la posesion de los bienes caducos es, en su modo, comun á los brutos, y en tal grado que mientras mas se vive por ellos, menos racionalmente se vive. Conocer sin engaño la verdad, y amar la bondad sin mezcla de pasion es, aun prescindiendo de las luces de la fe, la vida racional del hombre. Si yo pudiera presentaros aqui las diferentes clases de esos que viven segun el mundo, y haceros entrar hasta el fondo de su alma, veriais su entendimiento y voluntad tan agenos de vida, que sin duda diriai de cada uno lo que allí en Patmos escribia San Juan

al obispo de Sardis: tú parece que vives; pero estás muerto: *nomen habes quod vivas sed mortuus es.* ¿Veis aquel poderoso que vida tan feliz, que opulencia en su casa, que magnificencia en su trato, que ricos tesoros en las arcas, que todos se le rinden, y todos ceden á su dinero? Mas esa feliz vida no es sino un sepulcro blanqueado en donde yacen un entendimiento que en un mortal letargo dia y noche delira sobre nuevos modos de adquirir y de conservar, juzgándose dueño de las riquezas de que es esclavo; y una voluntad que anhela sin sosiego por la vanidad, y que jamas se satisface: *nomen habes quod vivas, sed mortuus es.* ¿Veis aquellos envidiados personajes gozando la vida entre aplausos y adoraciones, entre placeres y regocijos? Pues corred el velo, y hallareis que, apagadas y casi muertas las luces de la razon con el humo de la soberbia, y con las nieblas que levantan los gustos mundanos, tropieza á cada paso su entendimiento con el error y con el engaño: hallareis una voluntad mortalmente enferma, y que acometida de la ira, de las desconfianzas, de los zelos, de los temores jamas descansa, ni se quita. Ellos parece que viven, y gimen en la region, y en las som-

bras de la muerte: *in deliciis vivens mortuus est.*

Por el contrario: si yo entro á un monasterio de religiosas bajo el triste velo de pobreza, de abatimientos y de muerte, descubro unos espiritus que libres de cuidados, de penosas atenciones, de negocios superiores á los sentidos y como desprendidos de la carne que agrava y entorpece al alma tienen despejada la mente para conocer la verdad, y desembarazada la voluntad del tumulto de afectos inquietos. ¡Qué juicios tan rectos se forman de la nada y vileza de todo lo terreno; qué discursos tan sólidos sobre la ridícula vanidad de cuanto el mundo estima por grande! ¡Cómo reposan tranquilamente aquellas voluntades amando lo bueno, y aborreciendo lo que es malo sin que la envidia las muerda, sin que la ira las despedace, sin que los celos las inquieten y consuman! Como muertas nada pueden tener, y así nada les falta y nada desean: nada son en el mundo, el mundo para ellas es nada, y así nada les fatiga, ni las incomoda. Paradoxas, señores, que, por mas que una critica irreligiosa se burle de ellas, son conformes á una juiciosa filosofia, las confirma la esperiencia diaria, y sobre todo la fe las auto-

riza con el divino oráculo de San Pablo: quien vive segun la carne, muere, y solo viven racionalmente los que muertos á los sentidos tienen libre el uso del entendimiento y de la voluntad: *si secundum carnem vixeritis moriemini: si autem spiritu facta carnis mortificaveritis vivetis.*

Mas si en todos los claustros se oculta esta racional vida ¿cuánto es ella mas escelente en el que habeis escogido, hermana mia, y adonde Dios por un efecto de su misericordia os ha conducido? Vive inmortal en nuestros corazones el aprecio y honor que se debe á los diferentes institutos de religiosas virgenes; pero si ellos brillan en el cielo de la iglesia, y resplandecen como otras tantas hermosas estrellas desemejantes en la claridad; si unos le adornan y se distinguen por su pobreza y mortificacion, otros por la frecuente asistencia del coro, aquellos por la educacion de la juventud, y todos por su pureza y regular observancia: el instituto de la gran madre santa Brigida puede llamarse con razon el instituto racional. ¿Y no merece este renombre un instituto que, sin sujetar la carne á rigorosas frecuentes austeridades, dirige á sus hijos por el continuo egercicio de la oracion y meditacion de las verdades

eternas? ¿Y es este otra cosa que el egercicio y uso cristiano de memoria, entendimiento y voluntad con que se perfecciona la vida racional del alma? ¡O y qué obgetos se os preparan, hermana mia, en que descansén racionalmente vuestro entendimiento y vuestra voluntad, y que esperimenteris cuál noble es la vida del alma en estas tres horas que por lo menos habeis de dedicar diariamente á la oracion! ¡qué verdades tan sencillas, pero tan puras! ¡tan sublimes, pero tan sólidas y perceptibles! ¡con cuánta satisfaccion conoceréis cuán grande es Dios, y cuán nada es la criatura! ¡cómo subireis unas veces hasta el empireo á ver (cuánto cabe en esta mortal carne) la incomparable hermosura de Dios, la grandeza de sus cortesanos, y la belleza de aquella corte! ¡cómo descendereis otras hasta el abismo, y se os presentará aquel negro voracísimo fuego, aquellas horribles cárceles, aquellas infelices victimas eternas del furor divino! ¡Perfecciones infinitas de Dios, océano en que se pierde todo entendimiento, abominable fealdad de la culpa, virtudes y pasiones del corazon, cielo, infierno, tierra, Dios, ángeles, hombres: todo será un objeto en que descanse, con que viva vuestro entendimiento!

A esta vida correspondrá en vuestra voluntad otra vida de afectos, unos dulces y otros austeros: unos de amor y ternura, otros de horror y aborrecimiento; pero todos nobles, y todos racionales. Al conocimiento de Dios, de su hermosura y de sus misericordias un amor que os transporte. Al del pecado abominable y espantoso un aborrecimiento mortal. Al del mundo y sus vanidades un disgusto amargo. Al del cielo y de su eterna dicha unos insaciables pero suaves deseos de poseerla. Tal es la vida racional que vais á vivir, y que oculta la muerte de vuestra profesion: *vita vestra abscondita est*. Pero he dicho poco; porque esa vida oculta, no menos que en el mismo Dios, es una vida á mas de racional divina: *vita vestra abscondita est cum Christo in Deo*. Dejemos por ahora aquellos titulos comunes á los otros justos, fundamentos de la vida divina que gozan, ya por ser miembros de un cuerpo de que es cabeza el hombre Dios, ya por que por la gracia participan y se asemejan al ser divino, ya finalmente por aquella especial morada que tiene en sus almas el divino espíritu: que si así vivifica el Señor á los que no habiendo aun renunciado efectivamente el mundo y sus usos viven de algun

modo para sí, la vida de una religiosa perfecta, muerta enteramente al mundo y á sí misma, toda oculta y encerrada en Cristo su esposo, tiene algo sin duda de mas sublime y excelente. Ni quiso significar otra cosa el Apóstol de las gentes en esa vida oculta, que aquella misteriosa transformación de Dios en el alma, y del alma en Dios que predicaba de sí mismo: vivo yo, pero no soy yo quien vivo, porque quien vive en mí es Jesucristo: *vivo ego, jam non ego; vivit vero in me Christus.*

Misterioso enigma, religiosas virgenes, que encierra la ventajosa recompensa con que desde esta mortal peregrinacion remunera Dios muchas veces á sus esposas. Renunciasteis bienes de tierra deleznales y perecederos, y se os concede el goce de los bienes sólidos del mismo Cristo. Moristeis á vuestra alma despojándoos de vuestro entendimiento y voluntad, y estableciendo un comercio de vida vais á vivir en Cristo y por Cristo. Intimamente unido á vuestras almas, el obra cuanto obráis; si oráis, Cristo ora; si trabajáis, él es el que trabaja; si os afligís y lloráis, Cristo llora y se aflige; si entendedeis, si amáis, él ama y entiende en vosotras: *vivo ego, jam non ego; vivit vero in me Christus.* Con razon el santo apóstol Pa-

blo da el epiteto de escondida á esta vida en la que se descubren no sé que rasgos, y semejanzas aunque imperfectas del inefable misterio de la Trinidad que por antonomasia se apellida misterio escondido á los siglos. Vive el padre en el hijo, y el hijo en el padre, sin detrimento de la distincion de personas, ambos viven en el divino espíritu siendo una la vida de los tres. Vivís, almas felices, en Cristo, y Cristo vive en vosotras: endiosadas y deificadas (dice el angelico doctor santo Tomas) como el hierro encendido en una ardiente fragua que sin dejar de ser hierro tiene todas las propiedades del fuego, ó como un tronco estéril en que se ingiere una rama de árbol fructífero que produce y se colma de frutos, y siendo agenos son ya suyos, tenéis una vida mas que humana, y producís unos frutos divinos. Pero ¿como se obra este prodigio de la gracia, y en qué sentido debe entenderse este misterio? Confieso humildemente, señoras, que ni le sé explicar, ni puedo comprenderle; pero aunque no alcanzo esta maravilla del divino amor, ella me sirve para formar alguna idea de aquellos extraordinarios favores que Dios muchas veces ha hecho á sus esposas, que con una critica audaz han censurado aque-

llos sabios carnales que blasfeman todo lo que ignoran. Permutas amorosas de corazones entre Dios y la criatura, habitacion deliciosa y regalada de Cristo en el seno del alma, arras y desposorios tiernos, he ridas de amor al paso que dulces mortales que privan de la vida: portentos que Dios ha obrado con las Catalinas y las Gertrudis, con las Rosas y las Teresas: nada me parece en ellas increíble porque todas entendidas en un sentido sano y espiritual son menos que esta transformacion del alma en Cristo, y esta comunicacion mística de vidas. Disculpadme, amada hermana, si yo no esplico de una manera inteligible lo que con tantas ansias querriais entender. Pero confiad en el amor de vuestro esposo que llegará el dia en que conociendo por una feliz experiencia lo que no comprendeis por mis voces, esclameis llena de indecible placer: como se me dijo, asi es como se vive en la santa casa de Dios: *sicut audivimus sic vivimus in civitate Dei nostri*. Las libertades de vuestro esposo, todo amor y todo poder, no se han abreviado para no señalaros con aquellos favores que hizo á otras santas almas. Vos sois la que habeis de trabajar incessantemente en no poner estorbos que contengan los rios caudalo-

sos de gracias que van á inundar vuestro corazon. Si reservais algo de la victima, no muriendo enteramente á vos misma, si fastidiada del maná suspirais alguna vez por las viandas de Egipto, si queda algun seno en vuestro corazon ocupado de afecto de tierra; ni Dios acepta la ofrenda, ni gustareis los placeres sabrosos de la religion, ni os llenará con su habitacion el esposo. Si moris al mundo y á vos misma, vivireis; si renunciáis cuerpo, alma, entendimiento, voluntad, vivirá Cristo en vos; si dejais de ser cuanto sois, os transformareis en Dios, y gozareis una vida divina que sea acá en la tierra un remedo feliz de aquella eterna vida que os prepara vuestro esposo en la gloria.

SERMON

predicado en la santa iglesia catedral de Méjico el dia del aniversario ú honras de los militares.

Dederunt se periculo, et restiterunt adversarii gentis suae, ut starent sancta ipsorum et lex: et gloria magna glorificaverunt gentem suam. Machab. cap. 14. lib. 1.

Esta suntuosa pompa, único y triste resto del glorioso esplendor de las armas, que nos hace conocer que toda la inmortalidad á que aspiran los hombres en sus empresas se reduce á perpetuar la memoria de que murieron: este túmulo en que se representa la espantosa lobreguez del sepulcro, donde marchitos los laureles y secas las palmas, que á tanta costa cortaron los militares, yacen entre la podredumbre y los gusanos confundidas y mezcladas las cenizas del animoso y vencedor con las del cobarde y del vencido: esta sagrada ceremonia instituida para solicitar el alivio de aquellos que habiendo

asegurado á muchos la libertad y la vida padecen indecibles tormentos en la cárcel del purgatorio, no deben tener otro objeto que la compasión cristiana y el desengaño. No busqueis este, señores, en las ideas, si bien justas, comunes de la brevedad y vanidad de la gloria mundana que tan vivamente se escitan al considerar á unos hombres que, desafiando á la muerte, y trayendo como vinculada á su brazo la buena ó mala suerte de los imperios y de los pueblos, son ya miserable despojo de aquella misma muerte que fué el instrumento de sus trofeos. Lo que mas debe desengañarnos de cuán injusto es el mundo con los que le sirven, es el profundo olvido, y la falta de compasión de las almas de los militares difuntos. Desventurados militares que sea la devota compasión ácia las almas afligidas que peñan en el purgatorio como característica de los corazones españoles: que no haya clase ó estado de personas en que no descubra el pueblo cristiano títulos particulares para ofrecerle sus suffragios: que aun los mismos delinquentes que acabaron ofrentosamente una vida enemiga de la humanidad sean muchas veces el compasivo objeto de nuestras oraciones, y que aquellos insignes bienhechores de la reli-

gion y del estado, que acaso padecen por lo que nosotros gozamos, apenas tengan quien se interese por su eterno descanso? Es verdad que se admiran sus proezas y se alaban con elocuentes y esquisitos elogios sus personas: mas; ¡ay que este recuerdo, tributo profano que se consagra igualmente á la memoria de un Scipion y un Anibal, de un Alcibiades y un Temistocles, y de otros tantos falsos héroes de la milicia, abominables á los ojos de Dios, es del todo inútil para unos soldados cristianos que entre los imponderables tormentos que los purifican sin pagarse de nuestras admiraciones y de nuestros elogios, suspiran incesantemente por nuestras oraciones y suffragios! Y á vista de esto ¿me empeñaré yo esta mañana en haceros ver á la profesion militar nobilísima por su objeto, penosísima por la severidad de su disciplina, por los continuos peligros de alma y cuerpo, por la vida pobre y trabajosa de casi todos sus profesores, y gloriosísima como la que mas por sus ilustres timbres? ¿O trabajaré en presentaros á los leones españoles causando espanto y respeto con su rugido en los cuatro ángulos de la tierra; inundando los campos con la sangre enemiga de su Dios y su Rey, domando pueblos, suje-

tando imperios y conquistando mundos? Pero despues de apurar (si mi cordedad lo permitiera) sus últimos primores á la elocuencia, despues de recorrer con las glorias militares de España la historia de todo el orbe; remediaria en algun modo el lamentable descuido de encomendar á Dios sus almas, que pasando la raya de la ingratitud toca los términos de la injusticia? No extrañeis la espresion, ni la atribuyais á una de aquellas ponderaciones con que procuran los oradores, ó suspender los ánimos, ó conciliarse la atencion; porque yo reputo por una especie de injuria no solicitar continuamente la verdadera felicidad de aquellos que habiendonos servido de defensa contra nuestros enemigos, que habiendo sostenido la religion y la ley santa glorificaron con su muerte á su patria y á su nacion: *Dederunt se periculo et restiterunt adversarius gentis suae, ut starent sancta ipsorum et lex: et gloria magna glorificaverunt gentem suam.* Rogar humildemente á Dios, ofrecerle oraciones y sacrificios por las almas de los fieles difuntos es en lo general una obra laudable de misericordia: clamar al Señor; pedirle por el eterno descanso de nuestros soldados que han muerto en su gracia, es en cierto modo una

obligacion de justicia. Yo creo que cumpliré con mi ministerio, y haré un grato obsequio á estos beneméritos afligidos si os manifestare que los soldados del ejército español, que penan en el lugar santo del purgatorio, son acreedores de justicia á nuestras cristianas oraciones. Para desempeñar tan santo obgeto ayudadme á implorar las luces del Espíritu Santo por la intercesion poderosa de la madre de Dios.

AVE MARIA.

Dederunt se periculo et resistunt adversariis gentis suae, ut starent sancta ipsorum et lex: et gloria magna glorificaverunt gentem suam. Machab. cap. 14. lib. 1.

Dijo, no sin razon el sesudo Séneca, que los beneficios que se hacen al público se olvidan presto, se recompensan tarde ó nunca, y se agradecen por pocos ó ninguno. Máxima que, si la acredita la esperiencia con queja de la razon y de la humanidad, se manifiesta mas sensiblemente en los servicios militares. Si al favor de estos y á la sombra de las armas descansa el hombre en el dulce seno de una paz tranquila, seguros sus bienes y su vida, y conservándose el buen orden, quietud y decoro aun en las diversiones públicas, en vez de agradecerse, ni aun se reconocen

estos servicios de la tropa, como si las armas necesitaran para sus benéficos influjos estar bajo el triste y sangriento aspecto de la guerra. Si ésta se enciende entre los pueblos, ya sea en obsequio de su religion ó de su temporal felicidad; por grandes que sean los bienes que ella al fin proporciona, pierden todo su mérito para la gratitud envueltos entre la desolacion, el estrago y las muertes. Mas: aun cuando ha hecho olvidar el tiempo las inevitables desgracias de la guerra; los frutos de ésta, como suelen los obgetos mas grandes, ó perderse ó disminuirse en la distancia, se esconden á los ojos de nuestro agradecimiento vistos en la lejanía de siglos remotos ó de países distantes. Por mas que la religion y el estado conserven en sus gloriosos fastos la memoria de las invictas tropas españolas que militaron bajo los Alfonsos y los Pelayos, los Ramiros y los Fernandos; por mas que nos acuerden los ilustres renombres de Gonzalez y Diaz, de Guzmanes y Pimenteles, de Vargas y Alvarez de Toledo: remitimos el agradecimiento de sus servicios á los siglos en que vivieron y á los países que fueron testigos y partícipes de sus victorias. De este modo parece que el hombre siempre ingenioso en sacudir el yugo de las obli-

gaciones ácia sus bienhechores, se desentendiende de las sagradas que le estrechan en órden á los militares.

Pero gracias á Dios que hablo en un país, y á presencia de aquellos que jamas ni querrán, ni podrán negar esta deuda. Si, vosotros señores, á quienes ó el destino hizo nacer en esta Nueva España, ó la providencia ha traído para estableceros en ella, sois mas que otro pueblo alguno del universo deudores al egército español, así por los beneficios que habeis recibido por su medio, como por la gran costa á que ellos os los proporcionaron. Ni penseis que para hablaros de estos bienes necesite yo ahora haceros una agradable y pomposa descripción de un país cuyas riquezas, fertilidad, raras producciones de los tres reinos vegetable, animal y mineral, benigno temple de una perpetua primavera nos hacen admirar á la naturaleza en estas regiones, mas que liberal madre, pródiga hasta el exceso de sus dones y maravillas. Porque ¿para qué gastar inútilmente el tiempo en referiros lo que veis y gozais, y en discurrir sobre una materia que perderia en mi ponderación por desaliñada ó por sospechosa de parcial mucho de la realidad de su grandeza? Nuestra deuda ácia

los militares tiene mayor, y mas noble origen, porque el bien que por su mano hemos recibido escede incomparablemente á cuanto he dicho. Acordaos de aquella época, no sé si mas venturosa para vosotros, que desgraciada para la Europa, en que un pequeño egército, no de soldados, de héroes comenzó á avasallar para Dios y para nuestro Rey este imperio. Desatados entonces, y saliendo enfurecidos de los abismos los dos fieros monstruos la heregia y la guerra corren por toda la Europa llevando consigo la discordia y el error, la falsa libertad, el mentido placer, la soberbia del espíritu, el interes mal entendido de dominar, y la desenfrenada inclinacion á la independencia. Lutero y Calvino, mas que hiedras de siete cabezas, monstruos prodigiosamente fecundos de heresiarcas van abortando por diversas partes sucesivamente hasta nuestros dias Buceros, Carlos-tadios y Zuinglos, Jansenios, Bayos, Queoneles y Molinos, sucediéndoles en nuestros dias Voltaires y Roseaus, peores y mas nocivos que ellos. Cárlos el primero de España y quinto de Alemania, ó aspirando como publicaban sus émulos á la monarquía universal, ó siguiendo los impulsos de su valor y de su

felicidad, dilata su dominio á costa de una guerra en que la Europa casi toda llega á tomar partido. Pero si despues de tantas victorias casi á un tiempo mismo se eclipsaron los dias de su vida y de su fortuna, no se apaga con su muerte el fuego de la guerra. Arde ésta en los países bajos: Alemania experimenta su incendio: las dos potencias rivales é irreconciliables Inglaterra y Francia apenas dejan de la mano las armas: comienza ya la politica de un astuto ministro á poner por obra el designio de destronar de España la casa de Austria; y empeñadas á favor ó en contra las principales potencias no nos presenta el siglo diez y siete en toda su serie sino combates, sitios, batallas, sangrientos estragos, y pretensiones de todos los principes de Europa decididas á fuerza de armas. Pero apenas parece que descansaba la guerra, harta ya de la humana sangre, cuando á principios de este siglo vuelve á encruelcerse, y ya envidiosa de la dicha que el cielo preparaba á España en la sucesion al trono de la casa de Borbon, y ya enemiga de toda concordia irrita para nuevas contiendas los ánimos de los reyes y potentados europeos. Ni los vinculos mas amables de la sangre; ni los respetables enla-

ces de las familias; ni los derechos que por mucho tiempo se creian incontestables bastan á reprimir las furias de este monstruo, que coligado con la politica y la irreligion sabe aprovecharse de las artes de la una, y de las ilusiones de la otra. Pelean padres contra hijos, hermanos contra hermanos: las treguas de la campaña solo sirven para mantenerse mas viva la guerra en los gabinetes; desmiembranse reinos florecientes, y la impiedad se jacta levantando su trono sobre las tristes reliquias de la religion y de la monarquia.

Paréceme, señores, cuando paso los ojos por este melancólico lienzo, quando en él considero que en el largo espacio de doscientos y setenta años no ha habido reino en la Enropa que haya gozado por solos veinte continuados en amable enlace de la religion y la paz; me parece, digo, que veo á estas dos virtudes fundamento de la felicidad errar llorosas y afligidas de reino en reino y de nacion en nacion buscando un asilo seguro en que reposar juntas y unidas. Mas ¿quién creyera que atravesando ese vasto océano vinieran á ponerse á la sombra de poco mas de quinientos valerosos soldados, cuyo brazo, cuya prudencia y cuya fortale-

za les levantaron en este nuevo mundo el hermoso templo en que abrazadas descansan por mas de dos siglos y medio? Os pido que antes de oirme no censureis este rasgo como un entusiasmo poético ageno de mi asunto é impropio de mi ministerio. Porque ¿á quién no admira ver un imperio dilatado, codiciado de todas las potencias mantenerse por cerca de tres siglos en una paz inalterable y tranquila, sin haber visto sino apenas de lejos el feo semblante de la guerra, ni haber experimentado el saego intestino de la sedicion? ¿Quién no se pasma viendo nacer en un terreno idólatra entre las espinas de la infidelidad una religion que crece y se conserva fresca, intacta, pura sin que en doscientos y setenta años ó la haya marchitado el cierzo de la heregia, ó inficionádola el ambiente apestado del error difundido por todo el universo? Bien tan singular, felicidad tan rara, que no tiene egemplar en la historia de los tiempos, no debe á otro su origen y principios que á los españoles militares. En otras conquistas dieron los primeros pasos los ministros evangélicos, otros pueblos deben los principios de su dicha á los derechos de una sucesion, ó á los enlaces de sus principes, ó á los pactos y convencio-

nes; pero la Nueva España reconoce por el primer instrumento de su felicidad unos pocos soldados que bajo la conducta de un general invencible, religioso, prudente, dotado de un corazon tan grande que en su vasto seno cabja holgado todo el inmenso mundo que iba á conquistar. Dirélo todo, de Fernando Cortés, que con la espada en la mano, Dios y la religion en el interior y en los labios; cuidando antes de sujetar los espiritus á la fe santa que de avasallar los reynos al imperio español; mas solícito de plantar la cruz del Salvador que de tremolar sus victoriosas banderas, pone los primeros cimientos del domicilio en que triunfan la religion y la paz. El mismo cielo liberal de milagros cuando se trata de reducir á la fe á los pueblos idólatras, los escaseó entonces quizá porque queria que fuera el milagro mas grande la conquista de todo un mundo por un pequeño número de soldados. Lo que para esto hicieron, no digo de hazañas, sino de matavillas, lo que padecieron, no ya de extremos trabajos, sino de sacrificios mas penosos que la misma muerte, abandonado su patria, sus padres, hijos y muger, sufriendo en países desconocidos sed, hambre, desnudez, pobreza mas estrecha que la de los

mas pobres anacoretas; sacrificando el bien mayor: diré mejor, único á que aspira el soldado que es la fama y la gloria, no solo obscurecida la de ellos por la envidia de los suyos, y por las negras calumnias de los estrangeros; mas aun ignorados los nombres de muchos: toda esta costa de hazañas y trabajos que les tuvo el haceros felices la conocéis vosotros mejor que quanto yo pueda ponderar. Ni como podriais, señores, aunque quisierais olvidarla si adonde quiera que volvais los ojos, por qualquiera lugar donde os encamineis de Méjico y de sus contornos, las plazas y las calles, esas lagunas y esas montañas son unos fieles monumentos de recuerdo. Allí os acuerda el cerro de Tepeyac que en Guadalupe se acampaba Gonzalo de Sandoval: allá os representa Tacuba los prodigios de valor de Pedro de Alvarado: acá esta parte decís, mirando á Coyoacan, comandaba su pequeña tropa Cristóbal de Olid. Esas lagunas que nos rodean os presentan la pira á un tiempo, y el obelisco de los que vencieron muriendo, y de los que vivieron triunfando. ¿Y pasais alguna vez por ese ameno sitio ácia el puente, hoy hermosa y artificiosa recreacion, y en aquel tiempo calzada funesta por donde hon-

rosamente se retiraron los españoles, sin que os parezca que veis á unos luchando con las aguas, á otros atravesados de las flechas, y que oís aquellas lastimosas voces envueltas entre el horror de la obscuridad de la noche, y de los alaridos de los indios con que clamaban á Dios los españoles en sus postreras agonias? Laris, Morla, Saucedo, Juan Velazquez de Leon, allí fuisteis víctimas de la religion y del estado negándoos hasta la sepultura la misma ingrata tierra que conquistásteis.

Pero apartemos la vista de estas imágenes que fatigan con lo lastimoso, quanto sorprenden con lo heroico, y volvamos á ver los continuados beneficios del egército español en las circunstancias de nuestra no interrumpida felicidad. Debióse ésta en su origen á los militares conquistadores; pero como una luz errante hubiera desaparecido en pocos dias, si las armas de España no hubieran mas que disipado, impedido las demas nubes del error y la guerra, que amenazaban obscurecer nuestra perpetua paz y religion. No solo por estar vinculada, y como eslabonada nuestra suerte á la del antiguo suelo español, ni solo por los servicios de los soldados de nuestras fronteras, ciudades y puertos;

sino mucho mas porque la Nueva España descansa pacífica y religiosamente en los afanes y trabajos militares de la antigua. A la manera que la sabia medicina aflige con el fierro y el fuego unas partes del cuerpo humano para que otras respiren y se gocen libres y sanas; por una especie de revolución política ocupadas y como divertidas las fuerzas nocivas de las potencias emulas de nuestra dicha con pretensiones, con guerras, con sitios, con batallas y combates en las regiones de nuestra península, ó no se atreven, ó no pueden turbar la paz de este continente. Españoles americanos, no me cansaré de repetirlo: vosotros mas que otro pueblo alguno debéis infinito á la tropa; porque para que no tengáis que lamentaros de que una paz dulce os cuesta las amarguras de la guerra, no os grava el ejército en las incomodidades de acampamentos, levas, provisiones y alojamiento. Allá derrama el soldado su sangre, porque acá esté segura la nuestra: allá gime pobre, porque vosotros esteis ricos: allá trabaja, porque vosotros descanséis: y allá pelea y combate, porque no se altere vuestra paz. A vista de todo esto inferid, señores, una consecuencia que yo me escuso de sacar, porque me avergüenzo de tratar al públi-

co como á ingrato ó injusto. Si olvidarse, ó no corresponder á los comunes beneficios que sin notable pérdida nos hace el bienhechor es ingratitud; no recompensar pudiendo facilmente bienes grandes, singulares, incomparables, que hemos recibido á la última costa del que nos los hizo; no es mas que ingratitud, inhumana crueldad é injusticia? Con cuán vivas instancias estrechaban en otro tiempo los dos Tobías para que recibiera la mitad de sus bienes á aquel arcángel que en apariencia de hombre habia dado al hijo vida, riquezas, esposa, noble y casta; y al viejo padre la vista corporal: *si forte dignabitur medicitatem de omnibus que allata sunt sibi assumere, bonis omnibus per eum repleti sumus?* No seria, pues, extraño que exigieran de vosotros unas grandes retribuciones los que con una vida trabajosa, y una sangrienta muerte os proporcionaron patria, padres, estado, las luces de la fe: ni hariais demasiado en dar parte á quienes lo debéis todo: *bonis omnibus per eum repleti sumus.* Pero ¿qué os piden esos bienhechores desventurados que en vida no os tuvieron como costo que el de unas cortas contribuciones? ¿Qué os piden ahora despues de muertos, sino una recompensa

que sobre justa os grave poco ó nada, y á ellos les vale lo infinito? ¡Ah! ¡si me franquearan por unos pocos momentos las llaves del penosísimo seno del purgatorio, y pudiera yo abriendo sus puertas hacer ver bajo una imagen corporal, y oír las voces con que imploran vuestra piedad esos cruelmente atormentados instrumentos de vuestra dicha! Veriais unos hombres rotos, macilentos, cubiertos de polvo y sangre, y cercados de voraces llamas que arrodillados en el ademán mas humilde con lastimosísimos clamores os decían: Hermanos (si quien no os merece un piadoso recuerdo puede llamarse con este nombre) dignaos volver los ojos, no á los imponderables é indecibles tormentos que padecemos, sino á vuestra felicidad, origen en gran parte y causa de ellos. ¡Ah! ¡qué nos abrasamos en este cruel incendio, menos por los defectos de nuestra humana flaqueza, que por los abusos y desórdenes en que incurrimos siguiendo una profesion dirigida toda á aseguraros vuestra religion y vuestra paz! Gozadlas enbuena hora, y así os prospere Dios con tanta copia de bendiciones que jamas lleguéis á experimentar lo que sufrimos. Pero si vuestra felicidad y nuestra miseria, si la facilidad con que

podéis remediarla os muevan, socorrednos por las entrañas dulcísimas de aquel mismo hombre Dios para cuya fe y santa ley os abrieron el camino nuestras armas. No os pedimos, ó ricos, la mitad de esos tesoros de oro y plata que os franquean las entrañas de la tierra que hemos conquistado y mantenido en paz viviendo pobres, desnudos, hambrientos y dejando abandonadas á una vergonzosa mendicidad nuestras familias. No os pedimos, labradores, la mitad de esas abundantes cosechas que os rinden las fértiles campañas que regamos con nuestra sangre, ni queremos que os priveis de las honestas delicias de la amena region que fué el teatro de nuestros penosos ejercicios. Poco exigimos de vosotros: aquello mismo que vuestro compasivo corazón concede liberalmente á los ladrones y asesinos enemigos de vuestra vida y de vuestra fortuna. Mujeres devotas y tiernas, una oración humilde á nuestro beneficio: poderosos, algunas limosnas para nuestro sufragio. Ministros del Señor, una memoria diaria en el sacrificio incruento que celebráis: caigan sobre nosotros algunas gotas de esa sangre divina que ofrecéis sobre los altares. Y si ni la gratitud ni la justicia acaban de moveros, mueva por lo me-

nos á vuestro noble corazon el ser nosotros acaso los mas olvidados del pueblo cristiano, y el que á poca costa podeis hacer eternamente felices á unos desventurados.

Así, señores, clamamos continuamente, si no con voces materiales á vuestros oídos, con las de la gratitud y la justicia que penetran lo mas vivo del corazon esos abandonados acreedores á vuestros sufragios. Yo ni tengo que añadir á motivos tan poderosos, ni puedo ya hacerlo sorprendido, no tanto de la compasión á ellos, cuanto del melancólico desengaño que á vista de nuestra indiferencia nos enseña cómo paga el mundo. Si, nobles y esforzados militares que vivís, aprended cómo paga el mundo y los hombres á los que le sirven. Despues que en pocos dias, y dentro de pocos años se burle la muerte de vuestra gallardía, de vuestro valor y despejo, y desvanezca vuestras mas lisonjeras esperanzas: no os engañeis con que subsistirá por lo menos ese vano fantasma de la gloria pórtima á que aspira la ambición de los corazones honrados. Morireis, y el mismo polvo que oculta vuestro yerto cadáver, cubrirá de olvido vuestro nombre; mas aun quando éste suene en boca de la fama y os haga célebres en los elogios de la

posteridad, todo ese ruido no podrá disminuir los tristes ayes y clamores con que gemireis en el purgatorio. Ilustres oficiales, que entre peligros de alma y cuerpo mandais la tropa, si á la frente del ejército espusiereis vuestra vida en tiempo de guerra: soldados fieles, si en el afán continuo de los destacamentos, de las centinelas, de las marchas, del ejercicio vivís una vida pobre y estrecha, acordaos que ni el mundo puede justamente recompensaros vivos, ni querrá ingrato aliviaros despues de muertos. Dirigid, pues, esos penosísimos y gloriosísimos servicios, fieles siempre á Dios y al Rey, á agradar á aquel justísimo retribuidor del menor obsequio. Nada aprovecha ser valiente al soldado si no es bueno, ni es buen soldado el que no es buen cristiano. Observad las leyes de Dios con tanta exactitud y puntualidad como las ordenanzas militares: éstas sin aquellas os harán infelices, y con la observancia de ambas lograreis no necesitar del recuerdo del mundo y asegurar de aquel Dios misericordioso, que jamas se olvida de sus piedades, vuestro descanso eterno en la paz de la gloria.

SERMON
A LOS JUECES

SOBRE EL AMOR Á NUESTROS ENEMIGOS.

PREDICADO

en la capilla del palacio real.

Ego autem dico vobis diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos: ut sintis filii patris vestri. Matth. cap. 5. v. 44. et 45.

Un Dios, supremo legislador y absoluto dueño de nuestras voluntades, que manda; unos hombres hechuras enteramente suyas á quienes manda; unos enemigos hijos suyos y hermanos nuestros á quienes nos manda amar; un amor, fundamento de la paz interior del espíritu y de la pública tranquilidad, materia del precepto, son los soberanos títulos con que en sola una cláusula promulgó y autorizó á un tiempo mismo Jesucristo la ley de amar á los enemigos: *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros*. Nada mas

era menester para persuadir eficazmente la práctica de esta divina ley al comun de los hombres á pesar de las mas atroces injurias de un enemigo cruel é ingrato, y de la resistencia de un corazón zeloso por extremo de imaginarios derechos. Pero habiendo de hablar en esta mañana á unos mas que hombres, dioses por el alto ministerio que egercen; que viviendo solo para la religion y el estado, ni atienden, ni se mueven por los respetos y sentimientos de la carne y la sangre; que aunque hermanos por naturaleza, llevan sobre su frente, y sostienen en su persona el carácter y representacion de la divinidad: era preciso tratar de otra clase de enemigos y de otra especie de amor mas noble. Las enemistades entre los hombres tienen su origen en los males que han recibido, ó temen recibir de los otros hombres; mas respecto de Dios, cuyo inmutable ser es incapaz de sentir mal alguno, solo se funda la enemistad en el quebrantamiento y desprecio de su santa ley. De aqui es que los principes y magistrados, dioses fuertes sobre la tierra, como los apellida el mismo Espíritu divino, no tienen otros enemigos que los que lo son de la religion y del estado. Y si han de ser éstos de los

que debo hablar á semejanza de lo que hizo Jesucristo en este dia, escogeré entre ellos los mayores y mas horribles.

Cuando el hombre Dios promulgó la ley del amor, aunque ésta comprehende á todos los enemigos, la dirigió á lo mas difícil: esto es, á los que pueden parecer mas aborrecibles; á los que no solo nos aborrecen, sino que nos calumnian y persiguen: *Diligite inimicos, benefacite his qui oderunt, orate pro persecuentibus et calumnantibus vos.* A este modo, dejando por ahora otros enemigos del príncipe y del juez cristiano, me reduciré á tratar señaladamente de lo que en cierta manera son los mayores y mas perniciosos como que sus injurias y sus ofensas se dirigen contra el bien de la religion y del estado. Cuales, pues, sean estos, y cual el amor con que no ya como hombres sino como imágenes y sustitutos del padre celestial deben amarlos los supremos magistrados: *diligite inimicos vestros ut sitis filii Patris vestri.* sean los dos puntos de mi discurso: breve, quanto lo permite la importancia de la materia. Hablaré en ella sin recelo persuadido á que cuando se trata del bien comun de la religion y el estado, es el silencio, especialmente en los ministros de Jesucristo, traicion á su Dios é

infidelidad á su Rey. Ni tengo que afanarme en estudiados alifios de elocuencia, que materias como ésta las desfiguran en vez de adornarlas; ni que buscar retóricas ponderaciones para conciliar y convencer los ánimos del auditorio: el respetable que me asiste está enteramente persuadido de la verdad que pretendo esponer, y yo tendré la gloria de entrar en sus instrucciones y de ayudar en algun modo su católico celo. Dios, cuya causa voy á promover, dé luz á mi espíritu y eficacia á mis palabras por la intercesion de su madre purísima, madre del amor hermoso, madre de la religion y protectora de nuestro estado. Así se lo pido saludándola: AVE MARIA.

Cuando yo lei en uno de los sermones que se atribuyen al gran padre San Agustín la formidable sentencia pronunciada contra los ministros del evangelio que no se dedican á predicar con frecuencia sobre los imponderables daños de la embriaguez: *Maxime Sacerdotes in die iudicii reddent rationem si commisit sibi populis que vel quanta mala de ebrietate nascuntur assidue voluerint predicare:* penetrado todo de un santo horror me decía á mis sola: Y me echará en rostro este negligente descuido en su tremendo ju-

cio un Dios vengador? ¿O cómo desempearé yo con utilidad y con fruto este importante cargo? ¿Clamaré en los templos, confundiré al pueblo con amenazas, me esforzaré sin perdonar trabajo para manifestarle la desmedida malicia de este enorme vicio? Mas hay! que de los esclavos de esta infame pasión los mas buyen de oír la palabra de Dios, y los que la oyen comprueban con su impenitencia la máxima funesta, si; pero verdadera de que este vicio es incorregible, y que es aquel veneno de aspides que Dios califica de insanable: *Fel araxonum vinum eorum et venenum aspidum insanabile.* ¿Saldré libremente por las tabernas y pulquerías, y sin temer la nota de un celo imprudente me presentaré á aquellas asambleas de Lucifer, las atearé pintando con los colores mas negros, ó la abominación de su culpa ó las eternas llamas que les amenazan? pero ¿sacaría otro fruto que befas é irritaciones de unos hombres que no teniendo corazón son incapaces de doctrina: *vinum et ebrietas auferunt cor?* ¿Luego dejaré perecer infelizmente tantos millares de almas redimidas con la adorable sangre de Jesucristo, ó me servirán de disculpa estas dificultades en el severo juicio para no haber clamado oportuna é importuna-

mente. Así discurría yo tristemente conmigo cuando meditando el evangelio santo del día se me presentó el único; pero eficaz recurso para satisfacer á mi ministerio. Cuando Jesucristo exhortaba al comun de los hombres al amor de sus enemigos, no les propone otro motivo sino que así serán hijos imitadores de aquel Señor que, aunque juez integérrimo de buenos y malos, es un padre bienhechor de justos é injustos: *Ut sitis filii Patris vestri qui solem suum oriri facit super bonos et malos.* A V. A. no solo para que sea hijo del padre celestial, sino porque es una imágen y sustituto suyo sobre la tierra, no puedo yo proponerle motivo mas noble para que ame y beneficie á los ebrios con un amor en que estriba su único remedio, sino el que ellos son sus mas crueles enemigos; puesto que son los mas perniciosos de la religion y del estado: *diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos.*

Punto primero.

Aunque esta calidad se halla en todos los públicos pecadores, pero en ningunos es mas enérme y detestable que en los ebrios. Es la culpa mortal una torpe

mancha, que borrando en el hombre la hermosa imagen de Dios que imprimió en su alma la gracia, le convierte en hijo é imagen del demonio: *vos ex patre diabolo estis*. Mas aun borrada ésta queda en el pecador otra imagen de Dios, aunque menos perfecta, escelerante por sí, fundada en las racionales potencias con cuyo egercicio ayudado del cielo puede recobrar aquella otra semejanza todo divina. Solo el ebrio, llamado con razon de los padres santos ya demonio, ya bruto estólido y mas que bruto, borra cuanto es de su parte con la embriaguez, no solo la imagen sobrenatural, sino aun la natural de su autor, abatiéndose á un abismo en que incapaz de auxilios, de sacramentos y de los demas bienes que franquea á los mayores pecadores la religion, es por aquel estado un enemigo irreconciliable con Jesucristo. Yo creeria que estos con especialidad comparaba Dios á los viles jumentos á no reconocer en ellos unos brutos sin semejante, oprobrio no solo de la religion, sino de toda la naturaleza. Ponerse el hombre voluntariamente en una situacion en que pueda obrar todo mal sin que este mal le sea imputable: embrutecerse de manera que puede ser adúltero, homicida, blasfemo, sin que el

adulterio, el homicidio y la blasfemia se le castiguen condignamente. ¿No es verdaderamente ser el ebrio tan malo que á sus delitos no haya proporcionada pena? Ser un monstruo tan detestable y raro que con injuria de la religion, y con espanto de la misma naturaleza racional, le sean los crímenes mas enormes tan materiales que en él pierdan su detestabilidad! Quizá por eso S. Agustin llamó ingeniosamente á los ebrios, no pecadores sino todo pecado: *peccatum non facit; sed totus est peccatum*: ó ya sea porque la embriaguez en sí tiene una malicia que abriga y cubre todas las culpas, ó ya porque es una fecunda raíz de los mayores crímenes, y no como quiera sino cometidos sin rubor, sin buscar el silencio ó las sombras, sino pública y descaradamente. Esta publicidad, este descaro, esta insolencia, este escándalo son los que hacen á los ebrios los enemigos mas formidables de la religion.

Aquí es, señor, en donde yo deseo todo el ardiente celo que V. A. muestra en todo por el bien y decoro de la religion: aquí es en donde yo querría, ó usar antes de lágrimas que de voces para llorar este desorden, ó valerme en vez de palabras de rayos para consumirle has-

ta la raíz. Porque ¿qué cosa mas injuriosa al nombre cristiano, qué cosa des-acredita mas nuestra religion entre los paganos y los hereges, qué cosa (como se quejaba sentidamente Dios) deshonra mas la fe de Cristo entre sus émulos: *blasphemare fecisti nomen meum in gentibus*: que ver en una ciudad católica, unos lugares en que, haciéndose pública profesion de la embriaguez, sin respeto á la ley y á la razon, sin temor de Dios y de los magistrados se cometen franca y libremente cuantos delitos prohíbe Dios, cuantos crímenes celan y castigan severamente en los demas lugares las leyes y los jueces? Temería que lo que voy á decir se atribuyera á un hipócrita oratorio, ó de un transporte indiscreto, á no ser ello la continua materia del amargo dolor, y las quejas de los ministros de Jesucristo, y de los magistrados prudentes y cristianos. No pocas veces, unas acaso y conducido por un preciso tránsito, otras de intento por tomar por mis ojos una melancólica, pero útil instrucción, me he acercado á las pulquerías y observádolas cuidadosamente ¡oh y qué escena se me ha presentado tan espantosa, compuesta de acciones y de actores que no pueden verse ni oirse sin peligro! No solo en

aquel recinto que sirve de receptáculo á los bebedores, mas aun en todas las calles inmediatas discurren atrevidamente, dominan, vense, sí, triunfar la torpeza de la honestidad; la embriaguez de la templanza; la ira de la moderacion; la desvergüenza y la desevoltura del pudor. Aqui unos arrojados por tierra se revuelcan asquerosamente en las inmundas heces que han vomitado: allá otros sosteniéndose mutuamente, dando mas caidas que pasos, vienen por último al suelo, del que no se levantan por muchas horas: los hombres desnudos, y las mugeres no cubiertas, mezcladas confusamente sin respetar la hija al padre, la muger al marido, se acarician, se abrazan, egecutan á la luz del medio dia lo que por no ver aun la noche se cubre de tinieblas: á una parte se grita, á otra restieñan las palabras impuras; acá se maldice, allá se blasfema; aqui se convidan, allí se lastiman, á esta parte se golpean y mecen; y aqui y allí se dice y hace lo que el pudor no permite referir ni aun imaginar. Todo son gritos, todo confusion, todo destemplanza, todo ira, todo torpeza, todo escándalo.

Aborto yo á este espectáculo, y fuera de mí, agitado de mil contrarios afec-

ros, sin que la compasion diera lugar á la justa ira, ni la indignacion permitiera el desahogo de una compasiva lástima; solo poseido de admiracion me he preguntado: en dónde estoy? en los arrabales de Roma gentil: en los dias de los inmundos bacanales, ó en las plazas de la antigua Méjico mirando sus mitotes diabólicos? Si será esta multitud una tropa de hombres ateístas, ó estaré yo en un pais en que no se profesa religion alguna? ¡Buen Dios! ¡Dios pacientísimo! ¿Y á tanto ha podido llegar el insolente orgullo de la embriaguez que á pesar de la vigilancia, del desvelo, del celo infatigable del príncipe y de los jueces haya erigido cuarenta y cinco impuros templos, no ya á ídolos de piedra ó leño, sino á los capitales vicios para sacrificarle en ellos públicamente, y sin temor las costumbres y la religion? Y esto no unos cuantos, sino millares de hombres todos los dias y á todas horas. ¡Qué con mas libertad en los dias festivos, dedicados al divino culto, se haga ostentacion de esta práctica idolatria! ¿Qué se profanen los dias sagrados no solo con las culpas, sino trabajando desde la media noche en conducir y en espendir esta bebida! ¿Qué en algunos domingos se introduzca ésta por

las calles de Méjico con banderas al ruido de clarin y cajas, y que recibíendose en las pulquerías con instrumentos músicos, se celebre de esta manera el triunfo de la embriaguez sobre los preceptos mas sagrados del evangelio! ¿Y no es esta una guerra mas sangrienta y mas injuriosa á la religion que profesamos que las que movieron los Dioclecianos y los Nerones, y que cuantas le han declarado los mas obstinados heresiarcas? Profesar una religion que condena soberanamente la embriaguez, la torpeza, el escándalo; y conservar al mismo tiempo entre nosotros cuarenta y cinco escuelas públicas en que no ya por el abuso de uno y otro particular, sino por un universal desorden, se practican descarada y abiertamente estos mismos crímenes, es::: no sé qué decir, ni qué nombre darle á esta contradiccion. Esto es lo que yo he querido decir cuando he llamado á los ebrios los enemigos mas crueles y perniciosos de la religion: para calificarlos como igualmente dañosos al estado, bastaria el enlace estrecho y sagrado vinculo con que estan unidos entre sí los intereses de Dios y del Rey; pero séame lícito descender á un detalle mas circunstanciado de estos perjuicios, porque no es ageno del ora-

dor cristiano promover los justos intereses del soberano y de la república.

No hay censura mas comun, y por la mayor parte muy bien fundada que aquella con que comunmente se notan el desorden y falta de policía de nuestro Méjico. Una ciudad por otra parte de las mas hermosas del orbe, en que brillan á competencia la magnificencia y esplendor con el decoro, urbanidad, y con los modos mas finos en el traje y el trato de sus ciudadanos; presenta por otro lado en su infima plebe tal abandono en todo, que tiene manchado su brillo con este feo lunar. ¿Qué miserable desnudez en sus plebeyos: qué inaplicacion y ociosidad en sus artesanos! ¿qué estrechez é inmundicia en sus habitaciones! ¿qué groseria en sus alimentos! ¿qué abandono en la educacion de sus hijos! No es mi intento ni me pertenece entrar en la prolija averiguacion de las innumerables causas que concurren á este lamentable desorden; pero juzgo que la principal entre todas es el imponderable abuso de la embriaguez del pulque. Porque ¿qué se puede esperar de unos hombres que emplean la tercia parte del año en las pulquerias frecuentándolas los domingos y dias festivos, y los lunes todos

de las semanas? ¿Qué se puede esperar de unos hombres que ganando con el sudor de su rostro en cinco dias un escaso jornal ó sueldo, le consume todo en beber? ¿Qué aliento tendrá para el trabajo quien disipa por lo menos el domingo y el lunes sus fuerzas exhalando los vitales espiritus, y fatigando su cuerpo con la agitacion de la embriaguez? ¿Qué ha de dar de comer á su muger é hijos; ni con qué ha de vestirse á si y á ellos quien no tiene bastante para saciar la sed insaciable del pulque? ¿Y cuánto es lo que el estado y sus mas nobles órdenes pierden en estos, no ciudadanos, sino enemigos capitales suyos? Pierde la república las obras, las tareas, el trabajo que impenderian útilmente en cincuenta y dos lunes, y las utilidades que le resultarian: al paso que la iglesia atenta justamente á los intereses del estado cede en cierta manera los respetos debidos al santuario reduciendo los dias festivos; y permitiendo el trabajo en muchos de ellos; el demonio de la embriaguez instituye otros para su solemnidad y su culto, haciendo que los lunes se consagren infamemente á la bebida. Pierde la agricultura, no sólo la labor y el cultivo, sino las gruesas cantidades que se espendirian

en los viveres, habiendo mas que comieran si bebieran menos. Pierde el comercio los muchos millares que girarian en compras y ventas de sus propios efectos, si se vistieran los que viven desnudos por beber. Pierde el Soberano los justos tributos que aumentadas las manufacturas, cultivados mejor los campos, floreciendo mas el comercio le tributarian sus vasallos. En una palabra, Dios, el Rey, la república, todos pierden, y solo el diablo gana almas y cuerpos en las pulquerias.

Basta, señores, un cómputo superficial de las inmensas sumas que consumen los ebrios solo en las pulquerias de Méjico, para inferir cuántas utilidades resultarían al cuerpo del estado, si esta sangre no se desperdiciara prodigamente sino que circulara por sus venas. Tres millones poco menos de arrobas se expenden de pulque dentro de Méjico anualmente, las que reguladas desde dos y medio cuartillos hasta tres y medio, que son las medidas mayores que se dan por un medio real, monta el total importe por lo menos un millon y medio de pesos. Si un millon y medio de pesos gasta nuestra plebe para hacer guerra á Dios y al estado: un millon y medio de pesos gasta

para deshonrar la religion con torpezas públicas, con muertes y heridas, con robos y trampas, y con toda clase de delitos: un millon y medio de pesos consume para dejar los campos sin cultivo, el comercio sin giro, los obradores sin oficiales, las tiendas sin artesanos: un millon y medio disipa para andar torpemente desnudos ellos, sus mugeres é hijos; para no comer sus hijos, ellos y sus mugeres; para habitar indecentemente, y para criar en vez de ciudadanos útiles malhechores insignes. Millon y medio enteramente perdido y sin giro (sin computar ahora las sumas que dejan de ganar por beber) dividido por familias, y aplicándole á cada una doscientos pesos ayudarian en grande parte á su subsistencia, y se sostendrian siete mil y quinientas familias. ¡Oh desórden! ¡oh desdicha! ¡oh abominacion la mas digna de eficaz, pronto y egecutivo remedio! ¡oh enemigos de la religion y del estado dignos de eterno oprobrio!

¿Mas á qué fin pretendo yo dar á conocer la tamaña malicia de este abuso, y ponderar los daños que originan estos enemigos? ¿para pedir venganza, y para clamar por el castigo? Acaso, revistiéndome de un celo semejante á aquel con

que los discípulos del Salvador al ver las abominaciones de la ingrata Samaria, querian hacer bajar del cielo un fuego devorante, ¿recogeré cuantas justas leyes han promulgado los sabios contra los ebrios para pedir su cumplimiento? ¿Qué se castigue doblemente el crimen cometido por el ebrio, como estableció Pitacio, ley que adoptó para Alemania y aun para España el incomparable Carlos quinto? ¿Qué no favorezca la embriaguez para minorarles la pena ordinaria como mandó el mismo príncipe? ¿Qué el delito de la embriaguez por segunda vez se castigue con pena capital, como sintió un piadoso é insigne teólogo? Lejos de esto solo he ponderado el vicio de la embriaguez para pedir á favor de estos enemigos de V. A. amor, ternura, beneficios: *diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos.*

Punto segundo.

¿Mas qué amor y qué beneficios? No otros que aquellos nobilísimos que demanda el alto carácter de dioses sobre la tierra é imágenes del padre celestial: *ut sitis filii Patris vestri.* Ama Dios á sus enemigos con un amor activo y tan benéfico que, apartando de ellos las causas que los

inducen á la enemistad, de enemigos los convierte en amigos. Útil y provechoso es el castigo; pero si con él se desempeña el oficio de juez, el de padre pide algo mas, que es hacer de un mal hijo uno bueno. Escarmienta la pena; pero no remedia todo el daño si se deja la ocasion del delito. Monarcas católicos de España, ministros sabios de esta América ¡cuánto trabajásteis en mas de dos siglos con pragmáticas, con ordenanzas para desterrar de nuestros pueblos este infame vicio! Pero él á la manera de aquellas llagas canceradas que dificultan la aplicacion de unos oportunos remedios y se irritan con otros, creciendo mas y mas ni da lugar á la práctica de muchas ordenanzas, ni se ha corregido con ellas. Y si cuando el cáncer se acerca al corazon es preciso valerse del fuego y del fierro aun con pérdida de algun miembro noble y útil; cuando la embriaguez va ya corrompiendo la religion y el estado ¿qué dificultad habrá que no deba atropellarse para corregirla? Sé muy bien que el pulque es una bebida regional, no solo útil sino aun necesaria. Igualmente conozco que desterrar enteramente de una ciudad populosa los ebrios, si es digno objeto de un deseo cristiano, es materia imposible en la práctica. Pero

reprimir sus excesos, moderar sus abusos, poner unos diques al torrente impetuoso del pulque que por cuarenta y cinco canales de pulquerías, trayendo consigo adulterios, incestos, robos, muertes, se lleva tras sí la religión y el estado, este es el beneficio que los enemigos mortales de V. A. han de experimentar de su celo. ¡Oh qué inconvenientes y qué graves dificultades no presenta la ejecución de este designio! Mas ningunas son capaces de aterrar su constancia, de acobardar su celo; antes bien ellas mismas ejecutan por el remedio. El mal tiene muy hondas raíces, domina universalmente; el pueblo es numeroso, y el vicio ha pasado á costumbre. ¿Y no es esta la razón mas poderosa para solicitar á toda costa su remedio? El pulque es en el día uno de los fondos mas ricos de que se sostienen mil honrosos ciudadanos, y de donde sacan sus rentas casas nobles. ¿Y esto mismo no nos hace ya gemir la decadencia de una agricultura útil cuando estendiendo los ojos por vastas campiñas las vemos verdeguear con el desagradable color de magueyes para fomentar á los enemigos de Dios, las máquinas cubiertas de otros frutos nos proveerian abundantemente de útiles alimentos?

Que profunda y sólidamente comprendió estos perjuicios el sabio espíritu de nuestro monarca. El gran Carlos Tercero, mas grande é ilustre por su religión y por su fe que por cuantos gloriosos laureles ciñen sus sienes reales. El gran Carlos, digno sucesor en el celo por la religión, en la integridad y en el amor á sus pueblos de los Carlos, de los Felipes y de los Fernandos, á sola una reverente representación en que le insinuaba el venerable cuerpo de curas los abusos del pulque, al punto mismo ordenó que tomándose de pronto las providencias mas oportunas para el remedio, se formase una junta para tratar de intento esta materia de tanto peso: queriendo (digna resolución de Carlos el sabio y el católico) que todos conocieran que no apetecía, y antes bien despreciaba cuantas utilidades podia rendir este ramo á su erario, cuyos verdaderos fondos consisten en las religiosas y puras costumbres de sus vasallos.

Pero despues de todo: si en el ánimo de V. A. libran la religión y el estado el verse seguros de estos enemigos; si convertirlos de enemigos en amigos, apartando de ellos la causa de su embriaguez, es en lo que consiste la semejanza del magistrado con el padre celestial: *ut sitis filii*

Patris vestri. ¿Cuál es por último este arbitrio? ¿Cuáles los medios de conseguirlo? Cuáles, Señor, sino los últimos que V. A. dando la mas ilustre prueba de que la caridad es siempre industriosa, ha meditado y expendido. Bien conocia V. A. que en vano hubieran trabajado los católicos conquistadores en extirpar la idolatria: que hubieran sido inútiles la predicacion y las armas; el castigo y los premios, sino hubieran antes de todo destruido los templos de los idolos. Comprendia bien que el número de pulquerias, la libre concurrencia de sexos, el retiro en que estan situadas imposibilitaba la vigilancia mas activa de los infatigables jueces para celar los desórdenes. Discurría sabiamente que el reducir las y colocarlas en las calles mas públicas y vecindadas, en unas tiendas públicas en donde nadie pudiese entrar á beber; que en ella solo se bebiese de paso y sin detenerse en conversaciones y convites, que no siendo facil en una calle pública ponerse de asiento, ni formarse concurrencias; que interesándose todos los vecinos en que en los zaguanes de sus casas y en sus inmediaciones no hubiera riñas, ni inmundos desórdenes, cada uno seria un celoso cuidador del buen orden, se corregirian

en gran parte los abusos. Esto y mucho mas discurría V. A. pero Dios no permita que se demore por mas tiempo la egecucion de tan importantes designios. Cuantas graves atenciones, cuantas solicitudes acerca del bien público y de la justa observancia de las leyes ocupan dia y noche su sabio espíritu, sean las que fueren, pesan menos que el beneficiar á estos enemigos, y liberrar de sus insultos á la religion y al estado. Vuelva V. A. (si acaso pueden sufrir tan horrible espectáculo) sus ojos ácia los barrios en que estan situadas las pulquerias, y no se si podrá sin lágrimas ver alli las tristes imágenes de la religion y el estado. Macilenta la religion, estenuada, debil, rasgadas sus sagradas vestiduras levanta al cielo, y yuelve despues á V. A. sus ojos llorosos y sus manos en ademán humilde. Le pone delante los preceptos de Dios quebrantados; las leyes de la Iglesia despreciadas; profanados los dias festivos, y olvidadas las mas sacrosantas obligaciones. A otra parte se le presenta el estado debilitados sus miembros, pálido, tropezando, que con mano trémula le señala la agricultura abandonada, el comercio de los efectos sin giro, los talleres sin oficiales, las tristes mugeres y los hijos hambrientos y des-

nudos, las familias sin educacion ni cultivo. Y así la religion como el estado con voz desmayada claman una y muchas veces: ¡Amad á vuestros enemigos! ¡Nos aborrecen y os aborrecen! ¡beneficiales! ¡Nos persiguen y nos calumnian! ¡esperimenten no ya vuestro justo castigo, sino los efectos de un amor que quitándoles en lo posible la raiz y ocasiones de la embriaguez los convierten en hijos de Dios, en amigos vuestros, en religiosos fieles, en ciudadanos útiles. Dios lo manda, lo ordena el Rey, la religion lo pide, el estado lo clama; de los oficios y providencias de V. A. están pendientes la salvacion de innumerables almas, y el fruto de la preciosa sangre de Jesucristo, que sin duda se pierde en ellas, si ellas se pierden. Esto por último lo demanda de V. A. el alto caracter de imágenes y sustitutos del padre celestial, Rey soberano de la gloria.

SERMON

Predicado la última noche del año de 1780 en la parroquia del Sagrario de la santa iglesia cathedral.

Ne dicas: miseratio Domini magna est: Misericordia enim et ira ab illo cito proximant. Eccles. cap. 5. v. 6. et 7.

Lleno de un inesplicable regocijo, y ocupado al mismo tiempo de un melancólico terror: dividido mi corazón en una interior lucha entre las mas dulces esperanzas y los mas amargos temores: presentándoseme ya las imágenes mas agradables, y ya las mas funestas vengo á hablaros en esta noche en que por la primera vez os juntáis en este templo para una ceremonia propia de vuestra religion y de vuestra piedad. Acabamos hoy, señores, el año de 1780 de la era cristiana, y la religiosa piedad de Moisés, en quien se habia interrumpido una ceremonia tan plausible y tan celebre en otras muchas ciudades del orbe católico, renueva hoy por esta pública accion de gracias á los beneficios de Dios una solemnidad que desea perpetuar para eterno monumento

nudos, las familias sin educacion ni cultivo. Y así la religion como el estado con voz desmayada claman una y muchas veces: ¡Amad á vuestros enemigos! ¡Nos aborrecen y os aborrecen! ¡beneficiales! ¡Nos persiguen y nos calumnian! ¡esperimenten no ya vuestro justo castigo, sino los efectos de un amor que quitándoles en lo posible la raiz y ocasiones de la embriaguez los convierten en hijos de Dios, en amigos vuestros, en religiosos fieles, en ciudadanos útiles. Dios lo manda, lo ordena el Rey, la religion lo pide, el estado lo clama; de los oficios y providencias de V. A. están pendientes la salvacion de innumerables almas, y el fruto de la preciosa sangre de Jesucristo, que sin duda se pierde en ellas, si ellas se pierden. Esto por último lo demanda de V. A. el alto caracter de imágenes y sustitutos del padre celestial, Rey soberano de la gloria.

SERMON

Predicado la última noche del año de 1780 en la parroquia del Sagrario de la santa iglesia cathedral.

Ne dicas: miseratio Domini magna est: Misericordia enim et ira ab illo cito proximant. Eccles. cap. 5. v. 6. et 7.

Lleno de un inesplicable regocijo, y ocupado al mismo tiempo de un melancólico terror: dividido mi corazón en una interior lucha entre las mas dulces esperanzas y los mas amargos temores: presentándoseme ya las imágenes mas agradables, y ya las mas funestas vengo á hablaros en esta noche en que por la primera vez os juntáis en este templo para una ceremonia propia de vuestra religion y de vuestra piedad. Acabamos hoy, señores, el año de 1780 de la era cristiana, y la religiosa piedad de Mógico, en quien se habia interrumpido una ceremonia tan plausible y tan celebre en otras muchas ciudades del orbe católico, renueva hoy por esta pública accion de gracias á los beneficios de Dios una solemnidad que desea perpetuar para eterno monumento

de su gratitud; concluimos hoy, vuelvo á decir, el año de 1780 en el que siendo mas facil contar las horas, los minutos y aun los instantes, que los inestimables dones que hemos recibido de Dios, nos ofrece esta sola consideracion motivos no menos eficaces para un humilde reconocimiento que dignos del mas sólido gocejo. Porque si el gozo que se sienta al recibir algun grande bien despues de perdido, ha llegado tal vez á privar de la vida; la larga continuada posesion de bienes grandes y sin número, que no se ha interrumpido con el triste dolor de la pérdida; en qué obligacion no nos pone, y como no intrudará nuestro corazon de una santa alegría? Tal es, señores, en este dia nuestra suerte, digna justamente de celebrarse con las mas alegres demostraciones de agradecimiento. ¡Mas hay! Que en medio de ellas oigo allá en lo mas secreto de mi corazon una melancólica voz que me dice: ¿Si será este el último año de mi vida? ¿Si estos felices dias serán vispera de otros funestos y desgraciados? ¿Si á la apacible serenidad del goce de una salud robusta, de una honrada reputacion y de una situacion ventajosa, sucederá la negra tempestad de enfermedades, de deshonras y de miserias? ¿Si la

ira vengadora de un Dios bienhechor mal correspondido vendrá ya con pasos, aunque silenciosos, apreturados en seguimiento de su misericordia despreciada?

Pero ¿qué (me direis) vengo yo en esta noche á confundir con espantosos anuncios la ceremonia mas alegre? ¿A mezclar mis lúgubres ayes con vuestros solemnes cánticos, y á fulminar amenazas de la divina justicia en un tiempo que se debe todo á las gracias de la misericordia? ¿Y habremos acaso nosotros, á la manera de los antiguos indios meicanos que al terminar el Sol la carrera de sus cuatro semanas mayores, despidiéndose de la luz, cuyo fin temian supersticiosamente, dispuestos á morir, andaban por las calles frenéticos y fuera de sí, por el temor de que se acabara el Sol: habremos, digo, aunque con diferente espíritu, de llorar asustados en el fin del año, temiendo si en el venidero vuestras culpas obscurecerán las luces benignas del Sol Divino? Si, señores: este me ha parecido el verdadero objeto de esta sagrada ceremonia instituida no menos para despertar nuestro agradecimiento, que para corregir la insolente presuncion de que se deja dominar el hombre en la prosperidad á vista de una continuada serie de benefi-

cios. ¿Y no es muy comun entre los cristianos aquella presuntosa y confiada seguridad, que describe el sabio al capitulo quinto del Eclesiástico, con que al volver sobre sí el hombre, y al considerar que en medio de sus iniquidades ha pasado sus años tranquilos, se promete vivir el año que sigue porque ha vivido en el presente; haciendo de las misericordias de este año consecuencias para el venidero: *Pecavi et quid accidit mihi triste? miseratio Domini magna est? Temeraria y loca confianza para cuya confusión nos intima el Señor, que sus iras andan siempre muy cerca de sus misericordias: Ne dicas: miseratio Domini magna est: misericordia enim et ira cito ab illo proximant.* Para apartar, pues, de nosotros semejante presunción, y para que la memoria de los beneficios que hemos recibido en el año no nos precipite por el rumbo del agradecimiento al abismo de la temeridad, quiero que consideremos este último día como día de gozo y de temor: día de gozo, por la memoria que en él hacemos de los beneficios con que Dios nos ha distinguido como con una merced de su misericordia; pero día de temor, porque acaso estos mismos beneficios, por nuestro abuso, son un triste anuncio de su ira.

Punto primero.

Es el hombre, ó ya sea por aquel secreto orgullo de su espíritu que en todo anhela por la preferencia y la distincion, ó sea por un efecto de su ignorancia que no descubre los fondos de los dones sino á la luz de la singularidad: es el hombre tan inclinado á estimar solo lo raro y esquisito, que en su aprecio se envilece el beneficio por frecuente, no siendo para él los mejores los mayores bienes, sino los menos comunes. Mira con ojos indiferentes todo un cielo en quien tiene para su provecho, si no el dominio, el uso inestimable del sol, de la luna y de las estrellas, y cuando ni aun se acuerda de este beneficio por comun y por universal; casi fuera de sí pondera y celebra la dicha de poseer un diamante de esquisita grandeza, vil si se compara con aquellas brillantes luces, pero que crece en su estimacion porque es él solo el dueño. Lamentable flaqueza que nos impide apreciar como es justo, y agradecer la multitud sin número de beneficios con que en este año de misericordia nos ha visitado nuestro Dios conservándonos la vida, la salud, la honra, el caudal y el goce de los demas bienes. Pero condesciéndase

por ahora con esta flaqueza: y para dar á conocer cuán poderosos motivos tenemos de dar á Dios las mas alegres gracias, quiero que consideréis todos estos beneficios, no por lo que en sí son, sino por lo que tienen de singular. Traed para esto á la memoria aquel dia grande para los hebreos en que á pocas marchas despues de su salida se vieron amenazados de un nuevo peligro que iba á sugetarlos otra vez á las cadenas, que acababan de romper. Estrechados por una parte del formidable ejército de Faraon que les seguía el alcance; por la otra del mar que se oponia á su marcha; cuando se imaginaban reducidos á perecer, ó entre las espadas enemigas, ó en el torrente impetuoso de las ondas triunfaron de todo á costa de uno de los mas ruidosos milagros que han visto los siglos. Dividióse el mar Rojo ácia uno y otro lado, y condensadas sus liquidas aguas, olvidadas de su naturaleza se mantuvieron firmes franqueando una senda enjuta al pueblo escogido. Arrojárse en su seguimiento los egipcios, y precipitándose á su centro aquellas dos cristalinas montañas hallan los infelices á un mismo tiempo un útil escarmiento de su temeridad y un justo castigo de sus delitos.

Yo discurro, siempre que leo este bello pasage, que luego que los israelitas pusieron el pie en la orilla opuesta, cuando volvieron los ojos ácia el peligro verian naufragar las tropas egipcias, tomarian algun puesto eminente para considerar despacio aquel triunfo de la diestra todopoderosa. Y joh cuáles debieron de ser entonces los transportes de su gozo y de su admiracion al contemplar que él que para ellos habia sido rumbo seguro y franco, era para aquellos desdichados sepulcro de sus cuerpos y de sus riquezas! Verian arrebatados por el impetu de las corrientes los pesados carros, y envueltos entre las olas los escudos, los arneses, los alfanges y los cuerpos ya medio desarmados. Descubririan á una parte á los desventurados gitanos luchando con las ondas, y no pudiendo resistir su fiereza ceder al cansancio, y abandonarse al arbitrio de las aguas. Oirían á otra lastimeros gemidos de miserables que pedian al cielo piedad, y no encontraban sino justicia. Mezclábanse el estrépito ruidoso de las olas con los desmayados gritos y ayes de los moribundos: arrojaba el mar enfurecido á las orillas las joyas, las armas y los cadáveres, y en pocos instantes se redujo todo el poder y grandeza de Faraon

á una ruina deshecha, que fue el objeto de compasion aun á los mismos vencedores. ¡Y cómo levantarían al cielo las manos y las voces! ¿cómo no alabarian el poder y la bondad del Señor que había salvado sus vidas allí mismo, en donde no dejaron los egipcios sino un monumento triste de lo que habían sido!

¿Y no es esta, señores, una viva pintura de lo que hemos experimentado en este año? Ya que hemos pasado felizmente por entre las amargas aguas de tribulaciones y de desdichas; volvamos atrás los ojos, y como desde un alto collado demos una ojeada al mundo todo simbolizado en el mar Rojo. ¿Y no se os presenta desde luego el mas compasivo espectáculo en el espacio de estos doce meses? Cuantos millares de muertos unos al rigor de las enfermedades, otros á la violencia de un rayo, ó heridos de una mano enemiga; estos perecieron de una caída, aquellos oprimidos de una ruina, muchos de otras mil esteriore causas. Solo en el recinto de esta feligresia han muerto cerca de dos mil, y algunos centenares de muerte improvisa y repentina sin el socorro de los sacramentos: bajo este mismo pavimento yacen muchos que en el año pasado vivían alegres y conten-

tos, y ahora no ha quedado de ellos ni aun la memoria. Volved á otra parte los ojos, ó aplicad al menos los oídos á las quejas de tantos que han gemido y gimen en los hospitales, que lloran en las prisiones, que se quejan en la desnudez. ¿Cuántos caudales perdidos en este año? ¿Cuántas familias arruinadas? ¿Cuántos secretos desastres, tanto mas dolorosos cuanto mas distantes del consuelo amargo de una queja? De toda esta suerte de calamidades que ha descargado sobre otros el brazo del Señor, me ha librado su mano, para aquellos pesada y fuerte; para mí dulce y misericordiosa. Alma mía, potencias y sentidos míos; y todo cuanto soy bendecid aquel Señor, cuyos beneficios no podría explicar aunque cada uno de los innumerables poros de mi cuerpo fuera una elocuente boca por donde le alabara: *Benedic anima mea Domino, et omnia que intra me sunt.* Si vivo hasta el fin de este año en que han muerto tantos millares de jóvenes robustos y floridos, no es á la edad, no á la salud; sino á sola su misericordia á quien debo la vida: *Misericordie Domini quia non sumus consumpti.* Yo como otros muchos anegados en las salobres aguas de la deshonra y de la miseria, acaso con mayor causa lloraría

sepultado en el abismo de la ignominia y del desprecio si la piedad de Dios no me hubiera protegido: *Nisi quia Dominus erat in nobis forsitan pertransisset anima nostra aquam intolerabilem.* Yo (este pensamiento, señores, me hace estremecer, y siento que toda la sangre se me hiela en las venas) yo, si hubiera muerto en aquellos momentos en que estaba manchado de culpas: si en aquellos días en que abrigaba aquel odio, aquel deseo de venganza, en que meditaba aquel designio torpe; si en este año, que quizá he empleado todo en comercios criminales, si me hubiera sorprendido la muerte, ahora sería infeliz compañero de muchos que por menores culpas comenzaron en este mismo tiempo su infeliz eternidad en los infiernos á no haberme sufrido aquel Dios paciente hasta el exceso: *Nisi quia Dominus adfuit mihi, paulo minus habitasset in inferno anima mea.* ¿Quién tuviera ahora la sonora cítara de David, y su religioso espíritu para convocar con alegres imperiosas voces á las criaturas todas para una solemne acción de gracias? Y ¿son, señores, otra cosa cuantas luces brillan en el cielo, cuantos árboles pueblan las selvas, cuantas flores hermosean los prados: son otra

cosa los animales todos que habitan en los montes, que vagan por el aire ó surcan los mares; en una palabra, las criaturas todas mas que unos dones que la mano divina ha conservado en este año para que sirvan, ó á nuestra necesidad, ó á nuestro regalo habiendo en este mismo año privado á innumerables de su goce? Vosotras, pues, hermosas obras del Señor, como sois instrumentos de su liberalidad, sedlo igualmente de su gloria alabándole, bendiciéndole y engrandeciendo sus misericordias.

Estas, señores, se os manifestarán mas claramente, y se os hará mas sensible este beneficio de preferencia con que Dios nos ha señalado, si pasando de lo que cada uno de nosotros debe en particular al Señor á lo que esta ciudad le es deudora; concluyereis que habitais un pais depósito de misericordias sin número; y de privilegios sin egemplar. Y para que la memoria de estos públicos beneficios os acuerde mas vivamente vuestra felicidad al cortejo de la suma desgracia; recorred en breve las calamidades de toda clase con que en este siglo ha afligido el Señor á las principales ciudades del orbe cristiano, y admirareis aquel Dios de las venganzas que deja obrar algunas veces á

su justicia como desatada de los piadosos vínculos de su misericordia: *Deus ultimum Dominus Deus ultionum liberè egit.* Parece que ha resonado ya en nuestro siglo aquella voz magestuosa de la ira del Dios que ordena á sus ministros que derramen sobre la tierra los vasos llenos de su indignacion: *effundite phialas iræ Dei in terram.* ¿Y cuando han sido mas generales los terremotos que de 40 años á esta parte? Temblaban espantados los habitantes de la Noruega, la Suecia, y de otros muchos países del mundo al sentir que se movía bajo sus pies la tierra con movimientos no experimentados hasta entonces: apenas ha habido lugar en la Europa en donde, ó la novedad, ó los estragos del terremoto no hayan causado el mayor espanto. Sepultose en nuestros dias bajo sus mismas ruinas la bella capital Lisboa, conspirando contra ella á un mismo tiempo la tierra con temblores, el mar con sus avenidas, el viento con furiosos urracanos, y el fuego con voraces llamas. Hasta hoy gimen, no bien recobradas del terremoto en la otra America, Lima que vio hundirse en una noche su famoso puerto, y la ciudad de la Concepcion en el Chile. Añadid á esto la horrible carniceria de tantas pestes acaso

en nuestro siglo mas que en otros continuas y crueles: y para que no imagineis que la cólera del cielo se ha saciado con estas desdichas, mirad la Europa cubierta de cadáveres é inundada de sangre humana, y sin que los estrechos lazos de la sangre, ni los sagrados vínculos de una misma fe haya bastado á reprimir los marciales ímpetus hemos visto arder el fuego de la guerra aun entre príncipes de una casa y de una religion.

Mas ¿para qué es ir á buscar á países distantes calamidad, cuando tenemos sin salir de nuestros dias, ni de nuestra region bastantes pruebas para conocer el brazo vengador de un Dios irritado? Por que ¿qué ciudades hallareis entre las principales de nuestra América que no den hasta el dia sobrada materia para llorar sobre ellas? Guatemala arrollada mas de dos veces á la violencia de los temblores: Guadalajara en continuo susto por las tempestades: Oajaca atemorizada con frecuentes cernimientos: Veracruz siempre sujeta á mortales enfermedades por la maligna constitucion de su clima: Puebla reducida á un miserable estado por los atrasos de su agricultura y de sus comercios. Las pestes observando un fatal periodo de veinte á veinte y ocho años aso-

lan nuestras provincias. La hambre (aun siendo esta por la fecundidad del reyno la plaga menos temible) llegó el año de 50 á dominar de suerte que, despues de alimentarse los pueblos de raíces, y aun yerbas venenosas, aparecian por los campos unos esqueletos sin otra señal de vida que los lastimosos ademanes con que pedian algun sustento. Ni la distancia de las potencias beligerantes nos ha redimido del azote de la guerra en estos tiempos en que llegaron á enarbolarse sobre los muros de la Habana las banderas británicas, en que sus tropas se han atrevido en estos dias á introducirse hasta las costas de Nicaragua, y en los que sufrimos un nuevo género de guerra en las invasiones, los robos y la canniceria de unos indios barbaros y sin disciplina que llenan de espanto y tienen en un continuo sobresalto nuestras provincias internas. De suerte, señores, que todo este siglo no ha sido sino tragica escena en que, á escepcion de un intermedio pacifico de pocos años y de algunos actos alegres, no se han representado sino horrores de pestes, de guerras, de terremotos y de desdichas.

Pero descansad ya vuestros ojos fatigados de espectáculos tan lastimosos, vol-

vedlos á vuestra Méjico en donde por un extraordinario privilegio del cielo se os presentará una serie no interrumpida de felicidades. Es verdad que ella ha sido asaltada de las comunes plagas, pero como aquella arca venturosa que en medio de los embates furiosos de las olas rodeada de las aguas triunfó del comun diluvio. Méjico acometida de tantas fatales calamidades ha sido casi sin egemplar, ó la mas dichosa, ó menos infeliz que las otras. Si se sacude con recios repetidos vaivenes la tierra, estos en Méjico no parecen sino amorosas demostraciones con que Dios le hace ver que no debe su seguridad á la constitucion de un terreno libre de terremotos, sino al patrocinio que la defiende de sus estragos. Si la guerra lleva áciú todas partes entre el ruido de las armas la desolacion de las familias, el abandono de la agricultura, las pesadas aunque justas contribuciones: Méjico sin haberle visto jamas la cara á este monstruo sangriento apenas le conoce por su nombre, y mucho menos que otros pueblos por sus efectos. Si la cruel voracidad de la hambre en todo el reyno ha de infaustamente celebre el año de 50: ésta en Méjico solo sirve de gloriosa ocasion á la liberalidad tan franca que no

conoció el pueblo la escasez sino por la abundancia de los socorros. Si un pestilente venenoso contagio acaba de llenar los templos y aun los campos de cadáveres, las casas de negro luto y las familias de inconsolable llanto; Médico computa entre los apestados apenas una séptima parte de muertos, cuando en otros lugares (por el cómputo que he podido formar) pereció la tercera, ó cuarta parte de los contagiados. Debíose en gran parte y por que he de callar en agravio de la verdad lo que se puede y debe decir sin sospecha de adulación? Debíose esto á las oportunas providencias de dos príncipes celosos y amantes de su pueblo, á los arbitrios y cuidado de una ciudad no menos noble que piadosa, á la liberalidad de un tribunal de comercio siempre atento á las necesidades del público. Mas qué ¿no es un beneficio inestimable del Señor que nos haya conservado un pastor de entrañas tan dulces y benignas que estaba dispuesto á consumir sus rentas y aun á vender el preciso menage de su palacio para el alivio de su rebaño? ¿Qué nos haya puesto á la frente un noble Ayuntamiento que supo meditar y practicar providencias tan útiles para la asistencia de un pueblo numeroso, que ellas servi-

rán de egemplar y de admiracion aun á las ciudades mas cultas y piadosas? ¿Qué excitó en nuestros ciudadanos un espíritu de largueza tan sobreabundante que sin que el pobre enfermo tuviera ni aun el trabajo de pedir, se dió tanto, y hubo tanto que dar que casi llegó á quejarse la misericordia de que era poca la miseria? Y ¿podré yo, señores, en vista de tanto beneficio no dirigirme á Médico para exhortarla, con las mismas palabras que David á Jerusalem á rendir á Dios las mas humildes gracias?

¡Médico! mas feliz y mas venturosa que Jerusalem: alaba á tu Dios y á tu Señor que te ha librado del furor de la guerra, y llenado de bendiciones á tus habitantes: *Lauda Deum tuum quoniam confortavit seras portarum tuarum: benedixit filijs tuis in te.* El te ha establecido una perpetua seguridad en tus confines pacíficos y abundantes, para que no conozca ni el furor de las armas, ni la esterilidad desolante: *Qui posuit fines tuos pacem, et adipe frumenti satiat te.* Su voz fecunda ha fertilizado tus campos, y ellos casi sin trabajo rinden prontamente los mas copiosos frutos: *Qui emittit eloquium suum terra velociter currit sermo ejus.* Te manifestó su ley y sus misterios,

no ya entre sombras como á la familia de Jacob; y tú mas fiel que Israel en la observancia de su religion has experimentado el cumplimiento de sus ricas promesas: *Qui annunciat verbum suum Jacob justitias et judicia tua Israel.* A la verdad que Dios te ha distinguido singularmente entre las demas naciones del mundo: *Non fecit taliter omni nationi.*

Estas tiernas consideraciones no menos propias para acordarnos la obligacion en que nos hallamos de dar á Dios las mas rendidas gracias, que para celebrar este dia último como dia de gozo y de regocijo, acaso os habrán persuadido que aquellos temores que al principio significó combatian á mi espíritu, son del todo vanos é infundados. Porque cuando todo nos dá una idea la mas dulce de un Dios misericordioso y benigno; cuando todo conspira á regocijarnos; para qué confundirnos con ideas tristes, y dejarnos ocupar del temor? ¿Y por qué la memoria que hacemos en este dia de los dones de la misericordia ha de mezclarse con los terribles anuncios de la ira? Yo os lo diré en breve si me atendeis como hasta aquí.

Segundo punto.

Que los beneficios mal correspondidos se convierten en otros tantos motivos de justa venganza; que Dios suele diferir sus castigos para descargar mas recio el golpe; que su paciencia irritada se convierte en furor: nos lo enseñan las sagradas letras, lo publican mil funestos escarmientos, y la misma naturaleza nos hace ver que el mar, mientras mas se retira de las costas, vuelve con mas furia á inundarlas, y que el fuego, mientras mas reprimido en las entrañas de la tierra, rompe con mas violenta fuerza, y hace volar las murallas mas firmes. Pero que los mismos dones de la misericordia sean tal vez el anuncio mas fatal de la ira, apenas lo creeríamos si todo un Dios no hubiera intimado esta nueva especie de castigo. Jerusalem ingrata (le decia por uno de sus profetas) pues has correspondido tan mal á mis beneficios yo dejaré de zelar tus ingratitudes: pecarás, y yo, á manera de un padre que abandona á su hijo sin reprehenderle, ni castigarle, ocultaré los efectos de mi ira: *Auferetur á te zelus meus et quiescam nec irascar amplius.* ¡Terrible es Dios, exclama San Bernardo, quando despide rayos y hace

temblar el mundo á una sola mirada! ¡Terrible cuando castiga en el furor de su ira! ¡Pero mas terrible cuando á vista de nuestras iniquidades calla, disimula y nos llena de dones con que adormecidos como en un profundo sueño no sentimos sobre nosotros el azote que nos despierta: *super omnem iram miseratio ista*. Como el suave rocío de la mañana que da vida á las plantas, fragancia y hermosura á las flores, alegría y fertilidad á los campos, es en el invierno, por la rigidez y dureza de las fibras de las mismas plantas, el instrumento mas nocivo que las abrasa y las destruye; así los mismos dones con que Dios en la primavera de sus piedades nos vivifica, son medio funesto para el castigo en el invierno de su cólera, cuando la insensibilidad y rigidez de nuestros corazones se endurece con los beneficios.

Esto supuesto no me preguntéis ya, señores, qué es lo que temo á vista de los bienes que en tantos años atras y en el presente ha recibido Méjico. Temo esa ansia insaciable de adquirir y de enriquecer: ese apetito de gastar y de lucir: esas dos pasiones émulas á un tiempo, y compañeras, la avaricia y el lujo que, como decia el sesudo Caton, son las ruinas de las ciudades y los imperios. Temo

este alto punto de grandeza á que se ha exaltado Méjico: tanta profanidad en las galas, en el tren de carrozas, en la comitiva de criados, sin distincion de nobleza y de plebe, de ricos y pobres á costa de la usura, de la trampa, del juego, de la prostitucion: esa gula ingeniosa en los banquetes: esa torpeza que se alimenta en los reatos y en los bailes con todo género de fomentos lascivos. Temo esas partidas de juegos que casi en cada calle hacen la ocupacion de tantas gentes mezclándose escandalosamente hombres y mugeres para perder el tiempo, los caudales y las familias. Temo esa desventura, no ya de viles mugercillas, sino de algunas de mayor clase que en su casa gastan las horas pasando del tocador al gabinete, del afeite á los inútiles y quizá perniciosos coloquios de los que las lisongeán; que en la calle no llevan otro designio que ganarse adoradores: que buscan en los templos los lugares y las horas de mayor concurrencia, no para adorar á Dios, sino para hacerse espectadas con la abominacion de risas, de ademanes, de afectados movimientos; que en sus trages, en sus mudas, en sus pasos, en el manejo todo de su cuerpo no respiran sino un aire estudiado de lascivia. Temo esa em-

briguez de la plebe, esas pulquerias en que levantando el Demonio para injuria de Dios templo contra templo reinan impunemente (sin que las cristianas providencias de un Monarca catolico, las vivas representaciones de cuerpos los mas respetables, los eficaces deseos de los principes eclesiastico y secular, no sé por que desgracia de Méjico, hayan tenido efecto): reynan impunemente el hurto, la ira, la torpeza, é iba á decir la brutalidad. Temo mas que todo en medio de tanto desorden la paciencia, los dones, la bondad de un Dios misericordioso: por que en ellas descubro los tremendos cercanos golpes de su ira: *Misericordia et ira cito proxima*. Tremotos violentos, hambres mortales, pestes, adversidades son muchas veces distrax ingenioso de la misericordia del Señor de que se vale para despertarnos del letargo de nuestros vicios. Pero ese alto punto de grandeza de Méjico, (la felicidad temporal de que Dios la ha colmado, este levantar el Señor el brazo cuando apenas nos ha tocado el azote: todo esto á vista de la falsa tranquilidad en que vivimos entregados á regocijos, á juegos y á bailes autorizando con la máscara de civilidad, de razon de estado, de política fina la libertad escan-

dalosa de pensar y de obrar, me hace temer que Dios, dejándonos en manos de nuestros consejos, permite que corramos tranquilamente en pos de nuestros apetitos y que nos ha abandonado á los deseos de nuestro corazon: *Dimisit eos secundum desideria cordis eorum, ibunt in adventionibus suis*.

Dios grande de las misericordias, fulmine tu diestra omnipotente rayos que nos asusten: tiemble la tierra y caigan desplomados nuestros edificios: afligenos con la peste, con la hambre, con la esterilidad: sea Méjico infeliz, como no sea pecadora, escandalosa, ingrata. Ni podian ser otros nuestros deseos, cristianos oyentes, al contemplar este monstruoso contraste de un Dios bienhechor y un ingrato pueblo; ni yo me atreveria á pedir al cielo otra cosa que castigos piadosos que despertaran nuestra insensibilidad, si el soberano obgeto á quien dirigimos estos cultos no calmara nuestros temores para esperar, no ya aquellos bienes con que oculta Dios su ira; sino los amorosos beneficios con que manifiesta su misericordia. Y ¡oh que felicidad la nuestra tener, á pesar de nuestras culpas, un Dios infinito que presentará al Eterno Padre para una accion de gracias la mas cumpli-

da una víctima agradable y pura para aplacar su ira!

Vuestro adorable cuerpo, Señor soberano, nuestro por tantos títulos, es la recompensa que en esta noche ofrecemos á vuestro padre por los innumerables beneficios de este año: es la hostia de propiciación que satisface por nuestras ingratitudes; y es también la prenda que nos asegura en el año venidero las felicidades. Vos Señor, desde esas angustas aras bendecid este último día con que coronamos el año presente, y vuestra bendición deramará el año que sigue sobre el estéril terreno de nuestros corazones, y sobre nuestros campos, frutos de virtud, y abundantes mieses: *Benedixit coronae anni benignitatis tuae et campi tui replebuntur ubertate.* Bendecid Señor este día, y los espíritus desolados con las pasiones serán dichosa habitación de virtudes, reinará en los incultos desiertos la abundancia, se remontarán nuestras almas sobre los gustos viles de la tierra, y hasta los inmóviles collados saltarán de contento: *Pinguent speciosa deserti et exultatione colles accingentur.* Multiplicaránse con maravillosa fecundidad nuestros ganados y el pequeño rebaño de la iglesia se extenderá hasta los fines de la tierra en donde

será alabado vuestro nombre con festivos himnos: *induti sunt arietes ovium: clamabant etenim himnum dicent.* Bendecidnos en esta noche, y vuestra bendición nos conducirá por entre las tinieblas de esta mortal peregrinación al alegre día de una inmortal gloria.

predicado el viénes de Lázaro en
la catedral de Méjico el dia 3
de abril de 1767.

Erat quidam languens Lazarus à Bethania. Joann. cap. xi. v. 1.

Entre las maravillosas obras que para manifestar su divinidad, y confirmar á sus discipulos en la fe de su resurreccion egecutó el Salvador del mundo, no hubo alguna que mas encendiera la envidia y el furor de sus enemigos ni mas llena de misterios para nuestra enseñanza, que la portentosa resurreccion de Lázaro referida al capitulo 11 de S. Juan. Ya habeis oido que Lázaro hermano de Marta y de Maria, honrado por la boca de Jesucristo con el glorioso titulo de amigo suyo se hallaba cercano á la muerte, postrado, débil, y sin fuerzas; que no sufriendo la ternura de sus hermanas el omitir remedio alguno recurrieron confiadas á Jesucristo avisándole que su amigo estaba en-

fermo; que el piadoso Salvador, dando á entender no era mortal la enfermedad, se detuvo en Betavara sin encaminarse á Betania hasta despues del cuarto dia en que halló á Lázaro muerto ya, y corrompido en el sepulcro. Las demostraciones de su sentimiento, y los medios que usó para resucitarle fueron tan singulares que no leemos otros semejantes en el discurso todo de su vida. En esta accion, pues, no menos portentosa por sus circunstancias que por las útiles doctrinas que encierra ¿qué no han descubierto los padres para nuestra enseñanza? Ya nos conducen al sepulcro con las mismas palabras con que allá los circunstantes obligaron á prorumpir á Jesucristo en lágrimas de compasion: *Veni et vide*: venid y ved al que poco ha gozaba de una salud robusta, de una feliz fortuna postrado en un sepulcro, cubierto el rostro con un sudario, hecho el pasto de los gusanos, causando horror á sus mas allegados: venid, y ved el triste, pero necesario término del esplendor y la gloria, y los bienes que tanto apreciaba el mundo. Ya en el mismo sepulcro nos ponen á la vista por el feliz estado del cuerpo, la tirania de una pasion que pasando á costumbre hace casi imposible sino por un

milagro la conversion: ya finalmente en las lágrimas de un Dios hombre cuán digna es del mayor sentimiento la espiritual muerte del alma.

Pero habiendo yo de hablaros de tantas, y tan provechosas verdades en un tiempo en que dispuestos á llorar la cercana muerte de nuestro Redentor considero al pueblo cristiano, por la mayor parte, libre ya del pecado por la penitencia, y de una accion, que el mismo Jesucristo dirigió á encender los tibios corazones de sus apóstoles; quisiera dejando, si aun hay quien en tan santos dias se llore esclavo de sus vicios: dejando, digo, á semejantes pecadores en su obstinacion dirigir mis palabras á las almas justas. A aquellas, digo, que si bien amigas de Cristo como Lázaro viven, pero tan débiles, tan desflaquecidas, que estando á punto de perder la vida, se hallan muy cercanas á la muerte y la corrupcion. A aquellas que conservando el horror al mortal monstruo del pecado, tibias y perezosas se entregan sin temor á todo género de faltas ligeras, á las ocasiones peligrosas y no aspirando á la perfeccion, quieren seguir un partido en c Dios y el mundo procurando complacer á entrambos. Si acaso, pues, ó almas tibias no ha-

beis comprehendido vuestro infeliz estado, poned los ojos en el amigo de Cristo enfermo, en Lázaro: *erat quidam languens Lazarus á Bethania*, y demuéstreos su muerte la terrible desgracia á que os precipitais. Porque en el origen de la muerte de este vereis, que el estado de la tibieza es el mas lamentable y peligroso. Esta verdad tan importante, y que á cada paso nos intiman los ministros del Señor, es la que intento mostraros en la enfermedad y muerte de Lázaro: amigo de Jesucristo, si; pero enfermo, pero débil: *Languens*. Debilidad tanto mas lamentable quanto de ella es sin comparacion mas grave y mas facil, é irreparable la caída. La madre del amor, y de la mas fervorosa caridad dé esfuerzo á mis tibias palabras para que puedan imprimir en vuestras almas el debido horror á este infeliz estado implorando su ayuda con el AVE MARIA.

Erat quidem languens.

Qué vivo retrato de una alma tibia, el amigo de Cristo Lázaro, débil, y enfermo (:::) qué imagen tan cabal del miserable estado de la tibieza y sus funestas consecuencias la enfermedad de

Lázaro, y la muerte á que ésta le condujo. Postrado en una cama, lo que cada día experimentamos al rigor de una fiebre, comenzaba á sentir en una vida débil, y languida anticipado el rigor de la muerte entorpecidas las facultades del alma, sin vigor los sentidos del cuerpo apenas tenía otro uso de ellos, que el que bastaba á hacer un infeliz, pero acertado pronóstico de su cercana muerte. La pesadez de los ojos, la torpeza de los oídos, la turbación de la lengua, y el desfallecimiento de todo el cuerpo no le dejaban otra acción que la de un sentimiento tanto mas doloroso, quanto menos perceptible, y capaz de remedio. Vive Lázaro, diriais al verle; ¿pero qué importa si tiene las señales mas ciertas de que morirá presto? ¿Y no es este puntualmente el estado de un justo tibio? ¿No es este el retrato mas fiel de una alma perezosa que satisfecha de algunas obras buenas, y de ciertos esteriorios de religion, contenta con evitar los mayores desórdenes se entrega advertidamente á toda especie de faltas ligeras? Vive; pero ofuscada la vista espiritual de la fe no sufre la luz de aquellas verdades mas anteras y mas sólidas, á la manera de aquellas aves nocturnas cuyos débiles ojos no pueden tolerar los brillos del sol.

Vive; pero desflaquecida la esperanza siente tal caimiento en orden á las cosas eternas, que apenas puede alentarse á desearlas. Vive; pero atadas las manos á la misericordia, los pies al ejercicio de las santas obras no se mueve á las acciones de piedad sino por costumbre. Vive; pero fomentando en lo interior del alma ciertas aficiones secretas, ciertos puntos de honor, ciertos intereses, que se llaman de estado y de política, cierto empeño en la vanidad y ostentacion que como una lenta, pero peligrosa fiebre la desflaquecen, la debilitan y la arrastran á la muerte. Que importa, pues, que el amor propio nos lisonjee y adule con que somos amigos de Dios, si en estos mismos afectos tenemos la señal mas cierta de morir presto, y tan presto que puede ser en el día mismo en que así nos lisonjeamos. Si creemos al gran padre S. Juan Crisóstomo, el mismo día en que las hermanas de Lázaro avisaron á Jesucristo de la enfermedad, en este puntualmente murió.

¶ Pero es mi intento, señores, el convencer la pernicioso máxima del mundo, que pretendiendo ser solo propio del retiro y la religion el activo fervor en el camino de la virtud, se engaña á si mismo imaginando que lleno de ligeras faltas

y en medio de las ocasiones mas peligrosas podrá mantenerse seguro. Sabeis muy bien, segun el irrefragable testimonio del Espiritu Santo, que el desprecio de las cosas pequeñas arrastra poco á poco al pecado mortal. Sabeis que un Saul, elegido por Dios para primer Rey unguido de su pueblo, no tuvo otro origen de los atroces delitos á que se precipitó hasta quitarse con su propia mano la Vida, que el anticiparse algun tiempo sin aguardar á Samuel ofreciendo él mismo el sacrificio: accion en que doctores muy sabios juzgan no pecó gravemente, y está fué el origen de su reprobacion: *Si non fecisses rem hanc, jam nunc preparasset Dominus regnum tuum.* Por eso, pues, sin detenerme en una verdad de que os juzgo muy persuadidos, considerando solo las circunstancias de la muerte de un tibio juzgad si es este el mas infeliz por lo grave ó irreparable de su caída. Ella es á la verdad tan pernicioso y tan funesta aun respecto de los otros pecadores, que facilmente condenaríamos de temeridad aun el imaginarlo, si el mismo Dios no hubiera dado el mas claro testimonio en aquella terrible amenaza del Espiritu Santo pronunciada por boca del ángel al cap. 3. del Apocalipsis. Ojalá, le decia al obispo de Laodicea, te

abrasaras en caridad santa activo y fervoroso, ó te mantuvieras frío; pero porque eres tibio te comenzaré á arrojar y á vomitar como á manjar fastidioso: *utinam frigidus esses aut callidus, sed quia tepidus sis incipiam te vomere.* ¿Y quiénes son estas almas á quienes el Señor llama frias y cuyo estado es menos deplorable que el de un tibio? Ruperto, Beda y S. Ambrosio dicen: son los infieles. Victoriano entiendo en este nombre á los hereges, y otros en fin á los pecadores desenfrenados y envejecidos. Y qué es mas odioso, causa mas horror al divino pecho aquella alma tibia y perezosa, que contenta con verse libre de los mas graves delitos se entrega á los deleites, á los pasatiempos y á todo lo que no trae manifiesto el horrible semblante del pecado mortal? Qué es mas infeliz que el herege, el idólatra y el mas delincuente pecador? Si, señores, mas no por lo que es actualmente, sino por las gravísimas caídas que casi infaliblemente le amenazan. El como otro Lázaro, dice S. Gregorio, se verá precipitado de esa debilidad y tibiaza á una y otra culpa, á uno y otro vicio el mas detestable hasta caer en la mas terrible desesperacion corrompido y entregado por pasto á los gusanos de sus pasiones, y cuando el enveje-

cido pecador no ha perdido la confianza de su remedio; el tibio despues de su caída arrebatado de una ciega desesperacion ni habrá vicio á que no se entregue, ni culpa á que no se precipite. Y esto sin duda fué lo que haria esclamar á S. Agustín convencido de su propia esperiencia, hablando de las personas dedicadas á Dios en la religion: ni he conocido otros mejores que los que sirven fervorosos á Dios en la religion, ni otros mas detestables que los que han caido en ella entibiándose del fervor religioso: *Quomodo difficile sum expertus meliores quam qui in monasteriis profecerunt, ita non sum expertus peiores quam qui in eis ceciderunt.* ¿Y acaso en medio de los peligros del siglo, donde soplando por todas partes los mas furiosos vientos de las ocasiones, como en un tempestuoso mar, amenazan continuamente naufragios será menos lamentable, será menos grave la caída del tibio? De ninguno por cierto leemos en las sagradas letras é historias eclesiasticas mas abominables escesos que de aquellos justos que teniendo en poco ya una ligera falta, ya una ocasion peligrosa cayeron de una en otra culpa en el mas espantoso abismo. Si nos llena de horror una enfurecida passion de envidia y de rencor, que por úl-

timo se ensangrienta en su propia vida, es en un Saul, de quien antes hablamos, hombre que aventajaba en bondad á todo el pueblo escogido, *non erat vir melior illo*, quien ya de un ligero desprecio de una ceremonia sagrada, ya de una inmoderada emulacion de David cayó por último en tal miseria. ¿No veis al mismo David caminando cuasi insensiblemente de la ociosa diversion á la pernicioso curiosidad, de esta al criminal deseo, de aqui al adulterio, del adulterio al homicidio? Si el mas sabio de los hombres llega hasta erigir altares, hasta ofrecer incienso á los mas inmundos ídolos, ¿no fué este un efecto del demasiado amor, de aquella nimia indulgencia para con sus mugeres que acaso á los principios pudiera parecer inocente? ¿Ha vomitado el infierno monstruos mas horrendos que Arrio, Donato y Lutero? ¿Y eran estos acaso hombres criados en la disolucion, entregados á los vicios desde la juventud? Nada menos: era un diácono, y de una de las mas floridas iglesias, era un obispo de Africa, era un religioso de Alemania, alimentados á los pechos de la devocion y de la piedad, pero que comentaban aun secretamente en medio de una vida regular una ambicioncilla sorda, una emulacion, un engrei-

miento que los condujo despues á ser los mas perniciosos é irreconciliables enemigos de la iglesia: *in pigritiis humiliabitur contignatio, et in infirmitate manuum peritillabit domus*, por la pereza, por la negligencia se llegará á podrir el techo, y penetrando las paredes una gotera insensible se arruinará infaliblemente el mas soberbio y mas sólido edificio.

Ni penséis por esto que lo mismo acontece á los justos fervorosos, y que por tanto nada hemos dicho singular á los tibios; antes bien atended á la gran diferencia que hay entre la caída del fervoroso y tibio, y aun entre la de éste y el estado del pecador envejecido. Porque si alguna vez se ve el justo fervoroso reo de algun grave delito, fué, ó la fuerza de la ocasion, ó el transporte violento de una passion, ó ya su misma deleznable condicion la que le hizo delinquir. Pero habiendo antes con el exercicio continuo, con la victoria repetida de sus pasiones superadolas, y aun consumido sus esfuerzos, cae; pero sin tener en su corazon aquel peso que le arrastra, aquellas viles inclinaciones que le esclavizan á nuevas culpas. Cae; pero acostumbra á vencer suele levantarse con nuevo vigor, habiéndole servido su propia caída de

una secreta espia que en lo posterior le obliga á precaverse mas advertido de los asaltos del enemigo. Aun el pecador mas desenvuelto y licencioso, semejante á un bruto sin freno que corriendo libre y precipitado por el campo tal vez fatigado se detiene algun tiempo, ó á aquellos caudalosos rios que entonces llevan sus aguas con menos fuerza, quando sin diques que las contengan se derraman espaciosamente por los valles; semejante, digo, á estos, suele contenerse y causarle un amargo hastio su misma libertad. Pero ¿cuán diferente de estos el tibio y perezooso luego que con algun grave delito se rompieron los diques que contenian aquel torrente de iniquidad; luego que á la primera caída se desataron las cadenas de sus pasiones con increíble violencia como hambrienta fiera se entrega á la presa de los vicios? Asi es, dice elocuente-mente S. Próspero, que una fiera atada se enfurece con mas crueldad rotos los lazos, que la que siempre se mantuvo en libertad. Y por esto (atendedme señores por vuestra vida) quando los otros justos aun en medio de sus ligeras faltas procuran evitárlas y corregirlas, el tibio abrazándose con todas ellas tiene antes de su caída las pasiones, no voluntariamente su-

getas, sino como violentamente aprisionadas, y sin reprimir del todo sus esfuerzos les da bastante pasto para que en algun tiempo rompan enfurecidas con mayor fuerza las prisiones. Porque ¿qué importa que no deje correr su apetito por los deleites criminales, si dejando libertad á sus ojos para entretenerse con cuidadoso desvelo en los mas peligrosos objetos, y á la lengua para las conversaciones en que oculta el donaire las ideas mas nocivas, y manteniendo vivas las mas temibles correspondencias, está continuamente fomentando la passion y apacentándola? En vano, pues, nos gloriamos que sugeta la avaricia no defraudamos el caudal ageno; que reprimiendo la ambicion no aspiramos á los honores por ilicitos medios; que templada la ira no se ensangrienta contra la vida y honra de nuestro hermano: si el excesivo anhelo por las riquezas, si el demasiado deseo de gloria, si una crítica severa de todos los defectos agenos son otros tantos agudos estímulos, que cuando parece sugetamos nuestras pasiones, las avivan, las mantienen y las conservan en un continuo movimiento. ¿Qué mucho, pues, que roto el freno que las contenía á la primera culpa, no haya vicio á que una alma ti-

bia no se entregue arrastrándola en pocos dias al mas infeliz estado de corrupcion aquellas mismas pasiones que poco antes solo la desflaquecian y debilitaban? Y cuando se precipite el tibio á un abismo el mas lamentable, ¿cuán difícil es su conversion, cuán irreparable su caída? Tanto, y es la otra funestisima consecuencia del estado de la tibieza, que cuando el justo fervoroso se levanta facilmente del pecado, cuando el mismo habitual pecador á esfuerzos, bien que poderosos de la gracia, aspira á la penitencia; el tibio puede, si, convertirse; pero así de parte de Dios, como de parte suya es tan difícil su conversion como uno de aquellos milagros de primer orden raros y singulares, y en que no podemos fiar sin la mas temeraria presuncion.

Volved los ojos á Lázaro ya muerto y corrompido en pocos dias al rigor de aquella mortal debilidad, y atended con reflexion de qué medios se vale, y qué no ejecuta Jesucristo para convertirle á la vida. Luego que se encamina al sepulcro, ya penetradas sus entrañas del mas vivo dolor, ya como esforzándose á una empresa la mas árdua y difícil, enardecido el semblante, turbado y conmovido íntimamente, reprimiendo á esfuer-

zos de su divinidad con sensibles demostraciones aquel golpe de turbacion y de dolor que le escitaba tan triste espectáculo al fin prorrumpe por dos veces en copiosas lágrimas, y como si esto no bastara, para dar á conocer lo maravilloso y difícil de la obra que emprendia, levantando los ojos al cielo ruega á su eterno padre, manda á los circunstantes levanten la piedra que cubria el sepulcro, y por último esforzando la voz llama á Lázaro con un impetuoso clamor. ¡Dios inmortal! ¿qué demostraciones son estas tan ajenas al parecer de aquel Señor á cuya omnipotente voz se abaten los cedros del Libano, se conmueven los desiertos de Cades, y se aplacan enfurecidas las llamas? ¿No es el mismo Señor que en diferentes ocasiones al imperio de su voz sola restituyó á la salud aun paralítico de 38 años, y volvió la vida á la hija del Archi-Sinagoga, y al hermoso hijo de la viuda de Nain? ¿Cómo, pues, al resucitar á Lázaro se turba, se conmueve, ruega, y como si necesitara de ageno socorro quiere que otros descubran el sepulcro? ¡O! qué este es el gran misterio de la conversion de aquellos tibios que últimamente se entregan á los vicios. Era el paralítico simbolo del envejecido y desenfrenado pecador: el

hijo de la viuda de Nain era figura de los idolatras y gentiles, Lázaro en fin de aquel amigo tibio, *erat languens*, cuya perdida necesita mas que los otros los mas singulares milagros de la gracia. Y asi si para levantarse los otros pecadores, si para convertirse el idólatra es bastante la interior voz del Señor en aquellas gracias poderosas que imperiosamente los saquen del pecado y la idolatria; el tibio sumergido en los vicios haciendo inútiles los ordinarios medios necesita para su conversion el mayor milagro. El, acostumbrado á recibir con indiferencia aquellas mismas luces de la gracia que en un tiempo le fueron familiares, habituado su tibio corazon á no inflamarse con el ardor de las divinas inspiraciones, es insensible á todas no obrando en su alma ni las inspiraciones ni las luces. Y lo que es mas, conservando siempre aquel disgusto con que en el tiempo mismo de su justicia le fastidiaba la vida devota, á solo el nombre de la penitencia y la virtud tiembla, se estremece, y huye de ella como de un cruel martirio y de una vida llena de congojas y de trabajos. Y en este estado en que ni á las mas terribles verdades de la religion, ni de las exhortaciones, ni de los consejos se deja mover su insensibili-

dad ¿qué mucho sea irreparable su caída? Este era el poderoso motivo con que el apóstol S. Pablo procuraba infundir en los hebreos recién convertidos el horror á la tibieza exhortándolos á una vida fervorosa. Hermanos, les decia, vosotros hasta ahora tibios y débiles en el camino de la virtud, *quoniam imbeciles facti estis*, aspirad á la perfeccion. No os confiéis en que si vuestra flojedad os precipita á la culpa, nuevamente os levantareis por la penitencia. Porque os aseguro es imposible que los que una vez alumbrados han gustado de las dulzuras del cielo, participantes del Espiritu Santo, conociendo cuan excelente es la palabra del Señor, y las maravillas del siglo venidero; es imposible que estos, despues de caidos, hagan verdadera penitencia. Este es, señores, el terrible juicio del apóstol, no solo respecto de los apóstatas, sino tambien de los tibios y perezosos, como juzgan doctores muy sabios.

Peró no quiera Dios que esta formidable sentençia, que ya arrebató el demasiado celo de Tertuliano á juzgar indignamente de la divina misericordia; no quiera Dios que precipite al tibio á una loca desesperacion. Es posible, sí, puede ser que el omnipotente brazo que levantó á Lá-

zaro muerto y corrompido en el sepulcro, el mismo convierta á semejantes pecadores; pero á esfuerzos de milagros tan singulares, de gracias tan extraordinarias que hacen su conversion cuasi imposible. ¡O si viéramos las lágrimas, y oyéramos los gemidos de tantos infelices á quienes la tibieza forjó la dura cadena de sus vicios, que buscando el origen de su relajacion no encuentran otro que su vergonzosa pereza! ¡O y cómo por mas que sienten algunos movimientos de penitencia, oprimidos de tanto peso, no se alientan á emprenderla aun cuando parece la desean! Estos eran los que en otro tiempo, imaginándose muy distantes de tanta miseria, despreciaban como á hombres de espíritu austeros y melancólicos á los que piadosamente reprehendian la demasiada libertad de las vistas, el desprecio de las prácticas de la virtud y los peligros de una vida entregada á las delicias y al regalo y les anunciaban su casi irreparable caída. Estos eran los que satisfechos con abstenerse de los vicios mas groseros, atribuyendo á violencia de ánimo el cuidadoso desvelo de los justos, cubrian con el nombre de franqueza y obligaciones de política aquellas ocultas pasiones que ahora quitando el velo los oprimen y los

arrastran. ¿Y quién habrá, no digo ya tan imprudente, sino tan ciego y falso de juicio, que imaginando no habla con él la obligación de aspirar á la perfeccion voluntariamente permanezca en una tibieza, que al fin le habrá de arrojar aun ubismo de que no podrá levantarse sino por un raro milagro? ¡O tibieza, estado el mas lamentable por tus consecuencias, no solo como juzga el mundo engañado en las personas dedicadas á Dios por su profesion, sino en todo cristiano, en las personas del siglo, como eran los hebreos, á quienes S. Pablo fulminó tan terrible sentencia! Y ya si este estado, el mas lamentable segun los infalibles testimonios del Espíritu Santo, segun las luces de la razon arrastra violentamente al alma á la caída mas grave y mas irreparable, ¿qué motivo tendremos mas poderoso para estar en continua vela aspirando á la perfeccion? Felices nosotros si convencidos por nuestra propia experiencia llegásemos á gustar la suave paz y la inexplicable dulzura de una virtud activa y fervorosa. Y desgraciados por el contrario cuando llenos de turbacion y de inquietud, casi á pique de naufragar en el alterado y tempestuoso mar de nuestras pasiones nos quejamos incesantemente atribuyendo al

peso y dificultad de la ley lo que no tiene otro origen que nuestra tibieza y remision en no cortar de raíz con las faltas ligeras el tronco de nuestras pasiones. Imitemos al justo fervoroso que guardando, segun la bella espresion de David, demasidamente la ley: *mandasti mandata tua custodire nimis*: esto es absteniéndose de aquellas léves faltas que avivando las pasiones á la hora del combate nos ponen en las mas crueles agonias, se goza alegre y contento en aquellas mismas victorias, que son para nosotros de tanto afán. Estinga, pues, el fervor nuestra tibieza, aliente el esfuerzo nuestra debilidad, y no contentos con ser como Lázaro amigos de Cristo débiles y enfermos, *languens*, aspiremos con una vida fervorosa á gozar anticipadas las dulzuras que tiene el Señor preparadas á sus fieles amigos en aquella vida santa, robusta, libre de enfermedad, y llena de los gozos de una eterna gloria.

SERMON

predicado en oposicion á la magistral vacante en la metropolitana de Méjico el 28 de noviembre de 1766.

Homo quidam fecit cenam magnam et vocavit multos. Lucae, c. 14.

Si alguna vez manifestaron los soberanos del mundo su magnífica beneficencia: si alguna vez hicieron ruidosa ostentacion de su poder y amor para con sus vasallos demostrando á un mismo tiempo las riquezas de sus tesoros y lo tierno de su amor, fué ciertamente en aquel espléndido convite, que se refiere al cap. 1 de Ester. Queriendo el Rey Asuero manifestar á todo su reino la grandeza de su gloria, la magnificencia de su soberanía y poder celebró un espléndido banquete, á que convidó sin distincion á los principes todos, los esforzados capitanes Persas y Medos, y á todos los gobernadores de sus provincias á que parecieran en su presencia á celebrar en su compañía un real

convite por espacio de ciento ochenta dias. Pero no contento con esto queriendo dar mayores pruebas de su real benevolencia hace convocar á todo el infinito pueblo desde el mayor al mas pequeño, para que juntos por siete dias gozaran de las grandes demostraciones de su real liberalidad. Todo allí era espléndido, todo grande: no respiraba todo sino alegría en los convidados, liberalidad en el Rey, grandeza y hermosura en el lugar del convite. Un hermoso jardin, destinado á la diversion de Asuero, y cultivado con sus propias manos, fué el lugar adonde todos fueron llamados: por todas partes se divisaban hermosas tiendas sustentadas en ricas columnas de marmol, lechos de oro y de plata sobre el suelo cubierto de esmeralda y jaspes en donde todos los convidados, sin escasez alguna, hallaban cuantos manjares y bebidas deseaba su apetito. ¡Gran liberalidad por cierto y magnificencia digna de un Rey el mayor por entonces y mas poderoso sobre la tierra! Pero ¡que corto, que pobre y que poco espléndido si se compara con otro mayor y mas noble convite que bajo la parábola de un rico hombre nos describe el evangelista San Lucas al cap. 14 de su Evangelio! Un hombre, decia Cristo

á los fariseos en ocasion que su magestad les enseñaba el gran convite, que aguarda á los justos despues de esta mortal vida: un hombre, les decia, celebró una gran cena á que llamó y convidó á muchos; pero llegado el dia preparado para el convite, y puntualmente en la hora misma de él, tardando en llegar los convidados mandó á un siervo suyo que avisándoles estar ya todo dispuesto aceleraran su venida. Pero aqui fué donde todos ellos con diversos pretextos comenzaron á excusarse disculpándose para no asistir al convite. Uno decia: he comprado una granja, y no pudiendo filtrar de irla á reconocer te ruego me excuses para con tu señor: otro decia: he comprado cinco pares de bueyes para el cultivo y labranza de mis tierras, y me es forzoso experimentar su fortaleza y si son proporcionados para la labor: otro en fin se excusó diciendo, que ocupado con las bodas que acababa de celebrar, y detenido con las caricias de la nueva esposa no podia asistir al convite. Al oír el Señor semejantes excusas, lleno de indignacion, ve, dice á su siervo, y corriendo por las calles y plazas de la ciudad trae aqui los pobres é impedidos, los cojos y ciegos á ocupar el lugar de los convidados; pero

viendo que aun quedaban asientos, y que era corto el número á ocupar los lugares de los convidados le intima, que saliendo fuera de la ciudad por los caminos, por los campos, traiga, si fuere necesario valiéndose de la violencia, á cuantos sean bastantes para ocupar y llenar la casa del convite, concluyendo que todos los primeros convidados, que pretestando excusas dejaron de asistir, se verian excluidos sin lograr ni uno de ellos el gustar una parte de su mesa.

Este es, señores, el tejido todo y la serie de la misteriosa parábola con que en el presente evangelio enseñó Cristo al fariseo, deseoso de la felicidad de los que en la resurreccion universal serán admitidos á aquel celestial convite: enseñó, digo, las singulares vocaciones con que el Señor sin distincion llama universalmente á todos á las delicias de su gloria. Y desde luego, ¿á quién no admira la inquieta sollicitud y singular atencion con que aquel hombre deseoso de franquear los regalos y abundancia de su casa convida á unos, y pareciendo que disgustado con sus excusas no osaría mas de admitir á otros á su convite, hace que su siervo saliendo por las calles y plazas conduzca á su casa á la mas pobre, mas despreciable, y

al parecer mas indigna gente de ser admitida en su compañía, y que no satisfecho hasta ver su casa ocupada y llena del todo toma la providencia de que pasando mas allá de la ciudad salga su siervo á los caminos á conducir ya con el ruego, ya con la violencia á cuantos sean bastantes á llenar el lugar del convite? ¡Rara solicitud digna de la mayor admiración! Pero ¿á quién no asombra igualmente verle tan indignado contra aquellos primeros convidados que le obliga á decir públicamente que ninguno de ellos tendrá la menor parte en las delicias de su cena? Y qué ¿no alegaban estas escusas al parecer muy prudentes? No respondieron cortesmente á la segunda llamada? Al uno le llamaban los intereses de su caudal en aquella granja, que en los dias inmediatos habia comprado é iba á reconocer. El otro diligente y dedicado con el sudor de su rostro á mantenerse en el ejercicio de la labor, iba al campo á reconocer la proporción de su nueva compra. El otro en fin, nuevamente impedido con el estrecho lazo de un lícito matrimonio se veia precisado á detenerse en su casa con la atención y cuidado de su familia: disculpas al parecer muy razonables y muy prudentes.

Pero á la verdad si quitando el velo de la parábola descubrimos el misterio que oculta: si buscamos atentamente la gran verdad que Jesucristo quiso enseñar con ella, dejaremos de admirar la solicitud y cuidado de aquel hombre, y cesaremos de asombrarnos de ver escluidos de su casa á los convidados defendidos al parecer con tan justas escusas.

Es aquel hombre, en juicioso sentir de San Gregorio, San Agustin y Teofilato, nuestro amante y misericordioso Dios, que á impulsos del ardiente amor con que para comunicarnos su infinita bondad nos llama á todos á aquella gran cena; grande por eterna, por llena de delicias y de placeres: á aquella gran cena, dice San Gregorio, que al fin del dia de la vida del hombre, pasados y acabados los trabajos del siglo, servirá al alma de eterno descanso: llamándonos, digo, á esta en todo tiempo, en todas circunstancias no perdona medio alguno, no omite la menor diligencia para conducirnos, valiéndose tal vez de una suave violencia, al convite celestial de su gloria. El para esta gran cena llama á todos: *fecit coenam magnam et vocavit multos* como espone el comun de los intérpretes segun el frecuente uso de la escritura.

ra de significarlos á todos con el nombre de muchos. El llama en todo tiempo: llama desde el principio del mundo en que, preparando desde entonces la casa que habia de servir de lugar á esta celestial Mesa, comienza ya á demostrar los ardientes y vivos deseos de admitir á ella á todos: *fecit cenam magnam et vocavit multos*: llama despues quando preparada la cena ofrecido Cristo en la cruz por la salud de todos manda á sus apóstoles vayan por todo el mundo penetrando las mas escondidas regiones á convidar á todos para esta cena: *Parata jam cena*. dice San Agustin; *immolato Christo post resurrectionem Christi missi sunt apostoli*: llama universalmente aun á aquellos que ciegos por la culpa, débiles por las malas costumbres, pobres de todo mérito, atados con las cadenas de los vicios necesitan de poderosos y mayores socorros: *pauperes, ac débiles, cecos et claudos introduc huc*: llama, en fin, no contento con las comunes inspiraciones, con las ayudas generales, hasta valerse de una suave y dulce violencia para atraerlos á las celestiales delicias: *Compelle huius intrare*: ¡o qué motivo para nuestra confianza! ¡o qué poderosa razon para alentar nuestra esperanza! Un Dios infinitamente

misericordioso que ardiendo en deseos de llenar la celestial morada de aquellos á quienes haga participantes de su compañía y su gloria llama siempre: llama en todos estados, aun en el mas lamentable de obstinacion y ceguedad, y llama valiéndose de los mas poderosos y eficaces socorros de la gracia. ¡Pero oh! que este mismo Señor queriendo que no naufraguemos en el peligroso baxio de la temeridad, quando parece caminamos seguros con el norte de su beneficencia, nos pone á la vista la gran sollicitud con que debemos anhelar sin valernos de excusa alguna, para llegar al celestial convite á que nos ha llamado. ¿Luego de parte de Dios tenemos la mayor seguridad de llegar á ser del número de los que en su compañía ocupemos la casa destinada á su real casa? ¿Luego de parte de nosotros no hay excusa bastante á no seguirle siempre que nos llame? Y estas son las dos alas con que debe volar el alma á la casa preparada para su morada: confianza en Dios infinitamente deseoso y ocupado en traer á todos al lugar de sus delicias llamando siempre: llamando universalmente: llamando por todos medios y caminos; desconfianza y temor en escusarnos quando él nos llama.

Esto fué lo que alentando nuestra confianza y confundiendo nuestra negligencia nos enseñó Cristo en la parábola del presente evangelio, en la que no he podido menos que detenerme mas de lo que deseaba, y esta es la materia que me he propuesto demostrar. Verdad en la realidad muy importante; verdad muy sólida; pero que á medida de su dignidad aumenta en mí el temor y la desconfianza. ¡Haber de ser esta la primera vez que tomo en mis labios la divina palabra para anunciarla públicamente y haber de ser en el teatro mas respetable, y de una materia que es como la basa fundamental sobre que estriba la seguridad de toda nuestra bienaventuranza! Y no dudo que á serme permitido en este puesto el disculparme, fuera esta la razon mas poderosa para que vuestra benignidad disimulara lo desaliñado é inculco de la oracion: espero, pues, que cuanto digere sean las verdades que mas derecha y naturalmente se deduzcan del evangelio confiado todo en el poderoso socorro de aquella Virgen Madre que dió carne al Señor soberano, que en forma de siervo vino á llamar á todos al celestial convite preparado por su divino Padre. Ayúdame á implorar su misericordia saludándola llena de gracia AVE MARIA.

Homo quidam &c.

A pensar (I. S.) á discurrir del hombre de nuestra parábola por solo aquellas circunstancias que se presentan á la primera vista, á no penetrar con las luces de la fé el fondo todo del misterio que encierra, ¿quién no juzgará aquel hombre, ó lleno de interes, ó poseído de una ciega ambicion desecosa de hacer ostentacion de su grandeza? Porque ¿cómo podía ser menos (asi creeríamos á la luz sola de la razon) que aguardará algun retorno de los convidados, quien muestra tanta indignacion al oírlos excusarse con unas tan razonables disculpas? Y cuando esto no fuere, al verlo que lleno de furor envia á las calles y plazas á su siervo á que conduzca al convite cuantos pobres y enfermos encontrara en ellas, ¿quién no juzgará que pesaroso por verse solo y sin compañía, despues de una prevencion tan magnifica, queria que cuando menos la plebe despreciable fuera testigo de su grandeza? ¿Qué atropellando su respeto admira á su lado y daba su mesa á hombres por otra parte indignos de aquel lugar, para que ya que los primeros convidados habian dejado burlada su prevencion; hiciera gala de ella aun con los ca-

minantes y labradores, que habitaban fuera de la ciudad? Asi, señores, juzgaríamos sin duda segun las máximas del mundo sino supiéramos que en aquel hombre está figurado no otro que el mismo Dios desoso de llevar á su casa, de admitir á su compañía y de hacer participantes de las delicias de su gloria á los hombres todos. Si, señores, Dios es quien con ardiente cuidado y admirable solicitud convida, llama á los hombres todos á aquel delicioso eterno y grande convite, que les tiene preparado en el cielo. Por eso, segun refleja S. Buenaventura, la gloria de los bienaventurados se llama repetidas veces en la escritura, ya banquete espléndido, ya nupcias celestiales del cordero, ya cena y convite grande del mismo Dios. Asi se llama muchas veces en el Apocalipsis, donde despues de haber S. Juan descripto la grandeza, magnificencia y hermosura de la celestial Jerusalem vio á un ángel que teniendo su asiento en el mismo sol clamaba convidando á todos al grande convite de Dios: *et vidi unum angelum adstantem in sole et clamavit voce magna omnibus abibus, quos volabant per medium caeli: venite et congregamini ad cenam magnam Dei.* Ahora bien, esta solicitud, este cuidado no nace en un Dios infinito ó de

esperanza alguna de retorno, ó de deseo de hacer vana ostentacion de sus grandezas. Aquel que ya desde la eternidad colmado de infinitas perfecciones tenia en sí mismo toda su gloria, todo su esplendor, toda su grandeza no podia esperar retorno alguno de unas despreciables criaturas: *Si iusto egeris, quid ei donabis, et si male feceris quid nocetis ei?* Esclama Job. ¿Quién es el hombre para poder retornar dignamente á un Señor de infinita grandeza, ó para disminuirle algun tanto de su gloria? ¿Qué contribuye al Señor la gloria de los mas encumbrados serafines? ¿La felicidad de todos los espiritus celestiales que no son otra cosa que una pequeña parte del infinito océano de la gloria de Dios? Ni podia ser que un ambicioso deseo de ostentar su grandeza moviera á estas solícitas demostraciones á quien igualmente sin ellas manifestara su poder: el que es igualmente poderoso y grande, cuando destroza los cedros del Libano, y abate los cipreses mas encumbrados de Sion; que cuando levanta del polvo de la nada al pobre y miserable, se ostenta igualmente grande elevando á su trono á unos, y confundiendo hasta el abismo á los mas hermosos espiritus.

No resta, pues, otro motivo; no

queda otra razon que discurrir del grande empeño con que sin perdonar cuidado alguno solicita un Dios infinito llenar su casa de todos los que ha llamado á tan espléndido banquete, sino el ardiente amor y la inestinguible caridad que le ha obligado á tan finas y espresivas demostraciones. ¡Y qué amor, qué solicitud tan sabida de todos, y tan imposible de ponderarse dignamente! El mismo Dios que en sus divinas escrituras, casi en cada cláusula, casi en cada linea, en cada palabra, está significando este ardiente deseo, parece que no halla espresiones correspondientes á explicar su grandeza. El se vale de las mas tiernas y finas semejanzas para hacernos conocer cuanto solicita y cuanto, por decirlo así, se afina y se fatiga por conducir á todos á aquellas celestiales delicias. Ya se figura un sol benéfico que corriendo desde el oriente hasta el ocaso penetra los rincones mas escondidos calentando y calentando justos y pecadores. Ya se nos presenta en una fiel y vigilante atalaya que sin perdonar dia y noche está en no interrumpida vigilia para prevenir los asaltos, para accechar al enemigo, para guardar los puestos, para precaver los riesgos hasta poner segura la ciudad santa del alma para que sea digna morada del

Rey soberano. Ya como un vigilante obrero de una viña que planta, que riega, que poda, que dirige su vid hasta conducirle al tiempo que lleve suaves y maduros frutos. Pero ¿para qué canso vuestra atencion con semejanzas tan comunes y sabidas? Baste decir que este mismo Señor aquí es madre, que concibe, que alimenta, que cuida sus tiernos hijos lamentándose aun de su mas pequeña desgracia: allí cuidadosa ave que bajo de sus mismas alas fomenta sus tiernos polluelos: aquí es padre: allí es hermano. Allí finalmente con tiernas cláusulas nos llama ya su razon, ya las pupilas de sus mismos ojos. ¡O qué espresiones, señores, tan finas y tan amorosas, increíbles ciertamente en un Dios, á no obligarnos á confesarlas la misma fé. Pero por otra parte ¿cuanto nos muestran ellas un Dios solícito, un Dios cuidadoso, un Dios afanado por nuestra salvacion? Siendo tantas, como ya sabeis, y tan grandes las demostraciones de un Dios todo amor en nuestra de esta solicitud para llamarnos á su gloria, discurremos por aquellas mas raras y singulares que la parábola del evangelio nos está demostrando en aquella breve cláusula: *fecit canam magnam et vocavit multos.*

Habreis ya reflejado la inquieta solitud y cuidadoso desvelo que pide por su misma naturaleza la preparacion de un convite: porque no dirigiéndose este tanto á la grandeza del don, quanto á expresar el amor y la benevolencia para con los convidados; quanto es mayor señal de fineza; tanto aumenta el cuidado y la diligencia. Aquel mismo que quizás sin desvelo alguno mostrará su grandeza en un precioso don, este mismo quanto se desvela, quanto se afana, como no sosiega en la anticipada prevencion del convite hasta que llegando el dia destinado goce con los demas no tanto de los manjares para ellos prevenidos, quanto de su compañía y familiaridad! Por lo que no contento con franquear abiertamente sus tesoros para la disposicion de los manjares, él mismo determina su número, escoge su calidad, ordena su distribucion destinando para esto á los domésticos más fieles y más diligentes familiares; él convoca, él cita y convoca ocupando en esto con antelacion los días y los criados. Pero llegado el dia, acercándose la hora destinada ¿quién basta á explicar las inquietudes, los sobresaltos por este que tarda, aquel que se detiene? Y no contento con el primer aviso á la hora misma despacha á sus

siervos; culpando la tardanza, no tanto por la dilacion de los convidados, quanto por lo ardiente de sus deseos. Pero aqui es igualmente donde manifiesta lo ardiente de su deseo en la complacencia con que recibe á los que llegan, como en el disgusto é inquieta desazon con que siente la falta de los otros. Ni las excusas del uno, ni las disculpas del otro; aunque al parecer muy razonables, son bastantes á mitigar un tanto su desabrimiento, porque ni unas ni otras satisfacen á su deseo. No culpeis, señores, de demasiado prolija ó agena de este puesto una descripcion de que el mismo Jesucristo se vale para darnos á conocer el ardiente deseo con que anhela nuestra salud; El Señor, que como ya insinuabamos, ni espera retorno alguno de sus criaturas, ni necesita de ellas para ostentar su gloria; el mismo Señor, digo, allá desde su eternidad se ocupó en prepararnos el celestial convite á que habia en algun tiempo de llamar á todos; ¡O! y cuánto beneficio en esto solo! ¡el mismo Dios ocupado en preparar al hombre las celestiales delicias á que habia en algun tiempo de admitirlo en su compañía! ¡y que delicias! no perecederas, ni limitadas, sino eternas, sin fin, sin mezcla de sinsabor, ni

amargura. En una palabra, delicias que no fueran menos que el mismo Dios: *felicetiam magnam*. Ojalá, y sin apartarme un punto de mi propuesto asunto, pudiera detenerme en demostrar cuánto sea el amor de este Dios soberano en sola esta preparacion. Preparacion de un convite que ni han visto los ojos, ni ha llegado á los oidos, ni aun se ha atrevido á concebir la mas atrojada fantasia: *quod nec oculus vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit*. Preparacion de un convite que ni el apóstol de las gentes arrebatado al tercer cielo, ni el discipulo amado que mereció escuchar de la boca de su divino maestro las mas escondidas verdades: acertaron bastantemente á explicar.

A este convite, pues, tan soberano, tan divino, tan sobre toda inteligencia llamó el Señor á todos: *vocavit multos*. Y aquí empieza, señores, á manifestar su solicitud en muestra del ardiente deseo con que procura llevar á todos al goce de tantos placeres. Si pudiéramos dar una ojeada, y presentarnos á la vista esta vocacion de todos tiempos con que desde luego que preparado el Convite, y sacando al hombre de la nada, procuró conducirlo á sí, viéramos como en un

breve mapa á un Dios ocupado en todos tiempos en llamar á los hombres sin omitir diligencia alguna por colocarlos en su misma morada. Desde el primer tiempo, que corrió desde la ley natural hasta los principios de la escrita ¿qué no hizo obligado de este deseo solo á fin de que llamado el hombre siguiera sin escusa esta vocacion? A cuantas partes volviéramos los ojos, adonde quiera que aplicáramos la atencion no veríamos entre todas las criaturas sino otros tantos mudos ministros que, aunque insensibles, elocuentemente le intimaban la vocacion de su Señor. Porque ¿qué hora, dice el gran padre San Gregorio exponiendo el cap. 20 de San Maroo, qué hora, qué tiempo del mundo dejó el Señor de proveer á la mística viña del alma de operarios proporcionados á su cultura? *ad erudiendam ergo Dominus plebem suam, quasi ad escolendam vineam suam, nullo tempore destitit operarios mittere*. Porque no bastando el hombre debil y sin poder por sus propias fuerzas á acercarse por sí solo al celestial convite, á que desde su creacion le habia llamado; le proveyó en su misma conciencia, ayudada de las celestiales inspiraciones, de un constante y vigilantísimo ministro, de un interior le-

gislador que continuamente le intimara los caminos por donde había de enderezar sus pasos á la morada adonde desde su creacion habia sido llamado. Mas abusando el hombre de este medio, no pareciéndole bastante aun aquella vocacion, añade el Señor segunda mas fuerte, mas viva y mas poderosa. Parece que cada dia, al paso que se resistia el hombre á las vocaciones de aquel padre amoroso, se aumentaba en el Señor el deseo, crecia el cuidado de llamarle á su primer destino. Determina darle escritas de su misma mano leyes y preceptos con que pudiera mas facilmente vencer aquella resistencia con que tantas veces se habia escusado de venir al Señor, y entonces comenzaron á aumentarse los prodigios, entonces á cada paso los milagros á fin de dirigir sus pasos y quitarle de enmedio cuantos estorbos podian impedirle el mas facil camino hasta la casa de aquel Señor que le habia llamado. Entonces fué cuando por concurrir á este designio, olvidadas las aguas de su natural fluidez, se formaron en firmes columnas para dar paso á aquellos escogidos. Entonces fué cuando brotaron agua las secas peñas, cuando el fuego les servia de luz de noche, y de sombra de dia. Entonces cuando el cielo

llovió un sabroso alimento con que fortalecerlos á un mismo tiempo, y satisfacer su apetito.

Mas nadie admirará que aun las criaturas insensibles concurrieran maravillosamente á conducir al hombre hasta la casa de aquel Señor, que por todos estos medios le convidaba, si reflexja que al mismo fin envia profetas, quienes ilustrados superiormente publicaran á las gentes los mas ocultos designios de la Providencia, confirmándolos con las mas prodigiosas señales y extraordinarias obras de su poder. Y bien cuando las criaturas insensibles asi maravillosamente obedecen al gusto y comodidad de aquel pueblo; cuando Dios sin reservar sus mas escondidos secretos los comunica francamente á los hombres; cuando aun en cierto modo hace partícipes de su omnipotencia á un Moyses, á un Josue, á un Elias, á un Eliseo no pretende otra cosa, no anhela sino á valerse de estos mismos medios para conducir á su casa á los que habia llamado: para conducirlos, digo, á aquella tierra de promision, á aquella su propia patria donde les tenia preparadas las dulzuras de la miel, y suavidades de la leche, figura la mas expresiva del celestial convite torrente de delicias y de

placere: *torrente voluptatis tuæ potavisti eos.* ¿Y podría por ventura hacer Dios mas para significar cuanto deseaba el verlos admitidos por último á su casa? *Quid ultra debui facere:* se quejaba amorosamente el Señor por Isaias. Así se quejaba aquel Señor despues de haberles acordado la muchedumbre de beneficios que hemos tocado con la satisfaccion de que no habria quien le pidiera mayor demostracion de su ardiente amor. El le habia manifestado con prodigios, con increíbles maravillas, y con llegar por último á comunicar en algun modo al hombre los tesoros de su sabiduria en la noticia de sus secretos, y su omnipotencia en la virtud de hacer milagros. Solo faltaba una cosa; pero tan grande, tan sobre toda imaginacion, que no podrian, no digo desear, pero ni aun concebir las mas sublimadas inteligencias. Esta era que el mismo Dios no ya valiéndose de las criaturas como ministros suyos, sino en su misma persona viniera á llamar á los convidados, y viniera no como quiera, sino abatido, anonadado, tomando la forma de siervo de su mismo padre á intimar á los hombres, que era ya llegada la hora del convite. Y ved aqui, señores, hasta donde pudo llegar el ardiente deseo de aquel

Señor, que conociendo no habia bastado convocarlos con tantas demostraciones de amor y ternura llegada la hora de la cena mandó el último aviso á sus convidados intimándoles que ya era hora: *et misit servum suum hora cene dicere invitatis, ut venirent.* ¿Y qué siervo? uno tal que diera la última demostracion del ardiente amor de aquel Señor para con sus convidados. El mismo Dios que en calidad de siervo se abatiera con los hombres hasta adonde, si la fé no nos lo enseñara, lo tuvieramos por necia imaginacion.

Pero ¿á qué no se arroja Dios (no censureis la expresion, que es puntualmente la misma de que usa atónito San Cirilo sobre este lugar) á qué no se abate Dios como ello conduzca á nuestra utilidad y salvacion? *quo se non conficit Deus ut aliquam procurandæ salutis, et utilitatis nostræ occasionem inveniat: iste servus qui missus est ipse Christus est.* Quan vivo es sin duda el deseo en que se abrasa de llegar á ver finalmente sentados á su mesa gozando suavísimas delicias á los mismos que antes por diferentes medios habia llamado, cuando toma por último el medio mas raro haciendo á su mismo hijo, que á la hora de la ce-

na avise estar ya todo preparado: medio en la realidad no menos extraordinario, que conducente á mostrar quanto anhelaba aquel Señor por admitirlos á su mesa. ¿Hubiera acaso mostrado mayor ó igual solícitud de nuestra salvacion, si su divino hijo lleno de aquel esplendor y magestad que hace temblar á los mismos serafines hubiera presentándose á los hombres á darles el aviso de que ya era llegada la hora? antes bien me parece, que atemorizados los convidados, llenos de horror y respeto se hubieran retirado no siendo capaces de escuchar el mensaje de aquel ensiada. Por eso pues deseoso solamente de darles el mas oportuno é importante ayuso, quiere que su hijo se absta hasta poder familiarmente conversar con los hombres intimándoles el deseo de su celestial padre. Ahora si que esclamará Dios sentido á los que infieles resisten á esta última llamada, no solo, que otra cosa debia hacer: *quid est quod ultra debui facere?* sino aun con expresion mas significativa: que otra cosa pude hacer, que otra cosa faltaba, que otra cosa podia un Señor infinitamente sabio y poderoso, un Señor ardiendo en vivas ansias de derramar sobre nosotros la abundancia de sus delicias, que enviar á su

mismo hijo? ¿Qué anonadar al mismo Dios para llamar á aquel convite? Imaginaos, señores, con una comparacion bastante vulgar, pero del mayor peso, no ya que un Dios al hombre, sino que este mismo hombre llegase á tal felicidad que pudiese ofrecer á Dios en su morada un convite digno de su magestad, ¿podria hacer otra cosa, anhelando por aquella hora en que habia de llegar el Señor á su casa, mas á llenarle, á colmarle de bienes, que á gozar de su mesa? ¿podria hacer mas que anonadarse, que ocultar la forma de hombre bajo la forma del mas despreciable insecto, para mostrar lo eficaz y vivo de sus deseos? Y ¿ó que distancia tan grande! quanto va de Dios al hombre, de un convite en que se interesaba el hombre á otro de que, como firmemente creemos, Dios ni espera algun retorno, ni necesita de él para la manifestacion de sus grandezas. Y entonces fué puntualmente cuando se comenzó á conocer mas claramente la segunda maravillosa circunstancia de la divina vocacion, no solo universal en todos tiempos, sino general á todas las personas, porque dando el Señor la última y mas relevante prueba con enviar á su hijo en traje de siervo á dar el último avi-

so á los convidados del infinito desvelo con que procuraba traerlos á su convite, determinó que fuera su mismo hijo, quien á costa de los mas preciosos tesoros preparara por último la grande cena que ya desde antes habia dispuesto su Eterno Padre: *misit servum suum hora coenae dicere invitatis ut venirent, quia jam parata sunt omnia.* Para esto á costa de su misma vida instituye los sacramentos, nos deja el infinito precio de sus méritos. Y para darles á entender cuan dulce y suave sea el convite que les prepara en la triunfante casa de su Eterno Padre les deja una firme prenda para asegurarlos en el convite de su sagrado cuerpo y sangre. Por eso cuando el Salvador del mundo instituyó este convite de su cuerpo, prenda de aquel eterno á que los llamaba, les aseguró no gustaria mas de aquella celestial bebida hasta beberla en su compañía en la casa de su Padre: *non erunt amodo de hoc genimine vitis usque in diem illum cum illud vivam vobiscum in regno Patris mei.* ¿Y cuántos beneficios en esta vocacion del siervo del Padre tan universal á todas las naciones, y especialmente á los cristianos todos? Porque no reducidos ya los celestiales prodigios al recinto solo de la Judea, y pequeño pue-

blo escogido de Israel, penetran sus voces hasta las naciones mas remotas de todo el mundo.

Bien conozco que á cada paso ofendo quizá la grandeza de tantos beneficios, cuando discurriendo tan pasageramente, no he llegado, no digo á ponderarlos; pero ni á numerarlos todos. ¿Mas quién pudiera comprender en una sola oracion las poderosas muestras de un Dios todo ocupado en nuestra salvacion, cuando cada una de ellas necesitaba la atencion mas prólija? Apliquemos la nuestra mas ceñidamente á los últimos esfuerzos de la divina solicitud despues que envió con su mismo hijo en traje de siervo el último aviso á la pérfida sinagoga. Porque escusándose estos infieles á la vocacion de Jesucristo que con la mayor claridad les intimaba estar ya todo dispuesto segun las predicaciones de la escritura para el convite; determinó Dios, como si la repulsa de aquellos fuera el mas agudo estímulo que avivara su deseo, de enviar ministros suyos que convocaran á todos sin eleccion de personas, sin distincion de lugares, sin omision alguna de medios para ocupar el lugar que los primeros habian reusado. A este efecto despacha á sus siervos ilustrados con su doctrina, arma

dos con su mandato, confirmados con su virtud para que divididos por las calles y plazas, por los caminos y cercas de esta gran ciudad del universo llamaran así á los pecadores y débiles contenidos dentro del gremio de la ciudad, como á los gentiles é idolatras separados, y apartados de ella: *est in platias et vicicos civitatis et pauperes ac debiles introduce huc: est in vias et sepes et compelle intrare.* ¿Qué parte del mundo hubo tan distante, qué nación tan remota, qué provincia tan escondida donde no llegaran los siervos de este á intimarles de su parte aquel convite? Convidó Santiago despues del mismo Jesucristo y señaladamente entre los demas apóstoles á los habitadores de Jerusalem, cátedra hasta entonces de la verdadera religion; corrió San Pedro á Roma; cabeza y asiento de la idolatria. Pasaron á la Etiopia, á la India y á la Persia; San Mateo, Santo Tomas y San Judas, naciones las mas apartadas de la verdad y envueltas en la gentilidad y supersticion; y aquí es preciso volver sobre nosotros mismos á pensar maduramente el empeño y solitud con que despues de la primera repulsa no desiste; antes bien mas se aplica á llamar á su mesa con mayo-

res y mas singulares demostraciones.

Esto á la verdad dá á conocer bastante-mente un amor y solitud, que no midiéndose por las reglas comunes, sobrepuja desmedidamente á toda esplicacion. Hacer ofertas de sus dones, franquear abiertamente sus tesoros, es caracter de ánimos reales y generosos; pero que á repetidas escusas, despreciada la autoridad, desestimados los dones, burladas las diligencias con que por si y por otros intenta hacerlos partícipes de sus grandezas, sin otro fin que beneficiarlos: despues de todo se aumente mas eficaz su solitud, es un afecto de finisima benevolencia tan incomprendible como el mismo Dios. Incomprendible por la graduacion y constancia de su fineza, y no menos incomprendible por su estension y universalidad. Ya lo habeis oido en las espresiones del Evangelio; llama, como digimos, á pobres y débiles, cojos y ciegos. Pobres, dice San Agustin, sobre este lugar, circunstancia que comprende universalmente á todos los fieles, porque pobres todos de méritos para ser admitidos á tan celestial convite, no hallan en si prendas bastantes para atreverse á entrar á la casa de él sino son superiormente conducidos:

Pauperes introduc huc. Ciegos otros con las espesas tinieblas de sus culpas, ignorando el camino de la real casa del convite. Apisionados otros estrechamente con los fuertes lazos de sus pasiones, sin dar un paso, sin moverse ácia esa misma casa. Otros en fin debiles por las viciosas costumbres, estragado el gusto con las amargas viandas de la tierra, perdido el apetito de los celestiales manjares. Pero ni en los unos la ceguedad, ni en los otros las pasiones, ni en estos la pobreza, ni en aquellos la debilidad, son bastante á retraer á un Dios tan amante de llamarlos, admitirlos é introducirlos en la casa de sus delicias. Para eso alumbrá á los unos ya con celestiales inspiraciones, ya con consejos, ya con exemplos, abriéndoles los ojos para que vean distintamente el camino que va derechamente á su real casa, desatando y rompiendo las prisiones para que puedan libremente seguir este camino. Enriqueciendo á otros de tesoros inmensos á costa de infinito precio, y convirtiendo á los demas en amargas todos los placeres mundanos, para que lleguen á gustar la suavidad de los celestiales.

De este modo, señores, se porta nuestro Dios: deseoso de comunicarnos á

todos parte de sus grandezas, sin que haya ó nacion alguna, ó estado, ó persona que pueda con verdad decir que no ha sido llamada. Podrian quizá tener alguna disculpa los impedidos de nuestra parábola, si llamados solo, si convidados por el Señor no hubieran al mismo tiempo tenido un siervo fiel, diligente, que los dirigiera, que los condujera y que, llevándolos de la mano, los introdujera hasta la casa misma del Señor. Pero no, no sufría aquella ardiente caridad, aquel solícito desvelo de verlos por último sentados á su mesa, el omitir esta diligencia: *exi et introduc eos: ni yo sé*, al considerar esta solícita providencia, á que grado llegaría de monstruosa ingratitud, quien se atreviera á buscar ó en su ceguedad, ó en sus pasiones, ó en su debilidad, ó en sus arraigadas viciosas costumbres disculpas para no hallarse presente á aquel celestial banquete. Porque el Señor ha sido quien, á esfuerzos de su grande solícitud, da luz al que no ve, y desata al oprimido, da fuerza al débil y hace gustar anticipadas las delicias de su divina casa; pero si acaso se hallára alguno á quien no bastando el convite, no bastando los ruegos, se resistia aun á aquellas mas poderosas inspiraciones, á aquellos

eficaces egemplos que casi en peso le van conduciendo y llevándole por la mano hasta introducirle en la gloria: sabe el Señor usar con estos de otros medios, ásperos si al parecer, pero de mayor eficacia. No lo vemos en el solícito hombre de nuestro evangelio, como no sagando hasta ver ocupada su casa de los que desea llenar de sus delicias, no buscando otros medios, le dice á su siervo, y pues que mi convite no ha bastado, pues se han negado al ruego; traelos aquí valiéndote de la violencia, obliguelos la fuerza á lo que no han alcanzado las súplicas: *compelle huc intrare*: y por esta última circunstancia de valerse Dios de todos medios, quien es capaz á comprender quanto demuestra su amor y desvelo, porque quando aquel Dios que, como hemos dicho, parece que no anhela, que no se ocupa en otra cosa que en nuestro bien, quando aquel que no se deleita en nuestras penas, llega á descargar los golpes de su tribulacion sobre nosotros, no intenta sino obligarnos así, violentarnos en cierto modo á que le sigamos: *compelle huc intrare*: los males todos, las tribulaciones, los trabajos que tanto nos oprimen, son otros tantos ministros de Dios, dice San Gregorio el

grande esponiendo este lugar, que nos violentan á seguir su llamamiento: *mala, que nos hic premunt, ad calum ire compellunt*.

Llegando aquí se completó la hora, que es el tiempo asignado á estos sermones de oposicion y por eso no está concluido.

PLÁTICAS DOCTRINALES

DEL MUNDO ENEMIGO DEL HOMBRE.

Plática primera: el mundo enemigo del hombre en el uso y moda de trages indecentes.

Es la vida del hombre sobre la tierra una cruel y continuada batalla en que tocando á la arma, desde los primeros pasos de la razon, los enemigos mas poderosos sin permitirle tregua ni descanso, cada instante es un ataque, y cada respiracion un choque. Crió Dios el primer hombre en el goce de una paz dulce y tranquila que sugetando sus apetitos á la razon, y su razon á la divina ley, le aseguraba sin estorbos el reyno dichoso de la sólida felicidad. Pero rota por la culpa primera esta sagrada paz, declarándose el hombre ingrato enemigo de Dios se declararon también contra él conspirando á su ruina las criaturas todas. El demonio, á cuya esclavitud se sugetó por el pecado, comenzó á exercitar sobre él un

dominio cruel y tirano: sus pasiones desordenadas y tumultuantes, roto el freno que las contenia, como fieras domésticas se ensangrentaron contra la mano misma que desató sus prisiones; y creciendo con el número de vivientes los delitos se convirtieron sus prógimos y hermanos con el escándalo y la disolucion en el enemigo mas irreconciliable de su dicha. Nada hay dentro y fuera del hombre que no le asalte, y que no solicite su ruina. Su entendimiento, oscurecido con las perversas ideas que el demonio le siguiere, le arma en sus pensamientos y discursos astutas celadas en que viene á perderse: su carne corrompida le lisongea con el vicio: el mundo todo anegado en culpas le arrastra con su egeemplo al pecado. Tres formidables enemigos del hombre y la virtud, mundo, demonio y carne, que si son todos tan terribles, es entre ellos el mundo el mas poderoso y el que da nuevas fuerzas y vigor á la carne y al demonio. Si: que lejos del mundo, adormecidas las pasiones sin la escuela de los obgetos exteriores, causadas al fin ó muertas se sugetan á la razon en el retiro y soledad. Hablando Dios mas vivamente en el fondo del alma se disipan, ó pierden sus fuerzas las sugestiones del

demonio. El mundo es el que ministra al demonio y á la carne poderosos socorros, y los sostiene y anima en la guerra contra la virtud. El mundo es aquel señor despótico á quien los hombres obedecen, cuyas máximas respetan por oráculos, dueño el mas tirano de quien todos se quejan y no dejan al mismo tiempo de servirle: el mundo es aquel objeto de la abominacion de Jesucristo contra quien fulminó las mas terribles amenazas: él es el que no conoció al Salvador y por quien no roga, ni quiso pedir á su eterno Padre el Redentor de todos: el mundo es aquella region de tinieblas donde colocó su trono y de quien tomó su mas célebre nombre el demonio: el mundo es por último aquel cuyos usos y máximas vino á condenar con su vida y ejemplo el hijo de Dios.

Y si todo esto, y mucho mas es el mundo enemigo nuestro, si el mundo que condena Jesucristo no es la fábrica material del cielo y tierra ¿quién es y cuál es este mundo? Rióse en la antigüedad el delirio de Diogenes, Leusipo y Epicuro, que soñaron había muchos mundos, y por mas que en nuestros dias una atrevida física haya pretendido dar algun cuerpo á este sueño, él se ha mirado como

un error insostenible. Pero si esto es verdad del mundo material, no es menos cierto en lo moral que son muchos los mundos tentadores y enemigos del alma. Mundo es, y mundo tentador aquella clase de políticos que sacrificando á sus intereses la rectitud y la justicia ni tienen otro Dios que su conveniencia, ni profesan la religion, sino por pura razon de estado. Mundo son, y mundo tentador aquellas mugeres profanas, que idólatras de la vanidad y compostura no aspiran á otra cosa sino á agradar y bien parecer. Mundo es que nos tienta la juventud ociosa, que no se emplea sino en los espectáculos y diversiones. Mundo es que nos combate la muchedumbre de ambos sexos, que hace gala y profesion de empeños amorosos: es el mundo por decirlo en breve una secta de hombres y mugeres licenciosos que haciendo de sus usos un nuevo evangelio pretenden establecer por máximas incontestables todo aquello que fomenta y lisonjea sus desordenados apetitos. ¡O y cuántos mundos, ó y cuántas tentaciones! Pero todo lo comprende sabiamente el catecismo en aquella pregunta y respuesta: *¿el mundo como nos tienta? trayéndonos los dichos y usos de los mundanos.* Yo, pues, resuelto á descubrir

ros en estas tres tardes las armas de un enemigo tan temible, para hablaros de sus perniciosos usos, me valdré de la industria del diestro general que no pudiendo asaltar á un tiempo la plaza y fortalezas enemigas emplea todas sus fuerzas contra aquellas en que conoce estar la mayor fuerza: así yo, reflexando en los usos mundanos que hacen mas viva guerra á la profesion cristiana, elegi por materia los tres mas peligrosos. Y á la verdad si en alguna cosa se juzga el mundo árbitro, y se abroga el empleo de legislador es principalmente en los trages, en las diversiones y las amistades: el decoro y decencia exterior para parecer en público, el descanso y recreacion de la vida, la sociedad y el mutuo trato de unos con otros son la base sobre que asegura el mundo su imperio, y el bello pretesto con que autoriza las máximas de la moda en los trages, en los bailes y en los galanteos. Y veis aqui en estos tres usos, otras tantas peligrosas tentaciones del mundo que serán el objeto de mis exhortaciones: tentacion del uso y moda de trages indecentes: tentacion del uso de bailes peligrosos: y tentacion del uso de amorosos cortejos.

La confusion y vergüenza de su des-

nudez que trajo al hombre su primera culpa le obligó á cubrir su cuerpo con la simple vestidura que le ministraron en sus hojas los árboles: pero industriosa esta misma necesidad buscó despues su abrigo en las groseras pieles de los animales; y no contenta aun con estas fabricó en los tejidos sencillos de la lana vestidos mas acomodados á su desnudez. Aumentáronse en el mundo las culpas y creciendo al par del delito la soberbia pasó á ser vana ostentacion lo que antes era necesidad, y se mudó en fomento de la gala y la pompa lo que fué á los principios materia del pudor. No ha perdonado el hombre á su arbitrio que conduzca á su adorno sacando de las entrañas de los gusanos, de las ocultas minas de la tierra, y de los profundos senos del mar la seda, el oro y plata, y las preciosas perlas para vestirse; pero la diferencia de inclinaciones y de gustos de las diferentes naciones, la diversidad de estados y condiciones, y lo que es mas el antojadizo capricho del hombre, amigo siempre de la novedad, inventa cada dia nuevos trages y nuevos modos de vestirse autorizándolos con el nombre de moda. No me creais, señores, tan extravagante ni tan ridículamente austero que haya yo venido á condenar

todo adorno ó á declararme enemigo de todas las modas. Sé muy bien que el lustre de la sangre y del empleo, que las diferentes gerarquias del estado, que el diverso gusto de los países y tiempos han introducido la variedad y decencia de los trages. No ignoro que la preciosidad y riqueza de estos autoriza y concilia el respeto á los grandes, distingue á los poderosos y fomenta los comercios. Que la compostura y la moderada gala es un gage tan propio de las mugeres que viven en el siglo, que tiene por apoyo no menos que al santo Apostol de las gentes: *similiter et mulieres in habitu ornato*. Mas cuando yo, sin afectar severidad, no repruebo el adorno y la gala, debéis vosotros convenir en que esta no es permitida sino con dos precisas condiciones de moderacion y honestidad que prescribia y señalaba el Apostol á las mugeres: *similiter et mulieres in habitu ornato cum verecundia et sobrietate ornantes se*.

La moderacion, primer limite de la gala, consiste segun esplican todos los doctores con el angelico doctor en no exceder las facultades y caudal ni tocar en el extremo de la superfluidad; *mulieribus non prohibetur moderatus ornatus;*

sed superfluis. Esta verdad, que todos confiesan, la inutiliza el mundo y la hace inverificable en la práctica por aquel natural orgullo é insaciable deseo de lucir que le persuade á cada uno que por mas que se engalane, todo es correspondiente á su estado y condicion. Y en efecto si hubieramos de dar crédito á las sentidas quejas con que todos se lastiman de la decadencia del comercio, de la pérdida de la agricultura y de la falta de arbitrios de enriquecer y adelantar, con que ya los caudales van á menos cada dia ¿quién no imaginará que nunca mas que ahora habia de reinar entre nosotros la moderacion en los trages desterradas las profanidades y vana ostentacion? Pero ¿cuándo mas que ahora han llegado al mas alto punto la vanidad y el fausto? Gastan las damas de la moda dos horas al espejo en prenderse y tocarse, en el afeite y la compostura, ocupan lo restante del dia en discutir nuevos generos de lazos, nuevas especies de peinados, emplean las mañanas enteras en las tiendas y portales mirando y remirando diges para dissipar en pocas horas lo que el marido busca en muchos meses; pasean todo el dia la calle tantos evanescidos narcisos idolatras de si mismos, que compitiendo

con las damas, como si se avergonzaran de ser hombres, emplean dignamente sus cuidados en que los rizos no desmientan un pelo, en los ajustes del vestido, en la situacion de la redecilla.

Sin medirse con el caudal la pobre quiere igualar á la rica, y la rica aventajar á las iguales; no hay dia que no sea solemne para la sala, ni lugar reservado al lucimiento, y hasta en los mas obscuros pueblitos se han introducido las modas adonde ántes se ignoraban sus nombres. ¿Y nos quejamos á vista del lujo tan universal de que los caudales desmezcan buscando falsos pretextos á la pobreza en la esterilidad de los campos, en la depresion del comercio, ó en la falta de arbitrios? Bien os acordais que en otro tiempo se declamaba agriamente contra la profanidad de los trages y galas reflejando que en ricas telas y en tegidos preciosos de oro y plata, en diamantes y finas perlas se gastaban gruesos caudales; y que para ataviarse una muger, necesitaba un mayorazgo. Por el contrario, en nuestros dias se pondera la comodidad de las modas y sus gloriosos defensores gritan altamente que ahora á poco coste se puede adornar una señora; que ocupando las blondas y muselinas, los listados gra-

ciosos, las perlas y brillantes falsos el lugar de las telas costosas, de las preciosas perlas se engalana bizarramente una dama con muy poco dinero. Pero permitidme, señores, que entre yo en un coitejo de ambas modas y que os esponga una reflexa no indigna de mi asunto.

Gastábanse en otro tiempo muchos miles en aquellos preciosos atavios; pero siendo de una duracion la mas permanente y de un valor casi siempre el mismo, podia un rico marido asegurarse que si habia gastado seis ú ocho mil pesos en el adorno de su esposa, los tenia como depositados en alhajas que servirian á sus hijos y nietos, y que despues de treinta y cuarenta años, con poca ó ninguna rebaja, le podian rendir de nuevo todo su coste. Mas hoy que el adorno todo consiste en falsas piedras, en tegidos débiles, en listados despreciables, cuya duracion es de muy pocos dias, cuyo valor solo depende de la moda tan variable que (como flor efimera que nace hoy para morir mañana, ó como errantes luces ó fugaces relámpagos que lucen un momento para apagarse luego) mañana será ridicula vegez lo que hoy es nueva moda; ahora que en cada dia es preciso hacer nuevos gastos, y que una sola mu-

ger y no la mas profana, gasta en el término de un año trescientos ó mas pesos en diges inútiles; ahora que un padre de familias empleara en la muger y dos solas hijas cuando menos novecientos pesos anuales para vestir las á la moda, decidme ¿al cabo de diez años no habrá expendido nueve ó diez mil pesos en alhajas que á nadie servirán, cuyo valor será ninguno y en las que no encontrará la menor utilidad? Gastábase antes muchos, pero de una vez sola y sin perderlo todo: gástase ahora pocos, pero se gasta muchas veces y al fin nada se logra.

Censurará acaso alguno esta reflexa como mas digna de un gabinete político que de un pulpito cristiano; mas ¡ojala y no fuera tan cierto que estos superfluos escesivos gastos en nuevas modas acarrearán las mas funestas consecuencias! Porque ¿de donde nace la desgraciada suerte de nuestros caudales tan lamentable que en el corto término de cuarenta años son muy pocas aquellas ricas y opulentas casas que entonces florecian, cuyos inmediatos herederos no estan reducidos á una triste mendiguez? Del fausto y vanidad ¿De donde las usuras y los fraudes? De los que teniendo un corto sueldo gastan mas de lo que ganan, porque ni quieren gas-

tar menos ni pueden gastar mas sino con trampas ¿De donde las riñas y divorcios de mugeres locas y vanas, que afligen al honrado marido para que las mantenga con mas ostentacion, ó buscan quien á costa de su honor se las fomenta? De la vanidad y el fausto ¿De donde la desgraciada suerte de tantas doncellas de la moda que no hallan un marido juicioso, porque ningun hombre de honor aprecia para muger la que solo puede gastar el caudal en vana profanidad, quedando tantas espuestas á una vil prostitucion? De que todas quieren vestir á la moda. ¡Ah! que segun la sentida expresion de Jeremias esos vanos trages, que sirven de alas á vuestra vanidad, vierten la sangre de los pobres: *in aliiis tuis inventus est sanguis animarum pauperum*. Allí está en aquellos peinados la sangre del pobre acreedor á quien no se le satisface; de aquellos lazos brota la sangre del infeliz oficial á quien no se le ha pagado; allí están aquellos listados en la sangre del pobre criado, de la criada miserable, del engañado mercader á quien se le debe; manchadas estan esas brillantes galas con la sangre de la viuda desamparada, del huérfano sin abrigo, de la doncella perseguida, á quienes no se socorre: *in*

aliis tuis inventus est sanguis animarum pauperum. Desorden tan dañoso que ha pervertido no solo las leyes de la cristiana economía, sino aun las reglas de la policia civil. Porque confundido con las nuevas modas aquel bello orden de la república que demanda que por el traje exterior se distinguan las condiciones y los caudales, ya se viste la noble como la plebeya, la señora como la criada, la de alta fortuna como la de baja, y, lo que es peor, la muger honrada se adorna como la vil ramera, faltando no solo á la moderacion sino á la honestidad contra la segunda condicion que prescribe el Apostol en los vestidos: *cum verecundia ornantes se.*

Pero antes de llegar á este punto capital de mi discurso querria yo saber de vosotros ¿cuál es la causa de que siendo tan frecuentes y severas las declamaciones que los ministros del Dios vivo hacen en estos últimos años contra los trages deshonestos, sea tan contrario el efecto, que refinándose cada dia mas el lascivo gusto de las modas aun personas de calidad y de una arreglada conducta ni forman el menor escrúpulo ni se avergüenzan de parecer en público, de asistir á los templos y de llegarse á la sagrada mesa

del altar con aquellos mismos adornos, que oyen reprehender en los púlpitos? ¿Será acaso porque oponiendo el mundo tentador á los ministros de Jesucristo sus predicadores estos en la cátedra de los estrados publican altamente que la virtud no es melindrosa, que en los púlpitos se dicen tal vez las cosas para amedrentar al pueblo, que las leyes de vestirse no las da un predicador imprudente, sino el uso de las cortes? ¿Será que perdido el horror á las mas justas reprehensiones por su misma frecuencia, se tiene tambien por una pura moda el predicar contra las modas, refiriéndose por donaire en las conversaciones, lo que se predicó contra este, ó aquel uso? Puede ser uno y otro; pero yo pienso que al oír los mundanos condenar universalmente las modas, como no descubren en algunas sino antojo y vanidad, bien que poco cristiana, juzgan igualmente de todas y no faltando razones para justificar en parte una ú otra, sentencian injustamente á favor de las demás. Por tanto deseoso, señores, de hablaros con una cristiana ingenuidad yo no condeno por pecado, ni censuro por modas deshonestas tanta clase de peinados, tanta diferencia de joyuelas y pendientes con que se adornan las orejas, el cuello, ó los bra-

zos; tanta variedad de trages para el día y la noche, para el campo y la corte, si aunque estos usos por su exceso inútiles y profanos, no se oponen derechamente á la honestidad. Llamo si modas inmodestas é injustificables aquellas que sin añadir valor á la hermesura solo lisonjean el apetito: aquellas que no tienen otro uso que escitar la curiosidad de los ojos para encender la lascivia: aquellas en cuyo con- junto no se hallan sino ciertos preludivios á la torpeza. Y valga la verdad. ¿De qué sirven sino de despertar una curiosidad lasciva esos mantos de rengues con que trasluciéndose la espalda toda asisten en el templo muchas mugeres? Esos vestidos tan altos (¿que no tenga yo palabras con que explique sin tropiezo la lengua lo que ven con tanto los ojos!) esos vestidos tan altos en que se aspira á descubrir un calzado provocativo::: y que sé yo que mas hacen acaso mas hermosa á una muger, ó son solo correos que llevan á la imaginacion las noticias mas sucias de impuros objetos? Esos desgotes de pecho y espaldas ¿añaden hermesura, ó son los predicadores mas eloquentes de la sensualidad? ¡Ah señores! si alguna vez la mano atrevida de algun pintor quisiera formar la copia mas fiel de una rami-

ra liviana y provocativa ni se valdria de otros colores ni la pintaria en otro traje. Yo me imagino que despues de haber le- cundado su negra fantasia con las ideas mas lascivas, despues de tirar lineas y formar bosquejos, despues de uno y otro retoque saldria en el lienzo una dama en un ademan ayroso y desenuuelto, descubriendo ó trasluciendo el pecho y la espalda, estrecho el ropage, tan alto el vestido, que descubriera mas allá de la garganta del pie, con un semblante que afectando gravedad y fingiendo sonrisa convidara á mirarla; y si alcanzara el arte á pintar los movimientos veriais un andar estudiado, unos pasos, un manejo de todo el cuerpo entre desmayado y marcial, un descubrirse como quien se oculta y un provocar como quien desdeña. Si os parece, señores, esta copia indecente é indigna de mi boca, de mi empleo y de este puesto echad la culpa al original que retrato. Quiero decir: si horroriza al alma esta muerta imagen que entra por los oidos ¿como no escandalizará el original que entra por los ojos? y sino puede ni aun imaginarse este objeto sin riesgo ¿como se verá sin peligro? y si las mugeres ramerias no tienen otro atractivo ni otros medios de pervertir

¿cómo se juzgan inocentes las señoras vi-
tiendo del mismo modo?

¿Mas de qué sirve, me direis, tan ve-
hemente invectiva? cúlpese á sí mismo
quien nos mira con ojos torcidos, nuestra
intencion es sana, nuestro fin no es malo.
Vemos que este es el uso y sabemos que
así se visten en las cortes todas, y no he-
mos de creer que en Méjico es pecado
una moda tan comun en otras naciones
cultas y cristianas. Sea así, señoras: yo
haré este obsequio á vuestro honrado
porte, y me violentaré á creer que quien
no desea sino parecer bien, no esté es-
puesta á complacerse; que quien con un
exterior inmodesto está diciendo, mira-
me, soy hermosa y deseo agradarte, no
diga tambien, mira que soy facil y li-
viana: no sea así; pero ¿no sabéis que la
mayor parte de los doctores moralistas con-
denan por pecado en las mugeres aque-
llos trages, que sin intervenir necesidad
ó utilidad propia, saben que han de ser-
vir de escándalo á los demas? Pues (yo
os lo digo claramente) con este género
de trages, sabedlo, sois escándalo á los
buenos que se horrotizan, se amedrentan
y abominan un objeto en quien desde la
cabeza hasta los pies no se pueden poner
los ojos sin encontrar un tropiezo: dais

escándalo á los malos que aplauden y li-
songean vuestra inmodestia porque alien-
ta y anima sus criminales deseos. Moda
es esta, yo lo confieso, uso es que se prac-
tica en muchas cortes; pero si el uso
santifica las costumbres, canoniza y la
embriaguez, la usura, la torpeza, el lu-
cro de cuya frecuencia está el mundo
lleno: si el uso santifica las acciones, con-
denad un evangelio, un Redentor, un
Salvador que vino á condenar el mundo
y sus usos. No eran, señores, tan lascí-
vos los adornos que tanto reprehendian en
su siglo San Crisóstomo, San Gregorio,
San Gerónimo, San Ambrosio y San Ber-
nardino. Y si en las ciudades mas cultas
se ven estos excesos de malicia, por eso
aun en nuestros dias se esplican contra
ellos tan altamente sabios y celosos mi-
nistros en Paris, en Roma y en Madrid.

Quando vemos muchas damas de Mé-
jico discurrir por las calles y plazas, asis-
tir en la iglesia á los divinos oficios, lle-
garse al confesonario y á la sagrada mesa
con un manto que deja entrever desde
la cabeza hasta la cintura, con los pe-
chos ó descubiertos del todo, ó, lo que
quizá es peor, cubiertos con un sutil ve-
lillo que solo sirve de atraer los ojos in-
cautos á registrarlos con menos temor;

cúando las veo con el vestido tan alto, segura segun parece su conciencia, no puedo menos que decirme á mis solas ¿es menos celosa nuestra religion de la honestidad de lo que fué en otro tiempo, ó tienen ya las modas un privilegio que ignoraron los primeros hombres del cristianismo? ¿Por qué el Apóstol de las gentes Pablo intima con tanto rigor á las mugeres que se cubran las cabezas para no escandalizar á los justos? ¿Por qué el santo pontífice Lino mandó tan severamente que las mugeres no asistieran en los templos sino cubiertas las cabezas? ¿Por qué Tertuliano, siguiendo las huellas de los padres, reprende con tanto zelo ciertos sutiles velos con que se cubrian las mugeres nada diferentes de los mantos de rengue ó de rejilla? ¿Por qué los mas juiciosos moralistas condenan á pecado mortal la vergonzosa desnudez de los pechos? ¿Por qué el celoso prelado San Carlos Borromeo mandó que en su diócesis se negara la sagrada comunión á las mugeres escotadas? Pero estas máximas no comprenden á las damas de moda. Pues si nada de esto las comprende, hablará quizá con ellas la formidable amenaza de Dios por Isaias: vosotras (palabras son del mismo Dios) vosotras desvanecidas y orgullosas cami-

nais por esas calles con marcialidad y desenvoltura estudiando y componiendo los pasos y movimientos; pues yo echaré por tierra, y con mi mano omnipotente y vengadora arrancaré esos idolos de la moda; yo destrozaré esos vanos tocados, esos calzados escandalosos: *Pro eo quod elevate sunt filie Sion et compositio gradu incredabant, in die illa decalvabit Dominus verticem siliarum Sion et auferet ornamentum calzeamentorum.* Yo arrojaré por los suelos esos pendientes y lazos, esas escofietas y collares, fomento de la vanidad: *et torques et monilia et armillas et mitras.* Yo destrozaré esos mantos sutiles, esos velillos engañosos con que ostentais lascivamente el pecho y las espaldas: *et mutatoria et pallola et linteamina.* Si estos rayos que Dios fulmina contra la vanidad é inmodestia de los trages no bastan á desterrarlos de nosotros; Méjico, Méjico, tus perniciosas modas serán el triste vaticinio de tu cercana ruina: *et marebunt atque lugebunt porta ejus et desolata in terra sedebit.*

Mas ¿qué será razon, señores, culpar en todo á las mugeres siendo ellas acaso las que tienen menos culpa? Discúlpase la muger casada con que á pesar suyo usa de esos trages por condescender al pre-

cepto ó gusto del marido: escúsate la doncella con la voluntad del padre que le da semejantes adornos: si estas disculpas son ciertas, vosotros maridos y padres de familia sois la causa de este desorden; y solo de vosotros puede esperarse su remedio. Lo que no pueden los predicadores con la doctrina, los celosos príncipes con sus ordenanzas, los confesores con sus consejos, podéis vosotros remediar fácilmente: emplead alguna vez la autoridad que os dió Dios sobre vuestras mugeres, ó hijas para gloria del Señor y vuestra valiendoos del consejo, del precepto y de la superioridad que os dan las leyes. Desterrad unos usos que llenan vuestra casa de disolución, vuestro nombre de oprobrio, y vuestras familias de calamidad. ¡Oh! y todas las señoras se unieran de acuerdo en vestirse con la mayor modestia convirtiéndose en moda la honestidad y moderación y haciendo gala del recato: si aun entonces murmurase de vosotros y vosotros el mundo publicando al veros parecer en público modestamente vestidas que esta es poca civilidad, si lo atribuyese á ruindad y poco cultivo, alegraos, dice Jesucristo, verdaderos cristianos, puesto que el mundo os moteja y desprecia: *si de mundo essetis, mundus quod suum erat*

diliget. Dichosos vosotros si os aborrece y os hace objeto de sus sátiras aquel mundo que primero aborreció á Jesucristo y censuró de locura su doctrina: *si mundus vos odit, scitote quia me priorem vobis odio habuit*, y desdichados si quereis complacer y agradar á este mundo tentador, á este mundo que condena Jesucristo, á este mundo enemigo de Dios y de su gloria.

Plática segunda: el mundo enemigo del hombre en el uso de bailes peligrosos.

Al leer los prodigiosos efectos de la antigua música con cuya variedad de tonos ya alegres y ya graves, ya dulces y patéticos, y ya marciales y belicosos solían los diestros egecutores templar, ó irritar á su arbitrio las pasiones del alma calmando ó encendiendo sus afectos: al leer, digo, esta maravillosa eficacia que se echá menos en la música moderna han llegado muchos sabios á dar á aquella una noble preferencia sobre la nuestra. Y en efecto ¿qué portentos de esta clase no se refieren en las historias griegas? tañendo Antigénides un tono marcial irritaba de suerte al grande Alejandro que le hacía saltar de la mesa del banquete á tomar las

armas frenético y furioso. Templaba Timoteo y helaba la ira de este enfurecido príncipe tocando otro tono dulce y tranquilo. Variando Pitágoras los tonos unas veces apagaba y otras encendía la pasión mas ardiente en un joven. Si estos sucesos son verdaderos, sin duda han tenido razón los que no hallando en nuestra música semejante virtud la han reputado inferior á la de los griegos: pero si esto es así parece que para contrapesar á aquella ventaja, se valió la música en estos tiempos del baile, por cuyo medio si la antigua sabía mover los efectos nobles del ánimo, la moderna se ha hecho señora para mandar á las pasiones mas vivas aunque delincentes, de suerte que no hay pasión ya sea la de amor, ya de celosas iras, ya de descanso, ya de desenvoltura que no esciten los tonos músicos en los bailes. Nadie puede negar que ha sido el baile recreacion de todos los tiempos, y común á las naciones aun mas bárbaras: recreacion la mas oportuna en que juntándose al ejercicio corporal la alegría modesta del ánimo hallará el hombre un descanso á las tareas del cuerpo y un dulce reposo á las fatigas del espíritu, tan honesta por su naturaleza que mereció ser un culto no indigno de la Deidad

celebrando los hombres con el baile las fiestas mas sagradas y consagrando á Dios esta acción de regocijo y de alegría. Bailaba ante la arca del Señor el Santo Rey David, no desdenándose de mover con alegres saltos aquellos reales pies acostumbrados á hollar y pisar las cabezas de los enemigos del pueblo fiel. El nos convida muchas veces á esta demostracion representándonos con la metáfora mas hermosa de un baile á los montes saltando alegres, regocijados á los campos y á los rios como que aplaudieran con golpes de manos la adorable presencia del Señor: *gaudent campi, flumina plaudunt manu simul montes exultarunt a conspectu Domini.*

Mas como la perversa astucia del mundo tentador sabe convertir la mas saludable triaca en veneno, hizo del baile un uso pernicioso para formar de él la mas peligrosa tentacion. Compusieronse tonos acomodados á las pasiones; discutiéronse nuevos géneros de bailes; estableció el mundo por ley de la danza la mezcla de ambos sexos y aquella honesta recreacion que pudo alguna vez servir de obsequio al mismo Dios, se mudó en la victima mas negra que se sacrificó al demonio. Yo, señores, para ponerlos á la

vista los daños imponderables de los bailes, querria hallar el debido temperamento en una materia de tanta importancia para no condenar ni miamente severo lo justo y lo tolerable, ni absolver como inocente lo prohibido. Al contemplar por una parte (decia un sabio y egemplar del siglo pasado) que los padres todos de la iglesia condenan con las expresiones mas espantosas los bailes, y al reflexar por otra que los maestros del moral con no menos autoridad que la de Santo Tomas, los absuelven de culpa ¿qué otra cosa se puede pensar sino que estos últimos hablan del baile considerando en si, y segun su naturaleza, en cuyo respecto es cierto que no es pecado, y los padres le condenan en la práctica por los riesgos que en él se mezclan y en atencion a sus graves peligros? Bien podia yo, sin incurrir en la nota de temerario, seguir este rumbo tan autorizado: mas para quitaros todo tropiezo, conyengo desde luego en que hay ciertos bailes serios, honestos y moderados que se pueden egecutar sin culpa: conyengo en que guardando ciertas precauciones que esplicaré á su tiempo se pueden con seguridad de conciencia prevenir sus riesgos. No niego que la civilidad, la cortesía, y las circunstancias de

un empleo visible obligan muchas veces á concurrir y alegrarse con honestos bailes; pero deseb esta tarde que conózcais que los que se usan comunmente entre nosotros están tan corrompidos, tan llenos de peligros y riesgos, que ellos son el fomento de las pasiones mas criminales y la tentacion mas poderosa con que combate á la virtud el mundo enemigo del hombre.

Y aunque seria necesario ó ser peregrina en Méjico ó haber vivido con los oídos y los ojos cerrados á las funestas consecuencias de los bailes para no estar convencidos de su sumo peligro: para formaros un justo concepto de los que hoy se practican, atended. No ha muchos años que vino á esta corte con destino de ver su grandeza y de divertirse en ella un hombre nacido y criado lejos de Méjico en una obscura y humilde rancheria en la que habia pasado sus dias cultivando el campo de sus padres: ignorante del todo de las mundanas diversiones, y aunque rústico, de entendimiento despejado é instruido en las maximas de una virtud cristiana. Con la curiosidad de quien venia sin otro fin que recrearse, y atraido de la novedad de cosas hasta entonces de él nunca vistas, no hu-

bo lugar público, ya sagrado, ya profano que no registrara con atención asistiendo muchas veces en las privadas y públicas diversiones. Satisfecho en fin su deseo se volvió á su obscuro y pobre país; y como suele suceder en estos casos á quien viene de visitar algun lugar celebre, se le rodeaban los parientes y vecinos preguntando una y muchas veces ¿qué cosa era Méjico? y pidiéndoles que les refiriera ¿qué cosas particulares habia visto en él? Ponderóles la hermosura y simetria de su formación, la magnificencia y adorno de los templos, la riqueza y grandeza de los cortesanos, la variedad de las galas, la urbanidad y afable trato de sus moradores. Pero entre todo, les dijo lleno de admiracion, lo que mas me ha asombrado ha sido cierta especie de hechizo con que se enloquecen y salen fuera de sí los hombres y mugeres siempre que concurren á sus bailes. Son por la mayor parte las personas de ambos sexos en Méjico tan observantes del esterior pundonor, que es digna de admiracion la seriedad y grave circunspeccion que guardan en las públicas concurrencias. Procurase en estas y aun en los mismos templos en cuanto es posible la separacion de hombres y mugeres; si

se visitan nadie escude de un honesto cumplimiento, no salen en público las doncellas de calidad sino acompañadas de su propia madre ó de alguna matrona de respeto; y se observa con tanto escrupulo el recato, que se tendría por poco menos que delito el que un hombre tomase la mano á una muger sino es cuando el parentesco ú otro honesto titulo justifica esta urbanidad; pero toda esta modestia y circunspeccion se acaba luego que el hechizo que os digo se apodera de ellos en sus bailes que son muy diferentes de los nuestros. Juntanse de noche y se sientan separados en una sala hombres y mugeres ostentando todos gala bizarra: comienzan de dos en dos ciertas danzas serias y magestuosas, pero á breve rato, haciendo su efecto el hechizo, saltando á un mismo tiempo y mezclados ya hombres y mugeres todo es confusion y desorden: tómanse de las manos, enlázanse de los brazos, corren ácia todas partes con una risa desmesurada estrechándose los cuerpos y empujándose con el manejo mas libre. Aquí se ve una doncella de buen porte asido fuertemente por la mano de un joven lozano; allí una casada de honor unidos ambos brazos con los de un hombre alegre; á una parte hablan á es-

casus y en secreto un hombre y una muger; á otra la casada y la doncella retiradas del padre y marido conversan largamente con un hombre que jamas han visto. Aumentase el hechizo y crece mas á cada hora. Siguense, despues de aquellas danzas de eulace, al son de otros tonos mas alegres y festivos unos bailes egecutados con los movimientos mas lascivos y obicenos; todos los celebran con palmas y voces; y frenéticos hombres y mugeres fuera de si y olvidados de su respeto y condicion discurren ácia todas partes: la conversacion libre, el movimiento liviano, el juego de manos, el esterior todo descompuesto son los lastimosos accidentes de esta locura. Al ver y notar esto sin poder contenerme decia yo á algunos de los circunstantes ¿qué nuevo género de hechizo es este y como en un momento han perdido el juicio hombres y mugeres? ¿cómo está tan desahogada aquella doncella y como á vista de su mismo padre habla, se rie y permite las llanezas de aquel mancebo á quien en una visita privada apenas saludaba? ¿cómo la otra casada que mostré cuando entraba en el festin tanta gravedad que apenas inclinó ligeramente la cabeza ácia los circunstantes en un instante se ve tan

mudada que á vista del marido dá la mano, se deja estrechar, se enlaza livianamente con aquel joven y celebra con risa su libertad? ¿Y cómo el padre y el marido que si en su casa en presencia de algunos domésticos hubieran visto que algun hombre extraño tomaba la mano á su hija ó á su muger le hubieran reprendido ásperamente, ahora toleran cosas peores en un público concurso? Callad, me decian los circunstantes, vos como rústico ignoras lo que es marcialidad: estos son usos del mundo político y de las cortes, y vuestra admiracion es ridiculo escrúpulo de hombre sin cultivo. Despues de todo, amigos, yo vengo tan compadecido y lastimado de esta enfermedad, que, por mas que se me dijo que este era alegre vinculo de la sociedad y recreacion cortesana, estoy persuadido que personas racionales y cristianas no pueden en su juicio abandonarse á excessos tan públicos é irregulares; y que uno de los efectos de aquel hechizo es cegarles para que no conozcan su locura.

¿Y qué decís, señores, descubris alguna falsedad en la sencilla descripcion de nuestro rústico, o calificais de grosera ignorancia el dictamen que él se formó de que hay algun hechizo en nuestros bailes?

Mas ojala y fuera una verdadera locura la causa de este exceso y no un voluntario hechizo de la pasión mas activa que se introduce hasta la alma en los bailes por los sentidos. Cada uno de ellos es en efecto en estas concurrencias un eficaz estímulo á la liviandad: allí ven los ojos cuantos atractivos tiene la hermosura en la gala, la bizarría y el donaire; la alegría, aceite el mas propio para los colores de un rostro, resalta en los semblantes de todos: miranse reciprocamente con libertad los ojos, y se esplican en el lenguaje mas elocuente que usa la pasión: la noche y el bullicio dan confianza á los hombres, y atrevimiento á las mugeres: la lengua mas recatada habla con osadia, y se oye sin melindre la palabra lisonjera y la pretensión amorosa: bailan, mas que los pies en la sala, en el corazon los afectos mas inquietos y placenteros al son de una música afeminada de melodia suave compuesta de tonos y aire patético, si, pero que tienen un gran parentesco con las aliciones lascivas, no se dicen sino letras y versillos de amor, no se ven sino gestos, movimientos y acciones de liviandad: asaltan al tacto juegos de manos que se aprietan, que se enlazan y que se toman la libertad que ya sabeis; y en medio de tantos ries-

gos, distraido el espíritu, acometido por todas partes de enemigos tan lisonjeros ni ve, ni oye, ni refleja en su peligro. Sabed, me decia en cierta ocasion un hombre de juicio y virtud que habia pasado la flor de su edad entregado á los bailes; sabed que cuando estaba yo mas olvidado de Dios y mas esclavo de mis carnales apetitos me retiré de bailar contradanzas no por motivo santo, sino por el mas perverso; porque son tan vivos, tan ardientes los impuros deseos que engendran la libertad y el manoseo, que no pudiendo ni satisfacerlos ni reprimirlos me separó de las contradanzas la imposibilidad de ejecutar todo aquel mal á que ellos me impelían.

Id ahora y preguntad si eran otros los bailes que condenaron los padres todos de la iglesia, y si hallais que aquellos no contenian otro desorden que desenvoltura en las conversaciones, letras provocativas, manoseos peligrosos que son el distintivo de los nuestros: creedme que contra nuestros bailes se han dirigido sus censuras. De nuestros bailes habla S. Efren cuando los llama tinieblas para el hombre, perdicion para la muger, tristeza para los ángeles, fiesta para Satanas: *ubi chore ibi vivorum tenebræ, mulierum perditio, ange-*

lorum tristitia, diaboli festum. Nuestras danzas condenó. Si Ambrosio cuando dijo que solo iban á ellas las hijas desenvueltas de una mala madre imitadoras de su perversidad: *salent adultera filie.* Nuestros festines tenía presentes el devoto Gerson cuando exclamó que todos los vicios danzan en los bailes: *omnia peccata choriant in chorea.* Y porque no imaginéis que en aquellos tiempos habia alguna especial malicia que no hay en nuestros días: recientes estan y vecinas á nuestra edad las constituciones de dos sinodos de Oviedo en España, los cuales y especialmente el último celebrado el año de 1761 prohiben con pena de excomunion mayor las contradanzas, y todo otro baile de enlance. Y si tantos peligros hallaban los padres mas sabios y santos en bailes de su naturaleza indiferentes por las circunstancias con que se practican ¿qué habrían dicho, señores, de otra clase de bailes lascivos, desenvueltos y por si mismos impios y provocativos? Bailes que no se egecutan bien si no se egecutan con malicia; bailes cuyo atractivo consiste solo en la torpeza de los movimientos y en las letrillas soeces con que se acompañan bailes que para verlos es menester tener unos ojos alimentados en la maldad, y

para oírlos describir serian necesarios oídos tan impuros como ellos. Bien sabeis de cuales hablo.

¿Mas qué decís, semejantes bailes se usan entre nosotros? Se usan sí; y no hay alegre concurrencia, no hay festin, no hay calle ni plaza en que públicamente no se bailen. Se usan, y cuando en otros tiempos los miráramos con horror aun en la gente de baja esfera, hoy personas bien nacidas los egecutan, los celebran y asisten á ellos. Se usan y sabiendo que el tribunal santo de la inquisicion condena y escomulga generalmente á los que cantan y bailan coplas y sones provocativos, se afecta ignorancia y se anda preguntando ¿si estos bailes que usáis estan incluidos en el edicto? Se usan y los padres y madres los enseñan á sus pequeñas hijas, los aplauden en ellas como chiste y vemos con espanto á tiernecitas é inocentes niñas esplicar con movimientos indecentes del cuerpo obscenidades de que aun son capaces sus espíritus. ¿Y adonde hallaré yo nombre que explique toda la abominacion de este desorden? ¿Le llamaré desevoltura, disolucion, descaro? ¿Pero cuando la disolucion en el pueblo cristiano ha llegado á tanto extremo que haga gala de la publicidad, y que sin in-

terés suyo se complazca con arruinar y perder muchas almas? ¿Diré que estos bailes son un resto de las fiestas impuras del ciego gentilismo y una señal de irreligion? ¡Mas hay! que aun los mismos gentiles condenaban y reprehendian estos bailes como el mas triste escollo de la honestidad. ¿Le llamaré locura y frenesí originado de los usos del mundo tentador? Este solo nombre puede convenir, señores, á la culpa de quien asiste y practica semejantes bailes, pues solo un hombre frenético puede, abandonando el decoro, el pundonor y aun las esterioridades de cristiano, querer parecer deshonesto. Locura es esta que dejando bastante reflexa y libertad para el pecado, ciega para no conocer que se atropellan las leyes de la religion y de la buena crianza.

Oyendo estoy á muchos que agitados, no sé si de un triste despecho ó de un cristiano deseo de su instruccion, esclaman: ¿luego ya no se puede bailar ni asistir á los bailes sin pecado? Los provocativos é indecentes por mas que se usen estan prohibidos; los indiferentes por las circunstancias que los acompañan son ocasion muy peligrosa de pecar: ¿luego ya para nosotros se acabaron los bailes? Para satisfaceros oid la respuesta no

de algun doctor rigido ó de algun santo retirado y austero, falto de esperiencia ó de conocimiento del mundo; sino de un hombre cuya dulzura y suavidad de espíritu, cuyo trato civil y frecuente comercio con las cortes mas célebres, cuya dulce condescendencia á todo lo que no era pecado le elevaron á ser el Apostol de Chamblais, y le merecieron la estimacion y aprecio de los mismos hereges: del grande obispo San Francisco de Sales. Escribiendo éste á todos los cortesanos bajo el nombre de Filotea, y enseñando prudentes reglas para practicar la virtud en la corte, cuando trata de los bailes los permite solo con tres condiciones: la primera (habla de los bailes honestos por su naturaleza) que se baile con modestia, dignidad y recato: la segunda que se baile poco y pocas veces y solo cuando lo pida la precision de condescender á un justo respeto ó á un convite inescusable, y tal vez por recrear moderadamente el ánimo en concursos que no sean sospechosos; la tercera que despues de la danza se use de alguna santa consideracion de la muerte, de la brevedad de la vida, de la vanidad de sus pasatiempos que estorbe la perversa impresion que el baile puede causar en el

Y:

espíritu. Advierte Filotea, decía el santo obispo, que los mejores bailes no son muy buenos: que ellos ordinariamente son la causa de los pecados y vicios que reinan en un lugar, de las pendencias, de las envidias, las burlas y los locos amores.

Estas tres consideraciones tan conformes á la ley cristiana dictadas por un director el mas suave para las personas cortesanas que viven entre los empeños del siglo, tan conciliables con todos aquellos títulos de urbanidad, alegría y concurrencias públicas que puede ofrecer la corte: estas precauciones, digo, no sé si en lugar de servir de regla para los bailes serán por el contrario la sentencia que condene la conducta de los mas que los practican. Ellas, sin dnda, condenan á aquel joven y á aquella dama que sin reserva de tiempos ni lugares, sin otro título que el de su loco placer son los primeros en estas diversiones, sin que haya festín á que no asistan ni danza en que no sean el principal personage. ¿Y qué disculpa podrá tener á vista de estas reglas tan prudentes aquella muger cortesana que baila casi en toda concurrencia desde las primeras horas de la noche hasta el amanecer del dia siguiente admirando todos cómo puede haber tanto

vigor en una muger delicada; y que sufra un egercicio tan largo y de tal fatiga la que no puede hacer un ayuno ni tener media hora de meditacion por su flaqueza? ¿Y cuántos hay en el mundo que despues de la danza se apliquen el útil correctivo de la consideracion de la muerte ó infierno, de la brevedad de la vida y de una eternidad espantosa? No son estas verdades para quien despues del baile no revuelve en su corazon sino lo que vió en él; la gracia de aquella dama, el donaire de aquel mancebo, preparándose en el festín de hoy para el dia siguiente. Estas tristes meditaciones solo servirian de melancolizar el espíritu y de agriar toda la dulzura del festejo. Pero si estas precauciones os parecen, señores, ó nimilmente austeras ó impracticables, desengañaos, no hay medio, ó moderar los bailes con esta templanza y estas reglas, ó esponerse á un riesgo casi cierto de pecar. Y si no obstante la respetable autoridad de este sabio prelado quereis aun hechizados del placer engañaros á vosotros mismos con la falsa persuasion de que todo esto es respectivo á las conciencias y temperamentos, que para unos es indiferente lo que para otros es pecado, y que vosotros espermentais que los bailes no

os traen los daños que he ponderado, convenzaos por último el secreto testimonio del corazón y decidme, ¿es acaso el objeto principal de nuestro regocijo la suavidad de los tonos músicos y los artificiosos enlaces de la danza? No ciertamente porque a ser así igualmente os divertiríais si danzáran solo hombres con hombres, ó mugeres con mugeres, ó si solo se ejecutáran piezas graves y magestuosas en que hay mayor arte y primor: el festín no os alegra sino se mezclan hombres y mugeres; no estais satisfechos mientras no llega la hora de las contradanzas, el manejo, la palabrilla amorosa, el trato libre con la que sollicitasteis que os cupiera en la danza. Es, señores, que se buscan los fomentos de la oculta inclinacion al otro sexo que es la que anima el baile, y por eso solo son de vuestro gusto en los que se mezclan mugeres y hombres. Raíz tan venenosa no puede producir sino frutos de corrupcion; de origen tan viciado no pueden dimanar sino arroyos caudalosos de obscenidades.

Infelice pueblo de Israel! El primer baile que los israelitas hicieron entre hombres y mugeres fué para celebrar los sacrificios con que idolatraban en el be-

cerro de oro: *obtulerunt holocausta et surrexerunt ludere*, como que esta danza hubiera sido funesta consecuencia de la idolatria. Pero no sé si mas infeliz el pueblo cristiano que cada día representa al revés esta tragedia siendo sus ciegas idolatrias efecto de los bailes. Porque ¿adónde fabricó aquella doncella el idolo amoroso á quien hoy sacrifica su honor, su recato y aun á Dios mismo? en el baile. ¿De dónde tomó principio la loca idolatria de aquel joven que perdido de amores idolatra, como él dice, adora y vive sin juicio por una vana hermosura? del baile. ¿De donde dimanaron los odios, las riñas, los celos, las deshonoras, los divorcios, los escándalos que hoy son la victima de un amor impuro? del baile. Perdióse el sosiego, perdióse la honra, perdióse la alma, y se perdió Dios en el placer del baile. O; oh qué costosos os han sido, mortales insensatos, vuestros regocijos, principio de vuestros mas tristes disgustos! Vosotror reputais por insensatez y melancólica austeridad la conducta de aquellos que pasan sus dias, ó retirados ó usando moderadamente de estos recreos, viviendo en un espíritu de compuncion. Pero estos, dice Jesucristo, son mis verdaderos hijos. Gócese el mundo, convide á los suyos

con sus usos placenteros y alegres, vosotros si sois fieles cristianos llorad y gemid en amarga tristeza: *mundus autem gaudebit, vos vero contristabimini.* ¡Terrible y espantosa sentencia! El placer, la desmentrada alegría, el apego á las diversiones son la insignia de los hijos del mundo tentador condenado y aborrecido de Jesucristo. La tristeza, el desconsuelo y el melancólico retiro son el caracter de los discípulos del Salvador: *mundus gaudebit vos vero contristabimini.* Mas al fin aquel gozo mentido, aquel regocijo, aquellos bailes pararán en mortal sabia, en desesperacion, en eterno penar: convertirás por el contrario vuestra amargura en un gozo interminable, de cuya posesion ninguno os privará: *Sed tristitia vestra convertetur in gaudium, et gaudium vestrum nemo tollet á vobis.*

Plática tercera: el mundo enemigo del hombre en el uso de amorosos cortejos.

¿Luego hube yo, señores, de venir estas tres tardes con el caracter de un rígido censor á perturbar vuestra seguridad, á poner estrechos límites á vuestros adornos y galas y á condenar los regocijos de un mundo placentero? ¿Luego hube

de parecer en vuestra presencia, no á esplicaros algun misterio fundamental de nuestra fé, ó para persuadirlos derechamente el amor de alguna virtud cristiana, sino como un melancólico Jeremías, ó como un Isaias poseido de la indignacion del Señor á reprehender y censurar vuestras costumbres fulminando amenazas y pronosticando desdichas? ¿Y hubo de ser por último el objeto de mis exhortaciones el mas desapacible para el mundo, y el mas odioso, ó ingrato á los oidos de los mundanos? Mas qué ¿al contemplar yo una ciudad tan favorecida y amada de Dios, singularmente protegida de Maria Santísima, tan célebre por su piedad y religion casi anegada, y para naufragar en los escollos de un mundo tempestuoso imaginando una calma tranquila sus perversos usos, podia yo por temor de no desagradaros callar, y dejarla sumergir inelícitamente? Yo tuve por mejor esponerme á la nota de importuno desengañando vuestro corazón de las ilusiones de un mundo enemigo, que complaceros destruyendo vuestro espíritu en alguno de aquellos artículos santos en que está bien firme vuestra creencia. Es verdad que hasta ahora no he hecho otra cosa que prepararos para la doctrina mas amarga,

y como suele el prudente médico que, al reconocer que el cancer maligno se va apoderando de alguna parte noble, primero corta y destroza al rededor hasta que la necesidad le obliga á llegar á la raíz, ó con la incision ó con el cauterio; así en las tardes antecedentes solo os he preparado para cortar la raíz acancerada de los mundanos usos: raíz corrompida; pero tan cercana al corazón que bien conozco que para arrancarla será preciso heriros en lo mas amable de vuestra vida. Ya advertís que hablo de las amistades tiernas de personas de diverso sexo, que en language del mundo se llaman cortejos. Este uso, tan antiguo casi como el mismo mundo, es como el centro de donde salen y adonde se terminan las líneas de los demas usos profanos. De estas amistades nacen, y á ellas se dirigen la vanidad y adorno inmoderado de los trages; ellas animan y ellas son el blanco adonde tiran los bailes peligrosos. Las otras modas nacen y mueren cada día, esta sin limitarse á tiempo ni á países, como aquellos delinquentes que mudan á cada paso el traje por no ser conocidos, ella siendo siempre la misma para ocultar su malicia se viste de nombres inocentes; pero luego que se ve descubierta y perse-

guida bajo un nombre, busca otro para engañar de nuevo: maligno origen de donde han provenido los nombres de galanteria, sociedad amable, vínculo de la humanidad y cortejo. No es mi ánimo, señores, reprender ahora aquellas inícuas amistades que desde sus principios se concibieron por un deseo desordenado y que se mantienen por una torpe complacencia: hablo de aquellas cuyo fin, cuyos medios, cuyo fomento todo parece el mas inocente; una correspondencia tierna de personas de diverso sexo que se visitan diariamente, que gastan horas enteras en conversar á solas, que hacen lei de no asistir al paseo, al festin y al templo santo sino acompañadas: una correspondencia que se da por ofendida de otra igual, que se esplica con dones y regalos, que demanda un continuo y obsequioso servicio del hombre á la muger; veis ahí lo que el mundo llama cortejo: el fin que se propone no otro que un honesto y dulce trato; la máxima que los conduce de civildad, de honor, de urbanidad los hace vivir seguros y tranquilos ponderando que están muy lejos de todo riesgo. Principios ambos ruinosos y falsos en que hay dos engaños perniciosísimos: el primero sobre el fin que siempre es funesto

el segundo sobre el origen que siempre acarrea deshonor, porque, por mas que el mundo nos alucine con su uso, esos amorosos cortejos son la ruina del alma y de la honra.

No me condenéis de temerario ántes de oírme, ó por mejor decir ántes de oír la doctrina, no de algun padre, oráculo ó maestro de la iglesia, no de algun sabio doctor del moral y las costumbres, no de algun predicador zeloso; sino del mismo Dios suma verdad que se dignó ser el autor de unas leyes llenas de dulzura y las mas conformes á la razon, cuyos preceptos y consejos no trastornan ni destruyen, sino que reglan y perfeccionan el trato civil y la humana sociedad. Dios en cuyos testimonios no hay exageracion ni estudiadas ponderaciones contra la verdad, este Dios solícito en enseñar los riesgos para que los evitemos, parece que no hallaba en los libros santos palabras sobradamente espresivas para descubrir el peligro de estas amistades. Tan difícil es dice al cap. 6 de los Proverbios andar sobre brasas encendidas y no quemarse, como tocar aun por juego la ágena muger y no mancharse: *Nunquid potes homo ambulare super prunas ut non comburantur plantæ ejus, sic qui ingreditur ad mu-*

liorem proximi sui non erit mundus cum tetigerit eam. ¿Mas qué es tocarla? no te sientes, se dice al cap. 9 del Eclesiástico, al lado de la muger: *cum muliere aliena non sedes omnino.* Aun es poco: huye la calle donde mora para no pisar ni aun los umbrales de su casa: *longe fac ab ea viam tuam et ne appropinques foribus domus ejus.* Ni es esto todo: no la mires al rostro por no escandalizarte: *virginem ne conspicias ne scandalizeris.* ¿Qué es al rostro? ni al rededor de ella: *ne circumspicias speciem alienam.*

Con estos estrechísimos consejos, que tienen por objeto la posible separacion aun de cosas indiferentes, quiso Dios hacernos conocer los riesgos de una passion tan formidable, que aun para evitarla no hay reparo que sobre y apenas hay precaucion que baste. Passion que no respeta ni á estados ni á calidades y rompe aun los mas estrechos vínculos de la sangre: tan sutil que para introducirse la basta una sola mirada y aun una imaginacion pasagera: tan atrevida que ha sabido asaltar los mas estrechos claustros y las horribosas grutas de la Tebaida y de la Nitria: tan ardiente que ni la nieve de las canas, ni la sangre derramada al rigor de las crueles penitencias, ni las copiosas lá-

gimas de la mortificacion han apagado del todo su nocivo fuego. Apenas hay defensa, nos dice Dios, sino la fuga: no toques, no te acerques ni aun mires la muger extraña para no escandalizarte: *cum muliere aliena ne sedcas, ne apropiquet foribus domus eius: virginem ne aspicias.* Cotejad ahora, señores, las palabras de un Dios sabio, que en todo amenaza riesgos, con la falsa seguridad de un mundo corrompido, y decidme ¿quién se engaña? Dios dice, no toques ni aun por juego á una muger; y aquel joven se cree seguro tomando libremente la mano, estrechandola, largo rato y pasando á juegos peligrosos, y dice en esto no hay pecado. Dios aconseja: no te acerques si fuere posible á los umbrales de su puerta, y un hombre que gasta las horas enteras solo, á solo con una muger en lo mas retirado de un gabinete, que la acompaña dias y noches, que esta á su lado en la casa, en el campo, en la iglesia se imagina seguro y dice en esto no hay pecado. Dios clama: no mires ni al rededor de la doncella; y el padre y la madre de esta viven descuidados permitiéndole con pretexto de casamiento ó por otro ruin interes que el mancebo la vea á solas, le hable y le regale y la saque de

la mano por las noches y publican que en esto no hay riesgo de pecado. ¿Quién se engaña, vuelvo á preguntar? Dios que os intima vuestro peligro aun en cosas indiferentes ó el mundo que os lisongea con vanas confianzas? Verdad es, me direis, que Dios no puede engañarnos; pero como mi fin es inocente y las intenciones santifican las obras, yo he esperimentado que despues de algunos años que sigo esta correspondencia vivo tranquilo y sin inquietud sin haberme deslizado á la accion menos cristiana ni haber padecido ruina en el alma. Sea así, católicos, ¿pero no sabeis que esa misma tranquilidad en que habeis vivido, esa serenidad de conciencia, ese largo tiempo en que os habeis mantenido sin culpa es un pronóstico casi cierto de que está cercana vuestra perdicion? ¿Habeis visto algunos hermosos dias de otoño en los que la alegría de la mañana, el campo florido y ameno, la region despejada de gruesos vapores, el cielo limpio, claro y sin la menor señal de tempestad prometen un tiempo tranquilo y sereno; pero á la tarde repentinamente se cubre el cielo de negras y espesas nubes, asusta con truenos y relámpagos, y arrojando rayos ácia todas partes parece que va á causarnos

nuestra última ruina? ¿Y de dónde tan tempestuosa furia? Aquel campo ameno y risueño estaba desde la mañana despidiendo sutiles vapores imperceptibles á nuestra vista que uniéndose poco á poco en la region formaron repentinamente esa negra tempestad. Tranquila está, señores, serena y libre de toda impresion maligna vuestra correspondencia; pero esas diarias visitas, esos afectos tiernos, esas dulces palabras de amor, esos mutuos obsequios y regalos son sutiles vapores que van subiendo sin sentirlo vosotros al corazón y cuando esteis mas descuidados se cubrirá vuestro entendimiento de gruesas nubes, de feas representaciones, oireis los truenos de un amor impuro y el rayo de una pasión, que casi no podreis resistir, arruinará vuestra virtud y vuestra alma: os precipitareis ciertamente: si hasta ahora no habeis caído, caireis dentro de pocos dias: aunque despues de muchos años hayais vivido sin malicia, desengañados porque es tan cierta vuestra perdición, dice el Padre San Bernardo, que mas facilmente resucitareis un muerto que el que mantengais esa familiaridad sin pecado: *cum femina semper esse et feminam non cognoscere non ne plus est quam mortum suscitare?*

Pero ¿para qué es cansarse en buscar razones que os persuadan las desdichas que os amenazan en lo venidero, como sino fuera al presente vuestra suerte la mas lastimosa? ¡Ay! que el estado de vuestra alma por mas que es lisongeeis de que en vuestras acciones no hay malicia, de que vuestras conversaciones no exceden de lo justo, de que vuestro exterior todo está tranquilo y sereno y vuestro estado, vuelvo á decir, es el mas infeliz. En las fiebres malignas, dice el principe de la medicina Hipócrates, si el cuerpo en lo exterior está frio, é interiormente encendido y abrasado con una sed ardiente, no hay que buscar otra señal, porque ya hay pronósticos ciertos de muerte: *si exteriora frigent, interiora calent cum sint lethale*. No se ve por defuera en la dolencia de vuestro amor vicio ó acción indecente que sea culpa mortal; pero al mismo tiempo está fria vuestra piedad, helada vuestra devoción en las exteriores demostraciones de cristiano, se reciben los sacramentos muy de tarde en tarde, se practican solo por ceremonia las obras de piedad, si se asiste al templo, divirtiéndose la vista ácia todas partes conversando libremente, se busca la postura mas cómoda y menos humilde, se elige aquel lugar

para donde está citado el cortejo, se murmura, se rie, y no se da la mas ligera señal de religion; todo rezo es gravoso, toda mortificacion se os hace imposible, toda austeridad impracticable, y entre tanto el interior arde y se abrasa unas veces con el amor, otras con el celo y siempre agitado con una sed insaciable de ver el objeto que se ama; no hay quietud si se ausenta por algunos dias, todo es desasosiego si os deja de ver algunas semanas, sino le veis os consumis en ansias de verle buscando industrias y arbitrios para lograr su vista. Si estais con él no se sacia vuestro deseo, y sin que jamas se aplaque esta sed, aunque hablais con él todo el dia, aunque os acompaña dentro y fuera de casa, aunque os hace los mayores obsequios deseais otra cosa, y no sabeis lo que deseais. Exterior tan frio á todo lo que es Dios, virtud y mortificacion cristiana; interior tan encendido y agitado de varios afectos, sed tan ardiente de amorosas correspondencias; no hay que esperar remedio todas son señales funestas y mortales; no parará esa sed rabiosa hasta hacer os beber la agua de la iniquidad; pero ni aun con la muerte de vuestra alma estará satisfecha: *si exteriora frigent, interiora calent cum siti lethale*. Fiebre

tanto mas peligrosa que, como no manifiesta ácia fuera sus daños, os creéis sanos, y os negais al único remedio de una dolorosa separacion; y tanto mas nociva que pasando de unos á otros inficiona su contagio las familias, viendo los padres y madres lastimosamente heridas á sus hijas de este veneno sin procurarles el remedio.

No es mi intento, señores, dar ahora á conocer á los padres de familia cuan culpables son en permitir á sus hijas estas tiernas correspondencias, y hacerles ver que ni los engañosos pretestos de casamiento, de urbanidad, de antigua alianza de las casas; que ni la bondad de la hija ni la honradez del joven justifican esa estrecha familiaridad, esas visitas á solas, esa continua compañía y esos excesivos obsequios. A quien no escarmentan las continuas quejas de tantos padres y madres que lloran á sus hijas deshonradas, burladas y escarnecidas de aquellos que les parecian tan honrados; á quien no persuaden estos egemplares, no podrán persuadir las mas eficaces razones. Lo que me duele y me lastima sobremanera: lo que no hallo palabras con que explicar debidamente es la ciega locura de aquellas madres que, como si pretendieran instruir á sus hijas en la malicia, las hacen

aprender desde pequeñas lo que quizá será despues su mayor ruina. Aquel niño, le dicen á su tiernecita hija, es tu cortejo, quíerle, acaríciale que ha de ser tu marido; y cuando despues la inocente niña repite estas palabras, se le celebran, se le aplauden, y se refieren á los circunstantes como gracioso y agudo chiste. ¿Y no es esto, señores, acostumbrar insensiblemente aquel tierno corazon á un afecto que creciendo con ella cobrará tales fuerzas que no le pueda resistir? ¿No es esto hacerle amable el nombre de una pasión de que aun no es capaz, para que despues en la edad adulta le agrade la misma pasión? ¿Y con qué aliento podreis reprehenderle cuando grande los escesos de una correspondencia que, en cuanto era capaz, vosotras mismas le enseñasteis en sus primeros años? ¿Y cómo por último tendrá horror á la realidad del cortejo la que aprendió á pronunciar su nombre, aplaudiéndolo todos, con palabras aun balbucientes? Llorareis cuando no tenga remedio las tristes consecuencias de lo que ahora aplaudis por donaire, y recaerán sobre vuestras cabezas los escándalos de vuestras hijas.

Yo, señores, no me admiro al ver que las niñas se crían y crecen oyendo y

mirando sin horror el nombre y las ternuras de un cortejo; no me admiro que cuando grandes no solo no reflexen en la ruina del alma, pero ni adviertan cuanto manchan la honra con estas correspondencias de que se ha hecho en el mundo un punto de gloria y de honor. Este es en efecto el principio sobre que estriban en el mundo las tiernas amistades, y él es el lazo que arrastra á tantas personas de juiciosa y honrada conducta para admitirlas sin escrúpulo. Porque (es preciso, señores, hacer esta justicia al honor, y á la sencilla intencion de muchas que se dejan llevar de la impetuosa corriente del cortejo) sería temeridad y aun perverso atrevimiento de un corazon maligno juzgar que siempre es un espíritu torpe y corrupto el que anima estos galantes obsequios. No: muchas veces no son ellos, especialmente por parte de las mugeres, victimas que se consagran al amor, sino efectos de una ambición mal entendida. Yo, despues de reflexarlo seriamente conmigo mismo, he creído que aquel deseo casi natural en las mugeres de ser aplaudidas y festejadas, el demasiado apetito de ser y parecer hermosas que halla tanto fomento en el rendimiento y obsequio, es el que las ciega para abrazar estos locos

amores. Se imaginan que la veneración, que el diario servicio, que el rendido porte del cortejante las engrandece, las hace visibles, y las grangea la estimación, y alabanza de los demas. Pero aun quando el mundo no os engañara con los falsos aplausos que os promete, no conseguiriais mas que mentidas adulaciones y viles lisonjas que apenas nacen en los labios quando van á espirar en el corazon de quien las pronuncia. Mas ni aun esto conseguis; porque oid este amargo, pero útil desengaño, lo mismo que os parece que contribuye al aplauso de vuestro nombre es el instrumento de vuestra deshonra y desdoro. Os cortejan, os lisongean, os sirven; mas quando parecis un ídolo á quien se tributan los mas humildes rendimientos, sois el blanco contra quien se dirigen las censuras de todos. Los buenos, á quienes la piedad sirve de freno para no explicarse, en el secreto tribunal de su corazon condenan vuestra conducta de irregular y de poco cuerda; los malos atrevidos y temerarios piensan y hablan desenfrenadamente, fingiendo en vuestro porte manchas y deslices de que un está muy lejano. ¿Y cuántas veces quizá los mismos que os han cortejado se jactan y glorian de un triunfo que envilece vuestro

nombre y reputacion? Seais inocentes, la intencion sea sana, nada haya reprehensible en la correspondencia; pero que importa, ¿si los buenos la notan, los malos la censuran, el mundo la murmura, y hasta en los teatros viene á ser la materia mas comun de las sátiras picantes, y de los sainetes festivos? ¿Qué ceguedad es esta y que locura abandonar el honor, la reputacion, el sólido aprecio por un imaginado fantasma de aplauso, y por seguir la corriente de los usos del mundo verse ofendida y deshonrada de los mismos mundanos?

Punto es este que demandaba las mas serias y dilatadas reflexiones; pero la cordedad del tiempo no sufre mas demora, ni yo puedo reprimir no se que triste desengaño que allá en lo interior del alma me dicta que ha sido vano é inutil el empeño que he tomado estas tres tardes. Si, señores, yo lo confieso: es el mundo enemigo muy formidable; está tan establecido el imperio de sus usos que se hace mas insolente cuanto mas se combate: triunfará á pesar de las cristianas exhortaciones el inmodesto adorno, y vereis en estos dias sagrados que se consagran á la penitencia y compuncion, vereis en las calles y en los templos mas

profana la gala, mas provocativa la inmodestia de los trages: reinará igualmente liviana y desenvuelta la alegría en los torpes y escandalosos bailes: se mantendrán cada dia mas vivas las amorosas correspondencias. Por mas que se clame, por mas que se amenace el mundo será siempre el mismo: y en el mundo, dice Jesucristo, es necesario que domine el escándalo: *neesse est ut veniant scandala*; pero esta triste necesidad no libró al mundo ni librará á esta ciudad y sus habitantes de los funestos males con que Jesucristo les amaga con aquellos lastimosos ayes. ¡Ay del mundo, hay de Médico por sus usos y escándalos! El orgullo, el deseo de lucir, la sensual profanidad son una raiz forzosa del uso inmodesto de los trages y los adornos ¡ay de aquellos que introducen modas lascivas y las usan: *ve illi per quem scandalum venit!* El amor á los placeres, la mezcla de mugeres y hombres, las festivas concurrencias son un origen de bailes deshonestos, de peligrosas danzas: *ve illi per quem scandalum venit*. La viva pasión de amor, los titulos mal entendidos de amable sociedad, de servicios debidos al sexo mas debil acarrearán necesariamente amorosos cortejos; pero hay de aquellos que vi-

ven tan seguros en estas correspondencias: *ve illi &c.* Amenazas tan terribles vinculadas á estos usos escandalosos no tienen otro recurso para apartarlas de nosotros que el ejemplo y la moderacion de las personas distinguidas.

Vosotros, señores y vosotras señoras, á quienes la Providencia quiso distinguir entre los demas por la sangre, el caudal ó el empleo, sois los únicos de quienes se puede esperar el remedio de un desorden que ya parece irremediable. Vuestras costumbres forman las del público; la plebe no tiene otra ley que vuestra conducta, y vuestros usos cristianos solo serán capaces de hacer frente á los del mundo tentador. Luego que vosotros adoptais un uso se hace respetable, y las mismas circunstancias que os hacen visibles en la república, os presentan tambien como objetos de imitacion. Animaos pues de un celo santo, y aspirad á la gloria de ser, sin temer la censura, la murmuracion, ó la sátira de los mundanos, los mas elocuentes predicadores contra el mundo. Desterrad, señoras, lejos de vosotras esos indecentes mantos, esos altos vestidos, cubrid modestamente el pecho y las espaldas, y se tendrá por vileza la inmodestia: escusad los bailes peligrosos de enla-

ce, huid de asistir á los bailes provocativos, reprehended á quien os convida á ellos, y vereis como en breve se tienen ya por viles, é indignos en vuestros festines: no se conozcan en vuestras casas las tiernas demostraciones de cortejos, no oigan vuestras hijas ni aun su nombre, y se hará esta correspondencia reprehensible y vergonzosa. A esto os obliga la religion que profesais, el distinguido lustre que teneis, y la gloria de que sois tan celosos. Oh! y cómo pasará vuestro nombre con alabanzas inmortales de gente en gente, y de edad en edad! y ¡oh y cómo esto solo haria célebre en el orbe á la capital del nuevo mundo! Publicaria la fama que en Méjico la moda de vestirse es la modestia; que solo es alegre el baile honesto, y que ambos sexos se tratan con un cortes recato y urbanidad; pero evitando los peligros de toda amorosa correspondencia. Esto, vuelvo á decir, os pide la religion, á esto os exhorto en nombre de Jesucristo y esto os manda Dios para su mayor gloria.

PLÁTICAS DOCTRINALES

SOBRE EL AMOR DE DIOS Y DEL PRÓXIMO.

Plática primera del amor de Dios.

Sabia é ingeniosamente pensaba el primero que llamó al corazon simbolo y geogáfico del amor: lo que el corazon en el cuerpo es, señores, el amor en el alma: tan admirable aquel en la armoniosa corporal fábrica, como maravilloso este en la invisible disposicion del espíritu. Concíbese el hombre, dicen los naturalistas, y comenzando los primeros periodos de su vida por el corazon, los termina en la muerte por el mismo; siendo el corazon lo primero que vive y lo último que muere en nosotros. El es el manantial y origen de nuestra vida, vaso en donde se recibe y desde donde se reparte á todos los miembros del cuerpo la vital sangre que nos anima. El es el resorte y como el movíl que rige los exteriores é interiores movimientos de nuestra máquina. El por último la mas necesaria y por

ce, huid de asistir á los bailes provocativos, reprehended á quien os convida á ellos, y vereis como en breve se tienen ya por viles, é indignos en vuestros festines: no se conozcan en vuestras casas las tiernas demostraciones de cortejos, no oigan vuestras hijas ni aun su nombre, y se hará esta correspondencia reprehensible y vergonzosa. A esto os obliga la religion que profesais, el distinguido lustre que teneis, y la gloria de que sois tan celosos. Oh! y cómo pasará vuestro nombre con alabanzas inmortales de gente en gente, y de edad en edad! y ¡oh y cómo esto solo haria célebre en el orbe á la capital del nuevo mundo! Publicaria la fama que en Méjico la moda de vestirse es la modestia; que solo es alegre el baile honesto, y que ambos sexos se tratan con un cortes recato y urbanidad; pero evitando los peligros de toda amorosa correspondencia. Esto, vuelvo á decir, os pide la religion, á esto os exhorto en nombre de Jesucristo y esto os manda Dios para su mayor gloria.

PLÁTICAS DOCTRINALES

SOBRE EL AMOR DE DIOS Y DEL PRÓXIMO.

Plática primera del amor de Dios.

Sabia é ingeniosamente pensaba el primero que llamó al corazon simbolo y geogáfico del amor: lo que el corazon en el cuerpo es, señores, el amor en el alma: tan admirable aquel en la armoniosa corporal fábrica, como maravilloso este en la invisible disposicion del espíritu. Concíbese el hombre, dicen los naturalistas, y comenzando los primeros periodos de su vida por el corazon, los termina en la muerte por el mismo; siendo el corazon lo primero que vive y lo último que muere en nosotros. El es el manantial y origen de nuestra vida, vaso en donde se recibe y desde donde se reparte á todos los miembros del cuerpo la vital sangre que nos anima. El es el resorte y como el movíl que rige los exteriores é interiores movimientos de nuestra máquina. El por último la mas necesaria y por

ventura la mas maravillosa parte del cuerpo. Y si esto es en la vida corporal el corazon, no es menos singular en la espiritual el amor. Apenas nace el hombre y cuando no puede aun mostrar en el discurso el entendimiento que le adorna, comienza tal vez, valiéndose de las lágrimas por voces, á esplicar aunque groseramente el amor para con la madre que le cria á sus pechos; crece, y desde luego empieza el amor á ejercitar el suave imperio que tiene sobre el alma avasallando asi todos los demas afectos. Como superior movíl de los movimientos del espíritu él los rige, él los gobierna y él los hace servir á su dominio. Quanto el hombre desea, quanto apetece, quanto anhela; ó ya aborrezca, ó ya aprecie, ó ya se entristezca, ó ya se alegre, adonde quiera que dirija sus intenciones allá le arrastra el peso de su corazon, dice el gran padre San Agustin: *amor meus pondus meum est, amore feror quocumque feror.*

Por eso, pues, si es imposible que un cuerpo viva sin corazon, no lo es menos que el alma goce la espiritual vida de sus afectos sin el amor. Muerta está sin duda, carece de la mas dulce vida aquella alma que, adormecida y en un profundo letargo, no

siente los poderosos estímulos con que la bondad la excita al amor. Y si tendriamos por un monstruoso prodigio á un cuerpo que viviera sin corazon; ¿qué diremos de tantas almas vivas al parecer, pero del todo destituidas de amor? Mas he aquí que sin dejarme proseguir oigo ya á alguno que, no pudiéndose contener, me interrumpe con una reflexión. Mal principio, me dice, ha traído V. para su esplicacion: ó no sabe lo que es mundo, ó pretende engañarnos á todos cuando nos dice que hay almas en el mundo que no sepan de amor ¿y qué otra cosa es el mundo sino una universal escuela en donde parece que no se aprende otra facultad que la de amar? Si registramos lo interior de las casas ¿son otra cosa las conversaciones y las visitas que centellas ardientes con que pretenden los juvenes encender los fuegos del amor en los corazones de las doncellas aun mas honestas? ¿se ve otra cosa en los paseos; en los teatros, en las diversiones públicas sino incentivos al amor? ¿qué otra cosa mas se oye en esas calles que canciones fomentos de amor? Y lo que es mas ¿aun en los mismos templos no se advierten las risas, las conversaciones buscando aun en el lugar mas sagrado ocasiones, que

tal vez no se logran tan oportunas en otra parte, ó para grangearse ó para conservar el amor? Luego, si esto es así, se engaña quien piensa que hay almas en el mundo que no viven porque no aman. Ojalá pudiera yo desmentir á quien así mudamente me interrumpe y convencer su reflexión de falsa; pero no os engaños: ese furor, esa pasión, ese delito, ese vano entretenimiento que al fin, al fin conduce al alma á su infernal ruina, ese que llamais amor que en la realidad no es otra cosa que una pasión delinciente, una esclavitud al demonio, un lazo de que se ha valido el infierno para perder con unas apariencias inocentes á muchas almas, no es el amor de que he de trataros en estas tardes; hablo solo de aquel amor que solo merece llamarse tal, suavísimo peso que arrastra el alma á Dios; bienaventuranza anticipada, estrecho lazo que une á la criatura con el Criador, don soberano, fomento y compañero de la gracia.

De la gracia, si os acordais, os hablé el año antecedente haciéndoos conocer su soberanía y excelencia que exalta al alma á un ser y grado divino. Y si es en los hijos como natural condición la inclinación de amar á los padres, y un dulce afecto con que la naturaleza los impele á amarlos

es tambien en los hijos de Dios por la gracia soberano don que la acompaña el del amor de Dios, ó la caridad. Dos géneros de caridad, dice el doctor angelico Santo Tomas, y con él los doctores todos, se pueden distinguir en la alma. La una, que llaman infusa ó habitual, no es otra cosa que una sobrenatural inclinación, un don que infunde Dios en la alma del justo, que la inclina, la alienta y le da fuerzas para amar al sumo bien, á lo que por sí solo jamas alcanzaria el hombre. Esta es aquella preciosísima joya, que como inseparable compañera de la gracia se infunde juntamente con ella, ya en el bautismo, ya despues de perdida la gracia por el pecado cuando se recupera por la penitencia. El otro género de caridad no es otra cosa que el mismo ejercicio de amar, ó aquel actual amor con que se ejercita la voluntad en el aprecio de la suma é infinita bondad de nuestro Dios; esta segunda, pues, es de la que singularmente habla el catecismo cuando pregunta ¿qué cosa es caridad? y responde, es amar á Dios sobre todas las cosas, y al próximo como á nosotros mismos. Soberano ejercicio, dice alguno al oír solo la breve esplicación del catecismo; pero este amor de Dios, suma de las perfecciones,

se quedó allí para las almas de encumbra-
da virtud, para los religiosos austeros, pa-
ra las monjas recogidas, para aquellos fi-
nalmente que gastan lo mas del dia en ce-
lestial contemplacion; pero á una des-
dichada muger cargada de familia, de hi-
jos y de miserias; á un hombre continua-
mente afanado en los comercios, en los
negocios, en el manejo del caudal para
sustentar sus obligaciones: ¿qué tiempo,
qué lugar, qué proporcion le queda para
una tan perfecta virtud? A no saber, se-
ñores, que este es un error comunísimo á
muchas personas, creeria que el que así
piensa, ó no tiene entendimiento ó care-
ce de fé. Porque ¿quién sino un pagano
podria dudar que el amor de Dios obliga
sin distincion á todos quando el mismo
Dios, no contento con haber inspirado á
nuestros primeros padres en la ley natural
esta obligacion, quiso en la escrita poner
á la frente de sus mandamientos, como el
primero y principal de todos este, amarás
á Dios? ¿Quién sino engañado con la ig-
norancia mas torpe podria dudar que á to-
dos obliga este amor, quando el mismo
Jesucristo nos asegura que éste es el má-
ximo de sus mandamientos y quando
nos enseña que el principal motivo de
haber venido á la tierra á conversar con

los hombres fué por enseñarles á amar y
para encenderles en sus corazones este
fuego divino de la caridad: *Ignem veni
mittere in terram et quid volo nisi ut ac-
cendantur?* Pero aun quando el Señor no hubiera
querido tan espresamente enseñarnos este
mandamiento ¿no tenemos, señores, en
nuestro corazón impresa la ley de este
amor en aquel peso, en aquella inclina-
cion que aun en medio de una vida la
mas desarreglada nos arrastra á amar á
Dios? ¿Qué inquietudes, qué sobresaltos,
qué amargura no se derraman en el fon-
do de nuestro espíritu mientras no colo-
camos en Dios el corazón? Por mas que
como hidrópicos queramos apagar la sed
de nuestra alma con el agua de los plae-
res, de las riquezas, de los honores,
siempre mas y mas sedientos corremos
inquietos á buscar en otra parte el sosie-
go. Gime el poderoso, suspira el entre-
gado á los placeres, se lamenta el ambi-
cioso de que ni en las riquezas, ni en los
placeres, ni en los honores han encontra-
do el reposo que buscaban: ¿Qué es esto?
Que ha de ser, dice el gran padre San
Agustín, el Dios el centro de nuestro co-
razon, y como la piedra no descansa has-
ta que baja á la tierra, como el hierro á
Tom. III. AA

vista del imán no sosiega hasta abrazarse con él, como la aguja está en un inquieto movimiento hasta mirar al norte; así el corazón del hombre se despedaza inquieto hasta no colocar su amor en Dios. Si, que tiene nuestro corazón un vacío tan inmenso que jamás se podrá llenar. Desafad con seguridad á cuantos en el mundo ó se llaman felices, ó se precian de gozar una vida quieta y descansada. Y desde los reales palacios hasta las chozas mas despreciables no encontrareis sino inquietud y anhelo. La posesion de aquellos bienes por los que á costa de infinito trabajo hemos desentrañadosnos, en llegando á conseguirse es tan amarga en su goce como era dulce en la esperanza. Yo tendré sosiego, dice el comerciante, si llevo á establecer aquel comercio, á concluir felmente aquellas cuentas; llególo á conseguir, y ¿qué ha logrado? nuevo anhelo é inquietud nueva. Que descanso he de tener, dice el literato, si llevo á conseguir aquel puesto; lo consiguió, y ¿qué experimenta? vacío aun todavía el corazón con gusto aspirando por mas. Que quietud será la mia, dice la otra doncella, si en tu santo matrimonio logro en un buen marido el remedio de la necesidad que me allige ase-

gurando el preciso sustento; lo consiguió, ¿y qué ha hallado? nuevos cuidados, nuevas fatigas é inquietudes sin término. Igualmente se queja un Alejandro, en el colmo de la felicidad y la grandeza, llorando tan solamente por no tener un Homero que celebre sus glorias; como se lamenta un triste mendigo de no hallar un pan con que alimentarse: y no menos se quejaba el mas sabio de los reyes Salomon, despues de haber corrido libremente por el campo de los mas deliciosos placeres, de no haber encontrado en ellos sino amargura y espinas que le punzaban hasta el fondo del alma; que lo que suspira un pobre oficial de verse precisado á comer un pan amasado con el sudor de su rostro. Desmentidme, señores, si no es así, y si ello es así, como lo experimenta en si mismo cada uno de nosotros, como en los demas los otros y los vemos todos los dias, y lo que es mas, como el mismo Dios nos lo asegura, debeis concluir que esto no depende sino de aquella fuerte inclinacion que tiene el corazón al sumo bien, de aquel inmenso peso que nos está poderosamente arrastrando ácia Dios para colocar en él solo nuestro amor.

¡O amor dulce, amor suave, amor

tranquilo en quien solo se encuentra el sosiego, el reposo! ¡O amor que en medio de las enfermedades, de la pobreza, de la deshonra y de los mas rigorosos tormentos has sabido mantener llenos de dulzura y de consuelo los corazones de tantos varones justos y de tantas santas mugeres! Bien está, dice alguno, para mí que soy cristiano católico y que sé muy bien los mandamientos no era necesario tanto para persuadirme á que estoy obligado á amar á Dios con un amor de verdadero aprecio. Se tambien, porque lo he oido predicar muchas veces, que segun el testimonio del Apostol San Pablo aunque yo tuviera una fé la mas viva tanto que secara los mares, que trastornara los montes, que resucitara los muertos, que aunque mi esperanza fuera la mas firme, mi liberalidad tan benéfica que sustentara los hospitales todos; que por ultimo aunque fuera un modelo de todas las virtudes si me faltaba la caridad y el amor, nada era á los ojos de Dios. Todo esto bien lo sé, pero como es tanta mi tibieza y fragilidad que no puedo estarme ejercitando todo el dia en actos de amor de Dios, querria saber en que tiempo me obliga este precepto á tener este amor. ¡Oh qué punto este, señores, tan impor-

tante y en que vemos tan poco cuidado cuando hay algunos á quienes se les han pasado los 20, los 30 y quiza los 70 años sin haber advertido esta obligacion. Pero porque en una materia de tanta gravedad en que va la eterna salvacion es conveniente separar lo cierto de lo dudoso: escuchad lo que en este particular ha declarado la iglesia santa.

Bien podria yo traeros el parecer de muy sabios y santos doctores que afirman, que todo racional luego que raya en su entendimiento la luz de la razon: luego que libre de las sombras de la niñez comienza, como en un claro dia, á conocer la mano poderosa de su hacedor, la amabilidad infinita de su Dios está obligado á amarle, tanto que peca gravemente si advirtiendo esta obligacion no cumple con ella. Y á la verdad, si es acreedor el labrador que con el sudor de su rostro, el trabajo de sus manos, y á espensas de su caudal ha sembrado, regado y cultivado su campo á coger los primeros frutos de él ¿por qué el Señor que como oficioso labrador nos dió un ser racional, nos lo conserva con el sudor de su sangre rego la esteril tierra de nuestros corazones: porque digo, ¿á este Señor no se le han de dar los primeros frutos de nuestra alma,

las primicias de nuestro corazon en un amor de aprecio y estimacion? Pero por que esta obligacion les ha parecido á otros doctores no menos graves demasado dura, y no haber hasta ahora nuestra madre la iglesia advertidonos semejante ley, pasemos á lo que no tiene duda: Estamos, pues, indispensablemente obligados á hacer actos de amor de Dios siempre que nos viéremos en peligro de perder el alma sino tenemos otro medio de libertarla: qual sea la desdichada suerte del que estando en culpa mortal le sobreviniera la muerte sin tener confesor. Este estaba obligado á hacer entonces un acto de fina contricion y de verdadero amor de Dios. Esta es, señores, cierta obligacion y este el recurso último de aquellos insensatos pecadores á quienes cuando se les representa la incertidumbre de la muerte, la contingencia de no tener proporcion en aquella hora de confesarse responden muy satisfechos: haré un acto de contricion, haré un acto de amor de Dios. Singular maravilla: si á semejantes hombres se les persuade en vida que amen á Dios, al punto las dificultades, al punto las excusas, que este es un amor muy difícil, que pide mucho sosiego, que es menester retiro. ¿Y estos mismos sin

haberse jamas egercitado en semejantes actos confiar que en la hora de mayor riesgo, entre mortales congojas, entre los temores de una cercana eternidad harán un acto de amor de Dios? Pensadlo allá vosotros que yo paso adelante. Estamos tambien obligados á hacer actos de amor de Dios, siempre que nos vemos combatidos de alguna grave tentacion, que de otro modo no venceremos sino amando al bien sumo. ¿Y solo en estas ocasiones hay semejante obligacion? No; que á mas de ellas estamos obligados á amar: ni basta solo amar una sola vez en la vida ni dilatarlo tanto que se pasen cinco años sin hacerlo. Y bien: ¿pues cada quando? Esto es lo que ni yo, ni otro alguno os sabrá determinar ciertamente. Si lo dilatais mas de cinco años gravemente pecais: si en ese espacio de tiempo lo haceis muy de tarde en tarde, os esponéis á un grave riesgo de pecar. No resta, pues, otra cosa que egercitarlo con la mayor frecuencia. Y ¿qué os parece de esta obligacion á vosotros principalmente, señores padres y madres de familia? ¿Cuantos de los que me oyen jamas han advertido este precepto, y cuantos (creeré que son los mas) no han tenido el cuidado de instruir en este punto á sus hijos? Tanto

cuidado en enseñar á la doncellita el modo de manejar con aire el abanico, tanto cuidado en que se prendan á la moda; tanto celebrarles aquellos dichos agudos, tanto anhelar en que el jovencito haga una cortesía con donaire, que mida los pasos, que se maneje con sal en las conversaciones; y tan poco desvelo en enseñarles una cosa, de cuya ignorancia depende muchas veces su eterna condenación ¡oh que desde luego, dice el gran padre San Bernardo, no sois sus padres; sino sus homicidas: *non estis parentes; sed perentores.* ¿Qué menos podía pedirnos el Señor á quien todo se debe que de cuando en cuando levantemos ácia el el corazón amándole, cuando podía pedir justamente que no se nos pasara momento alguno sin amarle? ¿Y qué mucho haríamos en amar sin cesar á un Señor, centro hermoso de nuestros corazones, descanso cumplido de nuestras almas, á un Dios que desde la eternidad hasta ahora nos ha estado amando en una caridad perpetua? ¿A un Dios que por amarnos nos dió el ser y la vida y aun se nos dió á si mismo? ¿A un Dios que nos paga un amor íntero é imperfecto con amor infinito? ¡Oh corazones verdaderamente ruines y apoçados! Hay amor para los ami-

gos, le hay para los parientes, le hay para los bienhechores, le hay aun para los que pretenden nuestra perdición, y no hay una centellita de amor para el hermoso, el amable, el conjunto de toda hermosura y amabilidad. ¿Y cómo puede ser, gritaba absorto el inflamado espíritu de un Felipe Neri, que quien cree en Dios y le conoce pueda amar otra cosa que á Dios? ¡Oh! Señor, solia quejarse entre suspiros amorosos, si eres tan amable, y además de eso nos mandas que te amemos, ¿para que nos diste un solo corazón y ese tan pequeño? Ya no me admira que buscando por donde respirar este fuego que ardia en el corazón de Felipe impetuosamente le reventara una de las costillas como que era pequeño el buque de su pecho para abarcarlo. Ya no me espanta que un Luis Gonzaga necesitara que en el mas rigoroso invierno le aplicaran paños mojados en agua helada para moderar el incendio de amor divino que le abrasaba las entrañas; que un Xavier sin poder así sufrir el suave deliquio que causaba en su espíritu el amor, clamara: basta, Señor, basta. Solo me espanta la mezquindad de nuestros corazones á quienes ni el amor infinito de Dios, ni sus incomprendibles beneficios, ni su vida

y su muerte, ni su sangre derramada hasta la última gota para nuestro remedio han bastado á ablandarnos. Pues volved, os diré con el profeta, volved prevaricadores al corazón: *redite prevaricatores ad cor*: oíd los golpes con que incesantemente os llama y os convida el Señor á amarle. Examinad dentro de vosotros mismos esa inquietud perpetua con que hasta ahora no habeis hallado el menor reposo en los bienes percederos de la tierra, señal la mas clara de que solo en el amor de Dios hermosísimo y amabilísimo se encuentra el sosiego, el descanso y la gloria.

Plática segunda del amor del prógimo.

Entre los infinitos males que oprimen á los hombres, entre los justos castigos con que suele el Señor de las venganzas descargar sobre el género humano el azote de sus iras, no hay duda que de los mayores es el de la guerra. Ella destruye las ciudades, las provincias, los reinos; ella consume las familias, agota los caudales, y enemiga capital de la vida, no saciándose con la sangre humana que derrama, lleva su furor hasta lo insensible. La peste, la hambre, la pobreza son hi-

jas de su furia, todo lo asola, todo lo consume, al estruendo suyo descaecen los comercios, se adormecen las letras, dominan los vicios y faltando la dulce y suave tranquilidad de la paz todo es inquietudes, todo temores y todo miedo. Por eso sin duda el sabio y santo Rey David cuando se vió obligado á elegir uno de tres males para su egército, ó hambre, ó peste, ó guerra, escogió antes ver morir muchos millares de soldados á una violenta peste, que experimentar en la guerra juntos todos los males. Mas qué ¿pensais, señores, que esta guerra tan temible es solo aquella que al ruido de las armas, al estruendo de los mosquetes se forma entre los soberanos interviniendo de una y otra parte con armados egércitos, las espadas, la pólvora y las balas? Nada menos; sin tanto ruido, pero con mas estrago, lloramos en el mundo los lastimosos efectos de guerras domésticas, que sin otro campo que una casa particular, sin mas armas que la lengua, de una á otra persona, de una familia á otra se da la mas cruel y cruda batería. Ya conocéis que hablo de las particulares enemistades, del odio del prógimo, muerte de la caridad. Casi, señores, cuantos males se lloran, y aun no se lloran bastan-

temente en el mundo, dependen de este infeliz principio de la falta de caridad. Llegaremos á penetrar los interiores de una casa y en ella veremos, como sangrientos leones, que el padre sin perdonar al hijo, el marido á la muger, el amo al criado se despedazan y consumen en mortal odio. ¿Cuántos en esas calles se saludan amigablemente, y bajo una fingida risa ocultan el veneno de un mortal odio? ¿Cuántos se abrazan hermanablemente mientras el uno al otro se están trazando el modo de perderse? ¿Cuántos sin usar de las espadas son enemigos en los palacios, en las escuelas? ¿cuántos en las oficinas? ¿cuántos enemigos en las visitas y cuantas enemigas aun en los estrados? Y de aquí ¡oh qué males, qué pecados y qué condenaciones!

Esta guerra, pues, la mas temible, la mas peligrosa; esta guerra, causa de la perdicion del género humano en lo temporal y mucho mas de las almas en lo espiritual, es la que vino á desarraigar del todo aquel Dios de la caridad en cuyo nacimiento anunciaron los ángeles á los hombres la paz: *et in terra pax hominibus*. Para eso queriendo el Señor que la paz se firmara con su misma sangre, que se concluyera con la muerte del mismo

que mediaba: oíd el principal artículo sobre que quiso estribara esta paz: amad á vuestro prógimo como á vosotros mismos. Hemos ya visto como primer fruto de la caridad el amor de Dios sobre todas las cosas, síguese ahora el otro, no menos soberano, el amor de nuestros prógimos. Esta es la celestial doctrina que casi á cada página nos enseña Jesucristo en su evangelio; esta la que con sus obras desde un miserable portal naciendo hasta una ufrentosa cruz en que muero mostró con las obras; este el principal fin de su venida; este en una palabra el colmo de la perfeccion, el lleno de la ley, el vínculo de la gracia: *plenitudo legis es dilectio*. Ahora bien, si es tanta, tan rigurosa la obligacion de amar á nuestros prógimos, ¿quienes son los que se entienden por nombre de prógimos, y á que amor nos obliga este precepto? Por el nombre de prógimos, dice el Apostol San Pablo, desde que Jesucristo vino á derramar su sangre sin distincion ni reserva por los hombres, todos se entienden, no solo los parientes, los amigos, los paisanos, sino sin diferencia alguna los hombres todos. La caridad que no mira lo que las personas son en sí, sino á Jesucristo universal Padre, no distingue de calidades, no antepone paren-

tesos, no reconoce caudales, no aprecia paisanages: *non est Gentilis et Judæus sed omnia et in omnibus Christus.* Es miserable aquel desdichado esclavo á quien su desdicha le ha reducido á tal miseria: es el otro un triste mendigo cuyos sucios andrajos no pueden verse sin horror: es aquel ó lascivo, ó maldiciente, ó necio; es de tan malas costumbres que ha llegado á ser el escándalo de la ciudad: no importa, en todos hemos de mirar á Jesucristo amándonoslos á todos como á nosotros mismos. Oh caridad divina donde te has retirado! Gime aquel miserable esclavo que tratado de su amo con improperios, con desprecios, con gritos y aun con golpes no sabe hasta ahora lo que es una mirada amable: llega el necesitado á nuestras puertas, y despedido con amargura sin llevar el consuelo de un socorro, lleva demas de su pobreza otro nuevo desprecio que llorar: y entretanto el otro por paisano se atiende, y se prefiere aun mas de lo justo; aquel por compañero de la maldad se ama sobre el exceso, la otra por una hermosa villa y de polvo disfruta el caudal. No, no: *non enim est distinctio Judæi et Græci.* Errais, errais que la caridad no distingue de personas: todos para quien ama segun Dios son igual-

mente amables en Jesucristo: *sed omnia et in omnibus Christus.* Y si todos se deben así amar ¿qué calidad de amor se nos manda? Nos dice Jesucristo, debéis amarlos aunque sean vuestros enemigos con un amor de verdadero aprecio, debéis siempre que se proporcione hacerles bien, debéis rogar por ellos, aun si lo pudiera la necesidad de su alma dar por ellos la vida. *Diligite inimicos vestros.* Este es aquel soberano precepto que entre todos se debe llamar el precepto de Jesucristo, este es el caracter del cristianismo, este el que con tanta gloria á imitacion del Redentor del mundo practicaron entre los tormentos de las parrillas, de las catastas, de las espadas tantos gloriosos mártires pidiendo, rogando con amor por sus mismos verdugos. Porque ¿qué hacéis, exclama Jesucristo, si saludais, si amais á vuestros paisanos, á vuestros amigos y allegados? ¿No hacen lo mismo los paganos, los gentiles sin la luz de la fe y sin conocimiento de la ley de Jesucristo?

Lo que Jesucristo os ha mandado es que sin distincion alguna ameis á todos, que si os ofenden les hagais bien, que si os hacen daño roguéis por ellos. Todo eso hago yo, gracias á Dios, se está diciendo á sí

mismo alguna persona muy satisfecha de su virtud. A mi me han ofendido y agraviado hasta llegar á mi caudal y mi honra: yo á esas personas no las aborrezco, antes bien las aprecio en mi corazón, ruego á Dios por ellos, y les deseo todo bien. Aunque no le hablo la quiero, aunque solemos tener algunas concurrencias y, ó no la saludo, ó la saludo con un género de ceño y amargura, que todos conocen nuestra quiebras: pero interiormente, ni le desco mal alguno ni la aborrezco. Y bien ¿quienes son esas personas que así se manejan? son dos hermanas que ha mucho tiempo no se visitan: son madre ó hija que años ha no se saludan: son dos que siendo antes estrechos amigos andan desavenidos sin hablarse, ni aun hacerse una amigable cortesía. Y ¿qué motivos hay para tan escandalosa mutacion? Es que siguen un pleyto sobre intereses, no han podido avenirse á ajustar unas cuentas: es que casó la hija á disgusto de los padres, y es, lo mas digno de compasión, que doña fulana no le dio parte á la otra de su boda, no le pagó su visita, no la convidó para su cencion. ¿Se creerá esto, señores, entre cristianos, si no se viera? Cosas de que los gentiles mismos se burlan y mofan, son motivo á los ca-

tólicos para quebrantar un precepto tan soberano, para escandalizar á la ciudad para condenar su alma? ¿Y qué remedias, madre insensata, con negarte así á las obligaciones de la misma naturaleza, por que casó la hija á disgusto tuyo? ¿Qué remedias hombre del pleyto que sigues con dejar de saludar al otro, y desdeñarte de ser discípulo de Jesucristo? Yo bien sé que las salutations y cortesias no son necesarias para tener verdadero amor: pero si estas demostraciones faltan en los padres, en los parientes, en los que públicamente eran conocidos por amigos es preciso usar con ellos de todas estas señales comunes, que no se niegan á los demas. Dura ley, dice alguno, sería para eso necesario no tener carne y sangre ¿qué me ofendan, y yo los ame, que cuando me traten con desprecio les hable con alhago? ¿y mi honra, y mi pundonor, que se dirá de mi en el mundo? Me tendran por un hombre cobarde, vil, y de un espíritu apocado. Decis bien, yo os doy los parabienes de que esteis tan revestidos de pundonor tan acomodados á esas máximas que jamás del bello mundo, y entre tanto las leyes de Jesucristo, las máximas del evangelio despreciadas por un vano motivo de honor, por un fantasma

ridículo del que dirán. Sin duda no ignoraba la suma sabiduría del Salvador cuando lleno de autoridad nos manda á todos que amemos sin diferencia á todo próximo, aun los mayores enemigos: no ignoraba, digo, que eramos hombres de carne y sangre sujetos á los violentos transportes de una ira desatreglada, frágiles, y que como debilísima paja nos dejamos jugar y mover por los vientos de nuestras pasiones. Y despues de todo el Señor, cuya ley suavísima no nos obliga á imposibles, pronuncia severísimamente que no será digno de su amor, que no alcanzará perdón quien no ama y perdona á sus enemigos: *si autem non dimiseritis:: nec poterit vester dimittet vobis*. Andaos ahora corazones llenos de rencor, vasos de veneno dorados por fuera con engañosas apariencias, andad buscando disculpas á vuestra fragilidad en que sois hombres compuestos de carne y sangre. Hombre era compuesto de carne y sangre un Pablo, y en algun tiempo, mas sañudo que un leon rugiente, solícito por sacrificar á su ira los cristianos: hombre era de carne y sangre un Esteban: hombre de carne y sangre un Juan Gualberto: hombres de carne y sangre infinitos otros, que arrojando todos esos imaginarios respetos de un ho-

nor mundano, buscando solo la verdadera honra de imitar á Jesucristo supieron perdonar, supieron amar y aun llegarse á postrar humildes á los pies de sus crueles enemigos.

Pero ¿qué ando buscando egemplares y motivos superiores para convencer un amor tan solemne, tan espresamente mandado por el supremo Legislador? Yo pretendo con un nuevo motivo no solo persuadirlos, sino obligaros á un amor que os parece tan difícil y tan repugnante á la inclinacion: y para esto me atrevo á aseguraros, no ya valiéndome de las eternas promesas y bienes que en el cielo se nos prometen, sino atendiendo á nuestro amor y á la comodidad temporal, que este amor universal de todo prógimo es en lo temporal el mas conveniente. No penseis que os he traído alguna paradoja con que pretendo alucinaros; aplicaos seriamente. Los mas de los males que nos oprimen en esta vida tienen su origen de nuestros mismos prógimos. Y comenzando por el primero, que es la deshonra, esta se forja en el pecho del que nos quiere mal sirviendo despues la lengua de sucio pincel que nos denigra: la calumnia, el impropio, instrumentos del deshonor, no tienen otro principio que á nuestros mismos herma-

nos: las muertes, las heridas, los golpes no son otra cosa que desahogos del odio; deshonra este á aquel porque le aborrece, busca uno á otro para quitarle la vida porque le quiere mal. Los engaños, los fraudes, los dolos, aquellas que llamamos zancadillas políticas son males que nos vienen de los prógimos. Pierde uno su caudal porque el otro ó le obligó á pagar una fianza, ó no le satisface lo que le debía, ó se ausentó con una gruesa cantidad: de aquí los embargos, la cárcel, la quiebra y la destruccion de una familia. ¿Que me canso? el adulterio, el hurto, el homicidio, el testimonio falso que no solo en lo espiritual son la muerte del alma sino que en lo temporal acarrean los daños, las miserias que lloramos, todos nacen de nuestros prógimos. Ahora por el contrario suponed que hubiera una ciudad en que los hombres todos sugetándose á este divino precepto se amaran mutuamente unos á otros como á sí mismo: que cada uno mirara al otro como si fuera el mismo, y que por consecuencia forzosa de este amor no le deseaba daño, antes bien le procuraba todo bien. Ya se ve que en esta dichosísima ciudad no se conocerian la deshonra ni el hurto, como que amándose todos como á sí mismo

nadie es tan ignorante que quiera deshonrarse á sí propio ó hurtarse sus propios bienes. Allí no se sabrian ni los nombres del engaño y la trampa; infinita seguridad en los comercios, ningun temor de perder los caudales, estaria desterrada la mentira; ignorado el adulterio, no se experimentaria otra muerte que la que llamamos natural: ociosos serian los tribunales de justicia donde nadie haria daño á otro; donde no podian escitarse pleitos y discordias: todo seria paz, todo tranquilidad, todo regocijo, todo gusto. Y ¿de dónde tanto bien? solo de la caridad porque todos se amaban unos á otros como á sí mismos. Esta ciudad seria un retrato del cielo, una semejanza de la gloria. Y ¿quién habria que no renunciara cuanto hay de mas amable por ir á vivir en aquella ciudad una vida de ángeles? Oh, señores, que esa no es una ciudad imaginada: Méjico, en donde vivimos, puede con solo que queramos ser esa ciudad que os he pintado. En nuestro querer está sin mas costo que el de nuestra voluntad amándonos unos á otros, apreciándonos sinceramente y verdaderamente como á nosotros mismos. Y que decis ahora ¿es la ley de la caridad repugnante á la naturaleza ó antes muy acomodada á su in-

elinacion? ¿Hace violencia á la carne y á la sangre, ó ántes bien hallan en ella la carne y la sangre con los bienes temporales vinculada su comodidad? ¿Es menester como deciais ser unos santos, ó ántes nuestro mismo amor propio para la mayor quietud la debe apetezer? Con razon esclama el Apostol San Juan, que el que no ama á sus hermanos vive muriendo, ó permanece en la muerte: con razon nos asegura que el que aborrece á su prógimo camina entre densas tinieblas ciegos sus ojos á la luz; muerte, tinieblas en su alma y aun muerte del cuerpo cuando lleno de hiel, cubierto de amargura ya se enciende, ya como tempestuoso mar arroja espumas no fabricando en su corazon sino rencores, llena su fantasia de muertes, de venganzas y de castigos. Concluyamos por último: y si el amor del prógimo es el caracter del cristiano, si sin este amor las demas virtudes no aprovechan, si el perdón de nuestros pecados está vinculado al perdón que daremos á nuestros hermanos, si no obstante los vanos pretextos de las fantasmas del honor y el que diran en el amor del prógimo se halla el reposo, la quietud y aun la comodidad temporal: amaos fieles unos á otros: *diligite alterutrum*: amaos unos

á otros, que era la única doctrina que repetia San Juan á sus discípulos, que en solo este amor hallareis el consuelo, la tranquilidad, la gracia y la gloria.

UNIVERSIDAD
 NOMA DE NUEVO LEÓN
 AL DE BIBLIOTECAS

PLÁTICAS DOCTRINALES

DEL AMOR PROPIO Ó DE SÍ MISMO.

Plática primera: el amor propio manifesto y descubierto.

¡Infeliz y miserable condicion de la vida humana! Como sino bastara para hacer sin igual su miseria contar por enemigos que pueden concurrir á su pérdida á cuantas criaturas la rodean, estar compuesta como un edificio tan fragil que cuantos son los poros por donde respira sean otras tantas puertas por donde tenga franca entrada la muerte: como si esto digo no bastara, allí mismo encuentra comunmente su mas cierta ruina adonde tiene su principal origen. La sangre, porcion la mas noble entre las materiales de esta animada máquina, admirable instrumento de todas sus funciones, que con un giro continuo y nunca interrumpido va dando la vida á todas las partes y miembros por donde pasa, es el vehiculo de nuestras mas peligrosas enfermedades, el manantial funesto de nuestros males, y el

ministro mas inexorable de la muerte: la menor alteracion en su curso que le retarde, ó le acelere; cualquier nocivo cuerpecillo que inficione su masa basta á engendrar las enfermedades mas perniciosas y á quitarnos la vida ¡Infeliz, yuelvo á decir, y desdichada condicion la de la vida del cuerpo! Pero mas infeliz y miserable la de la espiritual vida de nuestros afectos.

El soberano autor puso en nosotros un impulso ó inclinacion ácia nuestro bien, un insaciable deseo de lo bueno, que siendo el origen de todas nuestras inclinaciones, el resorte que mueve todos nuestros afectos fuera el dichoso principio que nos llevara á la felicidad. Todos los hombres, dice el gran padre S. Agustin, tienen este amor, este peso que los arrebatá ácia su bien, no aprendido con la edad, ó con el trato, no enseñado por los maestros y libros; sino impresso y gravado profundamente en el alma por la poderosa diestra de su sabio hacedor. Pero torcido el rumbo de esta feliz inclinacion por los atractivos del placer y la comodidad, inficiogando este amor que todo lo mueve la debil luz de nuestro entendimiento, que representa con todas las apariencias de bien el mismo mal, y lo que es: mas por la corrupcion que causó en

nosotros la original culpa rebelándose la altanera tropa de nuestros apetitos contra la razon; no llegando á nosotros el conocimiento de lo bueno sino por medio de los sentidos tenaces partidarios de las pasiones: el amor de nuestro propio bien, segura guia que nos llevara al término dichoso de la felicidad, se ha convertido en aquel amor, que es la raiz funesta de nuestras desdichas. Quiero decir en aquel enemigo cruel y doméstico que da el ser á todas las pasiones, las fomenta y anima, aquel que siendo mas antiguo en nosotros que la virtud se amotina con toda la rebelde tropa de los apetitos contra la voluntad y la razon que pretenden resistirles: aquel contra quien declaró principalmente la guerra el Salvador del mundo bajando desde el cielo á la tierra para destruirle: aquel perseguidor del alma que, segun el doctor angelico, es la causa de todos los pecados, contra quien han armado sus plumas todos los doctores místicos colmándole de oprobios aun los mas ignorantes: digámoslo en una palabra, que lo explica todo, en el amor propio que ha de ser el objeto de nuestra esplicacion en estas tardes. Alguna vez llegó á tal extremo la inhumana fiereza de aquel oprobio de los hombres, Neron, que deseaba con an-

sia poder unir en una cabeza sola todas las de Roma para acabar y destruirlas á todas de un solo golpe: deseo abominable digno solamente de aquella fiera: pero que con la debida proporcion deberá ocupar nuestros corazones para que, viendo como cifradas en el amor propio todas las pasiones y unidos en su malicia todos los vicios, en el solo declararemos la guerra á los demas.

Y á la verdad que si en conocerle y vencerle consiste toda la perfeccion y la práctica mas santa de la moral cristiana; si nuestro maestro Jesucristo puso por fundamento de su doctrina, y estableció por caracter que distinguiera á los suyos la victoria del amor propio, yo no podia haber elegido materia mas util, ni mas digna de vuestra atencion. Pero como la enfermedad no se conoce con provecho si no se aplica la medicina, ni esta puede ser oportuna si el mal no es conocido; yo debo hacerlos antes conocer este amor y sus engaños para esponer por último el remedio. Por tanto, el amor propio manifestado y descubierto; el amor propio encubierto y disfrazado; el amor propio vencido y curado consigo mismo sean los tres puntos de estas tres exhortaciones.

Mas veis aqui que siendo el amor

propio la pasión favorita de todos, todos hablan de él y muy pocos le conocen: ó ya sea que convirtiéndose como otro Protheo en todas las abominables formas de los vicios, unas veces aparece con el semblante mas horrible de los unos, otras con la figura mas alhagüeña de los otros: ó ya que siendo él, segun la bella espresion de San Agustín, el que excita en el corazón del hombre la confusa Babilonia de afectos que le dividen, no sea facil entender su language, no hay quien no sienta sus efectos y pocos hay que puedan explicarle. Pero, si consideramos el efecto de esta inclinacion, el centro adonde nos lleva su peso, no es otra cosa, segun explica el doctor angélico, ó ya se contemple en la parte inferior del hombre que llamamos apetito, ó en la superior que es la voluntad, que una desordenada inclinacion ó deseo del bien util y deleitable sin respeto á su honestidad ó á la repugnancia de la razon y de la ley. De él nacen desde luego, como hijos los mas queridos y con quienes divide su imperio, las dos potencias concupiscible é irascible. La primera, al parecer de indole mas blanda, es la inclinacion á seguir el bien y aborrecer el mal solo por la comodidad del uno é incomodidad del otro:

la segunda, mas orgullosa y altiva, es esta misma inclinacion que se levanta y esfuerza á vencer las dificultades y escollos que se presentan en el logro del bien ó huida del mal. Cuatro son, dice el catecismo, los principales efectos de esta inclinacion: el gozo que es aquella alegría que se siente en la posesion del bien deseado: el temor aquel sobresalto y penosa fatiga que espejimentamos cuando nos amenaza algun mal: la esperanza que es un deseo de los bienes que podemos conseguir y á que aspiramos; y el dolor que es aquella angustia ó pena que nos causa el mal presente. Veis aqui las hijas principales y herederas del amor propio, felices ciertamente y útiles si, de acuerdo con la razon y con la ley, se sirvieran de sus luces para dirigir sus pasos. Pero precipitadas y ciegas sin querer otra ley que su capricho, rebeldes despues de la original culpa, sacudiendo el yugo de la razon, son la causa de todos los desórdenes y las que llamamos pasiones.

Con haberos dicho que el amor propio es el padre y origen de todas las pasiones, he dicho cuanto puedo para daros una idea cabal de él y mostraros su deleznable condicion. Porque ¿qué cosa son pasiones y que significamos con este nom-

bre? Son aquellos enemigos caseros que habiendo salido de nuestro mismo seno le rasgan y le despedazan, tan insaciables que si se condesciende con ellos se irritan, si se les niega lo que piden, claman y gritan hasta conseguirlo. Enemigos tan intarigables que mil veces vencidos vuelven con nuevo esfuerzo á darnos guerra: tan vigilantes que nada se les escapa: siempre presentes van con nosotros donde quiera que vamos: los mas artificiosos igualmente terribles en el tumulto de una guerra abierta, que en el silencio de una paz fingida. Ya son un impetuoso torrente que todo lo arrebatá y lleva tras sí, y ya son un sutil veneno que apoderándose insensiblemente del alma no se conoce el contagio hasta que, hecho dueño de todo, no hay recurso: ya unidas en tropa acometen de tropel á nuestro corazon sin poder discernir cual pasion es la señora porque todas igualmente nos dominan: ya sucediéndose unas á otras cada qual á su turno tiene el imperio sobre el corazon: deja de incharnos el orgullo y nos lisongeja el amor: la ira nos agita cuando el amor ha calmado: el fausto nos envaneze cuando la ambicion no nos pica. Todo esto son, señores, las pasiones legitimas hijas del amor pro-

pio, que tanto como esto nos quiso significar el catecismo en sus breves clausulas: ¿qué cosa son pasiones? impetus ó turbaciones interiores que nos ciegan.

Y si os parecen tan monstruosas estas domésticas fieras aun cuando quedándose en la parte inferior del hombre le hacen tan cruda guerra de que no han estado esentos aun los mayores santos ¿qué será cuando llegando á avasallar la voluntad establecen en ella su dominio? Entonces si que como cabeza de otros muchos delitos emplean en servir al amor propio, con la satisfaccion mas detestable, todo el ser que recibieron de él. Vicios capitales los llama por eso el catecismo, pero que aun llegando á este grado toda el alma que los anima y los sostiene es el amor propio. Creedlo al gran padre San Agustin que, reconociéndolos todos y examinando su naturaleza, concluye que el amor es el que les da la vida y el peso que los mueve y los arrastra: *Amor meus pondus meum, illo feror quocumque feror*. Dénseles en hora buena los nombres de soberbia, de ira, de avaricia y los demas con que se conocen comunmente y distinguen entre sí; pero todos ellos en la realidad no son otra cosa que el mismo amor propio con diferentes nom-

bres segun los varios objetos á que se deja arrebatar. Porque ¿qué otra cosa es la soberbia sino el amor propio que se complace y se deslumbra con la propia exaltacion? ¿Qué otra cosa es la avaricia sino el amor que con una sed insaciable de atesorar pone su felicidad en las riquezas? ¿La ira qué otra cosa es sino este mismo amor que busca su satisfaccion en las venganzas? ¿Qué es la envidia sino aquel triste horror y disgusto con que el amor propio deseándolo todo para sí, nada quisiera hallar bueno en otros? La luxuria, la gula y la pereza ¿qué otro objeto tienen sino el de satisfacer las desordenadas ansias del amor propio con vergonzosos placeres, con excesos en comer y beber y con huir la mortificacion que se representa en las buenas obras?

Ya, señores, no me hace fuerza, porque siendo este amor deleznable un vicio tan horroroso, siendo todo el blanco de la reprehension de los varones misticos no se le haya dado jamas un nombre que traiga consigo el caracter de su malicia, sino que se le haya conservado el de amor propio, nombre que, segun lo que espresa, nada tiene de abominable. Porque ¿qué nombre daria cabal idea de un vicio compuesto de todos los males, ni

que espresion se hallaria tan justa que abrazara cuanto hay en él de horrible y fiero? Por tanto si yo hubiera de reducir á una sola idea su malicia y pudiera bosquejaros como en un lienzo su fealdad, no hallaria pintura mas viva y cabal de él que la que hace San Juan al cap. 3.^o del Apocalipsis en que describe aquel dragon horrible explicado variamente por los intérpretes. Yo os pintaria un monstruo fiero temido aun de los mismos santos cuyo imperio se dilata por todas las gentes y naciones: le servirian de cabezas los siete vicios capitales, de diez cuernos las diez clases de desórdenes y pecados con que se quebranta principalmente nuestra santa ley. Vestiria sus diferentes miembros de fieros, é inmundos animales que simbolizan sus inclinaciones: desbocado y soberbio como el caballo, carnal como el oso, atrevido como el leon, voraz como el lobo, venenoso como la hidra y al mismo tiempo tardo y perezoso como el jumento. Concluido así este grotesco bosquejo de aquel afecto, príncipe á quien sirve y obedece el mundo, ¿cuanto nos faltaba aun para explicar el último término de su desorden y el centro todo de su malicia? Porque ¿quién lo creyera? toda su industria, todo su poder lo diri-

ge como á fin principal á trastornar y destruir el sabio orden que estableció Dios en la creacion del hombre y aquella correspondencia y armonia maravillosa entre el alma y el cuerpo. Unió Dios con la ley mas amable el tosco y grosero barró de nuestro cuerpo al alma espíritu novilísimo comparable á los mismos ángeles, depósito ilustre de aquellas tres potencias con que se asemeja á la inefable y augusta Trinidad: ya se ve que esta union no podia ser perfecta segun los sabios destinos de la providencia sino guardándose el debido orden entre estas dos partes tan diferentes en su ser y en su condicion de suerte que el cuerpo como esclavo sirviera al alma que debia ser la señora. Trastornóse en gran parte y se alteró esta armonia por el pecado original rebeldándose los apetitos contra la razon y haciendo una cruda guerra con sus depravadas inclinaciones á la voluntad; pero aun despues de todo debia y podia el alma como príncipe legítimo y soberano sugerar las pasiones y mantener el dominio sobre su cuerpo á pesar de la rebeldia de los apetitos. Mas este ha sido el mas funesto, el mas lamentable daño del amor propio; apoderándose de la razon, ofuscando sus luces, sugiriendo á la vo-

luntad sus desordenados deseos avasalla el alma y la hace esclava vil y despreciable del cuerpo. ¡Qué confusion! ¡Qué vergüenza! Contemplad á esta noble porcion de la divinidad, á esta imagen y sombra de sus perfecciones, á este espíritu destinado al fin mas alto y soberano servir indignamente al cuerpo en los empleos mas detestables y andar arrastrándose como arado con las cadenas de los vicios tras de los apetitos! ¡Qué oprobio y que bageza tan indigna de una alma, en quien estampó su Criador el sello sagrado de la Trinidad incomprendible, que sirva al cuerpo con sus conocimientos, que le ayude con sus deseos, que le anime y aliente sirviéndole como instrumento de las obras mas indignas! Alma mia desdichada, espíritu mio al par que noble, infeliz casi á pesar de tu soberano y alto destino te envileces y abates á la condicion mas miserable de esclavo vergonzoso del inmundo y sucio barro de mi cuerpo? ¿Así te olvidas de la grandeza de tu origen, de la ilustre condicion de tu ser y, despreciando una suerte igual á la de las inteligencias mas puras, vives contento en la mas humilde esclavitud y en el mas indigno ministerio? Tanto como esto es, señores, dejarse el hombre llevar de su amor propio.

Yo bien conozco que al oír cuanto os he dicho procurando descubriros la naturaleza y efecto de esta universal pasión habreis quizá juzgado y reprehendido como menos importante una materia, que á mas de su generalidad puede parecer asunto mas propio de una moral especulativa, que de una esplicacion práctica, que debe dirigirse principalmente al provecho de los oyentes. Pero aunque yo no hubiera creído ser la materia mas útil aquella que manifiesta el origen de todas las pasiones; aunque los clamores con que los ministros del Señor gritan incesantemente contra el amor propio no justificara el empeño de poner descubierto su veneno; juzgaria este punto como el mas importante porque él nos da á entender la máxima fundamental del santo evangelio, y la que como doctrina característica de su religion vino á enseñarnos Jesucristo de abotrecerse y negarse á sí mismo, concebir un odio implacable contra su alma; ser este saludable aborrecimiento medio único de la salud eterna, y ser camino cierto de perderse el amor propio, son los egos sobre que rueda el evangelio, y en que estriba segun Jesucristo la perfeccion del cristiano. Ley, señores, que, aunque santa, espresa, indispensable, no la

juzgan por tal los mundanos allí en el fondo de su corazón. A unos parece un puro consejo que prescribe una obra de voluntaria supererogacion, que solo puede practicarse por aquellos hombres santos que viviendo solo para Dios se negaron del todo al trato del mundo y su comercio. Otros al oír las ásperas expresiones de aborrecimiento y negacion de sí mismo llegan á persuadirse que esta ley es dura sobremanera, que el evangelio es un yugo que agovia, que es una carga insoportable. Y ¿qué otra cosa significa aquella extravagante idea que se forma comunmente de la suma dificultad de salvarse? ¿qué aquellas comunes quejas de que para ser santo era forzoso no tener carne y sangre, no vivir en el mundo; tanto que al oírlos parece que la perfeccion evangelica es ó una quimera, ó una tirania? Por ahora sin consultar otra razon que la horrorosa pintura que os he presentado del amor propio, quisiera preguntaros ¿y no es la ley mas suave la que manda consumir un amor que es el origen todo de las pasiones que nos inquietan, afligen é incomodan? ¿No es la ley mas justa la que destierra una pasión, manantial funesto de cuantas desgracias cercan por fuera al hombre: robos y

fraudes, guerras, y pleytos, deshonras, imposturas, muertes, y todas las desdichas? No es la ley mas dulce la que pretende establecer la debida armonia entre el cuerpo y el espiritu? No es la ley mas acomodada á la naturaleza, y la razon la que prescribe hacer la guerra á un amor tan irracional que no pretende otra cosa que hacer al alma vil y despreciable esclava de la carne? Por último, señores, ¿podia nuestro amoroso Salvador habernos impuesto una ley mas facil, mas conforme á un hombre compuesto de alma y cuerpo, que la que se dirige á destruir un afecto que tiene por idolo y por Dios único de su aprecio la carne, y el barro?

Porque ved, según el sabio pensamiento del angélico doctor Santo Tomas, para dar la última mano á la pintura que hemos empezado del amor propio, ved corrido el velo que cubre su Dios: ¿cuál es todo su idolo? el cuerpo vil y deleznable. Pero vedle no cuando cubierto de telas y púrpura, cuando gozando de los honores y estimaciones con el exterior atractivo de la hermosura y donaire sirve por nuestro abuso mas de lisongear el amor propio que de desengañarle; mirad: le despues de haber penetrado hasta la espantosa cavidad de una huesa ó un se-

pulero, y, si es lo permite el horror, entre gusanos y sabandijas, entre la podredumbre y corrompido polvo contemplad allí el digno objeto é idolo del amor propio. Para esos miembros dispersos y confundidos con los humildes y despreciados busca el amor propio los honores y estimacion: para ese pobre monton de huesos solicitaba los tesoros el amor del avaro; para ese hediondo y horroroso cadaver buscaba aquella muger cortesana los afeites y alifios, la gala y compostura; para esa carne corrompida buscaba el amor desordenado de aquel joven los placeres sensuales. Para::: pero digámoslo de una vez: huesos áridos, carnes en que se apacientan los gusanos, ceniza, miseria, nada, este es el centro á que se dirige el amor propio, este es el objeto solo digno de una pasion tan irracional é inhumana.

Santa es sin duda é indispensable, suave, benigna y conforme á nuestra naturaleza, aquella ley soberana que prescribe el aborrecimiento de sí mismo y declara una continua y sangrienta guerra al amor propio. Ley con razon intitulada de gracia, no solo porque ella ministra con el precepto el socorro necesario para observarle, sino porque siendo su princi-

pal obgeto una victoria tan digna de un hombre racional, siendo lo que prescribe un punto tan conforme á la nobleza y honor de nuestra alma, en su observancia todo es suave y dulce, y nada que merezca el nombre de dureza insoportable. Ley por último que prescribiéndonos la victoria del amor, y el aborrecimiento de nosotros mismos es lo mismo que mandarnos que seamos cristianos perfectos, que intimarnos que seamos entendidos racionales. Declaremos pues, señores, abiertamente la guerra al amor propio enemigo el mas irreconciliable de nosotros mismos y no queramos abrigar en nuestro seno un monstruo implacable que se manifiesta y descubre perseguidor continuo de nuestra felicidad. Deterremos de nuestro corazon esta luria sangrienta que se apacienta de nuestra misma sangre, y aborreciéndonos con un salvable odio crucifiquemos cristianamente nuestra carne para poder resucitar algun dia gloriosos, y reynar con Jesucristo en la morada de la eterna gloria.

Plática segunda: el amor propio encubierto y disfrazado.

Nada es mas temible en la guerra

que un enemigo oculto y disfrazado, y nada puede mas contra el valor y esfuerzos que el artificio e industria con que tal vez sabe el hombre ocultar bajo demostraciones de una amigable paz el furor mas sangriento, ó bajo las apariencias del descuido el combate mas crudo. ¡Cuántas veces lo que no han alcanzado las armas y el valor ha conseguido el disimulo de una oculta asechanza, y de una bien dispuesta emboscada: y cuantas veces la plaza que no ha podido rendir ni el asedio mas tenaz, ni el asalto mas vigoroso, con una oculta mina fabricada bajo las murallas mismas que le sirven de defensa, se ha visto en pocos instantes arruinada, y en poder del enemigo! Guerra sobre la tierra es la vida del hombre en que cercado por todas partes de enemigos poderosos tiene aun dentro de si mismo los mas terribles: el mundo con sus escándalos, con sus sugestiones, el demonio, la carne y las pasiones con sus halagüeños apetitos, el amor propio como gefe de todos nos combaten á cara descubierta. Pero defendiéndose el hombre contra todos, armándose con las poderosas armas de la razon y de la gracia contra sus esfuerzos, le resta aunque vencer el mas artificioso y disimulado contrario en su mismo amor

propio, no ya peleando descubiertamente, sino encubierto y disfrazado bajo el semblante de amigo de la razon, y parcial el mas fiel de la virtud. Os procuré mostrar en la tarde de ayer los funestos efectos de este amor: le visteis como el ministro mas sangriento manifestando contra nosotros la hereza mas cruel; pero ahora habeis de verle bajo el apacible semblante de un fiel amigo y consejero ocultando todo su veneno: ayer le vimos auxiliado de la altanera tropa de nuestras pasiones haciendonos una abierta guerra conspirar á nuestra ruina: hoy valiéndose de las mismas armas de la razon y la virtud veremos sus artificiosos engaños y fingidas traiciones.

Y á la verdad, parece, que haciéndose el hombre cada dia mas habil en el arte de perderse, ha hallado su amor propio medios é industrias para que en un siglo tan espiritual y cultivado no sean ya los vicios groseros y andrajosos plebeyos, sino limados cortesanos. Las pasiones descubiertas que traen en su semblante toda la fea abominacion del delito, un método de vida abiertamente escandaloso, aquellos vicios que como un impetuoso torrente van manifestando á todos con su ruido sus peligros, no son muy del gusto

del amor propio: los funestos precipicios de estos, el deshonor y mal nombre que traen consigo no satisfacen á una passion que por todas partes busca la comodidad. Se dejan esta clase de vicios para los hereges y libertinos, y cuando mas para la hez despreciable del pueblo pecador que peca sin rebozo y sin disimulo. Por tanto el amor propio sabiamente disimulado ha hallado el funesto arte de encubrir el vicio, de unirle con la virtud y de corromper la virtud misma y hacerla su partidaria. Tres incomparables daños del amor propio disfrazado y oculto que explicaré con la posible brevedad.

Aquel artificioso engaño (tantas veces y con tan feliz suceso practicado en la guerra) que sugeria Corebo á los troyanos, ya desesperados de otro recurso, para que vistiéndose las armas é insignias de los griegos los sorprendieran en su misma victoria, es puntualmente el mismo que el amor propio ha sugerido siempre al corazon. Nuestros mismos enemigos, les decia el astuto joven Troyano á sus compañeros, nos darán las armas y los escudos, vistámonos y cubrámonos de ellos y entraremos sin ser conocidos por medio de los esquadrones griegos: porque ¿qué en el desórden ciego del combate podrá co-

noocer nuestro engaño? De la misma perniciososa industria se vale el amor propio, no ya para engañar á los otros, sino para alucinar y oscurecer su misma razon, y los dictámenes de una conciencia agitada con remordimientos: muda el nombre á los vicios, procura con el mayor artificio acomodarle el de las virtudes y haciéndolos parecer aun con el semblante de estas llega á introducir por amables domésticos los enemigos mas sangrientos. No hablo por ahora, señores, de aquella grosera hipocresia cuyo exterior todo es piedad, y el fondo todo malicia, de aquella que bajo la superficie y apariencia de ciertas virtudes oculta en lo interior grandes vicios: esto ficcion por mas que se esfuerce el arte se deja conocer muy presto de los ojos advertidos y prudentes, y es muy difícil esconder los vicios bajo el velo de una fingida virtud. Tira el amor propio mas altas sus líneas, y para que no se descubra su engaño ha pretendido que los mismos vicios aparezcan con el semblante y nombre de virtudes: solo con quitarles aquella corteza que les descubre dejando ileso su fondo ha llegado el mundo á canonizar sus mismos delitos. El fausto y el orgullo se llama sabia razon de estado: canonizase la avaricia é insaciable sed

de atesorar por prudente economía: justificanse los transportes de la ira por celo del honor y cuidado de la honra; y cuando para otros vicios no se ha hallado nombre, y semejanza de virtudes que acomodarle, se solicitan otros que inventó el capricho, para que perdiendo el delito poco á poco su nombre propio se pierda tambien el natural horror. Asi luego que un uso, por indecoroso que sea y ageno de las costumbres, modestia y honestidad de la religion que profesamos, llegó á levantarse con el nombre de moda, en vano se declama contra su relajacion ó sus perjuicios. La vergonzosa desnudez en las mugeres; los trages provocativos, cierto ayre en los vestidos, arbitrios todos que establece y mantiene con esfuerzo la politica de un amor sensual, desdicen de la pureza de un cristiano, ofenden la casta profesion de un católico. Pero luego que se levantaron con el nombre de moda parece que se santificaron. De aqui ha provenido en todos los siglos el artificioso empeño de buscar á la corrompida passion del amor algun nombre decoroso y politico con que ponerla á cubierto de las justas censuras de los honestos y las interiores reprehensiones de la conciencia. Muda el nombre mientras que la nove-

dad de el enmascara, y encubre su indigno objeto: pero luego que se ha empezado á conocer el mal que oculta, se busca otro que de nuevo pueda enganar con sus falsos sonidos: servicio; habilidad, obsequio, demostraciones cortesanias, politico cortejo; qué bellos é inocentes nombres! pero ¡tantos abominables vicios corren impunemente á cubierto de ellos! Por mas que se clame contra la licenciosa libertad de ciertas acciones con que públicamente se ofenden el pundonor y el decoro; por mas que lastimen aun á los corazones impios y relajados aquel ayre soberbio con que se presentan en los templos, manteniéndose en pie al tiempo mismo que ofrece el sacerdote, y consagra al Dios de la Magestad el adorable cuerpo de Jesucristo: aquellas conversaciones descompuestas, aquellas vistas y risas peligrosas: ya desde que todo esto se santifica con el nombre de moda y marcialidad, en vano se querrá condenar por ímpla profanacion y sacrilego desacato. ¡Industria para haberle puesto al vicio la máscara y el nombre de las virtudes morales y politicas para que manteniéndose disimulado no pueda ser acometido! Si (esclamaba ya desde su tiempo el gran Padre S. Agustin) el amor propio no

contento con satisfacer en todo la hambre insaciable de nuestras pasiones, aspira aun con el mayor atrevimiento á santificarnos: *sancium est quod volumus. nisi*

Pero ¿qué provecho dirá alguno, podrá sacar el hombre de ocultarse á si mismo su corazon y querer apartar de si propio el conocimiento de sus artificios y disimulos? ¿Acaso será menos malo ni tendrá la conciencia mas segura por haber sabidose formar un sistema de piedad lisonjero acomodado á su genio; y por haber conseguido el secreto arte de dejar que reynen en paz sus apetitos desarreglados con haberles mudado los nombres? ¿Ni qué perjuicio podrá esto acarrear á los demas si todos pueden conocer el artificio y el engaño? ¡Ah que poco sabemos de las industrias del amor propio! ¡Qué poco queremos entender el funesto dominio que se arroga sobre nuestros conocimientos confundiendo sus luces, y haciendo pasar el contagio del corazon hasta el entendimiento! Si se hace menos horrible el vicio por el hermoso é inocente nombre con que se palia, mañana se pasa del norte á la sustancia del mismo mal, y ya se le quieren hallar ciertas comodidades y escusas que calman las inquietudes y sobresaltos del corazon: den-

tro de poco por último se abraza sin temor, se califica al menos por una acción indiferente. Y de otro modo, señores, ¿podrían pasar y colocarse en la clase de acciones inocentes los mas detestables delitos entre tantas provincias y reynos dominados de la heregía, que por la torcida senda de su amor propio se precipitaron al abismo del error? Ah que esto solo puede suceder, me diréis, allá entre los idolatras ciegos, o entre hereges impios y maldados, que viven sin la luz de la verdadera religion; pero entre nosotros está muy arraigada la fe para que podamos temer con fundamento semejantes escesos.

Yo bien lo sé, señores, y podemos llenos de regocijo gloriamos, sin injuria de las demas naciones, que somos la herencia escogida del Señor en que quiso plantar su fé, y se ha dignado cultivarla con tanto fruto. Pero no por eso debemos estar tan presumidamente confiados, de que el amor propio, á fuerza de ocultar el vicio y santificarle, no pueda tarde ó temprano acaricetarnos funestimos daños. Porque decidme ¿qué debemos esperar, ó que no debemos temer de una juventud incanta que desde que abre los ojos de la razon oye llamar a los vicios con

nombres que tanto los disfrazan, y que disimulados irán domesticándose en su alma sin el menor horror? ¿Si desde su tierna infancia oye que el lujo, el fausto, la vanidad mas excesiva se llama razon de estado; si apartándose del pecho del ama, que le ha criado entre los objetos mas escandalosos, oye llamar á la soberbia, al desprecio y maltratamiento de los inferiores decoro y correspondiente uso del puesto ó de la dignidad; si á las mas arriesgadas correspondencias entre los dos sexos no se les da otro nombre que el de político cortejo hasta llegar los mismos padres á celebrar por christe (permitidme, señores, que lo diga como pasa mas de una vez) ó por gracia de la edad cuando sus inocentes hijos cuentan que tienen algun cortejo? Si así, vuelvo á decir, desde su sencilla infancia se presentan al hombre disfrazados los vicios; si las primeras ideas que de ellos conciben son cuando menos indiferentes en una edad que casi decide de la suerte del resto de la vida ¿qué debemos temer? De aqui, señores, como forzosa conseqüencia se sigue el otro incomparable daño que origina esta artificiosa astucia. Porque ¿qué provecho puede esperarse cuando los ministros de Jesucristo declaman desde los

púlpitos contra los delitos, ni que fruto harán por mas que los pinten con los mas negros colores, por mas que los detesten con el mayor zelo y fervor, si creyendo el que oye que el vicio que se condena no es aquel de que está él manchado; si el predicador y los oyentes tienen diversos dialectos, si mudados los nombres sería forzoso un diccionario nuevo para reprehenderlos? Lo que el predicador llama soberbia y orgullo, se llama en la frase del mundo tenerse uno en lo que es; lo que reprende como brutal venganza hija de la ira y enemiga de la caridad, es para los mundanos mirar por su honor y defenderle: lo que condena como disolución y desenvoltura, la publica el mundo por fina civilidad de gente limada condenando el recato y el retiro por silvestre grosería de personas incivilizadas. ¿Qué fruto pues podremos esperar en esta confusión de idiomas en que, como en una corrompida Babilonia, cada cual habla el suyo sin entenderse? Con tanta novedad de hermosos nombres que ha inventado, y cada día inventa el amor propio para disimular los vicios y disfrazarlos, se puede temer con razon que dentro de algun tiempo, ó el mundo no entienda los mandamientos de nuestra ley, ó que sea ne-

cesario siguiendo su language ponerlos en otro nuevo castellano. ¡Detestable abuso, perniciosísimo á la religion y á las costumbres, digno de la severa maldición y amenaza con que el mismo Dios declama contra él!; Ay de vosotros que llamais al vicio virtud y á lo bueno malo!; *Vae vobis qui dicitis malum bonum et bonum malum!* Hasta aqui habreis pensado que esta lamentable astucia del amor propio es peculiar solo de aquellas personas que siguiendo el torrente de sus pasiones y el partido del mundo están del todo negadas á la piedad y devoción; pero ¡que está muy distante de aquella clase de cristianos tímidos y devotos que mirando con horror los vicios, aun disfrazados, hacen profesion de la virtud propia de su calidad y de su estado. Yo lo confieso así, que es grande el número de aquellos á quienes estos vicios groseros, por mas que se oculten y disfracen con nombres engañosos, les dan en cara y les descubren toda su fealdad. Pero para estos reserva aun el amor propio otra astucia mas fina y delicada sabiendo en cierto modo establecer un arte de unir la virtud con el vicio y de acordar el mundo con la religion: segundo daño de las ilusiones del amor propio que prometo explicaros.

Este astuto amor que por todos caminos procura llegar al término de su propia satisfacción, que nada omite y de todo se vale artificiosamente para conseguir cuanto complace al hombre, le honra y le distingue; no podía menos que solicitar por todos los medios posibles atraer á su partido á la virtud. Por una parte como la devoción es una qualidad digna de alabanza y de honor, que se hace respetar aun de los mismos indevotos, y pecadores descubiertos; como por otra parte una virtud humilde, una piedad mortificada, y segun el espíritu del evangelio es del todo enemiga irreconciliable del amor propio; él ha buscado arbitrio para gozar sus privilegios sin tener su merecimiento. Secreto por cierto ignorado de los santos y justos, pero maravillosamente practicado por nuestro amor. Se dispone la devoción al gusto del albedrio, se buscan aquellas prácticas de piedad mas conformes al genio, se dan á Dios ciertos ejercicios de culto exterior; pero conservando en el alma los afectos del siglo. Saber hablar un poco de Dios con un tono de voz dulce y misterioso, un semblante entre grave y risueño que sirve de compostura al rostro, una ó muchas misas oídas cada dia sin devoción, algunas oracio-

nes rezadas con priesa y por costumbre nos dan el nombre y titulo de devotos. Pero al mismo tiempo no percibimos la disonancia, y poca conformidad de este titulo con la relajacion: juntamos con esta devoción un nimio cuidado de nuestras comodidades y conveniencias; una refinada delicadeza y gusto en los banquetes y los manjares, el mas prolijo esmero en los vestidos costosos y brillantes adornos; una exorbitante magnificencia, un tren lucido que esceden nuestras rentas y facultades, una tenaz adhesión á nuestro propio juicio; aquel negarse á la razon cuando se trata del propio interes ó de la honra, aquel altivo desden con los estrafios, aquel rigor insufrible con los domésticos y vivimos seguros y satisfechos de que somos devotos y piadosos porque practicamos algunas exteriores obras de piedad? Y que, ¿católicos, la penitencia y mortificación, el crucificar su carne, el negarse del todo á sus apetitos, las severas máximas del evangelio son un puro fantasma, son sólo una verdad especulativa, cuya práctica se deja á las personas miserables de baja fortuna, y sin la que pueda subsistir la verdadera y sólida devoción? Porque ¿qué deshonor no hacen á nuestra religion, cuyo caracter es la abne-

gacion de sí mismo; la mas severa é im-
 placable guerra contra nuestra propia
 comodidad, aquella junta monstruosa de
 egercicios cristianos y divertimientos mun-
 danos, y aquella horreosa mezcla de es-
 teriores señales de piedad con toda la sa-
 tisfaccion y gusto que sugieren nuestras
 pasiones? Estoy por decir que falta muy
 poco para que á fuerza de descarnar la
 virtud, y quererla apartar de aquella aus-
 tera severidad de su rigor, inseparable de
 su condicion, venga á quedar en un frísté
 y disforme esqueleto vestido de los adorno-
 s de una vida delicada. Mas lastimosa
 está en el sexo de las mugeres que, califi-
 cado por la misma iglesia con el renom-
 bre de devoto, quiere aun en punto de
 virtud establecer ciertos privilegios como
 debidos á la delicadeza de su estado. No
 se hable de mortificacion y penitencia; la
 debilidad del temperamento no la con-
 siente: no hay que nombrar humillacio-
 nes; el lustre de la familia no la sufre: en
 vano se aconseja el retiro; su estado no le
 permita: no se trata de oración; las visi-
 tas la impiden, la cabeza está debil, se
 les asusta su tierno corazón solo á oír los
 nombres de infierno, de muerte, de ju-
 cío, de eternidad sin fin. Esta era aquella
 virtud que el grande Agustino reprehendia

y condenaba como una piedad que enga-
 ña á quien la tiene y burla á los demas,
 llamando á estos devotos contemplativos,
 santos engañados y engañadores: *Falsos
 atque fallentes sanctos*. Pero que mucho
 ¿qué una piedad tan lisongera y confor-
 me al capricho de nuestro gusto esté tan
 viciada de las condescendencias de nues-
 tro amor propio, si aun la piedad que
 parece mas sólida y mejor fundada no
 está libre de sus artificiosos engaños? Es-
 te era, señores, el tercer daño que de-
 bia descubriros causado por la pasion del
 propio amor que convierte en instrumen-
 to suyo aun la piedad que tiene las mas
 sólidas y sencillas apariencias.

Pero ¿qué podré yo deciros en una
 materia tan delicada y espinosa, y en que,
 mas que en otra alguna, apura hasta los
 últimos esfuerzos de sus artificios el amor
 propio? Cuantos abrazando con ardor las
 prácticas mas austeras de la devocion,
 aquellos egercicios ruidosos y dificiles de
 piedad, acomodándose á nuestro genio las
 mas penosas mortificaciones de una vida
 cristiana, quiza nos aduamos á nosotros
 mismos y buscamos mas que el agrado de
 Dios, aquella interior complacencia que
 se siente en el egercicio de las obras difi-
 ciles y de gran trabajo, olvidando entre

tanto ciertas menudas prácticas indispensables y propias de nuestro estado y ministerio. Pasa con gusto aquella persona devota las mañanas enteras en los templos, gasta las horas en oraciones y retiro, participa de los sacramentos con la mayor frecuencia, pero acaso olvidada de su casa y familia, de sus hijos y criados, lo que le complace es una devota ociosidad, o una ociosa devoción que prefiere á los penosos usos domésticos y trabajo económico que pide su estado: tal declama agria y severamente contra la disolución de las costumbres, contra la licenciosa libertad de los mundanos y quizá lo que tiene toda la corteza de activo zelo es una secreta emulación ó poca caridad: tal busca los honores en la misma penitencia, y tal por ventura en su misma humillación no le pesa del aplauso. No quiera Dios que al querer descubrir vuestras llagas os castra otra mas sensible haciendo sospechosa la sólida virtud de tantas almas santas, y dando motivo á la maledicencia para torcer indignamente las acciones del prójimo. No, no debemos ser jueces del proceder ajeno, sino del nuestro; y sois la temeridad mas reprehensible sospechar de la virtud de otros, porque tal vez suele abusar de ella el amor propio. Por tanto vuelvo á

decir, para una materia de tanta importancia, y en que se roza tanto la temeraria sospecha con el justo discernimiento, sería necesario tiempo mas dilatado y expresiones mas vivas y sabias que las que me pueden sugerir mis cortas luces. Este es el último alcazar adonde como á fortaleza la mas oculta y mejor defendida se suele retirar el amor para defenderse de los asaltos de la fé y la razon. Pero nuestro corazón, como un campo de confusa guerra en que lidian los afectos y las virtudes, tiene tan ocultas celadas, consejos tan reservados, son tantos los ardides del amor propio, sus disfraces y sus traiciones que solo á Dios está reservado, como gage de su sabiduria infinita, su claro conocimiento. Se afana el hombre, estudia el arte de poder conocer el corazón ajeno: pero sus fondos son tan ocultos, sus retretes tan escondidos, tan finos y delicados sus pliegues que burlan y hacen sea inútil este empeño.

Pero si esto es tan difícil y arduo, no lo es tanto conocer el propio nuestro y los engaños de nuestro amor. Volved, pues, nos dice el mismo Dios, volved engañados prevaricadores á vuestro corazón: *Reddite prevaricadores ad cor.* Volvamos, pues, oponiendo á los ingeniosos

artificios de nuestro propio amor no otra cosa que aquella sencilla intencion en nuestras obras que nos aconseja el Apóstol. Hacedlo todo, decía, para gloria de Dios, ó ya sea que comais, ó que bebais, ó que practiqueis cualquiera otra obra: *Sive ergo manducatis, sive bibitis omnia in gloriam Dei facite*. Entremos hasta el fondo de nuestro corazon y veamos si nos conduce nuestro gusto ó comodidad, ó la gloria de Dios y de Jesus. Busquemos allí, decía el venerable y doctísimo Kempis, busquemos á Jesucristo y á su gloria, porque allí hallaremos lo que buscamos, ó á Dios si solicitamos su agrado, ó á nosotros mismos si nos guia el propio amor: *Si queris in omnibus Jesum invenire utique Jesum, si autem queris te ipsum invenire te ipsum*. Esta pureza de intencion, esta sencilla solicitud de buscar á Dios en todas nuestras obras sobre la tierra será el medio mas seguro de hallarle en esta mortal vida para gozarle sin fin en la eterna.

Plática tercera: el amor propio vencido y curado consigo mismo.

Habreis creído, señores, cuando esperrais de mí que os esponga esta tarde

al amor propio remediado y destruido por el mismo amor que ó me ha de ser forzoso desdecirme y retractarme de cuanto os he dicho en las precedentes exhortaciones contra sus detestables y funestos daños, ó que os vengo á proponer alguna increíble paradoja. Porque ¿qué otra cosa podreis pensar cuando os he pintado al amor propio manantial de todas las pasiones, padre de los vicios y origen de los errores mas perniciosos; al verle ahora propuesto con los mayores elogios como una virtud noble, cristiana, raiz de nuestra felicidad y fundamento sólido sobre que estriba el soberano edificio de la perfeccion evangelica? Pero nada menos; ni cuanto os he dicho en las tardes antecedentes es otra cosa que una verdad canonizada por la inñhita sabiduria de Jesucristo, ni la que ahora voi á proponeros es menos que un dogma santo é infalible autorizado por el mismo Dios. La medicina del cuerpo ha llegado á descubrir el último secreto de convertir en triaca y antidotos saludables algunos venenos, y de curar tal vez las heridas emponzoñadas con los mismos animales que las han causado: semejante provechoso secreto os ha de descubrir esta tarde la medicina celestial de las almas curando el amor

propio y sus daños con el mismo amor propio. No sería menester para explicar utilmente este remedio, sino exponer sencilla y desnudamente la misteriosa sentencia del Salvador en que condena el amor propio. El que ama, dice Jesucristo, á su propia alma en este mundo, la pierde sin remedio para siempre, y el que la aborrece con un odio saludable, para siempre la gana: *qui amat animam suam, perdet eam; et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam eternam custodit eam*. Pero no merece, espone el gran padre San Agustín, el nombre de amor aquella pasión que aspirando solo á viles placeres, á honores pasajeros y á riquezas transitorias arrastra la alma á deshonras, tormentos y miserias eternas. Por tanto, concluye el mismo padre con igual solidez que agudeza, entonces se aborrece cuando mal se ama, y entonces se ama cuando bien se aborrece: *si male amaveris tunc odisti, si bene oderis tunc amasti*. Considerando yo atenta y cuidadosamente este ingenioso pensamiento sobre aquella misteriosa sentencia del Salvador, he llegado á pensar que este amor con que el pecador se ama, es tan funesto y pernicioso porque no es propio, y que todo el remedio consis-

te en amarse un hombre á sí mismo.

Porque ¿qué otra cosa es el amor propio, aun atendiendo á la significacion y valor de estas palabras, que un amor de sí mismo? ¿ni cómo podrá el hombre amarse á sí mismo sino amando lo que él es en realidad y lo que tiene? Por consiguiente si yo amo lo que yo no soy ni me amo á mí mismo, ni me tengo amor propio: justamente, pues, podemos asegurar que ningún pecador tiene amor propio, porque siempre que en sus desórdenes y vicios corriendo tras de sus desenfrenados apetitos ama sus comodidades y deleytes; ama es verdad, pero un vano fantasma de hombre que le finge su capricho, y que de ningún modo es el mismo que se ama. Pasemos, señores, una ligera revista sobre las principales pasiones hijas de este amor propio fantástico, y concluiremos con evidencia, que el pecador en sus desórdenes no se ama á sí mismo; sino á una vana sombra que no es él. Ama el ambicioso soberbio los honores que ennoblecen, distinguen é ilustran al que los tiene; pero él por el contrario desvanecido é hinchado se envilece y se abate: medita el iracundo la venganza que satisfaga el corazón, y temple los transportes de la ira; pero él cuando se

venga, se irrita mas y se enfurece: anhelan el deshonesto y el avariento por las riquezas y los placeres amando un cuerpo que quieren saciar con la comodidad y el deleyte; pero ellos no son los que se sacian, antes bien se experimentan llenos de inquietudes, disgustos y sobresaltos. De este modo los hijos de los hombres no se aman á sí mismos, sino á una vanidad y una mentira. Los perversos (oid al angélico doctor de quien es todo el penamiento) no conociéndose á sí mismos, no se aman así, ni lo que son sino lo que juzgan ser erradamente: *unde mali non recte cognoscentes se ipsos, non vere diligunt se ipsos; sed diligunt id quod se ipsos esse reputant.* Ahora bien me direis ¿cuál es el amor propio, y cual entre todas las virtudes singularmente aquella, que curando los daños de un amor propio mentiroso, solamente merece llamarse con este nombre? cual habia de ser sino aquella que teniendo por cargo el manifestarnos lo que somos nos enseña tambien á formar el debido aprecio de nosotros mismos; aquella que siendo el fundamento de todas las virtudes cristianas es el remedio mas eficaz y oportuno de un amor, raiz y origen de los vicios todos; aquella que siendo lo primero y último

del cristiano, el tesoro inefable de las riquezas de Dios, nos colma de incomparables bienes. La humildad, señores, quiero decir, es el verdadero amor propio.

Aunque no tuviéramos otra prueba para calificar la grandeza de esta virtud que el misterioso modo con que sobre ella se esplicó la sabiduría infinita de Jesucristo, esto solo bastaria á darnos la mas alta idea de ella. Dos veces (refleja un piadoso escritor) habló Jesucristo á sus discipulos calificándose á sí mismo con el titulo de maestro y una y otra no les da otra leccion que la de la humildad. Aprended de mí, dice al cap. 11 de S. Mateo, que soy manso y humilde de corazón. Vosotros me llamis maestro y señor (les decia en ocasion de haber egercitado el mayor acto de humildad lavádoles los pies) y decis bien porque lo soy; pues si yo siendo vuestro maestro me he humillado debeis hacer lo mismo vosotros. ¿Y qué, esclama atónito S. Agustin, tan grande cosa es humillarse que á sola la humildad parece que reduce Jesucristo la perfeccion toda de un cristiano? ¿en ella estan cifradas las virtudes todas? ¿á esto solo se han reducido los tesoros de la sabiduría y ciencia del padre escondidos en Jesucristo, que en esta sola leccion com-

pendia toda su doctrina? Si, porque ella sola enseña al hombre el arte de engrandecerse haciéndose pequeño, y el arbitrio prodigioso en que está cifrada la perfeccion de amarse y conseguir todos los bienes por medio del desprecio. Yo bien sé que en el lenguaje del mundo no hay cosa mas opuesta que humildad y amor propio; pero para entender su estrecha union no nos detengamos en la exterior apariencia de los nombres, sino lleguemos hasta el fondo de esta virtud.

Es la humildad, dice el catecismo, una inclinacion al propio desprecio; es, nos dice en otros términos S. Bernardo, aquella virtud con que el hombre se conoce verdaderamente á si mismo, despreciándose al mismo tiempo que se conoce. Ved ahí, señores, los dos maravillosos extremos en que consiste un verdadero amor propio: conocer el hombre verdaderamente lo que es, y tratarse y apreciarse como quien es. ¡Oh! si yo pudiera, para daros á entender el prodigioso modo con que la humildad tiene estos dos extremos, penetrar hasta el abismo de miseria que oculta el hombre, y hacerlos ver las que la humildad le demuestra en solas aquellas breves cláusulas de S. Bernardo: *¿quid fui? ¿quid sum? ¿quid ero? ¿qué fui? ¿qué*

soy? ¿qué seré? Pasemos por ahora en silencio lo que por toda la eternidad fuimos, porque con decir que nada fuimos lo decimos todo; ignoramos lo que seremos, y ¡oh qué justo temor! acaso eternamente infelices, seremos mas viles que la nada; pero si lo único que tenemos apreciable es lo que somos ¿qué es el hombre? Si os digo que en lo material y visible es una flor efimera que brota por la mañana y se marchita por la tarde, que es el animal mas infeliz que nace y muere llorando pasando una vida corta llena de miserias, de enfermedades y de desdichas: que sale al mundo rodeado de peligros, cercado de enemigos, desnudo sin abrigo, sin armas, sin defensa: que en su infancia las lágrimas, que en su niñez los pueriles divertimientos, que en su juventud los transportes mas violentos, en su madurez las congojas y los cuidados, en su vejez las dolencias y achaques son su infeliz herencia: si os digo que aun en el uso de sus espirituales potencias envuelto en errores y tinieblas á cada paso cae y tropieza su ignorancia; que su voluntad es un juguete de las mas vergonzosas y abominables pasiones, inconstante en sus afectos, ligera en sus propósitos, abominable en sus inclinaciones: si os digo todo esto, aun

no he dicho nada de su miseria. Seria necesario hacer una menuda y esquisita relacion de sus desórdenes, delitos é ingraticudes para formar algun concepto de lo que es. Quanto tiene dentro de sí es en cierto modo ageno. Nada de lo que tiene fuera de sí, riquezas, honores, puestos, dignidades le puede engrandecer, porque nada de esto le quita un punto de su miseria; todas las distinciones brillantes, que fomentan nuestro orgullo y nos aturden, no son otra cosa que vanas apariencias que dejan al hombre en su misma vileza y abatimiento. Todos, señores, sin distincion somos igualmente miserables y viles, porque aquello que nos distingue á unos de otros es del todo extraño y fuera de nuestro mismo ser. Conozco que por mas que me esfuerce á explicarlo nada digo. Pero ¿como pudieran unas voces limitadas manifestar una miseria que es infinita? Sirvanos, pues, por último la enérgica expresion de S. Pablo para explicarnos en algun modo que es el hombre. Sea soberano señor, ó plebeyo infeliz, esté elevado á la cumbre del honor, ó abatido al abismo de la desdicha, sea sabio, ó rico, pobre, ó ignorante ¿que es al fin? nada: *si quis existimat se aliquid esse, cum nihil sit, ipse se seducit.* Y con este conoci-

miento tan profundo, á la luz de esta verdad tan clara ¿cómo se apreciará el hombre, si se aprecia como quien es? ¿cómo se amará á sí propio; si ama lo que es en sí mismo? Si es nada apreciándose en nada; si es miserable y despreciado polvo, despreciando los honores; si es pobre esclavo de sus pasiones renunciando las riquezas; si enemigo de sí mismo, que por todos los medios solicita su eterna perdicion, tratándose como tal con las asperezas y mortificaciones que sugiere el odio; si por último es y se conoce vilisima criatura, digna solo de los desprecios y abatimientos, anhelando ansioso por ser despreciado y abatido. ¿Qué no pueda yo presentar este retrato á todos los verdaderos y pecadores para que, ya que huyen voluntariamente ciegos de conocerse á sí mismos, se vieran en esta copia fiel que con tan propia semejanza nos pinta la humildad? ¿Y qué le falta para ser el retrato mas fiel y parecido? Véase el rico y poderoso, y verá que sus riquezas y su poder nada le añaden á la vileza de su condicío: véase el mas elevado á brillantes puestos y dignidades y hallará, que á pesar de su aparente elevacion, se mantiene abatido en el abismo de su nada: véase el joven robusto gozando alegre la

apacible primavera de sus años: la dama hermosa encantada con los atractivos de su belleza, y hallarán que al uno su robustez, y á la otra su hermosura de nada les sirven para no estar dentro de poco tiempo bajo un horroroso sepulcro consumidos de la podredumbre y los gusanos. De este retrato, señores, de este vivo y profundo conocimiento de la propia miseria se vale diestramente la humildad, no solo para conducir al hombre al desprecio de sí mismo, sino aun para inclinarle y hacerle que anhele, que aspire y que desee gustoso el abatimiento, la mortificación y los desprecios; porque, reflexad, no satisfecha esta virtud con poner al humilde en estado de conformarse y de sufrir pacientemente todo cuanto disgusta á la carne y á las pasiones, á mas de esto le hace formar una tan clara idea de su vileza, de su indignidad y su miseria que, juzgándose indigno de todo, abraza y recibe con gusto lo mas penoso. Esta es toda la energia de la breve explicacion que nos ha dado el catecismo de la humildad: *inclinacion al propio desprecio*, y este es tambien aquel misterio oculto de la gracia que únicamente comunica, y descubre Dios á los humildes, y que no solo ignora el mundo, sino que aun mira con

irrisión como estravagante necedad ó locura.

Que un hombre (de este modo discurre la prudencia del siglo) á la luz de la fé con la continua memoria de una espantosa eternidad se sugete á vivir mortificado, se niegue á sus pasiones y apetitos, crucifique su carne y sus sentidos es cosa que aunque á pesar de la natural repugnancia puede conseguirla una virtud cristiana; pero que un hombre compuesto de carne y sangre halle su gusto en las penitencias, que le aflijan y horroricen los placeres, que le incomoden las riquezas, que huya espantado de los honores y estimaciones; esto no se hace creible sino en un bronce ó marmol con semblante de hombre, ó en un insensato ó insensible. ¿Así prudentes engañosos? ¿Luego no eran de carne y sangre tantos humildes confesores tan amantes de la mortificación; que aborreciendo aun el preciso sustento y descanso, les pesaba y amargaba la vida por la necesidad de mantenerla con el alimento y el sueño? ¿Luego era insensibles tantos ilustres penitentes que empleando los dias en oracion continua, macerando su carne con ayunos y sangrientos castigos, ya pasando la noche sumergidos en helados estanques,

ya entre punzantes cambrones y espinas era para ellos dulce regalo la penitencia é insaciable incomodidad el regalo? ¿Luego no tenían juicio un Francisco de Asis, un Juan de Dios, y otros santos sin número que solicitaban y buscaban ansiosos las irrisiones, las injurias y los desprecios tan satisfechos cuando los conseguían como el mundo con los honores y los aplausos? Prudentes eran, sensibles y muchos de ellos vestían una carne criada entre delicias y regalos; pero se conocían á sí mismos y este conocimiento los arrebatava violentamente y los inclinaba gustosos á las mortificaciones y los desprecios. Bien puede el mundo calificar á esta virtud de insensatez y de locura y protestar que ella es para él un misterio incomprensible; que al fin es ciego y no se conoce.

Si á mí me fuera concedido para acabar de descifrar esta racional virtud con que los santos mientras mas se amaban á sí mismos mas se mortificaban y despreciaban: si yo pudiera penetrar hasta el fondo de aquellos corazones humildes, y descubrir el prodigioso modo con que su conocimiento y su amor eran los inexorables verdugos egecutores de su abatimiento y sus mortificaciones, entonces si po-

dria daros una idea clara y cabal de esta virtud. Yo me imagino que, abismándose hasta el profundo de la miseria de su ser, sumergidos en su misma nada, se dirían á sí mismos: cuerpo mio yo te amo; pero porque te amo tiernamente te debo dar lo que mereces: eres polvo, y que mal se te acomodan las telas y los brillos, y que ajustados te vienen los andrajos y vestidos sucios: eres inmundada carne en que se han de apacentar los gusanos, y que agenos te fueran los placeres, las delicias, y los alimentos delicados, y que propios te son los ayunos y las penitencias: eres vaso en que rebosa la malicia y la iniquidad, burlas injuriosas fueran para ti los honores y los aplausos, y solo se te debe el mas indigno tratamiento; te amo y deseo verte algun dia revestido de gloria, y embriagado de purísimos deleytes, por eso te purifico mas y mas con un padecer transitorio. Asi discurrían los santos; pero mal dije, no discurrían asi, porque solamente quien fuere verdaderamente humilde podrá explicar y concebir esta hermosísima union que tienen entre sí el amor propio y la humildad. Pero aun á vista, señores, de lo que confusamente os he explicado ¿no tenemos bastante fundamento para creer que es la humildad re-

medio oportuno que cura de raíz las mortales dolencias del imaginado amor propio? Traed á la memoria lo que dijimos la primera tarde: aquel es raíz de las pasiones, ésta es fundamento de las virtudes: aquel envilece al alma y la hace esclava vergonzosa del cuerpo; ésta sujeta al cuerpo y le hace obediente criado del alma: aquel tiene por ídolo suyo á la carne; ésta la consume y la sacrifica en las aras de la penitencia; y cuán lejos está ella, y cuán distante pone al hombre de los artificiosos disimulos del amor propio que esplicamos ayer! porque la que descubre á su dueño los vicios mas ligeros, la que reputa por delitos enormes las faltas mas pequeñas; cómo podrá permitir que el vicio se oculte con nombre de virtud ó que viva á cubierto de ella?

Por último, señores, si lo que os he dicho os parece una de aquellas sutiles máximas de la vida espiritual á que no se acomodan facilmente las ideas de unos hombres, que, ó por su estado y condición, ó por su puesto y egercicio, se ven precisados á vivir manteniéndose entre el ruido del mundo el honor, el lustre y el decoro; yo quiero sin repugnancia acomodarme á vuestro modo de pensar. Si lo que mas os pica es una justa y hon-

rosa ambicion, si este es todo el centro de vuestro amor propio, solo la humildad puede ser amor propio digno de quien aspira á los honores. Mortal, perecedera y que se desvanecerá con vosotros es la honra que os puede dar el mundo: aquellas frias losas que cubrirán algun día vuestros huesos sepultarán tambien con ellos en profundo silencio vuestros honores, vuestros aplausos y aun vuestro mismo nombre: no habreis conseguido otra cosa con el mas honrado destino, que el que perezca y se acabe vuestra memoria con el sonido ruidoso de unas campanas. Solo la humildad os grangeará en el mundo y aun entre los hombres un nombre inmortal que nunca perezca, un honor eterno que pase de gente en gente, de nacion en nacion, de siglo en siglo. Solos los laureles que tege la humildad no marchita la muerte: solo las coronas que ella adquiere no consume el olvido. No hizo el gran Teodosio inmortal su nombre, ni por el cetro que empuñaba, ni por las victorias que conseguia; si por haberse postrado humilde á los pies del ilustre prelado de Milan. San Luis y San Fernando no gozaron para si, para España y Francia los gloriosos honores con que se aplauden subiendo á la cumbre del

trono; sino humillándose á la penitencia. Luego solo la humildad es el verdadero amor propio, porque quanto mas parece que nos envilece y abate, tanto mas nos ensalza y engrandece: solo el humilde es grande á los ojos de los hombres; pero mas grande á los de Dios porque él solo se hace digno objeto de sus alabanzas y de su aprecio: solo el humilde es grande; porque él solo en el egercicio de la humildad va atesorando las mas ricas virtudes. Conoce el humilde su ignorancia y la cortedad de sus luces, y este conocimiento le hace ingetar sin repugnancia su entendimiento á los misterios de nuestra fé. Conoce su miseria y sus pasiones, y esto le lleva á poner solo en Dios su confianza y esperar en él con firmeza. Conoce que quanto tiene le viene sin mérito alguno de Dios solo, y esto le obliga al mas tierno agradecimiento y á pagarle con sólido amor sus beneficios. Conoce al fin que es nada; y quanto mas se humilla, mas se ensalza; quanto mas se abate, tanto mas se levanta; y quanto se sepulta hasta el abismo profundo de su nada, entonces vuela mas ligero á la cumbre de la gloria.

PLÁTICAS DOCTRINALES

DE LA GRACIA SANTIFICANTE.

Plática primera: la naturaleza de la gracia.

Siempre ha admirado el mundo cristiano aquellas gracias obradoras de portentosos milagros con que ha adornado el Señor á algunos de sus siervos á beneficio de la iglesia santa señalándolos singularmente entre el resto todo de los fieles. Al leer en las historias sagradas y eclesiásticas aquellas ruidosas maravillas con que arrebatában tras sí la admiracion y afecto de los pueblos muchos varones santos; al acordarnos de los antiguos profetas descubriendo á los pueblos los mas oscuros misterios y los sucesos de los mas distantes tiempos, los repetidos milagros con que los primeros predicadores de la ley evangélica daban á conocer la omnipotente virtud del Señor, siendo tal vez la sombra de sus cuerpos medicina á las enfermedades; al traer á la memoria el prodigioso don de lenguas de un Xavier con

trono; sino humillándose á la penitencia. Luego solo la humildad es el verdadero amor propio, porque quanto mas parece que nos envilece y abate, tanto mas nos ensalza y engrandece: solo el humilde es grande á los ojos de los hombres; pero mas grande á los de Dios porque él solo se hace digno objeto de sus alabanzas y de su aprecio: solo el humilde es grande; porque él solo en el egercicio de la humildad va atesorando las mas ricas virtudes. Conoce el humilde su ignorancia y la cortedad de sus luces, y este conocimiento le hace ingetar sin repugnancia su entendimiento á los misterios de nuestra fé. Conoce su miseria y sus pasiones, y esto le lleva á poner solo en Dios su confianza y esperar en él con firmeza. Conoce que quanto tiene le viene sin mérito alguno de Dios solo, y esto le obliga al mas tierno agradecimiento y á pagarle con sólido amor sus beneficios. Conoce al fin que es nada; y quanto mas se humilla, mas se ensalza; quanto mas se abate, tanto mas se levanta; y quanto se sepulta hasta el abismo profundo de su nada, entonces vuela mas ligero á la cumbre de la gloria.

PLÁTICAS DOCTRINALES

DE LA GRACIA SANTIFICANTE.

Plática primera: la naturaleza de la gracia.

Siempre ha admirado el mundo cristiano aquellas gracias obradoras de portentosos milagros con que ha adornado el Señor á algunos de sus siervos á beneficio de la iglesia santa señalándolos singularmente entre el resto todo de los fieles. Al leer en las historias sagradas y eclesiásticas aquellas ruidosas maravillas con que arrebatában tras sí la admiracion y afecto de los pueblos muchos varones santos; al acordarnos de los antiguos profetas descubriendo á los pueblos los mas oscuros misterios y los sucesos de los mas distantes tiempos, los repetidos milagros con que los primeros predicadores de la ley evangélica daban á conocer la omnipotente virtud del Señor, siendo tal vez la sombra de sus cuerpos medicina á las enfermedades; al traer á la memoria el prodigioso don de lenguas de un Xavier con

que se hacía entender de diferentes naciones; el imperio de un Antonio, un Vicente, un Francisco de Paula sobre la muerte y la enfermedad: absortos todos llenamos de alabanzas el omnipotente brazo de Dios, ensalzamos la dicha de estos santos llamando afortunados aquellos tiempos. Querriamos haber visto por nuestros ojos mismos, y sido testigos de tantas maravillas. Y lo que es mas, si Dios descendiendo á nuestros deseos quisiera conceder á cada uno de nosotros, aun á costa de austeras mortificaciones y penitencias, aquel don que le pareciera mas singular: cual escogiera el poder resucitar los muertos, cual la virtud de sanar las enfermedades; este querría tener sujetos á su voz los elementos, aquel con luz profética prevenir los futuros sucesos, y todos finalmente desearian poder imperiosamente trastornar á su voz la naturaleza. Y ¿quién no ve en medio de estos deseos, nacidos por la mayor parte de un ambicioso anhelo de parecer glorioso á los ojos de los hombres, cuan poco se encienden nuestros corazones en deseo de aquel soberano don á cuya consecucion se ordenan las demas gracias y los mismos milagros, y en cuya comparacion son corto prodigio las mas estupendas maravillas?

Aquel don, digo, preciosa margarita en cuya compra empleó sus bienes todos el mas sabio negociante; aquella semilla fecunda de la eterna gloria; aquella fuente de agua viva cuyos raudales corren como á su centro á la celestial patria; aquel bien cifrado en los prodigios de la antigua ley, anunciado tantas veces por los profetas; y por último aquel de quien no fué otro el precio que la vida; muerte é infinitos tesoros de los méritos de un Dios hombre. Direlo de una vez, la gracia que justifica nuestras almas, siendo como es superior no solo á cuanto tiene de hermoso la naturaleza, sino tambien á cuantos dones comunica el Señor á sus santos es la que olvidada de unos y apetecida tibiamente de otros tiene á pesar de su infinita hermosura pocos adoradores entre los hombres. Y si es por lo comun la principal causa de no apreciar las cosas grandes el poco conocimiento de su mérito: levantad, señores, vuestro entendimiento sobre cuanto tiene de honroso la tierra á contemplar, en la breve explicacion que he determinado hacer en estas tres tardes de la dignidad de la gracia, cosas las mas soberanas y celestiales, las mas útiles é interesantes y en las que se cifra la perfeccion de la ley, adonde se

encamina la inefable virtud de los sacramentos y en una palabra, aquel don que debe ser el objeto de todos los anhelos de un cristiano.

Los géneros de gracia vino á merecernos con el precio infinito de su sangre el Salvador del mundo. La una, que se llama actual, no es otra cosa que aquellas ayudas y socorros con que ó para adquirir la gracia perdida, ó para aumentar la ya adquirida alienta y fortalece el Señor universalmente á justos y pecadores. Aquellas voces interiores que aun en medio de las mas enormes culpas nos estan clamando que la hora de la muerte es incierta, que nos amenaza una infeliz eternidad. Aquella amarga desazon é inquietud que, aun entre los placeres mas exquisitos, nos turba el corazon. Aquel inmenso peso que sin sentir nos arrastra á colocar nuestros deseos en el único sumo bien. Estos y otros semejantes dones todos de la mano omnipotente llamamos gracia actual. La otra gracia, que se llama habitual y santificante, propia de solo los justos, reina de las virtudes y enemiga irreconciliable del pecado, que ha de ser el objeto de nuestro discurso, es la que se infunde en el sagrado Bautismo, y, si despues se pierde por la culpa, se recupe-

ra en el sacramento de la penitencia. Esta, pues, dice el sagrado concilio de Trento, es un divino ser impreso en el alma, que borrando en ella toda culpa como una soberana luz la ilustra, la hermosea y la convierte en una copia la mas viva de la divinidad. Acomodado á esta católica doctrina, gracia, dice nuestro catecismo, es un ser divino que nos hace ser hijos de Dios y herederos de su gloria. ¡Qué confusa es, pero que magnífica y llena de grandeza esta esplicacion! Un divino ser por el cual el alma superior á cuanto poseen por naturaleza los mas encumbrados serafines, compañera y participante de la misma divinidad, endiosada y deificada, como dice el doctor de las escuelas Santo Tomas, se coloca en un grado divino; un ser tan perfecto que siendo raiz fecunda de las virtudes todas ensalza al alma á ser por participacion lo que es Dios por su naturaleza.

A la verdad que nuestro amante Dios al querer de este modo hacernos participantes y compañeros de si mismo, se valió para vencer al demonio de las mismas armas con que el derribó de aquel feliz estado al primer hombre Adán y quiso elevarnos por aquel mismo rumbo por donde infelizmente nos habiamos precipi-

tado. Escitó Lucifer, ya lo sabeis, en nuestros primeros padres, Adán y Eva, unos deseos los mas soberbios de la divinidad, persuadiéndoles á que si comian del fruto vedado se harian como unos dioses sabedores del bien y del mal: *eritis sicut Dñi scientes bonum et malum*. Dios, le decia este astuto enemigo á la inadvertida Eva, os amenaza con la muerte al punto que gustéis de ese fruto; pero sabe que en él está escondida una soberana virtud, tal que si llegais á comerle seréis como otros dioses: *eritis sicut dñi*. Creyeron finalmente aquellos corazones arrebatados de un ambicioso anhelo de la divinidad una al par que magnífica engañosa promesa, y faltando á la debida obediencia se lloraron repentinamente esclavos del demonio, los que ya se presumian sabios dioses. Cotejad ahora, señores, la falsa y mentida promesa del demonio con la infalible cierta aseveracion del Dios de la verdad. Porque si fue causa de la universal ruina un desordenado deseo de ser como Dios, en la misma participacion de la divinidad es el Señor el remedio á nuestro mal. Yo, dice el Señor á las almas, yo suma infalible verdad os aseguro que sois dioses: *ego dixi dñi estis*. Todos sin distincion de estado ó cali-

dad los que por vuestra dicha conservais en el alma la divina gracia nobles y plebeyos, ricos y pobres, sabios é ignorantes sois ya por una excelente participacion como Dios: Tú hombre tan miserable á los ojos del mundo, tú infeliz muger oprobio y escarnio de cuantos te miran, sois ya, desde aquel punto en que con lágrimas de verdadero dolor llorasteis vuestras culpas á los pies del confesor, no ya gloriosa rama de troncos reales, no descendientes de soberanos reyes de la tierra, sino descendientes participantes de la misma grandeza del Rey de los cielos, de estirpe divina y elevada por participacion al mismo escelso orden de la divinidad: *ego dixi dñi estis*. Aquí si que se satisfacen los mas ambiciosos deseos del corazon, y sin temor de ser engañados logramos en el don de la gracia la falsa promesa con que arruinó Lucifer á nuestra naturaleza: *Eritis sicut dñi*.

Pero ya oigo que sumergido nuestro limitado entendimiento en tanto abismo de grandeza abortito no puede imaginar esta maravillosa transformacion. ;Una criatura vaso de iniquidad, espuesta á las mas vergonzosas pasiones; una criatura, que á los ojos de Dios es menos que lo que vale en comparacion del vasto oceano una

pequeña gota de rocío puede verse sublimada á un orden divino, gozando por participacion los soberanos gages de la divinidad! Yo os confieso que excede toda idea como la criatura sin dejar de serlo goce unas propiedades divinas sin ser Dios. llegando á participar los mas excelentes atributos del ser supremo. Pero ¿qué puede el hombre entender cuando se trata de los magníficos dones de un Dios? ¿qué puede alcanzar cuando se le proponen los efectos de aquel amor escusivo con que le ha amado? Atended no obstante y ayúdennos si pueden las cosas de la tierra á entender en algun modo este don todo del cielo. Ya habreis visto aquellos sellos reales impresos en bronce ó plata que conteniendo, ó el nombre ó la imagen del Rey sirven para dar crédito y solemnizar ya las gracias, ya las mas interesantes resoluciones de la Magestad; ó con que veneracion se miran, se guardan y se conducen! Solemos reverentemente besarlos, y ponerlos sobre nuestras frentes tributándoles el reconocimiento de nuestro vasallage. Tanta veneracion á un bronce, tanta sumision á un papel? ¡Oh! que aquel bronce y aquel papel sin dejar de ser lo que son estan sellados con el nombre ó imagen real.

Bien, pues, vosotras almas que recibis la gracia, esclama el Apóstol S. Pablo, sin dejar de ser criaturas estais selladas con el mismo Espiritu Santo, recibis una forma divina, os haceis viva imagen del Criador, y una figura de su bondad y santidad: *in quo credentes signati estis spiritu promissionis sancto*. Sois limitadas, es verdad; pero teneis impreso en el alma el sello de la omnipotencia. Sois ignorantes; pero estais selladas con la divina sabiduria. Sois pobres, teneis pasiones; pero estais en lo interior vivamente señaladas con la riqueza y santidad de Dios. Sois en fin criaturas, pero teneis impreso con la divina mano el sello del Espiritu Santo: *signati estis Spiritu promissionis Sancto*. ¿Y no habeis visto, dice Santo Tomas, al hierro que siendo un metal denegrido, obscuro, frío y sin actividad metido en la fragua y transformado en fuego, sin dejar de ser hierro, se ablanda, luce, resplandece y calienta; así el alma en la fragua del amor, y la gracia de pecadora se hace santa, de fea hermosa, de enferma sana, de miserable divina, y sin dejar de ser lo que es se endiosa, digámoslo así, y se deifica. ¿Qué hay pues que admirarnos si oimos clamar uniformemente á los santos padres y teólogos que por la gracia no solo se partici-

pa la divina naturaleza, sino viene la persona del Espíritu Santo á habitar en nuestras almas? El mismo Espíritu que con universal asombro se dejó ver bajo la figura de lenguas de fuego sobre los apóstoles, él mismo invisiblemente baja sobre las almas justas, no ya en figura, sino en su propia persona á tener en ellas su habitación. Por eso, dice Santo Tomas, por el beneficio de la gracia se perfecciona el alma para que libremente no solo use del don criado de la gracia, sino que goce de la misma persona divina; dignidad en la verdad capaz de hacernos concebir un vergonzoso sonrojo de nuestros pasados defectos, y de alentarnos á las mas heroicas virtudes.

De Plinio filósofo se refiere que al considerar la nobleza del alma racional se avergonzaba de manera de tener cuerpo, que nunca se le oyó decir su linage, sus padres, ni su patria, y aun queriendo en cierta ocasion retratarle no lo permitió creyendo no era justo, que pareciera corporeo, quien tenia una alma tan noble. Orgullo de un idólatra; pero que deberíamos aprender en él cuán lejos debe estar de los placeres del cuerpo, quien tiene un huésped tan soberano dentro de sí como el mismo Espíritu Santo; y mas cuando

no solo este divino Espíritu, sino tambien el Padre y el Hijo moran en ella como en su templo. Hace el Espíritu Santo, dice el gran padre S. Agustin, con el Padre y el hijo en las almas justas su interior morada. Dios que es la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo vienen á nosotros quando nosotros venimos á ellos. Es verdad que Dios por su inmensidad está intimamente presente en todo lugar, y á todas las cosas. Pero á no ser Dios inmenso, á no estar en todo lugar, en virtud de la gracia estaria de asiento como en su trono en la alma justa toda la beatísima Trinidad. O ¡qué aquí faltan las palabras, se entorpece la lengua, y se confunde todo entendimiento! ¡O si el Señor nos concediera poder percibir sensiblemente poniéndonosla á la vista una alma en gracia! Yo bien sé, que enagenados los sentidos, absortos y pasmados no podríamos sufrir, como el mismo Jesucristo reveló á Santa Bégida, el brillo de tanta hermosura. ¡Oh padre, decía Santa Catalina de Sena á su confesor, si vieras la belleza de una alma en gracia, no dudo sino que por una sola te pusieras á morir muchas veces. Pero si fortificados del poder divino llegara á presentársenos su hermosura; ó como arrebataria tras sí todos nuestros afectos!

Veríamos como llena el alma de una luz celestial mas brillante que el sol, mas lucida que la luna y estrellas, eran en su comparacion obscuros los mismos cielos. Acompañada la gracia del hermoso coro de las virtudes, que le hacen como á su reyna una lucida corte, está en el alma como en un trono. La templanza, la castidad y la humildad, repartidas en las gradas de un trono sublime, sirven de preciosas margaritas que le hermocean. Al rededor de este trono se ven en ademan humilde los ángeles santos: allá á lo lejos se divisan en precipitada fuga la turba de unos monstruos disformes, la soberbia, la envidia, la impureza, á quienes la gracia ha arrojado violentamente de aquella alma. Pero levantad un tanto los ojos y ved descansando allí como en agradable tabernáculo al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, toda la beatísima Trinidad, á quien es corto asiento el mismo cielo.

¡Oh alma santa, tálamo de Dios, tabernáculo de la Trinidad inefable, cielo empireo, relicario hermoso, sagorio, corte de la adorable divinidad! Yo en lugar de llenarme de regocijo al considerarte, pasmado de sentimiento y de dolor con mas razon que allá el profeta Jeremias quisiera tener arroyos de lágrimas en que

inundar mi corazon. Vuelvo los ojos á tantas almas perdidas por el pecado, y veo que el que antes era trono de la Trinidad augusta, es inmundo asiento del demonio; veo que con inaudito vilipendio es arrojado el Espíritu Santo, y colocado en su lugar Satanas; veo á las virtudes unas oprimidas, otras huyendo retiradas del alma, y que el lugar de la humildad le ocupa la soberbia, el de la liberalidad la avaricia, el de la castidad, la lascivia; veo convertida la luz en tinieblas, el candor en negra obscuridad, y veo que tuvo atrevimiento el cristiano para arrojar por su propia mano de su alma al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo, y albergar á la soberbia, á la avaricia, á la ambicion. Si, señores, este fué el infeliz efecto que causaron en aquella alma, ántes compañera de Dios, aquellas culpas de que se hacia tan poco aprecio y á que tan facilmente nos arrojamos. El Espíritu Santo, todo pureza y santidad, huye de aquellas obras de carne y sangre á que el mundo atrae y convida.

La humildad cristiana, la mortificacion, el amor del prójimo y la práctica de las devociones son aquellas luces por donde podemos conocer en algun modo si habita en nuestros corazones este divi-

no luego, Mas si el lugar de estas virtudes le ha ocupado en una gran parte del cristianismo aquel aire de orgullo y vanidad, aquel espíritu de libertad con que entregados á los placeres, á las conversaciones, á las vistas fomentamos las mas locas pasiones con el necio pretesto de que esto lo pide la sociedad y lo demas es de spiritus apocados: si este espíritu ha dominado el corazón: ¡tristes de nosotros que viviendo arreglados á las leyes de la carne, no vivimos en aquel espíritu todo bondad! Pero vosotras almas justas, que por vuestra increíble dicha manteneis hermosa y brillante la divina imagen, y sin haberla manchado sois morada de la angusta Trinidad; conoced vuestra grandeza y no queráis volver á la antigua miseria con una indigna transformación. Esta era la utilísima doctrina que daba el gran Pontífice San Leon á los cristianos: *agnosce de homo dignitatem tuam &c.* Conoced, almas, vuestra dignidad, acordaos que participantes de la divinidad estais selladas con el mismo Espíritu Santo, que sois habitacion dichosa de la Trinidad angustísima, y no queráis por un breve gusto, por un placer pasajero, por una fragil condescendencia volver á aquella antigua infamia de que os libertó la gra-

cia. Antes, llenas de una santa alegría de veros sublimadas á tanta grandeza, aspirad á perfeccionar en vosotras mismas aquella imagen viva de la divinidad, que desatada alguna vez de las prisiones estrechas de la carne se vea resplandecer, lucir y brillar ante el supremo solio del Rey de la gracia y la gloria.

Plática segunda: estima de la gracia por que hace al hombre hijo adoptivo de Dios y su heredero.

Nacer de padres nobles é ilustres, ser y llamarse hijos de hombres que por sus obras se han grangeado el nombre de grandes, es un titulo que, sin tener parte alguna el propio mérito, es materia de grande gloria á la vana ambición de los mortales. Por mas que ensoberbecidos los hombres hagan vana ostentacion de su nobleza; por mas que cuidadosos muestren en las estatuas é imagenes de sus mayores, en las empresas y escudos unos monumentos que sirvan á la posteridad de testigos que muestren lo ilustre y limpio de su origen, nunca podrán huic la aguda y justa reprehension de Ovidio. Estas empresas, esos hechos, esos heróicos progenitores no son efectos de vuestro

mérito, y por tanto injustamente os preciais de cosa agena: *nam genus et pro avos et que non fecimus ipsi; vix ea nostra voco.* No obstante, si es reprehensible el orgullo vano de quien así se jacta, es preciso confesar que es la nobleza una prenda apreciable, que distinguiendo y calificando á quien la posee, le hace acreedor á la estimacion de los hombres, le ilustra y aun con aprobacion de las mismas leyes le grangea un distinguido lugar en el aprecio de los principes. Nadie es verdad pudo elegir sus padres, pero así en esto como en los dones naturales quiso la sabia Providencia adornar á algunos con el ilustre nacimiento de nobles padres; mientras otros, aunque sin culpa suya, reconocen por tales en un origen bajo y desconocido á hombres oscuros y sin lustre. ¿Quién duda que á ser esto efecto de nuestra eleccion, á estar en nuestra mano elegir padres á quienes deberiamos el sér, todos querriamos haber nacido de poderosos reyes, de soberanos heróicos, de hombres singulares en todo género? Por tanto, para alentar vuestros corazones al debido aprecio de la gracia, quiero mostraros en esta tarde cuan amante, cuan liberal nuestro Dios ha dejado á nuestra eleccion una nobleza real, escelsa: poco he

dicho: una nobleza divina á que pudiendo todos aspirar sin distincion podemos gloriarnos de tener por padre al Rey omnipotente, al origen de toda nobleza, al supremo Señor, al mismo Dios. Esta es la segunda inefable dignidad que da la gracia al hombre hacerle hijo de Dios: consecuencia forzosa de aquel sér divino, de aquella semejanza en la divina naturaleza que en la tarde de ayer fué materia de nuestra esplicacion. Esta filiacion, pues, mas noble de la gracia, que, como dice el catecismo, es un sér divino que nos hace hijos de Dios es don tan grande, tan sublime que en él convida el Apostol San Juan á los hombres á que reconozcan la inmensa caridad de nuestro padre Dios: *vultis qualem charitatem dedit nobis pater, ut filii Dei nominemur et simus.*

Mas he aquí que desde el primer paso hemos dado en el escollo de una gran dificultad. ¿Cómo puede ser, dice alguno, que sea propio don de la gracia hacer al hombre hijo de Dios, si aun los impios, si aun los pecadores pueden llamar á Dios con el dulce nombre de padre, y el Señor en las escrituras se llama universal padre de todos? Ya habreis visto, señores, á un caritativo padre de familia que go-

bernando sabia, prudente y cristianamente su casa de todo cuida, á todo asiste, y no falta ni á los mas humildes criados, antes bien cuidando del sustento de estos, instruyéndolos, corrigiéndolos y velando siempre su bien merece llamarse como él mismo lo hace padre de sus criados. Si, que por eso las leyes le dan el nombre de padre de familias, y es cosa verdaderamente indigna de un cristiano que haya tiranos señores de sus criados, que maltratándolos cruelmente no oigan los miserables de la boca de su Señor sino injurias, dicitorios, maldiciones tal vez, y, lo que es mas digno de lástima, nunca se oigan llamar de ellos ni aun por sus propios nombres. Pero siendo este padre cristiano padre de familias cual lo hemos visto, decidme ¿quiénes son singularmente sus hijos? Son estos siervos á quienes tanto cuida, á quienes en todo asiste, y de quienes es llamado padre? No por ciertos hijos propia y singularmente son aquellos á quienes él mismo dió el ser haciéndolos imagen suya, amándolos especialmente y haciéndolos herederos de su casa. Imaginaos á este modo á Dios que cual celoso padre de familias vela, asiste y atiende aun á los mas indignos pecadores: criólos, los conserva, los redimió, y

á pesar de su indignidad los sustenta; los cuida, los llama y los corrige. ¡Oh quién pudiera detenerse aquí á meditar despacio el exceso de amor de Dios! Nosotros pecadores que hemos tenido osadía para arrojar á Dios de nuestras almas, indignos por tanto de que el sol nos alumbrase, de que nos vivifique el ayre, y de que nos sustente la tierra ¿nos vemos no obstante asistidos y llenos de beneficios de la divina mano? Y á vista de que Dios nos vuelve beneficios por enormes ingratitudes, ¿perseveramos aun en el pecado por un leve placer, por un interes ratero? ¡Oh ingratitud monstruosa! ¡Oh ceguedad! ¡Oh necesidad agena aun de los brutos! Es, pues, Dios por titulo de criador, de conservador y redentor, padre de todos; pero singular y propiamente son hijos suyos los que teniendo por la gracia un ser divino participan su misma naturaleza, y adoptados por él, siendo morada de su mismo espíritu, logran un derecho incontestable á la gloria de Dios.

Peró no penséis que esta adopción que se hace por medio de la gracia es, ó un mero titulo, ó efecto de esterilidad, ó necesidad. La adopción entre los hombres, dice Justiniano, es un socorro del matrimonio, remedio de la fortuna que

suple la esterilidad, ú orfandad: *adoptio nuptiarum subsidium, fortune remedium suplet sterilitati et orfuitati*. Fué costumbre ya desde el tiempo de los romanos adoptar á los estraños por hijos concediéndoles el mismo derecho y dignidad que si fueran nacidos del matrimonio, admitiéndolos á su misma familia, y apellido, dándoles derecho universal de sus bienes, y tratándolos con aquel amor y autoridad que si fueran propios. Por este derecho de adopcion coronaron sus sienes con las diademas del imperio Augusto y Tiberio, Caligula y Neron: reconociéndose de suerte deudores á aquellos que los habian adoptado, que, como decia el Rey Atalario á su abuelo adoptivo, mas apreciaba mostrarse con él agradecido, que la misma real hacienda y señorío. Y bien ¿qué otra cosa obra esta adopcion entre los hombres sino un mero titulo y reputacion sin que el que adopta dé al hijo mas noble sangre, ó mejor disposicion, ó prendas de alma y cuerpo que le hermoseen? No así Dios cuando por la gracia adopta al hombre, porque hermoseálo interiormente, inundiéndole su mismo espíritu, haciéndole participante de su misma naturaleza le convierte en una nueva criatura, de suerte que, no solamente se llame,

y sea reputado, sino que es en realidad hijo suyo: *ut filii Dei nominemur et simus*: tanto que escediendo esta adopcion á la misma filiacion natural, somos los hombres con maravillosa ventaja mas hijos de Dios por la gracia, que de aquellos á quienes reconocemos padres sobre la tierra. Y que mucho si quando á nuestros padres les somos deudores de la carne y la sangre: Dios cuando nos adopta por la gracia nos dá para que habite en nosotros su mismo espíritu. ¡Oh titulo soberano el de hijo de Dios, ó dulce y suave nombre el de padre! nombre todo de consuelo, nombre de amor, nombre que alienta nuestra confianza, nombre que arroja de nosotros todo temor servil! Sirvan los nombres de omnipotente, de justiciero, de inmenso, de soberano, de sabio para humillar nuestros corazones, y para infundir en ellos la mas profunda veneracion á Dios: pero al acordarnos que somos hijos, al endulzar nuestros labios con el suave nombre de padre alentémonos y lleguemos á su presencia no como timidos siervos, sino como hijos amadísimos. ¡Con qué confianza llega á los pechos de su madre el pequenito infante, como corre á sus brazos, y puesto á su regazo se entrega á sus halagos y caricias, y si alguna vez ate-

morizado se retira de ella, esto sirve á la amante madre de la mayor amargura! ¿Adónde estan, pues, aquellos temores, aquellos congojosos sobresaltos de las almas justas? Mi indignidad, dicen, mi miseria me tiene confusa y atribulada, ella me retrae muchas veces de la presencia adorable del Señor, y me hace llegar llena de temor y sobresalto. Sois, es verdad, pobres gusanillos, sois indigno polvo, si atendeis á nuestra naturaleza; pero sublimadas por la gracia á la dignidad de hijos de Dios. ¿sabeis que amargais su amante corazón con esos vanos temores? Entregaos si confiadamente al seno de su divina misericordia, y alentando vuestro temor con el nombre de padre pedid, orad, confiad que si los hombres colman de bienes á sus hijos, ¿cuánto mas, dice el mismo Jesucristo, el celestial padre os llenará de su espíritu?

Esto solo era bastante para darnos á conocer el inestimable precio de la divina gracia, la nobleza, la dignidad que en ella logramos de hijos de Dios; pero á mas de esto ha colocado en C^{ta} el Señor un derecho incontestable á bienes tan grandes, tan sublimes, que siendo sus verdaderos hijos tengamos tambien derecho como herederos á toda su gloria. Si

sois hijos, decia San Pablo escribiendo á los romanos, sois tambien herederos, se os deben de justicia todos los bienes y la gloria de vuestro padre Dios: *si filii et haeredes*. Estended la vista por cuanto tiene de hermoso, rico y opulento la tierra. Dad una ojeada á la hermosura y amenidad de los campos; contemplad cuanto oro y plata encierra en sus senos la tierra; cuanto tienen de grande y opulento los mas poderosos imperios; levantad despues los ojos ácia el cielo á registrar tantos brillantes astros, tantos planetas lucidos; penetrad un poco en la hermosura de aquella ciudad celestial, corte de todo un Dios, de la compañía de tantos ángeles soberanos, de tantos justos, de la Reyna de todos Maria Santisima. A todo esto os da derecho la gracia, de todo esto sois herederos: todo se os debe, Dios, aquel Señor que sobrepaja infinitamente á cuanto hemos dicho, él es la principal porcion de vuestra herencia, su gloria y su posesion son los bienes de vuestra legitima: *ego meritis tua magna nimis*. Y ego puedo menos cuando llevo á contemplar aquel soberano dominio, aquel lleno de bienes, aquel torrente de delicias de que son herederos los justos; no puedo menos que preguntarme atóni-

to á mi mismo; si para llegar á la posesion de esta herencia fuera necesario retirarse solitario á los yermos, entregarse á las mas ásperas penitencias, abstenerse aun de los placeres inocentes, despojarse de todas las riquezas; ¿qué hombre habria, aun consultando solo á las luces de la razón, que no se privara voluntariamente de bienes tan rateros por llegar á verse dueño de tesoro tan grande? No ignoramos que á mucho mas se espondria el corazon del hombre ardiendo en la insaciable sed de ser feliz á prometérselo aquellos bienes de la tierra que encantan sus groseros sentidos. ¿A qué no se espondria un infeliz esclavo si juntos de comun consentimiento todos los reyes y soberanos del mundo, las repúblicas rotas y los pueblos determinaran adoptarle por hijo, hacerle su heredero, darle un derecho absoluto sobre el universo, advirtiéndole solo que para llegar á ser señor de todo, habia por algunos años de renunciar á aquellos cortos bienes que podia adquirir, y apartado del comercio de los hombres, lejos de todo placer, debería vivir entre estrechas prisiones en una cárcel. Al considerar este hombre la dicha que se le prometia, al representarse en su imaginacion que no era menos la heren-

cia que esperaba que los vastos términos de la tierra; y que, como á soberano dueño de todo, le habian de servir humildes las testas coronadas, animoso ofreceria sus manos á las cadenas, iria por sí mismo huyendo de los hombres á encerrarse en la cárcel, y alentado con la esperanza de tanto bien le pareceria todo suave. Injusta es, desigual y muy distante la comparacion, porque ¿qué proporcion tienen las grandezas de la tierra con los tesoros del cielo y de cuanto abraza el mundo, que todo, como dice el Apostol San Pablo, todo es propiamente herencia del justo? *omnia vestra sunt.* ¿ni qué proporcion tan duras condiciones con aquellas snavisimas que Dios ha puesto á sus herederos? No les manda forzosamente el Señor que se despojen de toda riqueza, sino que conserven aun en la posesion de estas un corazon limpio y desinteresado; no que se abstengan de todo placer, si de aquellos que solo sirven de fomentar las pasiones. No que se retiren del comercio de los hombres, si que viviendo entre ellos se acuerden que su conversacion y su trato es en los cielos. Verdaderamente que no es menos de admirar la inagotable catidad de Dios para con los justos que tantos bienes les ha preparado, que la insensibi-

lidad de nuestros corazones que no se de-
 jan ablandar. Yo no puedo explicar lar-
 gamente los muchos títulos porque se le
 debe al justo este derecho universal sobre
 todo. Los padres de la iglesia cuando lle-
 gan á ponderar este inestimable título de
 herederos de la gloria de Dios que da la
 gracia; nos han dejado escritos aquellos
 nobilísimos títulos porque es debido al
 justo este universal señorío sobre todas
 las cosas. Son los justos hijos de Dios, di-
 ce San Anselmo, y por tanto toda cria-
 tura estará sujeta á ellos. Es un alma en
 gracia su esposa, y como á tal se le de-
 ben los bienes del esposo; es el fin de to-
 das las cosas naturales porque para ella
 las crió Dios y á ella las ordena. Es ami-
 go con toda propiedad del Omnipotente
 que hace comunes todos los bienes. Es
 en fin dulce objeto de sus caricias y su
 amor, y de un amor tan activo y eficaz
 que le hace partícipe de sus bienes todos.
 Pero ningún título mayor que el que es-
 presó el mismo Dios á Santa Gertrudis
 por la gracia que la heroseaba. Yo ni
 en el cielo ni en la tierra hallé cosa en
 que me deleite sin tí, porque todo el de-
 leite que en tí tengo es por el amor que
 en tí he puesto. Vengan ahora como de
 tropel las pasiones á convidarnos con

cuantos halagos ofrece el mundo; repre-
 séntenos con la mayor viveza sus deleites,
 ofrézcanos sus tesoros, clamen cuanto pue-
 dan los mundanos que el vivir según las
 máximas de Jesucristo mortificados, de-
 votos, retirados es pasar una vida oscu-
 ra, melancólica y acelerarse la muerte,
 que, como hijos del Altísimo destinados á
 la celestial herencia, sin dar oído á sus
 halagos y falsas promesas nos abrazaremos
 gustosos con la misma muerte ántes que
 degenerar de hijos del mismo Dios y here-
 deros suyos. Sirvanos de estímulo este
 peso del corazón que nos arrastra á anhe-
 lar continuamente por la felicidad, y obre
 en nosotros la santa ambición de reinar
 con Jesucristo una heroica resolución
 igual al menos á aquellos escesos á que
 tal vez arrebató á los hombres el deseo
 de un imperio transitorio y perecedero.
 Hasta ahora no ha detestado bastantemen-
 te el mundo la loca ambición y ciego
 anhelo con que pretendió el mando del
 imperio Agripina, no ya para sí, sino pa-
 ra aquella imagen de la crueldad, egem-
 plo de los vicios, furia de las mas insacia-
 bles de sangre humana, Claudio Neron.
 Esta muger ambiciosa, oprobio de su sexo,
 solicitaba para Neron el imperio de Ro-
 ma cuando oyó de la boca de uno de

aquellos sacerdotes agoreros, á quienes como á depósitos de las profecias daban el mayor crédito, la funesta prediccion de que su mismo hijo le quitaria violentamente la vida si llegaba á sentarse en el trono. ¿Qué importa? respondió Agripina, muera yo, sea victima de su crueldad, deme la muerte el mismo á quien yo di la vida con tal que él reine y mande: *occidas, dum imperet*. Máxima impia, inhumana, digna de eterno oprobio. Pero máxima piadosa, justa, debida, digna de grabarse profundamente en nuestros corazones cuando se trata no de un imperio de la tierra, sino de la eterna diadema. Muera el justo á los placeres y gozos de la tierra, con tal que como heredero de deleites mas puros reine en el cielo inundado su corazon de delicias. Muera á las riquezas perecederas para vivir señor de tesoros inmensos. Muera á las honras y estimacion del siglo como viva aclamado y venerado rey entre los ángeles. Muera al mundo entre oprobios, entre pobreza, entre dolores con tal que coheredero de Jesucristo logre en su prometeda legitima una vida agena de enfermedad é inmortal. Este es por último, señores, el concepto que debemos hacernos de esta dignidad que hemos explicado de herede-

ros de la gloria de Dios. El mismo Apostol de las gentes San Pablo, que nos enseña el derecho incontestable que los hijos de Dios tienen á ser sus herederos, asegura que coherederos de Jesucristo no tendremos con él parte en la herencia si no la tenemos en el padecer: *heredes quidem Dei, coheredes autem Christi, si tamen compatimur et conglorificabimur*. Este es el único camino, por mas que lo repugne la carne, por donde caminemos á la herencia prometida. Cristo desnudo, Cristo blasfemado y calumniado, Cristo hecho varon de dolores es la imagen que nuestro padre Dios propone á todos sus herederos para que se conformen á ella. Imagen, es verdad, deforme que atemoriza y agena del demasiado adorno, de la vida deliciosa y blanda y de la libertad que el mundo nos pone continuamente á la vista. Pero ello es cierto que ni hay otro camino, ni otra senda que la que dejó con su sangre señalada este Señor primogénito de los herederos de su padre, y es engaño perniciosísimo persuadirse el soldado á que depuestas las armas podrá entre placeres y deleites lograr el premio de la victoria, que no logró su capitán sino despues de haber sido el blanco de las heridas, de los traba-

jos, de la pobreza y de una afrentosísima muerte. Conformemos, pues, nuestra vida á esta divina imagen tan agradable á los divinos ojos, que ella es la que á costa de infinito precio nos fincó los tesoros que han de ser nuestra herencia estable, permanente y llena de gloria.

Plática tercera: facilidad y medios de aumentar la gracia.

Si en adquirir los bienes de que carecen andan continuamente solícitos y afanados los hombres, no es menos la fatiga y anhelo con que velan incesantemente por conservar y aumentar los bienes adquiridos. Suda, trabaja, y se desvela el pobre por adquirir, é igualmente ocupa los días y las noches solicitando el que ya tiene el aumento, tanto que se suele decir que cuesta más conservar y aumentar, que aun adquirir de nuevo. Espone el negociante su vida fiando sus tesoros á la inconstancia del mar, camina por ásperas montañas y desiertos valles sufriendo los ardores del verano y los hielos del invierno. ¿y qué pretende entre tantos peligros? Aumentar el caudal. Vela retirado sobre los libros el literato olvidado muchas veces del sueño y el preciso sustento, ya re-

volviedo las bibliotecas registrando los mas gruesos volúmenes, ya fatigando el entendimiento en los mas secretos arcanos, ya pródigo de su salud en las mas costosas esperiencias, y ¿á qué anhela en tan solícito trabajo? A aumentar la ciencia. Vela, pretende el cortesano, trabaja, sufre el soldado entre los horrores de la guerra, ¿y á qué aspiran? A aumentar los puestos, los honores y los grados. Y cuando así á costa de tantas fatigas trabajan todos por aumentar, ni el anhelo cesa, ni se satisfacen sus deseos. El negociante en los contratiempos, el literato en la dificultad de las ciencias y en su limitacion, y el cortesano en el émulo y contendiente encuentran siempre escollos que detienen el curso á sus aumentos. ¡Oh aumentos tan solicitados de todos, y de tan pocos adquiridos! Haria sin duda un gran servicio al mundo, y seria reputado por el mas sabio el que enseñara á los hombres el arte de aumentar sus bienes sin trabajo, sin peligro, y con la mayor facilidad. ¿Quién habria que no pretendiera este arte maravilloso, y mas si en ello ni habia riesgo ni costo alguno, y era por otra parte muy facil el aprenderle? Tal, señores, es el maravilloso que vengo yo á mostraros esta última tarde, arte verdaderamente de

cuya verdad no podemos dudar, y en que sin riesgo alguno logramos aumentar el mas inestimable tesoro.

Habeis oido hasta ahora, y comprendido por la misma doctrina de Jesucristo y de su iglesia santa, que la divina gracia que nos justifica es un caudal riquísimo de bienes dándonos un derecho soberano á aquella corona inmortal, en que podamos mas tesoros que los reyes todos del mundo, y que los sabios todos que han sido la admiracion de los siglos. Que ella es el titulo de mayor honra y dignidad, en que elevándonos al supremo grado de hijos de Dios, y dioses por participacion nos merece el aplauso de los santos, la veneracion de los ángeles, cortesanos del cielo, y el amor singular del mismo supremo Rey de los cielos y tierra. Esta dignidad, esta riqueza era bastante á tener nuestros corazones ocupados todos y embelesados en su hermosura; pero la realza sobremanera, y la exalta la singular condicion de poderse aumentar y crecer proveyéndonos el Señor de los medios mas fáciles y oportunos. En que sin costo ni fatiga podamos aumentarla mas y mas sin limite alguno. Por eso reflexando S. Agustin sobre aquellas misteriosas palabras de Jesucristo, en que hablando á

sus fieles decia que quien creia en él haria obras mayores y mas portentosas que el mismo Cristo, *qui credit in me opera que ego facio et ipse faciet et majora horum faciet*, asegura que en la disposicion con que los fieles se preparan á la gracia resplandece un milagro mas singular que en la misma resurreccion de los muertos. Ya, pues, ansiosos todos deseamos saber ¿cuales son estos medios tan fáciles, tan oportunos, con que aumentando el tesoro de la gracia obremos en nosotros mismos tan grande maravilla? Satisfaganos desde luego en pocas palabras el catecismo: ¿con qué medios, pregunta, se alcanza y crece la gracia? y responde: con oraciones, sacramentos y ejercicios de virtudes. Dejando por ahora la facilidad y modo de alcanzarla, pues que solo nos hemos propuesto alentar á las almas justas á su aumento, veis ahí, señores, los tres fáciles y singulares medios de atesorar en nuestras almas sin medida la divina gracia, orar, recibir los sacramentos y exercitar las virtudes. Tres fuentes perennes é inagotables de donde podamos sacar continuamente la agua pura y cristalina de la gracia.

Y comenzando por la oracion no os atemoriceis juzgándoos precisados á reti-

raros todos á un desierto donde apartados de los hombres hayais, como los anacoretas, de arrebataros en profundos éxtasis. Es verdad que esta elevada contemplacion de las verdades mas soberanas, intimo comercio del alma con Dios, anticipada bienaventuranza de los justos, es aquel activo fuego en que se acrisola infinitamente el purísimo oro de la gracia. Pero porque para ésta suele, por su misma utilidad, sugerirnos mil aparentes dificultades el comun enemigo: hablo de aquella oracion comun á todos estados y clases de personas, y tan facil como lo es el pedir. Esta oracion, pues, es una peticion, un ruego por el qual esplicamos al Señor el deseo de conseguir algun bien, y como dice el catecismo: no es otra cosa que levantar á Dios el corazon y pedirle mercedes. Esta oracion, pues, á la qual ha vinculado el Señor los mayores bienes, tan facil como el mismo querer, tan sin trabajo y costo que no tenemos que sufrir en ella ni aquel leve sonrojo, que suele retraernos de manifestar á los hombres nuestros ruegos, es la maravillosa arte, mejor que aquella que sin tener otro apoyo que la codicia ha hecho consumir tesoros, es digo la maravillosa arte de convertirlo todo en el oro puro de la gra-

cia. De los bienes todos de la gracia entienden generalmente los espositores aquella magnífica infalible promesa, digna solo de un Dios, pedid y recibireis, buscad y hallareis, tocad las puertas de mi misericordia, y se os abrirán; porque todo el que pide recibe ¡grande consuelo para el justo! ¿Y cuántas veces en el dia levanta á Dios el corazon? Cuantas devotamente reza las sagradas oraciones del Padre Nuestro y Ave María, tantas crece en él la gracia, y aumentándola mas y mas á proporcion de cuanta tiene, llega á adquirir al dia un abundante caudal de gracia. Pero al encender en nuestro corazon el suave incienso de la oracion, es preciso tener cuidado suba derechamente al cielo, no sea que torciendo el rumbo se quede solamente sobre la tierra. Esto era lo que incesantemente pedia al Señor el profeta David, *dirigatur Domine oratio mea*, no se tuerza Señor mi oracion empleada solo en pedirte salud, riquezas, honras y abundancias; suba derecha al cielo á traerme el tesoro de la gracia. Pidamos enhorabuena étos bienes: ruegue el pobre por el remedio, el enfermo por la salud, el calumniado por el honor; pero pidase ántes la gracia, y al rogar al Señor por los bienes terrenos sea con la mayor in-

diferencia y resignacion, y solo en cuanto puedan conducir al bien mayor de todos la gracia. Dirigiendo de este modo nuestra peticion: ¿qué confianza, qué aliento no inspira la promesa, que habeis oido del mismo Jesucristo?

Ya os decía el otro dia cuan ageno es de la confianza que debe tener un hijo para con su padre aquel nimio temor, aquel recelo, aquella pusilanimidad con que suelen parecer ante Dios como si se presentaran á un tirano; pero ahora añado, que si este temor disgusta al paternal afecto de Dios, no menos ofende su infalible verdad y fidelidad. Tanto que el mismo Jesucristo llegó á espresarles esta sentida queja: hasta ahora, hijos desconfiados, no habeis pedido cosa en mi nombre: *usque modo*; pero alentad vuestro corazon y confianza que apoyada sobre ella la oracion con un poder casi omnipotente basta á trastornar los montes y arrojarnos en el profundo del mar. Yo no sé que medio mas facil podia Dios haber dado al justo para aumentar la gracia que este de la oracion. En medio del ruido y estrépito de la corte, ocupado de los negocios mas interesantes de la familia y el caudal, impedido con la mas grave enfermedad, ¿quién se podrá escusar de levantar á

Dios interiormente el corazon y clamar: gracia, Señor, gracia te pido? Y á este solo clamor, á este ruego abiertos los cielos bajará ciertamente sobre su alma un caudal de esta gracia á aumentar el tesoro que ya tiene. Y si este clamor fuera continuo, sino dejaramos pasar hora en el dia sin hacer esta breve oracion, os parece podrian llegar á numerarse los innumerables grados de gracia que al fin de un solo dia hubiera atesorado el alma justa? O si esta consideracion llegara á hacer conocer á gran parte de los cristianos cuan inmenso tesoro pierden llegando á ofrecer á Dios sus oraciones envueltas en voluntarias distracciones, y tal vez acompañadas de un sumo desacato é irreverencias! ¿Presentarse ante las sacrosantas aras donde se ofrece el cordero inmaculado Cristo nuestra vida, y tal vez hincando una rodilla, dejando correr libremente la vista y ocupado todo el corazon en los negocios de la tierra y en nada menos pensar que en las verdades de nuestra religion! acción indigna de un cristiano, y escándalo aun á los mismos gentiles! Aquel mismo lugar en donde se humilla el Omnipotente Dios, ocultado bajo las apariencias de pan hecho teatro de la vanidad! El lugar de la mayor pureza adonde concurren estre-

mecidos los mismos serafines, profanado con las vistas y quizá con aquellos galanteos obsequiosos detestables aun en los teatros! Desacato que dignamente merece la terrible amenaza de Dios cuando airado pronuncia que arrojara sobre el rostro de quien así ruega el sucio estiercol de sus oraciones. Pero como por el contrario merece la oracion atenta, humilde y reverente; penetra hasta el cielo y trayendo de alli al alma al mismo divino espiritu, aumenta en ella sin limites la divina gracia. Ved, pues, con cuanta razon deciamos que este medio de la oracion tan eficaz y oportuno para las creces de la gracia es tan facil como querer.

Ni hallareis menos facilidad en el segundo medio que nos dice el catecismo, que está en recibir dignamente los santos sacramentos, antes bien, siendo estos aquellas arcas en que dejó Jesucristo depositados los tesoros de sus infinitos méritos y preciosa sangre, ningun medio es mas facil y eficaz que ellos para aumentar esta don precioso. Pero en el que singularmente resplandecen á competencia la facilidad de parte nuestra y de su parte la eficacia para aumentar la gracia es el adorable sacramento de la eucaristia. Elevado el justo por la gracia á ser hijo de Dios adornado

con un ser divino quiso el Señor dejarle en su adorable cuerpo y sangre un manjar divino con que se alimentara; y así como para conservar y aumentar la carne y sangre, de que se componen nuestros cuerpos, ocurrimos al alimento que convertido por medio de la nutricion en carne, sirve á la conservacion y aumento; no de otro modo participando el alma un ser divino tiene para conservar y aumentarle en el adorable cuerpo y sangre de Jesucristo un manjar tambien divino. Por eso sin duda, siendo el principal titulo de la gracia el derecho que da á la vida eterna, quiso el Señor enseñarnos como debe el justo ocurrir á la eucaristia para el aumento, prometiendole singularmente al que dignamente comulga la vida eterna, *qui manducat hunc panem vivet in eternum*. Y que ¿no significó bastantemente el Señor la facilidad y oportunidad de este medio en la materia que escogió para el del pan y el vino? Podia el Señor haber elegido para materia, ó ya el oro mas fino y acrisolado, ó ya las perlas mas preciosas, ó ya los mas brillantes diamantes. ¡Cuán rico, cuán magnifico no quiso se levantara el primer templo en que habitó invisiblemente! ¡qué opulentos tesoros no se emplearon en el arca que guardaba el maná, sombra solo y

figura de este sacramento! Aun el mismo Jesucristo la noche de la institucion quiso egecutar aquella grande obra en una sala ricamente adornada, sirviéndose de un precioso cáliz de piedra ágata, que se venera aun en nuestra España. ¿Por qué pues dejarnos este sacramento bajo las especies de un alimento tan comun, el mas usado en todo tiempo y acomodado á todas personas? Quien duda que lo hizo á fin de alentar á las almas justas para que sin excusa ocurrieran á un medio tan facil para aumentar la gracia. No puede el pobre protestar su necesidad, ni el rico el excesivo costo, ni alguno puede alegar que está bajo una materia esquisita y peregrina, porque anima á todos esta suma facilidad á llegarse á una mesa que alimenta sin gastos ni fatiga, y sin otro aparato que el de una conciencia limpia y pura, como esplica el angelico doctor Santo Tomas.

Y para no apartarnos del principal intento que es dar á conocer á las almas justas la inagotable fuente que tienen en este sacramento para beber de allí los aumentos de la gracia; ¿quién será capaz de decir cuanta gracia adquiriera el alma por los muchos actos de las mas heroicas virtudes que egercita cuando debida y dignamente comulga? Porque si como acaba-

mos de ver en sola la oracion humilde y el ruego, consigue el justo tantos aumentos ¿qué será con aquellos actos soberanos que ya antes, ya al mismo recibir la eucaristia sagrada, y ya despues repire muchas veces? ¿Cuanta gracia con la confesion sacramental en que detesta muchas veces sus culpas, renueva el dolor y se arma de santos propósitos? ¿Cuanta en la satisfaccion y cuanta al comulgar en el egercicio de las virtudes mas sublimes? Egercita la fé creyendo la verdad de este misterio, la esperanza aguardando los bienes prometidos, la caridad amando á un Señor tan liberal en favorecerle, la religion adornándole, el reconocimiento agradeciéndole, la humillacion abatiéndose pobre gusanillo en presencia del Rey soberano. Y ¿cuanta ¡Santo Dios! al entrar en su pecho como amante huésped el mismo Jesucristo? Cuando solo el deseale, el creerle, el amarle le trae abundantes tesoros: ¿cuántos cuando llega á descansar en su corazón el mismo dueño y dador de la gracia, el Señor de ella y el que con su sangre nos la ha merecido? ¡Riqueza por cierto suma, tesoro inmenso el que gana una alma justa cuando comulga! Pero ya, dicen algunas almas temerosas, si mis pasiones me traen en

continuos combates é inquietudes; si mi tibieza me tiene desflaquecida y desmayada; si mis imperfecciones enferma ¿cómo me he de atrever á llegar á aquella mesa limpia y pura y acercarme á aquel Señor de quien los mismos serafines no son digno asiento? Digno es el temor, debida la mayor reverencia quando se trata de recibir y albergar al Señor de cielo y tierra; pero si os retira el temor reverente ¿cómo no os arrastra mucho mas el amor, al cual mucho mas que al temor nos exorta uníformes las escrituras santas? Por eso, como enseña Santo Tomas, ha de prevalecer en nuestro caso el amor de unirse con Cristo á todo temor con tal que libres de culpa mortal lleguemos con conciencia limpia y pura. Los mismos temores que á estas almas tímidas y pusilánimes inquietaban el corazón del príncipe de los apóstoles nuestro padre San Pedro, quando acercándose á el Jesucristo, en ocasión que en compañía de sus discípulos pescaba en el mar de Tiberiades, apartate, le dijo, Señor de mi, no te acerques, que soy un hombre pecador: *exi á me Domine quia homo peccator sum*. Sirva, pues, para ellas la misma respuesta que dió á San Pedro el soberano Maestro. *Noli timere*: no temas, ni sean parte á en-

tibiar en vosotras el debido amor á tan alto misterio, esas imperfecciones que os enferman, esas tentaciones que os combaten, esas sequedades que os debilitan: si os halláis enfermas es el alimento de vida, si tibias es el fuego que enciende, si combatidas es el arsenal de las mas poderosas armas contra los mas formidables enemigos. Llegad y depuesto todo temor vano lograd en los actos de virtud que egercítáis y en el mismo soberano huesped que albergáis un aumento de gracia indecible é inagotable. ¿Y qué os parece puede ser mayor la facilidad con que el justo tiene en su mano aumentar infinitamente la gracia recibida?

Tarde, señores, llegamos al tercero, y mas facil medio que el catecismo nos propone, el egercicio de las virtudes. Y para que brevemente conozcamos que en este tercer medio tienen los justos la mina riquísima patente y abierta á todos para crecer en la gracia: no juzguéis que solo se entiende por nombre de virtudes aquellos egercicios de austeras penitencias y mortificaciones, aquellas cuantiosas limosnas, aquellas victorias mas heróicas de las pasiones. Todo estado, toda suerte de personas tienen propias y características virtudes que sean su egercicio. La oracion

y retiro en los claustros; el amor, el cuidado, la atención á la familia en los casados; la justicia, observancia y fidelidad en los tratos en el comerciante; la verdad y arreglo á lo justo de su trabajo en el pobre oficial dan materia fácil y continua á ejercitar respectivamente en todo estado muy grandes virtudes, y no habiendo en esto ni costo ni trabajo alguno, antes bien convidándonos á esta calidad de virtudes, que aun el mismo mundo aprecia, la propia comodidad y conveniencia: ¿cuánta gracia llegará á aumentar el justo en este ejercicio en cada hora? ¿cuánta en cada día? ¿y cuánta al fin de un mes y de un año? Pero lo que mas debe llenarnos de un santo aliento es el caudal de gracia que podemos atesorar en aquellos usos de la naturaleza, ya en el alimento, ya en el sueño, ya en las recreaciones y conversaciones honestas y justas. Estas y semejantes obras hechas con fin de agradar á Dios, acompañadas de una resignación de perderlas todas ántes que la gracia son medios eficacísimos de aumentarla. ¡O gracia santa de infinito precio y valor, que habiendo costado tanto al Redentor del mundo, á tan poca costa, sin trabajo puede aumentarte y atesorarte el justo! Si un grado solo de esta divina gracia hu-

biera de ganarse forzosamente á costa de ayunos, austerísimas y cruelísimas penitencias; si fuera necesario para aumentar la pasar los días y las noches en altísima contemplación; dar á los pobres todo el caudal despojándose de él: si fuera necesario dar la vida entre el fuego y las espadas, entre las garras de las fieras y entre los mas crueles martirios: todo esto sería corto precio á su infinito valor. Los dolores todos de los mártires, las penitencias de los santos confesores, el retiro de los anacoretas, la victoria de las vírgenes son un claro testimonio de cuanto apreciaban estos santos este divino tesoro y sus aumentos. Y cuando Dios de nosotros no exige rigurosamente tanto, sino el cumplimiento de aquellas obligaciones que son propias de nuestro estado, alegamos escusas, pretestamos ocupaciones, y enemigos mortales de nuestra propia alma la privamos de este riquísimo tesoro por unos bienes transitorios. Dichoso mil veces el mundo que nos trae en continuas fatigas, en sudores, en cuidados cuando por aumentar el caudal, por subir al puesto honroso, y quizá por conseguir aquel criminal placer nos desvelamos, trabajamos, empleamos todos nuestros afines. Y entre tanto este inmenso tesoro por quie-

aquel Señor que no se puede engañar, Cristo vida nuestra, empleó trabajos y fatigas; vivió una vida pobre y desconocida y murió una muerte llena de dolores y afrentas, no nos merece ni el mas leve cuidado. ¿Qué es lo que en los bienes de la tierra nos encanta, que no se halle con increíbles ventajas en la gracia? ¿Nos roba el corazón una hermosura perecedera? Belleza y belleza divina semejante á la del mismo Dios es con la que la gracia nos armoniza. ¿Picados del honor aspiramos á los grandes empleos, adonde ennoblecidos logremos el aprecio y la honra? Un ser divino, una nobleza soberana de hijos del mismo Rey de los cielos, que nos hace dignos del aprecio de Dios, tenemos en la gracia. ¿Nos arrebatan las riquezas, nos tienen los gustos y placeres inquieto el corazón por conseguirlos? Herederos por la gracia de la gloria de Dios somos verdaderos señores de cuanto encierran el cielo y la tierra para poseerlo dentro de breve tiempo entre abundantes purísimas delicias.

Aliento, pues, consultemos á nuestro propio amor y comodidad, y con una usura santa demos bienes perecederos por inmortales. Aliento y sírvanos de un sano consuelo al apartar de nuestro corazón

el afecto á las riquezas, á los honores, á los placeres de la tierra, que si perdemos estos, logramos en la gracia riquezas, honras, delicias; direlo en breve: logramos tener un ser divino que nos hace hijos de Dios y herederos de su gloria.

FIN DEL TOMO TERCERO.

de los Sermones y pláticas que contiene este tercero y último tomo.

<i>Sermon de honras del Excmo. Bucarelli.....</i>	3
<i>Sermon de honras del Excmo. Galvez.....</i>	43
<i>Sermon primero de profesion de religiosa.....</i>	83
<i>Sermon segundo de profesion de religiosa.....</i>	110
<i>Sermon tercero de profesion de religiosa.....</i>	135
<i>Sermon cuarto de profesion de religiosa.....</i>	161
<i>Sermon de honras de militares.....</i>	184
<i>Sermon del amor á los enemigos.....</i>	204
<i>Sermon de gracias á fin de año.....</i>	227
<i>Sermon de la tibieza.....</i>	252
<i>Sermon en oposicion á la Magistral.....</i>	272

Pláticas doctrinales del mundo enemigo del hombre.

Plática primera: el mundo enemigo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE LIBROS

492	
	<i>del hombre en el uso y moda de trages indecentes.....</i>
304	<i>Plática segunda: el mundo enemigo del hombre en el uso de bailes peligrosos.....</i>
325	<i>Plática tercera: el mundo enemigo del hombre en el uso de amorosos cortejos.....</i>
344	

Pláticas doctrinales del amor de Dios y del prógimo.

363	<i>Plática del amor de Dios.....</i>
378	<i>Plática del amor del prógimo.....</i>

Pláticas del amor propio ó de sí mismo.

392	<i>Plática primera: el amor propio manifiesto y descubierto.....</i>
408	<i>Plática segunda: el amor propio encubierto y disfrazado.....</i>
426	<i>Plática tercera: el amor propio vencido y curado consigo mismo.....</i>

Pláticas doctrinales de la gracia santificante.

443	<i>Plática primera: naturaleza de la gracia.....</i>
	<i>Plática segunda: estima de la</i>

493	
457	<i>gracia porque hace á los justos hijos de Dios y sus herederos....</i>
472	<i>Plática tercera: facilidad y medios de aumentar la gracia.....</i>



